

24 cent.

R-73.404



IMPRESIONES  
DE VIAGE,

POR ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR DON JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

LA VILA PALMIERI.



MADRID, 1856.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE D. F. DE P. MELLADO,  
calle de Santa Teresa, núm. 8.

IMPRESIONES

# DE VIAJE

POR ALEJANDRO BENAS

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR DON JOSE NEZOS Y GARRIA

LA VIDA PATRIARCAL



A. B. 1876

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE DON J. B. GARRIA

En la calle de San Francisco, número 10.

# IMPRESIONES DE VIAGE.

## LA VILA PALMIERI.

POR ALEJANDRO DUMAS.

En la vila Palmieri es donde Boccacio escribió su Decameron. Creí que este título me reportaría ventaja, é instalé mi bufete en la sala donde cuatrocientos noventa y tres años antes, el autor de las cien novelas había establecido el suyo.

### LAS FIESTAS DE SAN JUAN EN FLORENCIA.

Durante nuestra permanencia en Florencia nos apercebimos una tarde al abrir nuestra ventana, de que el Domo y el Campanillo estaban iluminados: esta iluminación anunciaba para el día siguiente el principio de las fiestas de San Juan. No queríamos perder ningún detalle de aquellas fiestas que se nos habían alabado muchísimo anteriormente en Génova y Liorna, y salimos al punto. Aunque estábamos hospedados en un extremo de la ciudad, nos encontramos luego que salimos á la calle, en medio de un tropel cada vez mas compacto á medida que nos aproximábamos al centro de la poblacion. Aquel tropel pasaba con tal sensatez y moderacion, que el silencio de nuestro *palazzino*, situado, es verdad, entre un patio y un jardin, no había sido turbado, y si la iluminación del Domo no nos hubiese anunciado la fiesta, hubiéramos podido pasar toda la noche sin imaginar ni un instante que Florencia entera estaba en las calles. Es ese un rasgo característico de los italianos de Toscana: individualmente son alguna vez bullicio-

sos, pero sus reuniones casi siempre son silenciosas.

Magnífico es el aspecto de Florencia de noche y al bello resplandor de la luna: entonces sus columnas, sus iglesias, sus monumentos, adquieren un carácter grandioso, que hace desaparecer en la sombra esos mezquinos edificios modernos que puede decirse se construyen para viajeros de paso: Seguimos el tropel, que nos llevó á la plaza del Domo; parecíame que veía la iglesia por primera vez; tanto había crecido en proporciones: el Campanillo sobre todo, aparecía gigantesco, y sus iluminaciones parecían confundirse con las estrellas. El bautisterio de San Giovanni estaba abierto, y descubierta la urna del santo: la iglesia parecía llena, y sin embargo, se entra fácilmente en ella; porque en Florencia, en vez de oprimir sin cesar contra los demas, como se acostumbra entre nosotros, se ayudan mutuamente, cada uno se estrecha, se coloca, y se está en último resultado cómodo, allí donde se hubiera creído desde luego ser sofocado infaliblemente.

La religion me pareció participar de ese mismo carácter de dulzura que había ya observado en todos los actos exteriores del pueblo. En Florencia es tratado Dios con cierta familiaridad respetuosa que no carece de encanto, sobre poco mas ó menos como tratan al gran duque, es decir, que se quitan el sombrero y le sonrien. Por lo demas, yo no sé si éste se cree mucho mas poderoso que aquel, pero de seguro no aparenta creerlo mejor.

El bautisterio estaba magníficamente iluminado, de modo que pudimos distinguir muchos detalles que se nos habían escapado en nuestra primera visita. En las iglesias de Ita-

lia hay generalmente menos claridad de dia que de noche. Fijamos nuestra atencion especialmente en una estatua, la Esperanza, de Donatello; una Magdalena un poco demacrada, de una exactitud un poco anatómica, del mismo autor, pero llena de arrepentimiento y humildad; y en fin, en el sepulcro de Juan XXIII, tambien de Donatello, cuyo epitafio: *Quondam papa*, escitó en tan alto grado la cólera de Martin V, que escribió sobre esto al prior, que la lápida de mármol censurada, no debia en su opinion, conservarse al difunto mas que el título de cardenal, con el que habia muerto.

Es verdad, preciso es decirlo, que Balthasar Cozza fué un papa particular. Noble napolitano, pero sin fortuna, probó el medio de adquirir la haciéndose pirata: un voto hecho en lo mas horrible de una tormenta, le arrojó en las órdenes, en donde gracias al apoyo, á las recomendaciones, y sobre todo á la riqueza de Cosme el Antiguo, amigo suyo, fué nombrado cardenal-diácono. Entonces el antiguo pirata se hizo mercader de indulgencias, y parece que tuvo mejor éxito en esta segunda especulacion que en la primera, porque á la muerte de Alejandro V, que se sospechó haber él hecho que le asesinasen, se encontró bastante rico para comprar el cónclave. Sin embargo, Balthasar no fué elegido, como esperaba, en la primera votacion: entonces él mismo se revistió con el traje pontifical, esclamando como inspirado: *Ego sum papa*. El cónclave intimidado con su audacia, confirmó la eleccion sin recurrir á una segunda votacion, y Balthasar Cozza fué exaltado bajo el nombre de Juan XXIII. Este era el tercer papa que habia á la vez; los otros dos eran Gregorio XII y Benito XIII.

Por lo demas, el último elegido no daba un ejemplo mas edificante que los otros: siendo cardenal habia compuesto versos en los cuales negaba la inmortalidad del alma, el infierno y el paraíso. Hecho papa, el primer acto de su poder fué robar á un marido la muger de que él hacia mucho tiempo estaba enamorado, y con la cual vivió públicamente; lo que no le impedia censurar las costumbres de Ladislao, rey de Nápoles. Ladislao no gustaba de reprensiones: respondió demasiado rudamente á su antiguo súbdito que, cuando se llevaba una vida muy parecida á la suya, tenia malísima gracia reprender á los demas por su manera de vivir. Juan XXIII, que en su cualidad de ex-pirata no estaba por las medidas á medias, escomulgó á Ladislao. Este levantó un ejército, y marchó contra el papa; pero á su vez, el papa predicó una cruzada, y marchó contra el rey. Ladislao fué batido y destronado por un breve. Entonces hizo Ladislao lo que habia hecho Juan XXIII; volvió á comprar su corona, como Juan XXIII habia comprado la tiara; se hizo la paz, pero no fué de larga duracion.

Gregorio XII, por mas que estuviese des-

terrado y viviendo de las limosnas del tiranuelo de Rimini, fulminaba rayos contra reyes y papas: estas escomuniones perpétuas atormentaban á Juan XXIII, que veia á la Iglesia conmovirse con tantos escándalos. Pidió á Ladislao que le entregase á Gregorio XII. Ladislao reclamó á Gregorio del señor de Rimini, el cual respondió que era su papa, el único á quien reconocia, el único infalible á sus ojos, y que por lo tanto, lejos de entregarle á sus enemigos, le defenderia contra cualquiera que quisiera prenderle. Juan XXIII creyó que Ladislao tenia la culpa de aquella negativa, y en lugar de incomodarse contra el señor de Rimini, se incomodó con Ladislao. Volvió, pues, á comenzar la guerra; pero esta vez Ladislao fué el vencedor. Juan XXIII abandonó á Roma y huyó. Ladislao se apoderó sin resistencia de la ciudad eterna: era la tercera vez, desde que era rey, que saqueaba el Vaticano.

Entonces persiguió á Juan XXIII hasta Perusa, donde fué envenenado por el padre de su querida, de una manera tan estraña, que apenas puede creerse. Era el padre boticario: ganado, se adivina por quien, buscaba la ocasion de envenenar al rey de Nápoles, cuando su hija vino á quejarse á él de que Ladislao no la amaba. Dióla entonces el padre cierta pomada con la que la recomendó se frotase, prometiéndola tenia la virtud de curar su infidelidad. La pobre hija creyó al padre, y siguió escrupulosamente sus instrucciones. A la mañana siguiente del dia en que tuvo ocasion de hacer este ensayo, estaba muerta. En cuanto á Ladislao, no la sobrevivió mas que ocho dias.

Todo esto, como se ve, es demasiado asqueroso. En fin, se celebró un concilio, que depuso á los tres papas de un golpe, y se nombró un cuarto, Martin V.

Gregorio XII envió desde Rimini su acta de abdicacion voluntaria: Benedicto XIII estaba en España, y continuó resistiéndose. En fin, Juan XXIII, presidente del concilio al principio, despues en lucha con Sigismundo, luego fugitivo, mas tarde prisionero, y al fin depondo, concluyó por refugiarse cerca de su amigo Cosme, en Florencia, donde murió. Cosme, fiel hasta mas allá de la muerte de Juan, á la amistad que le habia tenido, encargó á Donatello alzarle un mausoleo, hizo él mismo el epitafio, y cuando Martin V intentó borrarle, se contentó con dirigir al papa legítimo esta respuesta, á la que su laconismo no quita nada de su precision: *Quod scripsi, scripsi*. Mas dichoso despues de muerto que durante su vida, Juan XXIII, que habia vuelto á ser cardenal por decreto del concilio, quedó papa por el epitafio de su sepulcro.

Continuamos siguiendo el gentío, que se dirigia, siempre apiñado y silencioso, por la *via dei Cerretani*: despues, como se dividiese en dos direcciones la multitud, tomamos á mano izquierda, y al poco tiempo nos encon-

tramos delante del magnífico palacio Strozzi, que con mas justo titulo que tantos otros monumentos, inspiró el númen laudatorio de Vasari.

En efecto, el palacio Strozzi no solo es grandioso y magnífico, es prodigioso: no es de piedras unidas por cal y argamasa, sino que es una masa tallada en la roca. Ninguna crónica, por mas elegante, detallada y pintoresca que sea, puede hacer comprender como este libro de piedra, los hábitos, usos y costumbres, los placeres, los amores y los odios del siglo XV. El feudalismo todo entero, con su poderío individual, está allí toda vez que un hombre era bastante rico para hacerse construir semejante fortaleza, nada le impedía ya declarar la guerra á su rey.

Benito de Majano fué el que, por orden de Felipe Strozzi el Viejo, hizo el plano y echó los cimientos de este bello palacio, pero él no dirigió los trabajos sino hasta el piso segundo. Llegaba á él cuando se vió obligado á marchar á Roma. Felizmente en aquella misma época llegó á Florencia un primo de Pollajolo, por sobrenombre Cronaca ó la Crónica, á causa de la costumbre que habia adquirido de contar al primero que encontraba y con cualquier motivo, su viage á Roma. Este viage, aunque hubiese hecho ridiculo al hombre, no habia sido inútil, sin embargo, al artista. Cronaca habia estudiado profundamente las obras maestras de la antigüedad, y dió de ello una prueba construyendo el magnífico cornisamento interrumpido á la mitad de su ejecucion por las conmociones de Florencia, y por el destierro de los Strozzi.

Todo es notable en aquel lindo palacio, todo hasta las linternas que, según el privilegio de la nobleza, sus poderosos señores, iluminaban los dias de solemnidad. Es verdad que aquellas linternas son obra de Nicolás Grosso, que Lorenzo el Magnífico, apellidaba Nicolás de los Arrhes, (Caparra), nombre que le quedó, porque no queria hacer nada por lo que no hubiese recibido garantía (arrhes), ni entregar nada sin recibir la totalidad del pago. Es preciso decir tambien que jamás hubo apodo mas merecido. Nicolás de los Arrhes, habia hecho pintar una muestra que colocó delante de su taller, y que representaba dos libros de caja en medio de las llamas. Cada vez que uno se acercaba á pedirle prestado, aunque no fuese mas que por una hora, conducia al indiscreto parroquiano al umbral de su puerta, le enseñaba la muestras y le decia: Veis que no puedo prestaros, mis registros arden.

Escusado es decir que esta rigidez de principios se aplicaba á toda persona indistintamente. Un dia, la señoría le encargó un par de morrillos, y según la regla establecida por Nicolás le habia dado á título de garantía la mitad del precio. Concluidos los morrillos, Nicolás fué á prevenir á la señoría que podia

enviar el resto del dinero, atendido á que los morrillos estaban dispuestos. Se le fué á decir á Nicolás de parte del proveedor, que llevase los morrillos, y se le despacharia su cuenta; á lo que contestó Nicolás que los morrillos no saldrían de su taller, sin que el precio ingresase en caja. El proveedor furioso envió uno de sus alguaciles con orden de decir á Nicolás que era estraña su negativa, puesto que él le habia pagado la mitad del precio:—Es justo, dijo Nicolás: y dió al alguacil uno de los dos morrillos. No pudiendo obtener de él otra cosa, el alguacil llevó el morrillo al proveedor, el cual encontró tan maravilloso el trabajo, que le envió el resto del dinero por tener el otro; fué muy á tiempo, el desgraciado morrillo estaba entre el yunque y el martillo, y el señor Nicolás de los Arrhes levantaba ya el brazo para hacerlo pedazos.

¿Qué época tan admirable aquella en la que todo el mundo ama las artes, aun las señorías, y en que todo el mundo era artista, aun los estrangeros! Así se veían elevarse palacios de los que toda una ciudad estaba tan orgullosa, que cuando Carlos VIII hizo su entrada en Florencia, la señoría, á pesar de la preocupacion del principe, quiso hacerle admirar su maravilla, y dirigió su marcha hácia la obra maestra de Benito de Majano. Pero el inculto rey de Francia estaba todavia poco civilizado, y se contentó con echar una mirada sobre el espléndido edificio, y volviéndose hácia Pedro Capponi que le acompañaba:—¿Es esa la casa de Strozzi, no es esto? le dijo:—Si, señor, le respondió Pedro Capponi, usando con respecto al rey la misma insolencia, que el rey, en su opinion habia tenido con respecto al palacio.

Aquel palacio pertenece en efecto á esa gran familia de los Strozzi, que existe todavia hoy, y que ha dado un mariscal á la Francia. Hasta la abolicion de los pares hereditarios, hemos tenido nosotros un par de este nombre; y el gefe de la familia Strozzi, mirándose siempre como francés, escribia al rey de Francia el dia de sus cumpleaños, y el de sus dias.

Hace algun tiempo que los lijos del duque actual, jugando en habitaciones abandonadas hacia mucho tiempo, hallaron un departamento compuesto de una docena de piezas, y completamente desconocido al propietario de este inmenso palacio. La puerta estaba tapiada hacia algunos dos ó trescientos años, y nadie se habia apercebido, tan vasto es el palacio, que faltaba el departamento de un piso.

El hijo del fundador de aquel bello palacio, el famoso Felipe Strozzi, fué el que acogió al asesino de Alejandro de Médicis, Lorenzino, á su llegada de Venecia, llamándole el Bruto de Florencia, y pidiéndole la mano de sus dos hermanas para sus dos hijos. Es que, aunque casado con una hija de Pedro de Médicis, Felipe Strozzi no habia dejado de ser uno

de los mas firmes defensores de la república. Así, cuando la libertad florentina cayó, el día en que Alejandro hizo su entrada en la capital de su ducado, Felipe Strozzi, incapaz de esclavizarse, se retiró á Venecia, donde no tardó en saber que el bastardo de Lorenzo le habia puesto fuera de la ley. La acogida que hizo á Lorenzino, tenia, pues, un doble motivo; no solo Lorenzino libraba á Florencia de su opresor, sino que tambien volvía á abrir al proscrito (á lo menos así lo creía él), el camino de su patria. Pero mientras que gozosos los desterrados se reunían y discutían el medio mas pronto y seguro de entrar en Florencia, supieron que Cosme habia sido elegido gefe y gobernador de la república, y que una de las cuatro condiciones por las cuales habia sido elegido, era la de vengar la muerte de Alejandro. Comprendieron entonces que su entrada en la patria no sería tan fácil como se habian figurado; sin embargo, contando con que el nuevo gobernador no tenia mas que diez y ocho años, fundaron su esperanza en la ignorancia y ligereza que parecia anunciar su edad. Pero el niño jugaba con las barbas blancas, al juego de la política y al juego de la guerra. Todas las conspiraciones fueron descubiertas y desplegadas sus banderas, y como los proscritos estaban ya reunidos y habian decidido arriesgar el trance en una batalla, despues de once años de espera y de tentativas infructuosas, Alejandro Vitelli, lugarteniente de Cosme, alcanzó sobre ellos en Montemurto, una victoria completa. Pedro Strozzi se libró de la muerte ocultándose entre los cadáveres, y Felipe, prisionero en el campo de batalla que no quiso abandonar, fué conducido á Florencia y encerrado en la ciudadela.

Por un extraño capricho de la fortuna, aquella ciudadela era la misma en la que, en una discusion secreta tenida delante del papa Clemente VII, Felipe Strozzi habia aconsejado al pontífice la hiciese edificar, y esto contra el consejo del cardenal Jacopo Salviati. Este último, admirado de aquella singular obstinacion, que parecia tener un carácter fatal y providencial, no pudo menos de decir á Felipe: «Plegue á Dios, Strozzi, que haciendo edificar esa fortaleza, no hagas edificar tu sepulcro.»

Así, apenas Strozzi se vió encerrado entre aquellas paredes que habian salido de la tierra á su voz, trajo á la memoria la profecía de Salviati, y desde aquel momento miró como muy próximo el término de su vida.

Pero en aquel tiempo no se moría así; era preciso pasar antes por la tortura. Felipe Strozzi á quien se queria hacer confesar que habia tenido participacion en el asesinato de Alejandro, fué puesto muchas veces en el tormento, pero en medio de los mas horribles dolores, su valor no se desmintió un instante, y dijo constantemente á sus verdugos que

no podia confesar lo que no era verdad. Pero si, añadió, la confesion de la intencion les bastaba, era mil veces mas culpable que el que habia matado á Alejandro, porque hubierá querido él matarle mil veces.

En fin, cansados los verdugos iban acaso á obtener de Cosme el cesar de torturar inútilmente á Strozzi, cuando un día, uno de los soldados que habian acompañado al carcelero dejó, sea por casualidad, sea con intencion, su espada sobre una caja, y salió sin volverla á recoger. La resolución de Strozzi fué pronta: no esperaba ya libertad ni para él ni para su patria: fué derecho á la espada, la desenvainó, se aseguró de la punta y del corte, se acercó á una mesa donde habia papel y tintero que se le habia dejado para el caso en que se decidiese á hacer declaraciones, y escribió algunas líneas con mano tan firme y segura, como si no fuesen las últimas que debia trazar, despues, apoyando el puño de la espada en el suelo y la punta en su pecho, se dejó caer así. Sin embargo, aunque le atravesó el cuerpo la espada, no murió en el momento, porque se halló trazado en la pared con su sangre, este verso de Virgilio:

*Exoriare aliquis nostris ex omnibus ultor.*

En cuanto á las líneas escritas en el papel, hé aqui su traduccion literal:

*Á Dios libertador.*

«Por no vivir mas tiempo en poder de mis enemigos, y para no ser atormentado mas por torturas cuya violencia me obligaria acaso á decir ó hacer cosas perjudiciales á mi honor ó á los intereses de parientes y amigos inocentes, cosa que ha sucedido estos últimos dias al desgraciado Giulano Gondi; yo, Felipe Strozzi, me he decidido, por mas repugnancia que me cause el suicidio, á poner término á mis dias con mi propia mano.

«Recomiendo mi alma á Dios todo misericordioso, rogándole humildemente, si no es su voluntad concederme otra dicha, me permita al menos habitar el mismo lugar que habitan Caton de Utica y los demas hombres virtuosos que han muerto como él y como yo.»

A algunos pasos del palacio del vencido, está la columna elevada por el vencedor: esta columna habia sido dada á Cosme por el papa Pio IV; la hizo colocar en la plaza misma donde supo el resultado de la batalla de Montemurto; encima está la estatua de la Justicia. Acaso hubiese hecho mejor Cosme en colocarla en otra parte ó en guardarla para mejor ocasion.

Detrás de la columna está el cornisamento del antiguo palacio de aquel Buon del Monte cuyo nombre se encuentra unido á las primeras conmociones que agitaron las dos faccio-

nes güelfa y gibelina de Florencia: enfrente de la columna está la sombría y magnífica fortaleza de los condes de Acciajoli, últimos duques de Atenas. Hay ciertos barrios en Florencia en los que no se puede dar un paso sin encontrarse un recuerdo: solamente que el pasado está allí bastante despoetizado por el presente: el palacio Buon del Monte, por ejemplo, se ha convertido en un gabinete literario, y la fortaleza de los duques de Atenas se ha metamorfoseado en un meson.

Esta fortaleza, por lo demás, no se pudo colocarla con mas discernimiento: dominaba el antiguo puente de la Trinidad, edificado en 1252, y que habiéndose arruinado en 1557 por una crecida del Arno, lo reedificó Ammannato por un diseño de Miguel Angel. Es acaso uno de los puentes mas bonitos y esbeltos que se conocen.

En este sitio se dividia el gentio, dejando el bello puente de la Trinidad casi vacío, como si no hubiese funcion en la otra orilla del Arno; se dirigia hácia el Ponte vicio, y el Ponte-alla-Caraja. Seguimos el tropel que descendia con el río, y pasamos sucesivamente por delante de las ventanas del Casino de la Nobleza, delante de la casa donde Alfieri, despues de pasar en ella los dos últimos años de su vida, murió en 1803; delante del palacio Gianfigliuzzi, ocupado hoy por el conde de Saint-Len, ex-rey de Holanda; y delante del palacio Corsini, magnífico edificio del tiempo de Luis XIV, que ocupa él solo la mitad del muelle, y que preparaba á la sazón, en el silencio y la oscuridad, la régia hospitalidad que debía dar de allí á dos dias á la mitad de Florencia.

Comenzaba á hacerse tarde, y estábamos un poco cansados de nuestras correrías del día. La de la noche no nos prometia otra variedad que un paseo mas ó menos largo: nos encaminamos hácia nuestro palazzo, cada vez mas maravillados del alegre humor de este buen pueblo toscano, que hace fiesta desde la víspera con la perspectiva de una funcion al día siguiente.

La noche fué terrible: las campanas que por lo regular no repican sino las unas despues de las otras, anunciando la fiesta, sonaban todas á un tiempo. No habia convento el mas pequeño, ni iglesia la mas chica, que no tomase su parte en ese concierto aéreo, de tal modo, que dudo mucho que hubiera una sola persona que durmiese en Florencia en la noche del 22 al 23 de junio. En cuanto á nosotros, le pasamos casi toda en ver las iluminaciones del Domo y del Campanillo, que no se apagaron hasta que empezaron á alumbrar los primeros rayos del día: de lo que resultó para nuestra coleccion un magnífico diseño que Jadin hizo á la claridad de la luna.

Todas las horas del día estaban destinadas de antemano: á las diez habia magnífico almuerzo en casa del marqués de Torrighiani, al

medio dia concierto en la Filarmonica, á las tres Corso, y á las ocho teatro de gran gala.

No habiendo sido nosotros presentados todavía al marqués de Torrighiani, no podiamos participar de su almuerzo; lo que sentimos muchísimo, no, como pudiera creerse, por su cocinero, sino por el marqués mismo. En efecto, el marqués de Torrighiani, cuya nobleza se remonta á los primeros dias de la república, es una de las casas mas aristocráticas de Florencia. Una invitacion al palacio Torrighiani en invierno, y al casino Torrighiani en verano, es la consagracion obligada de todo mérito superior, ya sea ese mérito legado por los antepasados, ó adquirido personalmente. Cuando ha sido uno invitado en casa del marqués de Torrighiani, ya no hay que tomar mas informes sobre él: acaso es uno invitado en todas partes: téis ya vuestras pruebas firmadas por d' Hozier.

En cambio, fuimos invitados al concierto de la Filarmonica. Permitannos nuestros lectores presentar testualmente el programa ante sus ojos, y juzgarán por sí mismos si los billetes debian ser buscados.

#### PRIMERA PARTE.

I. Florimo.—El *Ave Maria*, plegaria á cuatro voces, ejecutada por la princesa Elisa Poniatowski, madama Laty, y los principes Cárlos y José Poniatowski.

II. Rossini.—*Semirámide*, duo ejecutado por madama Laty y el principe Cárlos Poniatowski.

III. Donizetti.—*Lucia de Lamermoor*, ária final, ejecutada por el principe José Poniatowski.

IV. Mercadante.—*Giuramento*, cuarteto ejecutado por la princesa Poniatowski; madama Laty, y los principes Cárlos y José Poniatowski.

#### SEGUNDA PARTE.

V. Hérold.—Overtura de *Zampa*.

VI. Bellini.—*Puritani*, duo ejecutado por la princesa Elisa y el principe José Poniatowski.

VII. Georgetti.—Variaciones sobre un tema de *la Sonnambula*, ejecutadas en el violin por Mr. Giovanni Giovacchini.

VIII. Bellini.—*La Sonnambula*, ária final, ejecutada por la princesa Elisa Poniatowski.

Como se ve, aparte de la cooperacion prestada por madama Laty y Mr. Giovacchino Giovacchini, en el concierto matinal hacian el gasto enteramente los principes Poniatowski: era, pues, y en ello su conveniencia, difícil ver un concierto mas aristocrático: los cantantes descendian en linea recta de un principe reinante hace apenas medio siglo. Verdad es que tenian en su auditorio tres ó cuatro reyes destronados. Sin embargo, como en un concierto ma-

tinal no se cifra su principal encanto en el perfume aristocrático que esparce á su alrededor, no estábamos, preciso es confesarlo, sin algun temor por lo que respecta á la ejecución. Por mi parte recordaba algunos conciertos de aficionados á los que, escusándome yo, habia asistido en Francia, y que me habian dejado triste memoria.

La única diferencia que encontraba entre aquellos á que habia asistido y el que iba á oír, era respecto de la cualidad de los artistas, y no creia yo que el titulo de príncipe fuese una garantía suficiente para la tranquilidad de mi timpano. No por eso dejé de ir á la hora indicada al salon del concierto, situado en el solar de los Stinche, que es la antigua cárcel de la ciudad. Tal es el progreso de las cosas en esta buena y bella Florencia. Si Dante volviera á aparecer allí, probablemente hallaria su Infierno convertido en salon de baile.

El salon, á pesar de ser estenso, estaba lleno; sin embargo, gracias á los atentos acomodadores á los que íbamos recomendados, llegamos á encontrar sitio. Bien pronto entró la princesa Elisa conducida por el príncipe José: madama Laty la seguia, conducida por el príncipe Carlos: á su aparicion, el salon resonó con un aplauso general. Nada probaba esto; en todos los paises del mundo se aplaude á una muger bonita, y la princesa Elisa es una de las personas mas graciosas y mas distinguidas que se pueden ver.

Nuestros aficionados estaban visiblemente afectados: en efecto, desde que uno quiere elevarse al rango de artista, es preciso que el talento responda á la pretension; el anfiteatro aunque estuviese ocupado por grandes señores, siempre será una localidad esencialmente democrática por el mero hecho de ser anfiteatro. Por lo demás, desde luego aquel temor fué para mí una prueba de superioridad: cantantes medianos hubiesen tenido mas aplomo.

Desde las primeras notas fué grande nuestra admiracion; no eran aficionados aquellos á quienes oíamos; eran artistas admirables: seria acaso imposible encontrar aun en los mejores teatros de Francia y de Italia, tres voces que se arreglasen mas armoniosamente unidas, que las de la princesa Elisa, del príncipe José, y del príncipe Carlos; cerrando los ojos, podia uno creerse en la Scala, y figurarse oír á la Persiani, Rubini, y Tamburini: volviendo á abrir los ojos, solamente se encontraba uno en presencia de gente de mundo. Todo el concierto fué cantado con aquella superioridad de ejecución que me habia admirado tanto en la primera pieza que se cantó, y que se sostuvo hasta la última.

El concierto concluyó como se habia empezado, por repetidos y prolongados aplausos: los ilustres cantantes, llamados dos veces, salieron dos veces á saludar á su entusiasmado au-

ditorio. Es que los príncipes Poniatowski pertenecen á una familia privilegiada, y que, si perdiesen su fortuna como han perdido su trono, podian recuperar por si mismos una tan bella é ilustre como la que sus padres les legaron. En efecto, no se puede ser á la vez gran señor, y mas artista que el príncipe Carlos y el príncipe José: este último es además poeta y compositor: durante nuestra permanencia en Florencia, compuso dos óperas de primo cartello; la una seria y la otra bafa; la primera titulada *Prócida*, la segunda *Don Desiderio*: las dos han obtenido un éxito brillantísimo. Pero, preciso es decirlo, el príncipe José tiene una gran ventaja sobre la mayor parte de los compositores: concluida la ópera, llamó á su hermano y á su linda hermana, les disribuyó á cada uno sus papeles, y él se quedó con el suyo. Estudian los tres cada uno el suyo: un mes despues, toda la sociedad de Florencia fué invitada al salon Steindich, que es el teatro castellano de Florencia. Allí se representó y cantó la ópera ante un público armonimaniaco, del que todas las impresiones son estudiadas por el maestro, y al que llegan tanto mas completas, cuanto que ese maestro es á la vez autor y actor. Es verdad que hay un punto sobre el cual puede uno engañarse: y es que, en los ensayos, es muchas veces infinitamente mejor ejecutada la ópera, que en la representacion.

Cuando marchamos de Florencia, el príncipe José, ya reconocido en toda la Italia con el nombre de maestro, componia su tercera ópera para el teatro de la Fenice, de Venecia.

A las tres concluyó el concierto; teníamos el tiempo tasado para ir á nuestra casa, comer, é ir y entrar en fila en el Corso. El Corso, como lo indica su nombre, es un paseo cuyo lugar varia segun las circunstancias. Aquella vez se estendia desde la puerta del Prado al palacio Pitti, pasando de una orilla á otra del Arno, y atravesando el puente de la Trinidad. El Corso es, como la Pergola, la reunion de todos los elegantes indígenas y exóticos. El es el Longchamps de Florencia, con un cielo hermoso y veinte grados de calor, en vez de tres grados de frío. Allí todo aquel que tiene un nombre, sea acabado en *o* ó en *a*, en *off* ó en *ioff*, en *ka* ó en *ki*, acude á rivalizar en lujo. De lo que resulta que Florencia, en proporcion, es acaso la ciudad del mundo donde hay, no solamente los mas numerosos trenes, sino tambien los mas magníficos. Tambien encontramos allí á toda la familia Poniatowski: solamente que los artistas habian vuelto á ser príncipes.

Durante dos horas se pasó cada uno, no por pasearse, sino para lucir su carruaje y sus libreas. Los trenes mas ricos y elegantes son los de los príncipes Poniatowski, del conde Arifeo, y del baron de la Gherardesca. Daremos de paso que este último es el único descendiente de Ugolin, lo que prueba, aun-

que lo diga Dante, que su abuelo no se ha comido á todos sus hijos.

Concluido el Corso, cada uno volvió á toda prisa para vestirse: el Corso no es sino una especie de escaramuza, un negocio de vanguardia: allí se da al pasar la cita para la Pergola, para el combate general. Contra su costumbre, la Pergola, debe estar aquella noche perfectamente iluminada. Es, como hemos dicho, dia de gala. Pero la gala consiste en añadir á la iluminacion ordinaria un candelabro con ocho ó diez bugias por cada palco. Però se obstinan los palcos, y cuanto mas se ilumina la sala, mas oscuros quedan ellos. Esto es mucho mas cómodo para estar como en su casa, es verdad, pero es mucho menos ventajoso para las señoras que nuestros palcos descubiertos.

Lo que habia aquella noche en la Pergola de diamantes y encages, es incalculable. Todas las ricas antigüedades de las antiguas familias, habian salido de sus estuches y armarios. Reflejaban en la sala las pedrerías: sin embargo, las que sobresalían eran la princesa Corsini, la princesa Elisa Poniatowski, y la duquesa de Castigliano.

No sé por qué se canta en los teatros de Italia, á menos que sea por un resto de costumbre que no se puede desarraigar. No hay durante las tres horas que dura el espectáculo una persona que mire ú oiga lo que pasa en la escena, á menos, como ya he dicho, que haya baile. Cada uno conversa ó echa los gemelos, y la música, se comprende bien, no disgusta porque no interrumpe la conversacion. Hé aqui el secreto de la preferencia que los italianos dan á los acompañamientos de poca instrumentacion; no pueden perdonar á Mayerbeer el verse obligados á escucharle.

Los dias de gala, asiste por lo regular á la representacion el gran duque con su familia.

Tan pronto como se presenta en el palco, todo el mundo se vuelve de frente, saluda y aplaude. Despues cada uno se coloca en su lugar, se vuelve á cubrir, y no vuelven á ocuparse de él. Su presencía, por lo demas, no influyó sobre el buen ó mal éxito, ni obra sobre los silbidos ni sobre los aplausos. En Toscana no se siente la presencía del soberano, sino como se siente la del sol, por el calor y el bienestar que esparce. En cualquier parte donde él este, la alegría es mayor, hé aqui todo.

Generalmente concluye la representacion á las once. No es como en Alemania que se acuesta uno á las diez, y que se sale del teatro á las ocho y media para ir á cenar. En Italia se come poco, no se cena sino en el carnaval; los glotones son escepciones de la regla, se les señala con el dedo, y se les vitupera.

Despues de la Pergola hay sociedad; en lugar de salir en prensa como se hace entre nosotros, y tener que aguardar el carruaje en el vestibulo ó en las escaleras, se entra en

un gran salon contiguo al teatro, muy fresco en el verano, y caliente en el invierno, donde se arregla el plan para el dia siguiente. Hay allí alguna cosa de curioso, no solo de ver, sino de escuchar, y son los nombres que se pronuncian; en diez minutos pasais revista á los Corsini, los Pazzi, los Gherardesca, los Albiezi, los Capponi, los Guicciardini, todos nombres espléndidamente históricos, y que, desde los siglos XII y XIII, se repiten á menudo en la historia; os creeríais todavía en los bellos tiempos del gonfalonato, y aguardais á cada momento ver entrar ó salir á Lorenzo el Magnífico.

Poco despues de una hora, volvimos á entrar en nuestra casa. Las campanas continuaban aturdiendo, pero esta vez me tapé los oidos con algodones, y dormí como un sordo; el sol me despertó.

Habia para aquel dia, carreras de carroza, corso, iluminacion sobre el Arno, y baile en el casino de la Nobleza. El tiempo no habia sido mal distribuido. Las carreras en carroza se habian fijado para la una; se verificaron en la plaza de Santa Maria la Nueva, de la que todos los balcones son objeto de la ambicion general. Dichosos ó mas bien desgraciados, los que habitan en esta plaza; es indispensable que hagan lugar en sus casas para todos sus conocimientos quince dias antes, trabajo propio para perder la cabeza.

De nada teniamos que ocuparnos; el extranjero es un ser mimado en Florencia, siempre que esté bien recomendado, puede vivir sin cuidado alguno. Se le va á buscar á casa, se le lleva en carruaje, se le conduce á ver todas las fiestas, el teatro, y despues se le vuelve á casa. Es un deber casi nacional el divertirlo, y se hace todo lo posible por conseguirlo. Desgraciadamente el viagero tiene el carácter moroso é ingrato; si se divierte, no quiere reconocerlo, y cuando abandona la ciudad, da las gracias á los que le han divertido, murmurando de ellos. Por dicha todavía los florentinos no se desaniman por tan poca cosa; lo que hacen sin duda es porque creen que deben hacerlo, porque están en la creencia de que la hospitalidad, como todas las virtudes, tiene su recompensa en sí misma.

El principe José Poniatowski nos daba una prueba de esta obligacion convenida, y sin embargo, tan mal recompensada; el principe se habia encargado de nosotros, y debia conducirnos en casa de Mr. Finzi, cuyos balcones daban á la plaza de Santa Maria la Nueva: vino á buscarnos, no á la hora convenida, sino media hora antes. No era demasiado pronto, es verdad, para estar seguro de coger asientos en el balcón.

La plaza de Santa Maria la Nueva, es una de las mas bonitas de Florencia; en ella es donde se eleva aquella encantadora iglesia que Miguel Angel llamaba su esposa. Allí tambien Boccaccio ha colocado el encuentro de

siete jóvenes florentinas, que después de la peste de 1348 formaron el proyecto de retirarse al campo para contar allí aquellas famosas novelas, que darían una fatal idea de las costumbres de las mujeres de aquella época, si se creyese al poeta bajo su palabra.

La iglesia de Santa María la Nueva presenta en su interior lo que hace esperar viendo lo exterior: se entra en ella por una puerta de Alberti, comparable únicamente con todo aquello que hay de más selecto en este género; y una vez dentro se encuentra una galería llena de frescos y cuadros, tanto más digna de verse, cuanto que los hay de todas épocas, desde los autores griegos á los autores contemporáneos.

El momento era oportuno para ver lo que queda de los primeros: sus pinturas están sepultadas en una capilla subterránea donde quedaron en depósito, durante trescientos cincuenta días del año los estrados y gradas que se sacan de allí cada seis meses para hacer con ellos anfiteatros públicos cuando se verifican las carreras de Barberi. Por tanto, como las carreras debían ser á la mañana siguiente, la capilla estaba completamente vacía. Verdaderamente adelanta muy poco; el tiempo y la humedad han hecho cada uno su oficio, y queda poquísimo de aquellas pinceladas bizantinas á las cuales debe Florencia su Cimabue.

En cambio, si los frescos de los maestros están casi perdidos, el cuadro del discípulo está perfectamente conservado: me refiero á aquella famosa Madona rodeada de ángeles que Carlos de Aujon no se desdenaba de ir á visitar al mismo estudio del artista, y que fué conducida á la iglesia precedida de las trompetas de la república, y seguida de toda la senoría de Florencia.

Se comprende este entusiasmo haciendo como hice yo, es decir, pasando de las pinturas bizantinas á la pintura nacional. De otro modo sería difícil colocarse en el punto de vista de los entusiastas del siglo XIII. Después, si se quieren seguir los progresos del arte, de la Madona de Cimabue se pasa á la capilla de los Strozzi, donde Andrés y Bernardo Orgagna, esos dos gigantes de la poesía, han pintado el infierno y el paraíso. En el infierno, los que andan á caza de anécdotas reconocerán, en el papel que adorna su gorro, el escribano que, el mismo día en que Andrés recibió el encargo de Strozzi el viejo, había embargado los muebles del artista; de allí se irá á buscar los frescos pintados en honor de los apóstoles. Felipe y Juan por el hermano Lippi: luego se pasa por detrás del altar, y se encontrará en el coro la obra maestra de Guirlandajo, aquella capilla en que Miguel Angel se imaginaba ver la capilla Sixtina; terminanse por último las investigaciones por el *San Lorenzo* de Marchetti, por el *Martirio de Santa Catalina* de Bugiardini, del

que Miguel Angel, diseñó los soldados. En fin, es preciso inclinarse delante de los crucifijos de Giotto y de Brunelleschi, esas dos obras maestras, la una de cándida resignación, la otra de paciente sufrimiento: esta última fué la que hizo decir á Donatello: «Para tí, Brunelleschi, es hacer cristos, para mí hacer lugareños.»

Y no es eso todo: después de la iglesia vienen los claustros: después de los frescos de Orgagna, las pinturas de Paul Necellos después de la capilla Strozzi, la capilla de los españoles: después del hermano Lippi, el pintor naturalista y sensual, Simon Memmi, el pintor ideal y religioso: todo esto, iglesia, capilla, claustro y pinturas, está encerrado en quinientos pasos, con esa profusión que distiingue á la Italia, y que hace de cada edificio religioso una historia del arte.

Acababa mi visita, cuando oí grandes gritos de alegría en la plaza, en Florencia no se grita jamás sino en señal de placer. Presumí que pasaba algo de nuevo, y corrí hacia la puerta que da á la plaza. En efecto, una hilera de soldados hacia evacuar á los espectadores el sitio destinado á las carreras de carrozas; pero los curiosos buscaban el medio de que los soldados se detuvieran para conseguir su objeto. En Toscana, ya lo hemos dicho, el pueblo es el señor: es á él á quien sería preciso llamar monseñor, si se quisiera realmente dar á cada cosa su nombre: así los soldados no le hablan en general sino con el sombrero en la mano. Se le suplica se separe, se le promete que es por su bien por lo que se le manda separar, se le asegura que se divertirá si quiere obedecer: y entonces este buen pueblo, á quien se le hace atrás riendo, retrocede riendo, y cambiando con los soldados mil gestos que provocan la más jocosidad hilaridad. Jamás allí se da un culatazo, nunca un golpe con el cañon en el pecho; un soldado que diera tan solo un capirotazo á un ciudadano, iría á la prevención por ocho días. Tenemos que fundar allí una escuela de gendarmería, como la hemos fundado en Roma de pintura.

Me di prisa á ocupar mi puesto en el balcón de Mr. Finzi. Un instante después, el gran duque y toda la corte, aparecieron en el mirador de San Pablo, elegante pórtico edificando enfrente de Santa María la Nueva, por Brunelleschi; después una veintena de ginetes desembocando por Borgo-Ognisanti, anunciaron la llegada de los competidores. Casi al mismo tiempo cuatro *cocchi*, montados en sus carros avanzaron al gran trote por la plaza; los *cocchi* iban vestidos á la romana, y las carrozas talladas á lo antiguo. Los cuatro bandos del circo estaban allí representados; allí estaban los rojos, los verdes, los amarillos y los azules. Nada impedía creer, rejuveneciéndose diez y ocho siglos, que asistía uno á una fiesta dada por Neron.

Desgraciadamente la policia florentina, que tiende antes que todo, á que jamás cambien de carácter las fiestas, y á que aquellos que han venido para reir, no se vayan llorando, decide anticipadamente quién será el vencedor. En consecuencia, los otro cocchi deben dejar tomar la delantera al privilegiado del *buon governo*, que consigue muy cómodamente la victoria, y que consuela inmediatamente á sus rivales de su pérdida, llevándoles consigo á la taberna. Es tanto mas fácil organizar la delantera, cuanto que los carros y los caballos pertenecen á la posta, y los gefes de los bandos rojo, azul, verde y amarillo, son sencillamente postillones. Esta vez se había decidido que el cochero rojo sería el que ganaría el premio: era su turno y no había mas que decir, cada cinco años se repetía el turno de cada uno.

Pero un rumor tan extraño como el que acababa de oír Aquiles en el momento que encontró á Agamenon, comenzó á circular entre la multitud: se decía que el cochero rojo y el cochero azul habían tenido la vispera una disputa, y que el cochero azul había amenazado en alta voz al cochero rojo con no dejarle aclamar la victoria con la facilidad ordinaria. El cochero rojo que sabia que los dos mejores caballos de la posta le pertenecian de derecho, se había burlado de su compañero; lo que hizo que éste, habiendo prometido una segunda vez en voz baja lo que había prometido una primera en voz alta, se había preparado á la competencia dando á sus caballos doble racion de avena, y haciéndole el *fiasco* de Montepulciano que les había dado él mismo. Así, los caballos del cochero azul tenían una fogosidad desacostumbrada; y por mas seguridad que tuviese sobre la superioridad de los suyos, el cochero rojo no dejaba de tiempo en tiempo de mirarlos con inquietud.

En fin, se dió la señal por una banda de cornetas, y desplegando la antigua bandera de la república; al punto los cuatro competidores, que debian dar tres veces la vuelta á la plaza pasando cada una por detrás de los dos obeliscos colocados á sus extremos, se lanzaron con una rapidez que hace honor al servicio de las postas de la Toscana. Desde el primer momento era fácil conocer que la lucha principal sería entre el cochero rojo y el azul; los caballos del segundo escitados por su doble pienso de avena, por su botella de vino, y mas que nada por el encono de su conductor, que había pasado á su fusta, habían recobrado el vigor de sus primeros años. Obligado, por la disposicion de los carros, determinada de antemano por la policia, á ceder á su adversario el mejor sitio, es decir, el que le permitia pasar mas cerca de los dos obeliscos, probó desde la primera vuelta á quitar esta ventaja al cochero rojo. Comenzaban á apercebirse de esta rivalidad los jueces del campo, en la que no habían reparado, pero era demasiado

tarde para remediarla. Hacia la mitad de la segunda vuelta, el cochero azul trató de atajar el paso al cochero rojo; éste por su parte se equivocó; un latigazo dirigido á sus caballos, fué á dar á su adversario en la cara, el cual le devolvió otro. Desde entonces los dos competidores se sacudieron mutuamente, con gran satisfaccion de sus caballos, que, comparando la rivalidad de sus dueños, continuaron galopando á su albedrio. Pero de esto resultó un doble accidente; los dos cocheros, demasiado ocupados en sacudirse para pensar en dirigir los caballos, se vieron lanzados de tal manera, que llegando al obelisco el cochero azul chocó en el marmolillo, y el cochero rojo con el azul; tan violento fué el choque que los cuatro caballos cayeron; el cochero azul cayó, como Hipólito, enredado en las riendas de sus caballos. El cochero rojo fué arrojado á diez pasos por encima de su carro; el cochero verde, que quiso pasar entre las gradas de la iglesia y el cochero rojo, subia por los dos primeros escalones, y volcó. En cuanto al cochero amarillo que, ajustándose al programa, debía llegar el último, y que, por tanto, se mantenía á una distancia respetuosa, pudo detenerse á tiempo, y quedó sano y salvo, él y su tiro.

Como no se aguardaba este espectáculo, fué tanto mejor recibido por los espectadores. Desde las carreras de Neron, nada se había visto semejante. Toda la plaza aplaudió. Este ruido eléctrico dió fuerzas al cochero rojo, que no había hecho por lo demas, sino tocar la tierra, y que volviéndose á levantar en el acto, subió otra vez en el carruage: algunos esfuerzos le bastaron para desenredarlo, y salió otra vez al galope. El cochero amarillo pasó entre su camarada volcado, y en lugar de ser el cuarto era el tercero: ninguno quedó en la plaza sino el desventurado cochero verde, que levantó su carro haciendo algunos esfuerzos, y puso en pie á sus caballos: durante este tiempo el cochero rojo acabó su carrera y llegó triunfalmente á la meta.

Al punto sonó la trompeta, y el portaestandarte subió en el carro del vencedor, que se fué á recibir, no sé dónde, el premio de su victoria, seguido por las tres cuartas partes de la concurrencia: la otra cuarta parte quedaba para consolar á los vencidos. No hubo, por lo demas, nada que invirtiese el orden en las intenciones del *buon-governo*; el cochero rojo obtuvo la corona que la mano paternal del gonfaloniero tejió para él, y si había habido algun cambio en el programa, fué, como se ha visto, en ventaja del público.

Sin embargo, el gran duque y las jóvenes archiduquesas se asustaron mucho. Se informaron de su parte si había ocurrido algun accidente serio: felizmente se había reducido todo á algunos arañazos. La concurrencia se marchó al momento: era la hora de comer, y toda Florencia se había citado para las ocho

de la noche, desde las diez de la mañana, en los malecones que forman las márgenes del Arno.

Habíamos sido invitados, como hemos dicho, á ver las fiestas nocturnas del palacio Corsini. La duquesa de Carigliano, linda hija del príncipe, una de las mugeres más artista y más espiritual de Florencia, había querido hacernos invitar á nombre de su suegro. Nos admiramos de esta invitación, porque sabíamos que el príncipe estaba en Roma. Pero la primera persona á quien hablamos de esto, nos respondió que sin duda alguna el príncipe volvería de Roma para hacer los honores de su palacio, no solo á sus compatriotas, sino también á los extranjeros atraídos á Florencia por la solemnidad de las fiestas del patrono San Juan. En efecto, supimos en casa del señor Finzi que el príncipe acababa de llegar.

El príncipe Corsini es por su nombre y por sus modales uno de los más grandes señores que existen en el mundo: creo que desciendo de un hermano ó un sobrino de Clemente XII, al cual los romanos reconocidos elevaron una estatua de bronce que fué colocada en el Capitolio, después de su pontificado de nueve años. Desde ese pontificado data para los Corsini el título de príncipe, pero la ilustración histórica de la familia se remonta á los primeros tiempos de la república. De la familia de los Corsini era la muger animosa con quien se desposó Maquiavelo, y que le inspiró su linda leyenda de *Belphegor*.

Napoleon, que conocía á los hombres y que esplotaba en provecho suyo todas las capacidades, señaló muy particularmente al príncipe Corsini. Le atrajo á Francia, le hizo consejero de Estado y oficial de la Legion de Honor. Para Napoleon no era bastante tener posición para conseguir semejantes favores, era preciso merecerlos: el príncipe Corsini tenía posición y los merecía á la vez. También fué á él á quien Napoleon recomendó la princesa Elisa cuando fué á Florencia, donde la aguardaba la corona de gran duquesa.

Cayó Napoleon y arrastró consigo á toda su familia en su caída. El príncipe Corsini, á quien se había hecho ciudadano francés, volvió á ser italiano. Entonces Roma le nombró senador, como la Francia le había hecho consejero de Estado. El príncipe Corsini hizo su entrada en Roma; era una ocasión que se ofrecía al príncipe de honrar su nombre y su rango: la aprovechó como se aprovechan siempre las ocasiones de este género. Durante tres días las fuentes del Capitolio echaron vino; durante tres días se sirvieron mesas redondas en el Forum. No se había visto cosa semejante desde César: 43,000 escudos se gastaron en eso: 45,000 escudos componen cerca de 270,000 francos de nuestra moneda.

Así, cuando el gran duque de Toscana pensó pedir en matrimonio la hermana del rey de Nápoles, el príncipe Corsini fué el encargado

de las negociaciones. El príncipe Corsini aceptó la embajada á condición de hacer él todos los gastos. El gran duque comprendió lo que había de altivez en la exigencia: dió carta blanca al príncipe Corsini, que se presentó en la corte de Nápoles como el enviado de un emperador. Unicamente, celebrado el matrimonio, el gran duque dió al príncipe Corsini la placa de San José montada en diamantes.

Cada dos ó tres años el príncipe Corsini da un baile: este baile le cuesta de 40 á 50,000 francos. Algunos días antes de mi partida de Florencia asistí á una de esas fiestas: éramos mil y quinientos convidados: durante toda la noche se estuvo sirviendo el bufet para todo el mundo, y no había un lacayo, una pieza de plata, un candelabro ó una banqueta, que no tuviese la librea ó las armas de los Corsini. El antiguo palacio podía alimentar todavía, puede decirse, con toda clase de alimentos, á quinientas personas más.

Al presente no me admira que el príncipe hubiese vuelto espresamente de Roma para hacer en Florencia los honores de estas fiestas, que verificándose debajo de sus balcones, parecen dispuestas más bien en obsequio suyo que en el de San Juan.

La entrada del palacio Corsini es magnífica: subiendo la escalera que domina la estatua de Clemente XII, se cree uno en Versailles: mil personas paseaban ó bailaban en la antesala con toda comodidad. Apenas entramos, cuando la princesa Corsini, á quien todavía no conocíamos, vino hácia nosotros con una afabilidad y una gracia enteramente francesas. La princesa Corsini es rusa: abandonó la Italia de Asia por la Italia de Europa, la Crimea por la Toscana, Odessa por Florencia: es una señora jóven y bella, de aire magestuoso, y á quien sus trages de brocado de oro y sus aderezos de diamantes, dan el aspecto de una castellana de la edad media. Así no sé qué haya nada más en armonía con aquel palacio todo pintado por el Ticiano, Rafael y Van-Byck, que la señora, que parece haberse desprendido de uno de los lienzos para hacer en él los honores.

Me acordaré toda mi vida de la impresión que senti cuando, desde aquellos salones resplandecientes de luz, dirigí mi vista hácia el Arno convertido en una corriente de fuego por la iluminación. Los italianos tienen especial habilidad para disponer las iluminaciones en sus fiestas. El río lleno de góndolas empavesadas deslizándose el sonido de los instrumentos y llevando alegres convidados que brindaban mutuamente unos por otros, estaba, propiamente hablando, entre dos malecones de fuego. Por todas partes donde el agua se veía, el agua reflejaba fuego: el Arno, como el Pactolo, parecía llevar ondas de oro.

Concluido el fuego artificial, cada uno se despidió del príncipe. A las nueve y media había baile en el Casino, y como la corte iba á

aquel baile, era preciso que la aristocracia florentina fuese á él para recibirle. Me despedí con gran sentimiento mio, no del príncipe y de la princesa á quienes volví á ver, sino de su palacio que ofrecí volver á visitar. Por lo demas, la separacion no debía ser muy larga: comimos allí al día siguiente.

Como habia uno ido en trage de serio al palacio del príncipe Corsini, no habia que hacer sino andar cien pasos para hallarse en el Casino. Entiendo por trage de córte ó de serio, corbata blanca, cruces, insignias y condecoraciones. En cuanto al uniforme, el duque no lo exige, aun para los bailes en el palacio Pitti. No es de rigor sino en las recepciones del día de año nuevo, y en los conciertos de la cuaresma.

Seria imposible hallar un contraste mas perfecto que el que me inspiraba. Nada mas rico que el palacio Corsini, nada mas sencillo que el Casino. Es un departamento que da por un lado al muelle, y por el otro á la plaza de la Trinidad, y compuesto de cuatro ó cinco salones, pintados sencillamente al temple. Una de estas salas está destinada al baile, las otras al billar y al whist.

Cuando entramos, acababa de llegar la córte. Los respectivos embajadores aguardaban á sus compatriotas en la primera sala, y los presentaban sucesivamente al chambelán de servicio. Este era todo el ceremonial. Cumplida esta formalidad, podían entrar en la sala del baile. Nada, por lo demas, distingue al gran duque y su familia de los que le rodean: la diferencia que existe entre ellos y los demas convidados, es que los sillones se reservaban á las archiduquesas, y que en lugar de aguardar invitaciones, ellas son las que invitan por medio de sus chambelanes, á los caballeros con los cuales desean bailar. Estas invitaciones no salen de un círculo reducido, y se dirigen generalmente á los personajes que desempeñan cargos en el palacio Pitti. Los privilegiados son pues en general, los hijos del príncipe Corsini. No hay que decir, que si hay en el salon algun príncipe extranjero, se le invita con preferencia.

A las tres dejó la córte el baile, lo que no impidió á los entusiastas continuar bailando. Como no éramos nosotros de este número, nos retiramos inmediatamente y volvimos á nuestro palazco.

El día 25 habia menos que ver que el 24, no habia sino corso, carrera de *barberi* y *Pergola*. Fuimos convidados, como hemos dicho, á comer en casa del príncipe Corsini. Habia pues, medio de ver todo.

El corso era el mismo que los dos días anteriores: nada nuevo tengo que decir sobre esto á mis lectores. A las tres estábamos en el palacio del príncipe Corsini: la comida se habia adelantado una ó dos horas, á fin de que pudiésemos asistir á la carrera de los *barberi*.

Una de las cosas mas difíciles de encontrar en el extranjero, para un francés, es esa agradable y franca conversacion parisién, de la que no se conoce el precio sino cuando se ha perdido y se busca en vano. Recuerdo que un día una de provincia suplicaba delante de mí á madama Nodier que le hablase de nuestras soirées del Arsenal: «Madama ¿me hace vd. el obsequio de decir sobre que gira la conversacion entre vds?—¡Oh! Dios mio, respondió madama Nodier, nadie la hace girar, mi querida amiga; ella sola gira.» Esto asombró mucho á la provinciana, que creía que ella como una pudorosa doncella, tenia necesidad de ser dirigida por un aya.

Pues bien, esta conversacion insustancial, frívola, profana, verde, ligera, poética, proteo de mil formas, é impalpable onda encrespada, que nace de nada, que se aficiona á un capricho, se eleva por el entusiasmo, vuelve á caer con una chanza, se prolonga por la intimidad, muere por la indiferencia, se vuelve á encender con una chispa, brilla de nuevo como un incendio, se estingue de repente como un meteoro para reaparecer sin saber por qué ni cómo: esa conversacion, de que nuestra imaginacion variable está mas ávida que el estómago mas exigente lo estaria de una buena comida, la hallamos en el palacio del príncipe Corsini. El príncipe recordaba á París, la duquesa de Castigliano le comprendia: en cuanto á la princesa es rusa, y se sabe la dificultad que nosotros mismos tenemos para distinguir á un ruso de un francés. Se habla de todo y de nada, del baile, de la politica, de jockey-club, del tocador, de la poesia, del teatro, de moral, y se levanta uno de la mesa sin que pueda nadie decir de que se ha tratado, despues de haber emitido las ideas suficientes para alimentar la conversacion todo un año un pueblo de provincia.

Duró la comida hasta las cuatro y media; á las cinco eran las carreras. El príncipe Corsini habia puesto á nuestra disposicion el casino de su hijo segundo el marqués de Layatico, gobernador de Liorna. Como las carreras partian desde la puerta del Prado, los caballos pasaban justamente bajo las ventanas: no dejamos una hospitalidad sino para recibir otra.

El casino del príncipe Corsini seria en Francia un palacio. Entramos por la puerta del medio; detalle que no es insignificante, pues que la puerta del medio no se abre sino para el gran duque, los archiduques y el príncipe Corsini. Aquel día habia doble motivo para que la puerta de honor se abriese. Desde el balcon del casino del príncipe Corsini es desde donde los jóvenes archiduques *deben* ver la carrera. Digo *deben*, porque creo que entre el palacio Pitti y el palacio Corsini es un antiguo contrato de príncipe á príncipe: el hijo pequeño del príncipe Corsini, que es un bonito niño de cinco ó seis años, hacia

alli los honores á los jóvenes archidukes, que son, sobre poco mas ó menos, de su edad.

La hora de la carrera se aproximó: nos colocamos nosotros en las ventanas y balcones laterales; la ventana y el balcon del medio estaban reservados á los archidukes. La calle presentaba un aspecto del que no se puede formar una idea. A cada lado habia construido un anfiteatro de gradas que se elevaban á la altura de los primeros pisos, de los que las ventanas parecian formar el último escalon. Resultaba de aqui que como las ventanas del segundo sucedian á las ventanas del primero, el tejado de las ventanas del segundo y las gradas, ventanas y techos estaban llenas de hombres, mugeres y niños; no habia interrupcion de espectadores en un espacio de mas de cincuenta pies de alto. Añádase á este cuadro viviente, inquieto y variado, las largas y flotantes colgaduras de damasco de mil colores que en todas las fiestas públicas acostumbran los italianos á poner en sus balcones, y se tendrá una idea del espectáculo que se ofrecia á nuestros ojos en toda la estension que alcanzaba nuestra vista.

Bien pronto nuestras miradas se fijaron en los competidores: eran cinco lindos caballos de poca alzada, nacidos en Toscana, porque solo los caballos toscanos pueden aspirar al premio, del que parte es un regalo del gran duque, y parte el resultado de una rifa. Cada uno de ellos lleva en una pierna el número bajo el cual está inscrito, y sobre el lomo y á lo largo de sus costillas, cuelgan una especie de castañas de hierro cuyas puntas afiladas como agujas están destinadas á activar su carrera. Avanzan conducidos por sus respectivos dueños, que les hacen colocar detrás de una cuerda: á una señal dada, esta cuerda debe caer y dejar libre el paso. La distancia que recorren es, sobre poco mas ó menos, de dos millas. El punto de partida era como lo hemos dicho, la puerta del Prado, y el término la puerta de la Croce. Uno, dos, tres, cuatro ó cinco cañonazos debian anunciar la victoria, é indicar el vencedor el número de los cañonazos correspondiente siempre á su número.

Hecha la señal, cayó la cuerda; los cinco caballos partieron al galope y desaparecieron en el Borgo-Oguisanti. Cinco ó seis minutos despues se oyeron dos cañonazos; era el número 2 el que habia ganado. Al punto todo el pueblo se dispersó sin ruido ni rumor, marchándose, no como el agua de un torrente, sino como la de un lago; alegre sin embargo, pero alegre con ese gozo interior que no tiene necesidad para ser completo, ó mas bien para aturdirse, de una manifestacion bulliciosa. Todo pueblo que se divierte con gran ruido, es un pueblo que sufre.

El espectáculo en sí mismo, no habia durado cinco segundos, y sin embargo, la ciudad se habia molestado para asistir á él. Es que, como ya hemos dicho, todo es pretexto

para divertirse en Florencia. Se divierten allí mas con el placer que se tendría ó se debiese haber tenido, que con el placer que se tiene.

El día se terminó por la Pergola para la aristocracia, por el *cocomero* para los ciudadanos, y por el teatro de Borgo-Oguisanti y de la Plaza Vieja para el pueblo.

Hubiesen estado bien al día siguiente y al otro algunos ratos de fiesta, como despues de los temblores de tierra el suelo se estremece todavia algun tiempo; pero al instante todo volvió á su estado ordinario: en fin, los grandes calores de julio llegaron, y cada uno se marchó á tomar las aguas de Luca, de Viareggio ó de Monte-Cattini.

## EL PALACIO PITTI.

Desgraciadamente, como estábamos lejos de haber concluido nuestras exploraciones, interrumpidas por las fiestas de San Juan, forzoso nos fué quedarnos todavia. Dimos á nuestros conocimientos florentinos cita para las aguas de Monte-Cattini: despues les deseamos un viage feliz, y ellos que nos divirtiésemos.

Nuestra primera excursion fué al palacio Pitti.

El palacio Pitti, residencia habitual del gran duque, está situado como nuestro Luxemburgo, con el que tiene alguna semejanza, en la otra márgen del Arno. Se va á él por el Puente Viejo, siguiendo el pasage de que he hablado, y que el gran duque Cosme, en su amor por la antigüedad, hizo construir por el modelo del que, segun Homero, unia el palacio de Héctor al palacio de Priamo.

El Puente Viejo, construido por Tadeo Gaddi, data de 1345: reemplazó á las ruinas del antiguo puente construido por los romanos. Está, menos la porcion de en medio, abierta de dia, ocupado de un extremo al otro de tiendas, que una órden del comandante del distrito, dada en 1594, reserva á los plateros. Esta órden subsiste hoy en toda su fuerza. Solo que cuando se piensa que es de esos talleres de donde salieron los Brunelleschi, los Ghiberti, los Donatello y los Benvenuto Cellini, se encuentra á sus descendientes, miserables obreros sin gusto y sin genio, muy degenerados de sus sublimes antepasados. Felizmente al extremo del puente la vista fatigada con tanta quincalleria de oro, descansa en el Hércules y el Centauro, uno de los mas lindos grupos de Juan de Bolonia, que ejecutado en 1600, termina por una obra maestra el siglo XVI, aquella era de las obras maestras.

Bajando por el malecon, se halla la via Maggio, que contiene dos recuerdos bastante curiosos. El primer recuerdo histórico es conocido de todo el mundo: es la encantadora casa habitada por Bianca Capello cuando el gran duque, habiendo dado el empleo de gefe del guardarropa á su marido, resolvió, para librarse de esas largas expediciones nocturnas de que hemos visto le reprendia su padre, aproximar su querida al palacio Pitti. Se le conoce por los encantadores frescos que le adornan, por las armas de los Médicis esculpidas en su fachada, y por esta inscripcion grabada en una lápida de mármol blanco:

*Bianca Capello,  
Prima che fosse moglie á Francesco  
primo dei Médicis,  
Avito questa casa, chel ella si edificava nel 1566.*

El segundo recuerdo, enteramente artístico, desapareció con los dos personajes á los cuales se refiere, y no vive sino tradicionalmente en la memoria de los poetas; hele aquí:

Era hácia el fin del otoño del año 1573. Un hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años estaba de pie á la puerta de su casa, situada en la via Maggio (4) cuando vió venir hácia él un jóven buen mozo de veinte y nueve á treinta años, montado en un caballo ricamente enjaezado, que manejaba como verdadero hombre de guerra. Llegado en frente de él, el jóven se detuvo, le miró un instante como para asegurarse de que no se engañaba: despues se apeó y se fué hácia él:

—¿No sois, le preguntó, Bernardo Buontalenti, el maravilloso arquitecto cuyo genio creador ha descubierto esas bellas tramoyas teatrales con ayuda de las que se acaba de representar en esta ciudad la *Aminla* de Torquato?

—Si, respondió aquel á quien se habia hecho la pregunta en términos tan lisonjeros: sí, yo soy Bernardo Buontalenti. Solo que, confesando que es así como me llamo, no puedo aceptar los elogios exagerados que vuestra galanteria quiere conceder á mi nombre.

Entonces el jóven, con una dulce sonrisa, se aproximó á él, y echándole los brazos al rededor de su cuello, le abrazó y le oprimió contra su corazon: despues, como el otro admirado de esta demostracion amistosa, parecia ver si en la fisonomia del viajero encontraba algunos rasgos que le recordasen un conocimiento antiguo:

—Sois Bernardo Buontalenti, dijo de nuevo el jóven, y yo, yo soy el Tasso, venido espresamente de Ferrara para veros y abrazaros. Adios, hermano.

Y diciendo estas palabras, montó el jóven sobre su caballo, y haciendo una última señal

de despedida á Bernardo Buontalenti, se alzó al galope, y desapareció bien pronto por el estremo de la via Mazetta.

Esta fué la única vez que se vieron el poeta y el arquitecto, lo que no impidió que se conservasen una mútua y eterna amistad.

A algunos pasos del lugar donde acaeció esta escena, se levanta el palacio de Lucca Pitti, mas imponente por su mole, que notable por su arquitectura.

Felipe Strozzi el Antiguo, habia hecho edificar, como ya hemos dicho, cerca de la plaza de la Trinidad, un palacio que por su forma, su mole y su solidez, fuese la admiracion de Florencia. Lucca Pitti tuvo envidia por esto; sobrepujando en esta época á Strozzi en riquezas, quiso sobrepujarle en magnificencia. Hizo venir á Brunelleschi, al que la cúpula del Domo acababa de hacer el primer arquitecto del mundo, y le dijo que queria un palacio cuyo patio pudiese contener con comodidad el palacio Strozzi. Brunelleschi puso manos á la obra, y algunos dias despues presentó á su opulento patron un plano que fué aprobado y que se comenzó al momento á poner en ejecucion.

Esto pasaba hácia 1440, sobre poco mas ó menos. Habia entonces una oposicion en Florencia, y Lucca Pitti era el gefe de ella, y cuyo blanco era Pedro el Gotoso. Colocado entre Cosme el Grande, que acababa de morir, y Lorenzo el Magnífico, que acababa de nacer; perdido en la sombra de sus cálculos, hundido en la noche de sus ágios mercantiles, retenido por sus dolencias en una ú otra de sus infinitas vilas, Pedro de Médicis es la sombra que hace resaltar los dos grandes hombres entre los cuales se habia oscurecido: la oposicion era, pues, de moda contra él, y Lucca Pitti debia su crédito, su fortuna y su popularidad á su titulo de gefe de esta oposicion.

Asi, cuando anunció su intencion de hacer edificar un palacio que oscureciese á los otros palacios por su arquitectura, é hiciese sombra al bello palacio de Cosme el Antiguo, y al sombrío palacio de Strozzi, todas las simpatias fueron para él. Los ricos le ofrecieron sus haciendas, y los pobres sus brazos, y no tuvo sino escoger á los que su orgulloso capricho quiso elegir; y gracias al crédito inagotable de sus prestamistas, y á la fuerza cada vez mayor de sus obreros, el maravilloso palacio dirigido por su sublime arquitecto, salió de la tierra con la rapidez de una construccion encantada.

Pero llegó un bello dia en que aquella oposicion encarnizada de Lucas Pitti pareció desmayar. Cuando se hace uno gefe de partido, no se pertenece ya á sí mismo, se convierte en la cosa, la propiedad, el instrumento de su partido. Desde este momento, si no se tiene el genio de Cromwel ó la energia de Napoleón, es preciso abdicar toda opinion perso-

(4) Al estremo de la calle dei Marsili, del lado de Oriente. Es la misma en la que se encuentran todavia restos de pinturas ejecutadas por el Poratti.

nal, dejarse arrastrar por aquel poder superior que se sirve de nosotros como de un ariete, bate las murallas con nuestra frente, y ó remueve el obstáculo, ó nos estrella contra él. Lucca Pitti tuvo miedo de ser estrellado, y un día se esparció el rumor de que habia hecho traicion á la república, y pactado con el poder que queria destruir.

Desde entonces Lucca Pitti fué perdido, los tesoros que le habian sostenido se cerraron, los brazos que le servian, se armaron contra él. Se exigió de su caja el reembolso al contado de todo lo que se le habia prestado: sus acreedores tuvieron en sus procedimientos esta exigencia odiosa, que caracteriza los pleitos mercantiles. Los nuevos depósitos faltaron: el activo, aunque sobrepujaba en mucho al pasivo, no pudo hacerle frente inmediatamente. Lo obra se interrumpió cuando iban ya construidas las tres cuartas partes. El crédito de la casa que descansaba en dos siglos de lealtad, se hundió, como si aquel vaso de oro hubiese sido de barro. Los sucesores de Lucca Pitti descendieron desde el tormento á la miseria: en fin, su sobrinito Juan, se vió obligado á vender el palacio, por la ruina de su antepasado, á Cosme I, que acababa de subir al trono, y que habiéndole comprado con todas sus dependencias por nueve mil florines de oro, es decir, cien mil francos ó poco mas de nuestra moneda, lo constituyó en dote para Leonor de Toledo su muger.

Desde entonces, el palacio Pitti abandonado hacia cerca de sesenta años, y que perecian las ruinas de su edificio sin concluir, comenzó á tomar vida, Nicolo Braccini, por sobrenombre el Tribolo, continuó la obra que Brunelleschi, muerto en 1446, habia dejado empezada; fué diseñado el jardín Boboli, se sacó partido de los accidentes del terreno, bosques se elevaron sobre sus montañas, fuentes corrieron en sus valles; en fin, en 1555, es decir, seis años despues de ser propiedad de Cosme el Grande, el palacio Pitti, que habia conservado su primer nombre, se halló en estado de recibir á los diputados sieneses que llevaban á Cosme el tratado de capitulacion de su ciudad.

Era un gran negocio para Cosme la sumision de Siena, aquella eterna rival artistica comercial y política de Florencia. Siena disputaba á Florencia el renacimiento de la pintura. Siena tenia su domo de mármol rojo y negro, que competia con lo obra maestra de Brunelleschi; Siena habia ganado la famosa batalla de Montaperto, que habia puesto á Florencia á dos dedos de su perdicion; Siena en fin, guardaba todavia en su palacio popular el carroccio de Florencia, trofeo de aquel gran desastre. Pero todo este pasado desaparecia ante este hecho presente: Siena humillaba su frente hasta el polvo: Siena deponia á los pies del gran duque su corona mural:

Siena, de reina se convirtió en esclava; la república se hacia provincia: y gracias á esta anexion de territorio enmedio de la nueva formacion de los estados de Europa que empezaban á organizarse, la Toscana subia casi al rango de potencia de segundo orden.

Por tanto, hubo grandes fiestas en el palacio Pitti, con motivo de la capitulacion de Siena.

Tres años despues, Cosme que estaba en su período de fortuna, celebró en el palacio Pitti el matrimonio de su hija Lucrecia con el principe Alfonso de Este, primogénito del duque de Ferrara.

Esta fué aquella Lucrecia de la que hemos hablado con ocasion del Palacio Antiguo, y de la que, al cabo de tres años se supo su muerte. Los historiadores creen que sucumbió de una fiebre pútrida. El pueblo, con ese instinto de verdad que le engaña rara vez, referia que su marido la habia asesinado en un arrebato de celos. La tradicion popular está sobre el relato de los historiadores.

Este matrimonio que terminó las disputas de sitio preferente entre las casas de Este y de Médicis, habia sido celebrado, sin embargo, bajo ricos auspicios; magníficos bailes se dieron en esta ocasion en el palacio Pitti, y en una soirée hubo una mascarada tan magnífica, que los historiadores no creyeron su descripción indigna de su pluma: es verdad que cuando los historiadores tienen que escribir la vida de los tiranos, las tres cuartas partes de su obra están destinadas casi siempre á la relacion de sus fiestas.

Esa mascarada se componia de cinco cuadrillas de doce personas cada una; la primera cuadrilla representaba doce principes indios; la segunda doce florentinos vestidos á la usanza del siglo XIII; la tercera doce gefes griegos; la cuarta doce emperadores; y en fin, la quinta doce peregrinos. Se habian reservado estos para lo último como lo mas rico. En efecto, cada peregrino iba revestido de una túnica de tela de oro, cuya esclavina estaba toda guarnecida de conchitas de plata, en el fondo de las que estaban incrustadas verdaderas perlas.

El mismo año se celebró tambien en aquel palacio el matrimonio de Isabel, aquella otra hija de Cosme, tan ardiente y singularmente amada por su padre, y que estuvo en poco durmiendo en el gran salon del palacio antiguo, que costase la vida á Vasari. Esta tambien tenia un horóscopo funesto, y debia ser asesinada. Su marido era Pablo Giordano Orsini, duque de Bracciano. Recuérdese que la estranguló con una cuerda oculta bajo la almohada conyugal despues de una partida de caza en su isla de Ceritto.

Hacia esta época fué cuando, para hacer el palacio Pitti, cada vez mas digno de los grandes sucesos que alli acaecian, el gran duque Cosme mandó hacer por el Ammianato aquel mag-

nífico patio dentro del cual, según la orgullosa presunción de su primer propietario, debía caber con holgura el palacio Strozzi. En efecto, este patio, tiene él solo, en cada una de sus fachadas, tres pies más de largo que la fachada correspondiente del palacio que estaba destinado á encerrar como en un cofre de granito.

Leonor de Toledo, á cuyo nombre había comprado Cosme el palacio Pitti, murió á su vez, ya se sabe cómo, en seguida de la muerte de sus dos hijos, asesinados el uno por su hermano, y el otro por su padre. Cosme trató de consolarse de esta terrible desgracia con un nuevo amor: y cansado del poder, fatigado de la política, abandonó á su hijo Francisco el gobierno de sus estados, siempre dispuesto sin embargo, á intervenir en él, si aquel se separaba demasiado de los ejemplos paternos.

La primera de sus queridas, fué entonces Leonor de Albeizzi. Este amor inquietaba al joven gran duque Francisco que debía dar bien pronto el ejemplo de un amor aun más extraño todavía. Colocó como espía cerca de su padre á un ayuda de cámara llamado Sforza Almeni, que le daba cuenta diaria de la influencia progresiva que adquiría Leonor sobre su amante. Desgraciadamente para el pobre Almeni, el anciano Cosme se apercibió de este doble oficio que desempeñaba su ayuda de cámara cerca de él. Cosme no transigia con sus odios, ni contemporalizaba con sus venganzas: seguro de la traición de su criado, le llamó, y sin levantarse del sillón donde estaba sentado, sin decirle nada, sin reprenderle lo más mínimo, como si juzgase la justificación del reo inútil á los ojos mismos de la víctima, le hizo seña de que le alcanzara su puñal que estaba sobre una mesa: y como Sforza Almeni se le presentara teniendo la vaina, le cogió por el puño, y le hirió con la hoja con un golpe tan certero y profundo, que el ayuda de cámara cayó muerto sin exhalar un grito. Cosme llamó entonces otra vez, é hizo sacar el cadáver. Esto aconteció en el palacio Pitti el 22 de mayo de 1566.

Pero sea que Leonor de Albizzi hubiese cesado de agradar á Cosme, sea que este episodio de su amor le hubiese producido algún resfriamiento, hizo desposar á su querida con Carlos Panciaticeí, y dirigió sus ojos á otra joven llamada Cándida Martelli.

Esta fué al anciano Cosme, lo que madama Maintenon fué al anciano Luis XIV. A pesar de la oposición de su nobleza y de su familia, Cosme, una noche se casó en la capilla del palacio Pitti; pero familia y nobleza se consolaron sabiendo, que por un artículo del contrato de matrimonio, Cosme privaba á su mujer del derecho de tomar el título de gran duquesa.

Cosme no sobrevivió sino cuatro años á este matrimonio, y murió en el palacio Pitti

el 21 de abril de 1574, á la edad de cincuenta y cinco años: había reinado treinta y siete.

Apenas murió el gran duque, su viuda recibió orden de abandonar el palacio, y retirarse al convento de la Murate. Pero como esta residencia la desagradaba, y lloraba allí noche y día, se le dió á escoger otro monasterio; entonces escogió el de Santa Mónica donde había sido educada, y donde murió, después de haber pagado casi con veinte años de reclusión, el honor de haber sido dos años la querida y cuatro la mujer de Cosme I.

Los dos conventos que acabamos de citar no existen ya: suprimidos por un decreto de 1808, no se han vuelto á abrir.

Tres años después de haber sido testigo de la muerte de Cosme el palacio Pitti, lo fué del nacimiento de su nieto. El 20 de mayo de 1577, Juana de Austria, casada con el gran duque Francisco, dió á luz un archiduque que no debía vivir sino algunos años. Su venida al mundo fué la señal de una gran fiesta: se arrojaron por las ventanas del palacio Pitt, grandes cantidades de oro al pueblo: después, delante del terrado que conduce allí, se llevó tan grande cantidad de toneles de vino: que al abrir las espitas, los caños de líquido que no se pudieron recoger, se corrieron hasta el Puente Viejo.

Resultado de aquí que el buen pueblo florentino, en su embriaguez, quiso que aun los mismos sentenciados participasen de la alegría general. En consecuencia corrió á las prisiones de los Stinche, de las que derribó las puertas. Los presos se aprovecharon de ello, como se comprende bien, no para brindar con sus libertadores, sino para ganar las fronteras.

También en el palacio Pitti, donde murió la pobre duquesa Juana, abandonando el trono á su rival Blanca Capello, que á poco más de un año, es decir, el 18 de junio de 1579, se casó con el gran duque Francisco en la misma capilla en que Camila Martelli se había desposado con Cosme.

Después de las fiestas del matrimonio del gran duque Francisco, vinieron las del de su hija Leonor, que se casó con don Vicencio Gomme, hijo del duque de Mantua. Esta vez fueron tan notables las fiestas, que hicieron desbordarse á la ciudad. Uno de los episodios de estas fiestas fué un famoso combate á pedradas que tuvo lugar en la Via Larga, y para la ejecución del cual se dividió Florencia en dos campos: el uno mandado por Averard de Médicis, el otro por Pedro Antonio de los Bardi. Cada uno de los dos bandos tenía su música al sonido de la cual vinieron á las manos con tal encarnizamiento que, á pesar de las corazas de que estaban cubiertos los combatientes al cabo de media hora, muchos de ellos estaban gravemente heridos. La nueva de este suceso llegó al palacio Pitti en medio de los placeres de otro género que el gran duque ofre-

cia á sus huéspedes. Mandó al punto que partiese al galope un cuerpo de caballería, y separase á los dos ejércitos: era tiempo, puesto que no se limitaban ya á las piedras, y comenzaban á tirar de las espadas: de modo que la caballería tuvo mucho que trabajar para cumplir la órdeu que se le habia dado. Hecha la cuenta, hubo, tanto en el bando de Averard de Médicis como en el de Antonio Bardi, veinte y siete heridos, de los que murieron siete á consecuencias de las heridas. Además, de los curiosos, once personas murieron; pero de estas nadie se inquietaba porque eran del populacho. Florencia la republicana, como se vé, habia dado grandes pasos hácia la aristocracia.

Hemos dicho como el gran duque Francisco y Blanca Capello, muertos de la misma enfermedad, habian dejado el trono al cardenal Fernando, el cual habia colgado muy pronto sus hábitos, y se habia desposado con Maria Cristina de Lorena. Los nuevos esposos recibieron la bendicion nupcial de mano del arzobispo de Prie, en la capilla del palacio Pitti, que en cincuenta años habia visto tantos matrimonios y tantas muertes, tantas fiestas y tantos duelos.

La noche del 11 de mayo de 1589, vinieron los regocijos conyugales del nuevo duque á sobrepujar todas las magnificencias de sus predecesores. Buontalenti, altivo todavia con los abrazos del Tasso, era el encargado de la direccion de aquellas fiestas, y el que habia prometido que sobrepujarian á las otras.

En efecto, he aquí lo que los elegidos para esta gran soirée pudieron ver en medio de su profunda admiracion.

Desde luego fueron introducidos en el famoso patio, obra maestra del Ammanato, el cual estaba como un circo antiguo cubierto de un toldo de tela encarnada, y rodeado de gradas, excepto en el sitio que da al jardin, donde habia una gran fortaleza guardada por soldados turcos. Cada uno ocupó su lugar en las gradas, así como las ventanas del palacio, y á la señal hecha con un cañonazo, á la luz de una iluminacion como de dia, se vió entrar un gran carro triunfal en el que iba un nigromántico que, despues de hacer en medio del circo muchos encantamientos, se adelantó hácia la gran duquesa y la recitó su horóscopo. Este horóscopo, como se comprenderá, era una interminable sucesion de alegrías y felicidades que, al contrario de las predicciones de este género hechas á los príncipes, se realizó.

Despues del carro del nigromántico, vino otro carro tirado por un dragon, del cual descendieron al momento dos caballeros armados de punta en blanco, y montaron sobre dos caballos cubiertos de hierro como ellos: iban acompañados de una banda de música, que mientras ellos se aprestaban al combate que iba á verificarse, fueron á colocarse bajo el balcon ocupado por la gran duquesa, y le dieron un magnífico concierto.

Acababan de salir los dos carros para despejar el patio, cuando se vió entrar una máquina que representaba una montaña: esta máquina parecia moverse sola, y era imposible descubrir el secreto de su locomocion: llegada en medio del circo se abrió y dió paso á otros dos caballeros, armados como los primeros, y que eran el duque de Mantua y don Pedro de Médicis. Al punto comenzó la justa entre los cuatro combatientes, y no fué interrumpida sino por la aparicion de una segunda montaña, tirada por un cocodrilo gigantesco que conducia un mago, y que era seguido de un carro antiguo, sobre el cual estaba de pie don Virginio Orsini, vestido de dios Marte, teniendo cerca de él ocho bellas jovencitas vestidas de ninfas llevando en la mano cestas llenas de flores, de las que cubrieron á la gran duquesa y las damas de su comitiva, y todo esto cantando un epitalamio en loor de los augustos esposos.

En fin, concluyó está nueva diversion, y se vió adelantarse un jardin que, despues de encogerse para pasar por la puerta, se estendió todo lo largo del patio, desplegando á medida que se estendia lagos con sus lanchas, castillos con sus habitantes, fuentes con sus náyades, grutas con sus ninfas, y en fin, bosques poblados de pájaros domesticados que se pusieron á cantar, tomando la luz de la iluminacion por la del sol. Despues, cuando los espectadores maravillados gozaron una media hora de este maravilloso espectáculo, el jardin comenzó á volverse á encoger, contrayéndose á medida que se encogia, sus bosques, sus grutas, sus fuentes, sus castillos y sus lagos, hasta que reducido á su grandor primitivo, salió por la puerta que le habia dado entrada.

Entonces la justa volvió á comenzar, y al cabo de una media hora fué interrumpida de nuevo; pero esta vez por un magnífico fuego artificial que esparció una gran claridad por todas las aberturas de la fortaleza turca, que esperando fuese sitiada, anunciaba á los espectadores que las diversiones de la noche no estaban todavia terminadas. En efecto, apagado el último cohete, se abrieron las gradas, y por escaleras ocultas en lo interior, dieron paso á los que las cubrian hasta las salas bajas del palacio, donde estaba preparada una cena para tres mil personas. Terminó la cena, y hácia media noche se invitó á los convidados á volver á ocupar las gradas.

Pero la admiracion fué grande y general cuando se vió que el aspecto del patio habia cambiado enteramente: en efecto, representaba esta vez la mar y en ella diez y ocho galeras de diversos tamaños ocupadas por un ejército de caballeros cristianos, que formaban una armada para conquistar la fortaleza turca, á imitacion de los héroes que acababa de inmortalizar Torcuato Tasso en su *Jerusalen Libertada*.

Entonces comenzó el asalto con todas las

astucias del ataque, y todos los recursos de la defensa, una y otra iluminada por un fuego artificial continuo, y salvas no interrumpidas de infantería. En fin, media hora despues de este combate terrible, en el que sitiados y sitiadores dieron pruebas del ánimo mas esforzado, la fortaleza fué tomada, y la guarnicion amenazada de ser pasada á cuchillo, se puso á merced de las damas, que pidieron y obtuvieron su perdon.

Estas fiestas duraron un mes, sobre poco mas ó menos. Durante un mes dos mil personas casi fueron alimentadas y alojadas en el palacio Pitti; y se encontró en los libros de gasto del gran duque, que durante aquel mes se habian bebido nueve mil toneles de vino, convertido en pan siete mil doscientos ochenta y seis sacos de trigo, quemado setecientos setenta y ocho *cárceles* de leña, agotado ochenta y seis mil quinientas fanegas de avena, consumido cuarenta mil libras de carbon, y comido 36,056 francos de dulces.

Once meses despues de estas fiestas, la gran duquesa dió á luz en el palacio Pitti un hijo, que recibió el nombre de Cosme, en memoria de su ilustre abuelo.

Desde este hijo comienza la decadencia de la casa de los Médicis: la hemos visto nacer con Juan de Médicis, prosperar con Cosme el Padre de la patria, florecer con Lorenzo el Magnífico, llegar á su apogeo con Cosme, ser respetada y poderosa con Francisco y Fernando; al presente la veremos declinar rápidamente con Cosme II, Fernando II, Cosme III y Juan Gaston, en cuyo tiempo debia extinguirse y desaparecer, no solo del horizonte político sino aun de la superficie de la tierra.

Cosme II, el mayor de los nueve hijos que Fernando habia tenido de Cristina de Lorena, heredó de su padre tres virtudes que reunidas en un soberano hacen la dicha de su pueblo: la generosidad, la justicia y la clemencia. Es verdad que todo en él era sencillo, sin elevacion, y mas bien el resultado de un natural bueno, que de un gran talento. Una admiracion suprema por su padre, le condujo á imitarle en todo: hizo lo que pudo por imitarle, y por consecuencia, como hombre que marchaba detrás de otro hombre, ni pudo ir tan lejos ni subir á la altura de aquel á quien seguia.

El reinado que comenzó fué, pues, como el reinado que acababa de concluir, una época de bienestar y tranquilidad para el pueblo, por mas que fuese fácil de observar que el nuevo árbol de los Médicis habia gastado la mayor parte de su savia en producir á Cosme I, é iba debilitándose. Durante ocho años que Cosme II ocupó el trono de Toscana, todo fué una pálida copia de lo que durante veinte y un años habia sido el reinado de su padre: trabajó en las fortificaciones de Liorna como su padre habia trabajado en ellas: protegió las ciencias y las artes como su padre las habia

protegido: continuó mejorando la sanidad de los terrenos pantanosos como su padre lo habia hecho. Por lo demas, como su padre Fernando y como su abuelo Cosme el Grande, Cosme II hizo todo lo que pudo para detener á la escuela florentina en su decadencia: dibujando él de una manera distinguida, favorecia sobre todo la aficion entre los demas al arte de que se ocupaba principalmente; lo cual no le hacia injusto ni con la escultura ni arquitectura, antes al contrario, las honraba de un modo visible, puesto que siempre que pasaba por delante de la Loge de Orcagna y delante del Centauro de Juan de Bolonia, hacia ir su carruaje al paso, diciendo que no podía separar sus ojos de aquellas dos obras maestras.

Así Pedro Tacca, discípulo de Juan de Bolonia, que habia acabado las estatuas de Felipe III y de Enrique IV, que su maestro no habia tenido tiempo de acabar, era muy honrado en su corte, así como el arquitecto Julio Parigi. Pero sin embargo, como dejamos indicado, su mayor simpatía era por las pinturas: así su sociedad mas íntima y continua la componian Gigoli, Dominico Panignani, Cristóbal Allasi, Matthieu Roselli. Animaba mucho tambien á Jacobo Callot á que hiciese una parte de sus grabados; á Gaspar Molle que grabase las monedas y medallas, en lo que sobresalia, y á Jacobo Antteti, célebre por sus incrustaciones en piedras muy compactas.

Y sin embargo, á pesar de lo que, como se ve, estimulaba las artes y las ciencias, todo lo que se hizo bajo su reinado en pintura y escultura, era de pintores y estatuarios de segundo orden; y en las ciencias, el único descubrimiento un poco importante que señala su época, fué el descubrimiento por Galileo de los satélites de Júpiter, á los que este grande hombre, en reconocimiento de su perdon de destierro en Toscana, dió á aquellas estrellas el nombre de Médicis. Es que la tierra que habia producido tan grandes hombres y tan grandes cosas, comenzaba á agotarse.

Aunque padeciendo de la enfermedad de que murió, el gran duque Cosme II se empeñó en poner la primera piedra del ala que hacia añadir al palacio Pitti. Se llevó esta piedra á su cámara y fué bendecida en su presencia: el enfermo, con una llana de plata, la cubrió de cal, y fué depositada en lo mas profundo de las zanjas abiertas, con una cajita que contenia medallas y monedas de oro y plata con el busto del moribundo y tres inscripciones latinas, las dos primeras compuestas por Andrés Salvadori, y la tercera por Pedro Vettori el jóven. Apenas la pared que lo cubria se elevó sobre la tierra, cuando Cosme II murió á la edad de treinta y dos años.

El hijo mayor de Cosme le sucedió bajo el nombre de Fernando II; pero como no tenia sino once años, se le pusieron por regentes durante su minoría, que debia durar hasta la

edad de diez y ocho años, á la gran duquesa Cristina de Lorena, su abuela, y la archiduquesa Maria Magdalena de Austria, su madre. Esta regencia no ofreció nada de notable.

El primer cuidado de Fernando II al salir de la tutela, fué, en cualidad de príncipe cristiano y como hijo piadoso, ir á reconocer en Roma á su compatriota Urbano VIII como gefe de la Iglesia católica, y pasar de allí á Alemania para recibir la bendición de su tío materno.

En seguida volvió á tomar el gobierno de sus Estados.

Era cosa fácil por lo demas, en aquella época, como hoy, reinan en Toscana. La ciudad turbulenta de Farinata de los Huberti, y de Renand de los Albizzi habia desaparecido al ejemplo de aquellas ciudades que han sido sepultadas bajo la ceniza, y sobre las que se edificó una nueva ciudad, sin que desde el fondo de su tumba hagan aquellas un solo movimiento, exhalen un solo suspiro. Así, á partir desde Fernando I, la Toscana, por decirlo así, no ha tenido mas historia.

Es como el Rhin, que teniendo su origen en medio de los hielos y de los volcanes, despues de pasar en forma de cascada por Schaffouse, despues de correr sombrío, terrible, y mugiente sobre los profundos pozos de Bingen, entra en las montañas de Drackenfels, atraviesa las rocas de la Lorey, se ensancha, se encalma y se purifica en los llanos de Vesel y de Nimega, y va, sin llegar aun á la mar, á perderse en los arenales de Korkum y de Vandreiffan. En esta última parte de su curso, es sin duda alguna, mas útil y provechoso: y sin embargo, no se visita sino su nacimiento, y su cascada, y en aquella parte de su curso situada entre Maguncia y Colonia, es donde despliega toda la energia de su huida contra la tiránica opresion de sus riberas.

Así el largo reinado del hijo de Cosme II se pasó, no en conservar la paz en sus Estados, sino en los Estados vecinos. Este se coloca entre la cólera de Fernando y el duque de Nevers amenazado por aquella: se esfuerza en conservar sus Estados al duque de Parma, Odoand; protege la república de Luca contra los atentados de Urbano VIII y de sus sobrinos; se interpone para reconciliar al duque Farnesio con el papa; en fin, se declara mediador entre Alejandro VII y Luis XIV: de manera que si alguna vez se preparó para la guerra, es cuando á todo precio quiso la paz; y para llegar á este punto fué para lo que fomentó la marina, y obligó á hacer marchas y contramarchas á las tropas, y en fin, por lo que acabó las fortificaciones de Liorna y de Porto-Ferrajo.

Todo lo demas del tiempo lo dedicó á las ciencias ó á las letras. Galileo es su maestro, Cárlos Dati su oráculo, Juan de San Giovanni; Pedro de Lortona, sus favoritos. El cardenal Leopoldo su hermano, le ayudó en la tarea

artística que habia emprendido, como le ayudó en los cuidados de su gobierno. De todas partes son llamados, sábios, literatos y pintores; y no es por culpa de los dos hermanos que reinaban, por decirlo así, juntos, el que la Italia comenzase á decaer, sino porque era demasiado vieja, y si los otros Estados respondian pobremente al llamamiento que se les hacia, es porque todavia eran demasiado jóvenes.

Hé aquí lo que Fernando y Leopoldo hicieron por las ciencias:

Fundaron la academia del *Cimento*, concedieron pensiones al danés Nicolás Henon, y al flamenco Tilman. Todavía enriquecieron á Evangelista Torricelli, sucesor de Galileo, y le dieron una cadena de oro de la que pendia una medalla con esta leyenda: *Virtutis premia*. Ayudaron en la impresion de sus obras al mecánico Juan Alfonso Borelli. Nombraron á Francisco Redi su primer médico. Aseguraron una pensión á Vincent Viviani, para que pudiera continuar libremente sus cálculos matemáticos sin ser distraido por las miserias de la vida. En fin, establecieron congresos de sábios en Pisa y Siena, para que la Toscana, condenada por su debilidad á no representar sino un papel muy secundario en los asuntos europeos, fuese, en compensacion la capital científica del mundo.

Hé aquí lo que hicieron por las letras.

Admitieron en su intimidad, lo cual para la raza desinteresada, pero orgullosa, de los poetas, es á la vez un estímulo y una recompensa, á Gabriel Chiabrera, Benito Floretti, Alejandro Ademari, Gerónimo Bartholomei, Francisco Rorai, y Lorenzo Lippi. En fin, constituian su sociedad habitual, Lorenzo Franceschi y Cárlos Strozzi que Fernando hizo senadores: y Antonio Malatesti, Jacobo Godoi, Lorenzo Panciatici, y Fernando del Maestro, que Leopoldo hizo sus chambelanes, y que llamaba á todas horas cerca de sí, aun cuando estuviese á la mesa, á fin de alimentar á la vez, decian ellos, su alma y su cuerpo.

Hé aquí lo que hicieron por las artes:

Hicieron elevar sobre la plaza de la Anunciacion la estatua ecuestre del gran duque Fernando I, empezada por Juan de Bologne, y concluida por Pedro Tacca.

Mandaron hacer á este último una estatua de Felipe IV, rey de España, cuyo presente enviaron á aquel príncipe.

Hicieron trabajar para la galeria de los Officios, á Curradi, á Matthieu Bonelli, Manin Balani, Juan de San Giovanni, y Pedro de Cortona. Encargaron ademas á estos dos últimos la pintura al fresco de los salones del palacio Pitti.

Hicieron recoger en todas las ciudades donde se hallaban, y al precio que pidieron los poseedores, mas de doscientos retratos de pintores sacados por ellos mismos; y comenzaron de ese modo esa coleccion origi-

nal que sola en el mundo posee Florencia.

En fin, hicieron comprar en Bolonia, Roma, Venecia, y hasta en la antigua Mauritania, todo lo que pudieron encontrar allí de estatuas antiguas y de cuadros modernos, y entre otras, la bella cabeza que se cree ser el retrato de Ciceron, el Hermafrodita, el Idolo en bronce, y la obra maestra que hoy es todavía una de las mas ricas joyas de la Toscana, conocida con el nombre de la Venus del Ticiano.

Despues, como habian reinado juntos, los dos murieron casi al mismo tiempo y de la misma edad; el gran duque Fernando en 1670 á la edad de sesenta años, y el cardenal Leopoldo en 1675 á la de cincuenta y ocho años.

En el reinado de Fernando, y un dia antes del nacimiento de su segundo hijo, Colbert pasó á Florencia y se alojó en el palacio Pitti. Iba de enviado de Luis XIV á Roma, á fin de terminar algunas diferencias que se habian suscitado entre él y Urbano VIII.

Cosme III sucedió á Fernando. Era el tiempo de los reinados largos. El suyo duró cincuenta y tres años. Este periodo fué la época de la gran decadencia de los Médicis. El viejo árbol de Cosme I que habia producido once vástagos, se ha secado por el tronco, é iba á morir falto de sávia.

A partir del reinado de Cosme III, parece que Dios ha señalado el fin de la raza de los Médicis. No es el rayo popular ni la opinion pública lo que le amenaza, son los huracanes interiores y privados los que le consumen y le arrancan; hay una fatalidad que los hierre con su debilidad á los nnos despues de los otros; los hombres son impotentes, ó las mugeres estériles.

Cosme III casó con Margarita Luisa de Orleans, hija de Gaston de Francia. La desposada, educada por su madre Victoria de Baviera, era tan altiva, tan inquieta y tan supersticiosa como Fernando II era afable, franco y liberal, con todos los defectos de su directora, y casi ninguna de las virtudes de su padre. Asi, al cabo de diez y ocho años, el gran duque Fernando no vivia con su muger, á la que, en su natural indolencia, habia, como hemos dicho, abandonado la educacion de su hijo. Resultó de ahí que el jóven Cosme educado en la soledad y en la contemplacion, habia recibido una educacion de teólogo y no de principe, gracias á Bandinelli de Siena.

Su novia era una linda y alegre niña de catorce á quince años, de esa gran raza borbónica á la que dió mucha vida Enrique IV, del que era nieta. Habia sido educada en medio de el estrépito de dos guerras civiles. Todo lo que habia rodeado su cuna estaba rebosando ese ardor juvenil, peculiar de los estados que se desarrollan, y que desde Cosme I habia sido reemplazado en Toscana por la calma de la edad viril, y despues por la deca-

dencia de la vejez. El gran duque Fernando fué el que desoó este matrimonio, y Gaston lo llevó á cabo con placer; porque como él mismo le decia, era de la casa de Médicis; y á pesar de lo poquísimo que tenia de ella, se honraba muchísimo de ello.

Madama de Montpensier acompañó á su hermana hasta Marsella. Allí encontró al principe Matias que la aguardaba con las galeras toscanas, y despues de recibidos los regalos de los desposorios, y dado el último adios, Luisa de Orleans subió á bordo de la galera capitana, y despues de tres dias de navegacion, abordó felizmente á Lorna, donde le aguardaba, bajo arcos triunfales colocados de cien en cien pasos, la duquesa de Parma con un numeroso acompañamiento, en el que la jóven princesa buscó inútilmente á su desposado: Cosme se habia visto obligado á quedarse en Florencia detenido por el sarampion.

Luisa de Orleans, continuó pues, sola su camino hácia Pisa, y entró en aquella ciudad en medio de las inscripciones, las iluminaciones y las flores: despues se puso en camino, y en fin, encontró en la Ambrogiana á la gran duquesa, y al jóven principe que iba delante de ella, y un poco mas lejos el gran duque, el cardenal Juan Carlos y el principe Leopoldo. La entrevista fué una verdadera entrevista de familia llena de recuerdos del pasado, de alegría en el presente, y de esperanza para el porvenir. Este matrimonio, que debia romperse de tan singular manera, fué, pues, celebrado bajo los auspicios mas felices.

Apenas habian pasado dos meses, cuando la princesa empezó á manifestar una estraña repugnancia hácia su jóven esposo. Esta tenia un amor anterior á su venida de Francia, donde se habia enamorado de Carlos de Lorena, que era un arrogante y noble principe, pero sin patrimonio y sin fantazgo, de suerte que los dos pobres jóvenes habian confesado su secreto á la duquesa de Orleans, y he aquí todo. Pero la duquesa de Orleans era un débil apoyo contra la debilidad de Gaston y la firmeza de Luis XIV: decidido el matrimonio, era preciso que se llevase á cabo, y Cosme pagó la pena de todas las ilusiones de felicidad que su muger habia perdido.

En efecto, apenas llegó al sombrío palacio Pitti, la máscara alegre con que el orgullo cubria el rostro de la desposada, desapareció. Bien pronto odió á la Italia y á los italianos: burlándose de todos sus usos, despreciando todas las costumbres, faltando á todas las conveniencias, no concedia su confianza y su amistad sino á los que la habian acompañado desde Francia y que en su idioma patrio podian hablarla de los recuerdos de su pais. Cosme por lo demas, preciso es decirlo, era muy poco á propósito para hacer nacer en su muger mejores sentimientos. Ascético, altivo, desdénoso, no tenia ninguna de esas dulces

palabras que estinguen el odio ó hacen nacer el amor.

Mientras tanto, el príncipe Carlos de Lorena llegó á la corte de Florencia: era diez y ocho meses despues de la muerte de Gaston de Orleans, es decir, hácia el mes de febrero de 1662. La aversion de la jóven duquesa hácia su marido pareció aumentarse con la presencia del amante; pero como todo el mundo ignoraba este amor, nadie, ni aun quien estaba en ello mas interesado, concibió sospechas, y el duque de Lorena, recibido con los brazos abiertos, fué alojado en el palacio Pitti. Hubo mas: hácia el fin del año la jóven gran duquesa se declaró en estado interesante, y la mas viva alegría sucedió á la continua tristeza que desde su llegada se habia esparcido por la corte de Toscana. Es verdad que al mismo tiempo se aumentó su odio por Cosme, si era posible; pero Fernando respondió á las quejas de su hijo, que sin duda aquella antipatia era originada por el estado mismo en que se encontraba la duquesa: y por mas que aquel humor sombrío se aumentase todavia despues de la partida de Carlos de Lorena, Cosme tuvo paciencia, y en esto llegó el 9 de agosto de 1663, época en la cual la princesa dió felizmente á luz un hijo, que fué llamado como su abuelo, Fernando.

Como es de suponer, fué grande la alegría en el palacio Pitti; pero esta alegría fué bien pronto neutralizada por las disensiones domésticas, que fueron en aumento entre los dos esposos. En fin, las cosas llegaron á tal punto que el gran duque, atribuyendo las disputas á la influencia de las damas francesas que la princesa habia llevado consigo, las volvió á enviar á Paris con un acompañamiento conveniente y ricos presentes, pero al cabo las despidió. Este acto de autoridad elevó al mas alto grado la cólera de la duquesa: su dolor se aproximaba á la desesperacion; hubo un rompimiento abierto entre los dos esposos. Entonces Fernando, por dar cierto colorido á esta separacion, aconsejó á su hijo un viage á Lombardia; pero al mismo tiempo escribió una carta de quejas á Luis XIV.

De cerca como de lejos, Luis XIV tenia la costumbre de ser obedecido: ordenó, y la esposa rebelde pareció someterse; tanto que hácia fin de 1666 se anunció oficialmente un segundo embarazo. Pero al mismo tiempo, y por una estraña casualidad que renovó los mismos rumores que habian corrido en la época del nacimiento del jóven duque Fernando, se habló de intrigas con un francés de baja esfera, y corrió el rumor de que la princesa debia huir con él. De este rumor resultó que se la vigilase mas atentamente; y una noche se la oyó por una de las ventanas del piso bajo del palacio Pitti, acordar con un gefe de bohémios un plan de evasion. Confundida entre los demas, vestida de gitana, debia huir con los miserables que llevaba consigo.

Semejante aberracion asombró tanto mas al gran duque, cuanto que la jóven princesa estaba en cinta de cuatro meses, sobre poco mas ó menos. Se redobló, pues, la vigilancia; pero entonces viendo que toda fuga la era imposible, tuvo el horrible deseo para una madre, de provocar el aborto. Desde entonces ensayó el medio de llevar á cabo su proyecto, y para ello montaba á caballo, eligiendo los caballos mas duros de trote: cuando se los quitaron, iba á pie y en un dia andaba siete millas en las tierras labradas: por último, cuando todos los medios de dañar á su hijo faltaron, volvió su odio contra si misma, y quiso morir de hambre. Fué preciso toda la prudencia y la dulce persuasion del gran duque Fernando, para hacerla renunciar á este proyecto, y para irla conteniendo hasta el fin del embarazo, dando al cabo á luz á la princesa Ana Maria Luisa.

Entonces empleó el gran duque un medio que le habia ya salido bien: era este hacer emprender un segundo viage á su hijo, y escribir una nueva carta á Luis XIV. En efecto, hácia el mes de octubre siguiente, cuando Cosme estuvo bien seguro que la antipatia de su muger hácia él era siempre la misma, abandonó el palacio Pitti para viajar de incógnito por Alemania y Holanda; visitó á Inspruck, descendió por el Rhin, habló, con gran satisfaccion suya, en latin el mas puro con los sabios holandeses y alemanes; encontró en Strasburgo á la reina Cristina de Suecia, la felicidad por su abjuracion y volvió á Toscana, donde todo el mundo le recibió bien, escepto la gran duquesa.

Desesperado con esta mala acogida, volvió á partir al punto para España, Portugal, Inglaterra y Francia, y no volvió sino llamado por su padre moribundo, á ocupar el trono vacante por su fallecimiento; pero entonces la ausencia y las órdenes de Luis XIV produjeron su efecto. Un cambio en buen sentido se verificó entre los dos esposos, y el 24 de mayo de 1671, aniversario del dia en que Cosme subió al trono, la princesa dió á luz en el palacio Pitti un segundo hijo, que recibió en la pila bautismal el nombre de Juan Gaston, su abuelo materno.

Tan pronto como nació este niño, las disensiones conyugales volvieron á comenzar: pero entonces Cosme, que tenia dos hijos y no temia ver estinguirse su raza, perdida la esperanza de que la gran duquesa cambiase jamás de sentimientos con respecto á él, y cansado de ella, por último, como desde hacia muchos años ella estaba cansada de él, la permitió volver á Francia con condicion de que se retirara á un convento. El de Montmartre, del que Magdalena de Guisa era abadesa, se escogió de comun acuerdo: el 44 de junio de 1676, la gran duquesa dejó, pues, la Toscana, y volvió, despues de quince años de destierro, á su querida Francia. Mas apenas

de vuelta en París, declaró que su marido la había arrojado de su casa, y que no se creía obligada á cumplir la promesa de reclusion que, cediendo á la fuerza, le había hecho: de modo que todo lo odioso de este negocio recaía sobre Cosme, al que todos los príncipes vecinos empezaron á despreciar á causa de su debilidad, y á quien sus súbditos comenzaron á odiar á causa de su orgullo.

Desde entonces todas las cosas cambiaron de una manera fatal para Cosme: era evidente que un mal genio influía sobre esta raza, de la que Dios retiró su protección, y que en lucha esta raza con él sucumbiría en la lucha. Perseguido por tristes presentimientos, apenas llegó Fernando á la pubertad le casó con Violante de Baviera, princesa virtuosa, pero estéril, esterilidad que debía servir al jóven gran duque de pretexto para sus desórdenes inauditos y reiterados, en medio de los cuales su salud se perdió y se estinguió su vida.

Al primer anuncio de la esterilidad de Violante, Cosme se apresuró á casar á Juan Gaston su segundo hijo. Parte este al punto para Dusseldorf donde debía casarse con la jóven princesa Ana Maria de Sajonia-Lowenbourg; pero á su llegada se vió grandemente contrariado: en lugar de una muger amable, graciosa y elegante, como la había visto en sus sueños, halló una especie de amazona del tiempo de Homero, la voz áspera y rudas maneras, habituada á vivir en los bosques de Praga y en las soledades de la Bohemia, cuyos placeres únicamente eran las cabalgatas y la caza, y que había contraído en las caballerizas, donde empleaba el mejor tiempo de su vida, la costumbre de hablar con sus caballos un lenguaje desconocido en la córte de Toscana. Pero no importa, Juan Gaston es bueno, sus simpatías particulares no deben entrar por nada cuando se trata de la felicidad de su país. Sacrificase pues, y se casa con aquella nueva Antiope: mas ella, que traduce su amabilidad por debilidad, y su cortesia por humillacion, mira con desprecio á un hombre á quien considera como inferior á ella, y Juan Gaston humillado manda: la altiva princesa alemana se niega á obedecer, y entonces todas las querellas que han hecho triste el matrimonio del padre, vienen á asaltar la union del hijo. Cosme entonces por distraer sus pesares, sigue el ejemplo de su hermano Fernando, se entrega al juego y á las orgias, pierde al uno su patrimonio, gasta en las otras su salud, y bien pronto Cosme III recibe aviso de los médicos de que el estado de debilidad en que ha caído su hijo le quita toda esperanza de que pueda dar jamás un heredero á la corona.

Entonces el desgraciado gran duque vuelve sus ojos al cardenal Francisco Maria, su hermano, que no tenia mas que cuarenta y ocho años, y que por tanto estaba entonces en la fuerza de su edad. Este será el que haga reverdecer el árbol de los Médicis. Renunció

el cardenal á sus honores eclesiásticos, y á la probabilidad de ser papa, y bien pronto se celebraron sus esponsales con la princesa Leonor de Gonzaga. Entonces reinaba la alegría en la familia; pero la familia está condenada por el destino. Las repulsas que el ex-cardenal ha mirado en los primeros dias de su matrimonio como los últimos combates del pudor, se prolongan mas allá del término ordinario. Francisco Maria comienza á apercibirse de que su muger está decidida á no cumplir del matrimonio sino las ceremonias exteriores: emplea la autoridad paternal, llama en su socorro la influencia de la religion, ruega, conjura y aun amenaza, todo inútil: y mientras Fernando llora la esterilidad forzada de su muger, Francisco Maria anuncia á su hermano la esterilidad voluntaria de la suya. Cosme inclina su cabeza blanca, reconoce la voluntad de Dios, que ordena que hasta las cosas humanas mas grandes tengan su fin: ve la Toscana colocada entre la avidez del Austria y las ambiciones de la Francia: quiere volver á Florencia su antigua libertad para salvarla de aquel doble peligro exterior: encuentra apoyo en la Holanda y la Inglaterra; pero encuentra obstáculos en las potencias y aun en la Toscana misma, que demasiado débil ya para aceptar aquella libertad que tanto había echado de menos, la rechaza y pide tranquilidad aunque fuese acompañada de despotismo: ve morir á su hijo Fernando, despues á su hermano Francisco, y muere por fin él, despues de haber, como Carlos V, asistido solo á sus propios funerales, sino tambien, como Luis XIV, á los de toda su familia.

El edificio que había empezado á inclinarse en el reinado de Fernando II, se hundió bajo el de Cosme III. Altivo, supersticioso y pródigo, este gran duque se enagenó el pueblo por su orgullo, por la influencia que daba á los sacerdotes, y por los impuestos excesivos con que recargaba á sus estados para enriquecer á los cortesanos, dotar las iglesias, y hacer frente á sus propios gastos. Bajo Cosme III todo llegó á ser vena: quien tenia dinero compraba los oficios; el que tenia dinero compraba los hombres; el que tenia dinero, en fin, compraba lo que los Médicis no habian vendido jamás, la justicia.

En cuanto á las artes, las sucedió lo que á todo lo demas: sufrieron la influencia del carácter de Cosme III. En efecto, para este último gran duque, ciencias, letras, estatuaria y pintura, no eran sino una de tantas cosas como podian lisonjear su orgullo y su vanidad inagotable. Hé aquí por qué no se produjo nada de grande en su reinado. Pero á falta de producciones contemporáneas, Pedro Falconero y Lorenzo Magalotti interesaron felizmente su amor propio para continuar en la galeria de los Oficios la obra de Fernando y del cardenal Leopoldo.

En consecuencia Cosme reunió todo lo que

su padre y su tío tenían ya preparado con este objeto, y añadió todos los cuadros, todas las estatuas, todas las medallas que él heredó de los duques de Urbino, de la casa de Rovera, obras maestras, entre las cuales se halla el busto colosal de Antinoo, é hizo llevar todo con gran pompa á aquel magnífico museo, de cuyo enriquecimiento todos se vanagloriaban, aunque los tesoros que reunió sucesivamente fuesen menos debidos á la generosidad que al orgullo.

El gran duque Cosme III tenía por divisa un navío en el mar guiado por las estrellas de los Médicis, con esta leyenda.—*Certa fulgent sidera*.—Es curioso que esta divisa se escogiese precisamente en el momento en que las estrellas iban á cesar de brillar, y cuando el navío iba á zozobrar.

Los toscanos veían con espanto llegar á Juan Gaston al poder. Sus desórdenes por mas que se ocultasen en sus salones del piso bajo del palacio Pitti, se habían vislumbrado fuera, y se hablaba de voluptuosidades monstruosas que recordaban las de Tiberio en Caprea y las de Enrique III en el Louvre. Como el tirano antiguo, y como el Heliogábalo moderno, Juan Gaston tenía á la vez una turba de cortesanos y un mundo de favoritos, sacados los unos y los otros de las clases bajas de la sociedad. Todos ellos recibían un salario fijo; pero que podía aumentarse segun la novedad de los placeres que procurasen á su señor. Se creó un nombre nuevo para esta cosa nueva. Se llamaban las mugeres *ruspante* y los hombres *ruspanti*, del nombre de la moneda de oro con que se les pagaba, y que se llamaba *ruspone*. Todo esto es tan atroz, que parece increíble. Pero las memorias de aquel tiempo todas están contestes, todas son acusadoras, todas justifican en el estilo cínico de aquella época, los mil episodios de aquellas saturnales que se crecían caprichos de la fuerza, y que no eran sino la desvergüenza de la degradacion.

Así, cuando Juan Gaston subió al trono, todo había muerto á su alrededor, y él mismo estaba muerto. Sin embargo, despertó un instante á vista del peligro que corría el alegórico navío que su padre había escogido por armas, y reunió todas sus fuerzas para luchar contra la desesperada situación en que se hallaba; apenas fué nombrado gran duque arrojó de su corte á los vendedores de oficios, los prevaricadores y los espías: la pena de muerte, tan frecuentemente aplicada por su padre, pero que no se ejecutaba sino en los pobres, puesto que los ricos se libraban de ella por dinero, fué á poco abolida casi del todo. Obligados á renunciar al trono por haber perdido la esperanza de tener descendencia, hizo al menos todo lo que pudo para que la Toscana, al mismo tiempo que reservaba su derecho frente á frente á Carlos V y Clemente VII, pudiese escogerle un sucesor elegido en su propio seno, y por consecuencia sus-

traerse á la dominacion estrangera que la amenazaba. Pero los ministros de Francia, de España y Austria anularon este resto de voluntad, y viviendo todavia Gaston le dieron por sucesor, como si hubiese muerto, al principe don Carlos, primogénito de Felipe V, rey de España, que parecia efectivamente por su abuela Maria de Médicis, tener derechos al trono de Toscana: y en virtud de esta decision, el 22 de octubre de 1734, Juan Gaston recibió del emperador una carta en que le anunciaba la eleccion hecha por las potencias, y que ponía el principe don Carlos bajo su tutela. Juan Gaston rasgó la carta, y la arrojó lejos de sí murmurando: Si, si, me hacen la gracia de nombrarme como tutor, y me tratan como si fuese su pupilo. Pero cualquiera que fuese el dolor de Gaston, le fué preciso someterse; inclinó su frente, y aguardó á su sucesor que, protegido por la flota anglo-española, entró en el puerto de Liorna en la noche del 27 de setiembre de 1734. Juan Gaston había luchado nueve años, y era todo lo que se podia exigir de él.

Juan Gaston esperó al jóven gran duque en el palacio Pitti y le recibió sin dejar su cama, mas por ahorrarse las formalidades de etiqueta, que á causa de sufrimientos reales. Don Carlos era un jóven de diez y seis años, bello como un Borbon, generoso como un Médicis, franco como un descendiente de Enrique IV. Juan Gaston que hacia largo tiempo no era amado de nadie, y que no obtenía sino á precio de oro la apariencia de la amistad ó del amor, se aficionó á aquel jóven que rechazó en el primer momento: de suerte, que cuando fué llamado por la conquista de Nápoles al reino de las Dos Sicilias, Juan Gaston vió con lágrimas de dolor marchar al que viera llegar con lágrimas de vergüenza.

El sucesor nombrado á don Carlos, fué el principe Francisco de Lorena. El gran ducado de Toscana le había sido concedido como indemnizacion de sus Estados definitivamente reunidos á la Francia. Juan Gaston conoció esta última decision cuando ya estaba tomada; ni aun se le había consultado sobre la eleccion de su heredero, de tal modo se le miraba ya, no solo borrado de la lista de los principes, sino aun de la de los vivos. Y, en efecto, habia razon para ello: porque minado por los desórdenes, encorvado por los dolores, herido por tanta humillacion, devorado por su impotencia, Juan Gaston iba muriéndose cada dia. Despues de largo tiempo sus enfermedades no le dejaban sostenerse de pie; pero para retardar al menos tanto como pudiese, el momento que debería acostarse para no levantarse jamás, se hacia conducir en un sillón de habitacion en habitacion.

Sin embargo, algunos dias antes de su muerte, Juan Gaston se sintió mejor, y por un fenómeno particular de ciertas enfermedades, las fuerzas le volvieron en el momento en que

iban á abandonarle para siempre. Juan Gaston se aprovechó de ellas para presentarse desde las ventanas del palacio Pitti á aquel pueblo que habia comenzado por despreciarle, y que habiéndole temido despues habia concluido por amarle, y que se apiñaba todos los dias en la plaza para tener noticias suyas. A su inesperado aspecto, resonaron grandes gritos de alegría, aquellos gritos eran un bálsamo para el lacerado corazon del pobre moribundo. Tendió sus manos llenas de oro y plata al pueblo que le daba esta prueba de cariño, no pensando que, jamás podría pagar el momento de felicidad que la Providencia le concedia. Pero sus ministros que economizaban ya para su sucesor, le reprendieron aquellos gastos locos, y entonces, no pudiendo ya dar sopena de ser llamado pródigo, Juan Gaston dijo al pueblo que compraria en adelante todo lo que se le quisiera llevar. En consecuencia, en la noble plaza del palacio Pitti, se estableció un comercio extraño, una feria que antes no se habia visto. Todas las mañanas Juan Gaston bajaba con gran trabajo la doble escalera que conduce á las ventanas del piso bajo, y compraba á precio de oro lo que se le llevaba, cuadros, medallas, objetos de arte, libros, muebles, todo en fin, porque este era el medio que su corazon le habia sugerido de volver al pueblo una pequeña porcion del dinero que se le habia arrancado por las exacciones de su padre. En fin, el 8 de julio de 1737 cesó de aparecer en aquella ventana tan conocida, y al dia siguiente se anunció al pueblo que Juan Gaston habia exhalado el último suspiro.

Con ese último suspiro terminaba la gran raza de los Médicis que habia dado ocho duques á la Toscana, dos reinas á la Francia, y cuatro papas al mundo.

Ahora pedimos perdon á nuestros lectores de haber dado á propósito de un palacio, la historia de una dinastía. Pero esta dinastía se ha estinguido, nadie habla de ella, las paredes dentro de las cuales vivió son mudas, y nadie le viene á decir al viagero, cuando visita aquellas lindas habitaciones cuyos artesanos están cubiertos de obras maestras: Aquí corrieron las lágrimas, allí corrió la sangre.

Hemos creído, pues, que era preciso dejar á los álbums de los viageros, á los guías de los estrangeros, el cuidado de enumerar los Perugino, los Rafael y los Miguel Angel que encierra el palacio Pitti, el mas rico palacio del mundo acaso, por lo que respecta al arte, y que nos seria preciso tomar una tarea mas alta, encargándonos de la historia política de este palacio.

De este modo el viagero podrá comparar lo pasado con lo presente, los maestros antiguos con los nuevos, la Toscana de otro tiempo con la Toscana de hoy; y esta comparacion nos evitará con respecto á la gran casa de Lorena que ha sucedido á la gran casa de Médi-

cis, un elogio que pudiera tomarse por aduccion, aunque un pueblo entero da fè de que nos hemos quedado aun muy inferiores á la verdad.

## EL ARNO.

Saliendo del palacio Pitti se entra en la ciudad antigua por tres puentes á eleccion; el Puente Viejo, que conduce á la plaza de la Sefioria; el puente de la Trinidad, que conduce á la plaza del mismo nombre, y el puente de la Caraja, que conduce á la plaza de Santa Maria la Nueva.

A propósito de puentes, como debo una satisfaccion al Arno, el lector no llevará á mal que se la dé en este sitio. No sé dónde he escrito que el Arno era despues del Var el rio mas grande y sin agua que he conocido. Del Var no digo nada; poco acostumbrado á hallarse en las rimas de los poetas, aun acaso se honraria él mismo con la comparacion, porque no ha sido celebrado como el Arno. Este, haciéndose aristócrata, ha llegado á ser quisquilloso. El Arno se creyó insultado, no diré en su agua, pero sí en su honor. El Arno ha reclamado, no por el órgano de los diarios, como se hubiera hecho en Francia, felizmente no hay periodistas en Toscana, sino por la voz de sus concidudadanos.

Una de las cosas notables de Italia es la nacionalidad. No hablo de esa nacionalidad que une los hombres con ese gran lazo político, civil y religioso que hace poderosos á los estados y fuertes á los pueblos, sino de esa nacionalidad mezquina, individual, egoísta, que se remonta á los tiempos de las pequeñas repúblicas. Es preciso no hablar demasiado mal de esta nacionalidad, tan mal entendida á primera vista: á ella debe la Italia la mitad de sus monumentos y las tres cuartas partes de sus obras maestras.

Pero hoy, que tanto en Italia como en los demas paises del mundo, se levantan muy pocos monumentos y se ejecutan poquimas obras maestras, esta nacionalidad se subleva contra lo que viene del estranero. Todo al contrario de la Francia que, madre pródiga, hace gran comercio del genio de sus hijos, desprecia todo lo que tiene, exalta lo que le falta; la Italia es una arca santa guardada por un ejército de anticuarios, de sabios y de poetas, y el que toca á uno de sus mil tabernáculos es al instante herido de muerte.

Un florentino llega á Paris, mide el Sena, y en aquel instante encuentra cien parisienses para calumniarle: no sucede asi en Florencia.

He dicho que el Arno carece de agua, y Florencia no hubiese estado tranquila si no me hubiese probado que rebosaba: es verdad que se me ha probado de un modo parecido al que empleaba el bailío para probar á Cadet-Roussel que él era un pescado. Pero ¡qué importa! como Cadet-Roussel he concluido por decir que yo estaba equivocado; y yo creo que hoy la capital de la Toscana cast me ha perdonado el error en que había caído.

Pero yo había sido arrastrado á aquella herejía por un precedente auténtico. Uno de mis amigos había estado en Toscana por el invierno de 1832. El invierno de 1832 había sido muy lluvioso, como se sabe, y el Arno había crecido. Mi amigo había encontrado por el camino de Liorna á Florencia una porción de dificultades con los veterinarios, lo que le había hecho singularmente sentir la fácil locomoción del buque de vapor. Llegado al hotel de Mad. Humbert, vió desde sus ventanas el Arno, que corría lleno su cauce: llamó á un criado.

—¡Diantre! teneis aquí un magnífico rio, amigo mio, le dijo: ¿á dónde va con esta agua?

—Escelencia, va á Pisa.

—¿Y de Pisa?

—A la mar.

—¿Y siempre con tanta agua?

—Siempre, excelencia.

—¿En verano como en invierno?

—En verano como en invierno.

—Pero entonces ¿por qué no se va á Pisa en barco de vapor?

—Porque no los hay, excelencia.

—¿Por qué no los hay? preguntó mi amigo.

—¡Pachel contestó el florentino.

Era una respuesta que podía interpretarse de mil maneras, pero mi amigo la interpretó así:

—El único país verdaderamente civilizado es la Francia, porque el resultado de la civilización es el barco de vapor y el camino de hierro. La Toscana no tiene todavía ni camino de hierro ni barco de vapor. Esto es muy sencillo; pero el primer industrial que trazase un camino de hierro desde Liorna á Florencia, ó una línea de vapores desde Florencia á Pisa, haría buen negocio.

—¿Por qué no seré yo ese industrial? se decía á sí mismo.

—Lo seré, se respondió, continuando dirigiéndose á su persona.

Así tomada esta resolución, vaciló un instante entre el camino de hierro y el barco de vapor.

El camino de hierro necesitaba inmensas concesiones de terrenos, y hay cerca de veinte leguas desde Florencia á Liorna: era una empresa de sesenta á setenta millones, y mi amigo, que de artista que era se hacia á vista del Arno especulador repentinamente, á la manera que ciertos cardenales se hacen papas por inspiración, tenía apenas en su bolsa jus-

tamente lo necesario para volver á Francia.

Por el contrario, el barco de vapor necesitaba escasamente un depósito en caja de un millon ó millon y medio. ¿En qué consiste que sobre la probabilidad de una idea se encuentra en Francia millon y medio?

Mi amigo se fijó, pues, en el barco de vapor. Dirigió al punto una solicitud al gobierno á fin de asegurarse de si podía establecer, aunque fuese estrangero, una empresa gigantesca que había concebido despues de profundas meditaciones, y de la que debía resultar el mas gran bien para la Toscana.

Escusado es decir que el peticionario se guardó bien de anunciar cual fuese aquella empresa, por temor de que le robasen su idea.

El gobierno respondió que toda industria era libre en los Estados del gran duque: que lejos de poner obstáculos á las empresas particulares que debían contribuir á la prosperidad pública, el ministerio las alentaba: que el peticionario podía, pues, con toda seguridad fundar las bases de su empresa, cualesquiera que ellas fueren.

El peticionario saltaba de gozo: volvió á tomar su asiento en la diligencia de Liorna, se embarcó en el primer vapor que llegó: dos dias despues estaba en Francia, tres dias despues en París.

Era la época en que todas las ideas de especulación se dirigian á la industria: había empresas permanentes de especulación: mi amigo corrió á una de esas empresas.

Cayó en medio de una sociedad de capitalistas. El momento estaba bien elegido, había allí cinco ó seis millonarios que no sabían que hacer de sus millones.

Mi amigo pidió ser introducido, y le preguntaron su nombre: iba á decirle, cuando recordó que siendo su nombre artístico pudiera muy bien ser la causa de que se le cerraran todas las puertas. Recogió la primera sílaba que había soltado ya, y respondió con una voz llena de magestad:

—Anunciad á un hombre que tiene en el pensamiento una especulación.

El criado dió el recado en los términos testuales en que le había sido dado, y mi amigo fué introducido al instante mismo en el *sanctum sanctorum* financiero.

—Señores, les dijo, vuestros instantes son preciosos; seré breve. Vengo á proponer establecer barcos de vapor en el Arno.

Hubo un instante de silencio, los capitalistas se miraron; despues uno de ellos, respondiendo á nombre de todos, preguntó:

—Antes de nada. ¿Qué es el Arno?

Mi amigo dejó escapar una imperceptible sonrisa, y respondió:

—Señores, si yo mismo os dijese lo que es el Arno, como estoy interesado en la cuestión, acaso no me creerían. Yo os preguntaré pura y simplemente, si poseeis un dic-

cionario de geografía y una carta de Italia.

—No, respondió uno de aquellos señores; pero con el dinero se tiene todo lo que se desea, y así no hay mas que tomar dinero, é ir á buscar en casa del primer librero que se encuentre lo que pedis.

—Enviad, pues, dijo mi amigo: los dos objetos son indispensables para el asunto.

Se envió á un escribiente, que volvió al instante con un *Diccionario de Vosgien*, y la carta de la Italia de Cassini.

—Leed vos mismo el artículo Arno, dijo mi amigo al especulador que se hallaba mas cerca de él, y que se le habia imdicado como el mas rico capitalista de la sociedad.

El capitalista tomó el diccionario, le volvió y revolvió, y despues de estarle hojeando, le pasó á su vecino: no sabia leer.

El vecino, que era mas fuerte en educacion, lo que hacia que fuese menos rico, abrió el tomo en la letra A, página 58, y al final de la segunda columna, leyó lo que sigue:

«Arno, *Arnus*, gran rio de Italia, en la Toscana: tiene su nacimiento en el Apenino, pasa por Florencia y Pisa, y desemboca en el mar un poco mas abajo.»

El artículo era de una redaccion bastante mediana como idioma, pero demasiado clara como topográfica.

—Arno, *Arnus*, gran rio de Italia en la Toscana: tiene su nacimiento en el Apenino, pasa por Florencia y Pisa, y desemboca en el mar un poco mas abajo, repitieron en coro los capitalistas.

—¡Ah, ah! dijo el especulador que no sabia leer.

—¡Diablot! respondieron los otros.

—Arno, *Arnus*, gran rio de Italia, en la Toscana: tiene su nacimiento en el Apenino, pasa por Florencia y Pisa, y desemboca en el mar un poco mas abajo, repitió á su vez mi amigo apoyándose en cada palabra, deteniéndose en cada silaba.

—Lo entendemos bien, lo entendemos bien, dijeron los capitalistas.

—No es eso solo lo que hay que entender, señores, añadió mi amigo con una voz que se habia fortalecido con toda la suma de confianza que veia se le comenzaba á conceder.

Y desplegó sobre la mesa una carta de Cassini, con el mismo gesto que pondria Napoleon cuando le dijo á Luciano:—«Escoge entre los reinos de la tierra.»—Despues apoyando la punta del dedo hácia el medio de la Península:

—Señores, dijo, hé aqui el Arno.

Y se veia una linda pequeña línea tortuosa que, como lo indicaba el diccionario, tenia su nacimiento en el Apenino, y desembocaba en el mar á la derecha de Pisa.

—Ahora, añadió, no es posible que no hayais oído hablar de Pisa y de Florencia, las dos ciudades mas visitadas de Italia.

—No es hácia ahí, preguntó el especulador

que no sabia leer, en donde Mr. Demidoff tiene una manufactura de sedas, y Mr. Lardérelle una fábrica de productos del borax?

—Precisamente, señores, precisamente, exclamó mi amigo. Pues bien, de Florencia á Pisa y de Pisa á Florencia, no se comunican sino por medio de calesas y diligencias: en las calesas llevan seis francos por persona, y las diligencias nueve francos. Las calesas tardan ocho horas en recorrer el camino, y las diligencias doce. Nosotros establecemos dos barcos de vapor, que suban y bajen el Arno todos los días: llevamos tres francos en lugar de seis y hacemos el viage en cinco horas en lugar de doce; haremos desterrar las calesas, desbanca-remos las diligencias y haremos fortuna.

—Pero, dijo uno de los capitalistas que pasaba por el hombre político de la sociedad por que era propietario de una accion del *Constitucional*; pero la Toscana es un país que no tiene constitucion, ni código civil; es un país donde impera el despotismo, y donde no obtendremos nunca el privilegio para establecer una empresa que debe llevar las luces.

—¡Y bien! Estais en un error, dijo mi amigo. La Toscana tiene un código, y lo que vale mucho mas que una constitucion, un soberano á quien adora. No conoce privilegios. Toda industria es completamente libre, y cada uno puede ir allí á fundar el establecimiento comercial que le acomode.

—¡Oh! oh! oh! dijo el accionista del *Constitucional*, no nos hareis creer cosas maravillosas, jóvenes!

—Leed, dijo mi amigo desplegando ante sus ojos la contestacion que habia recibido del ministerio.

La carta pasó de mano en mano, y se detuvo en la del capitalista que no sabia leer, el cual la volvió á cerrar, y la volvió á su propietario con un gesto lleno de cortesia.

—¿Qué decis, señores? preguntó mi amigo.

—Pues bien, nosotros decimos, querido, que podeis muy bien tener razon. Haced vuestros cálculos, nosotros haremos los nuestros, y volved mañana á la misma hora.

Mi amigo pasó el resto del día y parte de la noche en poner cifras unas debajo de otras.

A la mañana siguiente á la hora convenida, se hallaba otra vez allí para asistir á la cita.

Comparó sus cálculos con los de los capitalistas: no habia entre ellos mas que unos cien mil francos de diferencia, lo que dió á los capitalistas una alta idea de la capacidad de mi amigo.

Celebrada la sesion, se fijaron las bases de una sociedad bajo el capital de 1.600,000 francos. Mi amigo fué nombrado gerente con 42,000 francos de sueldo, y una sexta parte de los beneficios.

Despues se decidió que como no habia en Toscana, ni concesiones ni privilegios, era preciso no divulgar la especulacion, enviar

dos vapores de Marsella, y el día menos pensado arribar á Pisa, como Napoleon habia arribado al golfo Juan, es decir, sin ser esperado, y al punto poner en ejecucion el proyecto.

La construccion de los vapores tardaria seis meses: costarian 500,000 francos cada uno: quedaban pues, seiscientos mil francos para la instalacion: era el doble de lo necesario. Por la primera vez los gastos habian sido menores que el presupuesto.

Se dejó á mi amigo la eleccion del título de los vapores, al uno le llamó Dante, al otro Corneille; era este un llamamiento á la fraternidad futura de las dos naciones.

Los dos navios anclarian en el puerto de Liorna despues de una navegacion de treinta horas: eran dos horas mas, solo que no hacen el mismo viage hoy los navios del Estado.

Todos los presagios como se ve eran favorables.

Mi amigo tomó su asiento en una calesa, y marchó á Florencia, donde creia que tendria algunos negocios que hacer antes de poner su empresa corriente.

Llegado cerca de la Ambrogiana, se encontró cerca de una inmensa rambla en el fondo de la que corria un riachuelo.

Preguntó con una sonrisa de desprecio que cual torrente era aquel que causaba tanto embarazo para tan poca cosa, y al que le era necesario para tan mezuquina corriente, un cauce tan grande.

El calesero, que era de Luca, y que por lo tanto no tenia motivo alguno para ocultar la verdad, le respondió que era el Arno.

Mi amigo exhaló un grito de terror, hizo detener el carruaje, saltó á tierra, y descendió corriendo hácia el río. El calesero que estaba pagado, continuó su ruta hácia Casellino, donde encontró un viajero que mediante cuatro *pauli*, ocupó el asiento vacante. Era un mercado de oro para los dos.

Durante este tiempo, el gerente de la sociedad de los vapores el Dante y el Corneille, habia llegado cerca del arroyo, que sondeó con su baston, y midió con sus ojos.

En su mayor profundidad tenia quince pulgadas, y en su mayor anchura diez y ocho pies.

Subió orilla del río una legua, y reconoció que habia sitios en los que todo lo que se podia hacer era conducir un barco de carton.

Al terminar la legua encontró á un aldeano que pescaba cangrejos revolviendo las piedras y que le llegaba el agua hasta el tobillo. Le preguntó si el Arno estaba frecuentemente en el deplorable estado en que le veia.

El aldeano respondió que lo mismo estaba durante nueve meses del año.

Mi amigo no creyó necesario ir hasta Florencia, y volvió á Liorna en la mayor consternacion.

Allí confesó todo á sus comitentes, les dijo que se habia engañado, y que por conse-

cuencia debia sufrir la pena de su error. Poeseia cuarenta mil francos: era toda su fortuna: los ofreció á la sociedad á título de daños é intereses.

La sociedad declaró que la cosa era grave, y que era preciso deliberar en consejo general.

El consejo general decidió que se vendieran los navios, y que mi amigo abonara las pérdidas.

Felizmente, hácia el mismo tiempo, un barco de vapor se botó al Sena y otro al Ródano.

La sociedad ofreció los suyos, y como estaban dispuestos, lo cual permitia á las compañías del Sena y del Ródano continuar su servicio sin interrupcion, se aprovecharon de las circunstancias, y ganaron aun cincuenta mil francos.

Gracias á esta circunstancia, conservó mi amigo sus cuarenta mil francos, que colocados al 5 por 400, le dan dos mil libras de renta, las cuales dos mil libras de renta se come tranquilamente en Provenza, disgustado de las especulaciones, y temblando cada vez que se le habla de un río.

Pues hé ahí lo que sucedió á mi amigo respecto del Arno: lo cual, autorizado con el testimonio de mis propios ojos, me pareció me autorizaba á emitir sobre este río la opinion que tanto habia estrañado Florencia, y de la que habia tenido tanto empeño en que me retractase.

He ahí las pruebas que se me habian dado. Las entrego á los lectores con toda sinceridad.

Desde luego habia habido ademas del diluvio universal de Noé y el parcial de Ogygés, que segun los sabios se estendió hasta Florencia, tres desbordamientos del Arno: el primero en el siglo XI, el segundo hácia el fin del XII y el tercero al principio del XIV. En aquellos tres desbordamientos quince casas se habian hundido y tres personas habian perecido. Se iba en barcas por las calles. Me enseñaron un antiguo grabado que representaba este último acontecimiento: hacia estremecer; la ciudad estaba toda llena de agua, y un navío de setenta y cuatro cañones hubiera podido navegar sobre la plaza de la Trinidad.

Despues de la relacion de estos tres deplorables acontecimientos, viene la de las fiestas de que el Arno habia sido teatro, y para cada una de las que habia prestado el socorro de sus abundantes aguas. Fueron aquellas fiestas tan prolongadas y numerosas, que su programa solo formaria un volumen: así no citaremos sino tres, en las cuales se verá primero el Arno representando el papel de Acheronte, despues el Arno representando el papel del Newa, y por último, el Arno representando el papel del Hellesponto. El Arno es el buen Juan de los rios: él se presta á todo con la buena fé de la fuerza y la complacencia de la superioridad.

Al año de gracia de 1304 se remonta la fiesta mas antigua que el rio florentino cita en sus pruebas de nobleza: tuvo lugar á propósito de la llegada á Florencia del cardenal Nicolás de Prato, legado de la Santa Sede, y la cual fué dada por el burgo Sanfrano.

Un dia se halló anunciado, no solamente en las calles de Florencia sino tambien en las de todas las ciudades de la Toscana, que el que tuviera deseo de tener noticias del otro mundo, no tenia que hacer mas que hallarse el dia de las calendas de mayo sobre el puente de la Caraja, y que alli se le darian ciertas y fidedignas.

Se comprende que semejante anuncio despertó una curiosidad general: era justamente la época en que acababan de aparecer los seis primeros cantos de la *Divina Comedia*, y el infierno estaba á la moda.

Cada uno por su parte acadió el dia indicado: todo el mundo se agolpó al puente de la Caraja, que en esta época era de madera, y en los malecones que están á su alrededor; todas las ventanas que daban al Arno estaban llenas de espectadores, como los palcos de un teatro en un dia de entrada gratis.

Así, pues, se habia construido en medio del rio y á cada lado del puente de la Caraja, con la ayuda de barcos y barcas detenidos por estacas, unas especies de simas infernales iluminadas por llamas de color, y en cuyo fondo se veia agitar arrojando gritos lamentables y apretando los dientes, algunos individuos con el traje histórico de nuestros primeros padres, los cuales representaban á las desgraciadas almas en pena *della città dolente*. Bastante número de diablos y demonios de horrible aspecto teniendo en la mano látigos, tenazas y pinchos, vagaban por medio de las llamas entre las que hacian redoblar los llantos y las contorsiones, abrumándolas á golpes: muy terrible era este espectáculo de ver. Pero cuanto mas terrible de ver era el espectáculo, tantos mas espectadores atraia; y tantos atrajo, y fué tal el amontonamiento por verlo de mas cerca, que de repente se rompió el puente y se hundió con todas las personas que tenia, cayendo sobre los diablos y los condenados, que aplastaron, haciéndose pedazos con ellos. Tanto, dice sencillamente Juan Villani, que cuenta esta catástrofe, que hubo mas de mil quinientas personas que, realizando la promesa del programa, tuvieron aquel dia noticias ciertas del infierno, yendo á buscarlas ellas mismas, y esto con grande dolor y gran duelo de toda la ciudad, en la que eran muy pocas las personas que no tuviesen que llorar un hijo, una muger, un hermano ó un marido.

La segunda fiesta fué mas alegre, y felizmente no tuvo ninguna consecuencia desagradable: tuvo lugar en 1604, año durante el cual el frio fué tan intenso que el Arno se heló como hubieran podido hacerlo el Danubio ó el Volga. Este suceso, casi sin ejemplo en los fas-

tos toscanos, le dió un poco de aire septentrional, del que los florentinos resolvieron aprovecharse para extender la fama de su rio. Se trató de organizar sobre este hielo desconocido una fiesta tan grande y tan magnífica como se hubiese podido dar en la arena de un circo.

El lugar escogido para el espectáculo fué el espacio comprendido entre el puente de la Trinidad y el puente de la Caraja. Es el sitio en donde en verano como en invierno, el Arno, gracias á un dique construido á cien pasos mas abajo de este último puente, se presenta en toda su magestad y toda la abundancia de su corriente. Los palcos destinados á servir de gabinetes de tocador á los que debian tomar una parte activa en la fiesta, fueron los arcos de los puentes, cubiertos por tapices.

Cuando cada cual hubo ocupado su puesto en el grupo á que pertenecia y estuvo disfrutado con el traje que debia llevar, empezó á verse la procesion, saliendo del arco vecino de San Spirito. Seis tambores marchaban á la cabeza, despues iban seis trompetas vestidos con mucho gusto: las trompetas como se sabe, representan un gran papel en todas las fiestas de la república florentina: detrás de las trompetas avanzaba una mascarada cómica, compuesta de unos treinta jóvenes que debian correr el Pallium con los pies desnudos: á esta mascarada seguia otro grupo de coros vestidos de ninfas, sentadas en taburetes, teniendo sus piernas hinchadas á la manera de los gotosos, y no marchando sino con la ayuda de dos muletitas, de las que tenian una en cada mano, ejercicio que daba lugar á los accidentes mas cómicos y á las caídas mas enmarañadas; en fin, venian sobre carros chatos y largos, hechos por un modelo antiguo, escurriéndose sobre patines de cobre, y tirados y llevados por los hombres, los caballeros preparados para la justa, montados á caballo sobre una silla de montar, á fin de que fueran mas libres sus movimientos.

Cuando la procesion hubo dado la vuelta al circo á fin de ser vista y admirada de los espectadores que llenaban los puentes y los malecones, los coros descalzos se retiraron bajo el primer arco vecino de la Trinidad, los coros gotosos bajo el segundo arco, y en fin, los caballeros bajo el tercero; y al punto comenzó uno de los mas divertidos y ridículos espectáculos que se pueden ver, porque los coros de los pies desnudos, habiendo salido de su arco y echado á correr, les fué imposible mantenerse sobre el hielo, cayendo alguno de cuatro en cuatro pasos, el que estendiendo las piernas hacia caer á otro de sus camaradas, el cual comunicaba la caída á un tercero, y así todos los demas, hasta que estuvieron todos tumbados.

Despues de esta carrera vino la de los gotosos, mas cómica todavía que la primera, por

los esfuerzos estravagantes que hacian los pobres estropeados que obligados á servirse de sus brazos en lugar de sus piernas, no avanzaban sino haciendo movimientos los mas grotescos y exagerados: de diez en diez pasos caian de sus taburetes, escuerriéndose alguna vez sobre su espalda á diez ó doce pasos de distancia por la impulsión que se habian dado á sí mismos, parecidos á las pelotas que los niños en sus juegos lanzan rasando la tierra.

En fin, vino la última carrera, que era la de los caballeros. Esta se ejecutó contra un gigante sarraceno todo cubierto de hierro, montado sobre un carro y apoyado contra todos los golpes que pudiera recibir, por cuatro hombres ocultos detrás de él, los cuales permanecian fijos en su puesto, gracias á los clavos de que estaban armados sus zapatos.

Después que cada caballero rompió doce ó quince lanzas, se reunieron para una evolución general: despues cambiando de manobra, corrieron el uno contra el otro, armada la punta de la lanza de platos de loza, que chocándose el uno contra el otro, se rompian con gran ruido y volaban en mil pedazos.

En fin, vino la tercera y la mas magnífica de las fiestas que han ilustrado al Arno: la que tuvo lugar en 1618, en el reinado de Cosme II, y que fué dirigida por el célebre Adimari. Aquella fiesta representaba los amores de Hero y Leandro. Dejemos describirla al programa mismo: no haríamos ciertamente una relacion que pintase tan bien como él el carácter de la época en que se dió aquella fiesta, y que correspondia entre nosotros á los primeros años del reinado de Luis XIII.

«Hero, muy bella y noble jóven, sacerdotisa de Venus, deseando, de acuerdo con su amante Leandro, mostrar á la Italia lo que es un amor constante, obtiene de la diosa de la belleza no solo abandonar los Campos Eliseos para volver á la tierra con los mismos sentimientos que siguen al alma en la tumba, sino que es autorizada para metamorfosear por hoy el real rio Arno en el antiguo y famoso Hellesponto. Se ve, pues, á la vez sobre las dos costas de este estrecho, cuyo pequeño espacio separa Europa de Asia, suspirar sobre su roca de Sestos la amorosa jóven, mientras que en la otra costa el amoroso jóven parte de Abydos á nado, y se espone, por pasar una hora con su querida, á este peligroso paso. Entonces la diosa, sentada en una nube entre estos dos amores tan tiernos, cede á la compasion que le inspira Leandro, y estiende de una costa á otra el famoso puente que Xerxes quiso dos veces echar para marchar á la conquista de Grecia. Pero los pueblos de la Europa, aprovechando la ocasion que se les ofrece de adquirir la antigua gloria de sus antepasados, no solo defienden al esposo amante, sino que prueban tambien á defender el puente con un ejército numeroso, á cuya tentativa se oponen los asiáticos con la ayuda de otro ejército no

menos numeroso, indignado de que el arte trate reunir las dos tierras que la naturaleza ha separado.

«Los europeos avanzan, pues, bajo la presidencia de la ninfa Europa, la cual, para inflamar á sus soldados, les promete en recompensa de su victoria, el mismo toro en que se convirtió Júpiter cuando la trasportó de Fenicia á Creta. Por su parte, los asiáticos vienen bajo los auspicios de Pan, su antiguo dios, el cual, para animar á sus tropas, promete á los vencedores un inmenso tonel lleno de su primer licor.

«Entonces comienza en este puente, atizada por Vénus, una terrible lucha entre los dos pueblos. Felizmente, Cupido que teme los desastres de tal combate, apenas ve los ejércitos en presencia uno de otro, cuando de la cima de las dos rocas opuestas hace volar dos amores que vienen, con su antoreha en la mano, á separar por un fuego artificial los asiáticos de los europeos, mostrando, con el ejemplo de sus leales amantes, y de sus fieles esposos, cuán dignos son de memoria aquellos que, sin temor al peligro, saben noblemente llevar á buen fin las empresas de la guerra ó las aventuras de amor.»

Como se ve, por miedo sin duda de desconsolar á los florentinos, el traductor de Píndaro, habia tergiversado, no ya la historia, sino la fábula, coronando los amores de Hero y Leandro, con un matrimonio. Esto recuerda á nuestro buen Ducis, que viendo el terrible efecto que habia producido el final que habia puesto á su Otelo, puso inmediatamente uno segundo al gusto de las almas sensibles.

Mas acaso la verdadera causa de aquella sustitucion, fué que no habia en el falso Hellesponto bastante agua para nadar Leandro (1).

## VISITAS DOMICILIARIAS.

### CASA DE ALFIERI.

Al extremo del puente de la Trinidad, descendiendo por el muelle que conduce al pala-

(1) En el momento en que escribo estas líneas recibo una quinta carta llena de injurias, al final de la cual, como de las precedentes, busco inútilmente su nombre. Responderé á ellas con un cuentecillo. «Llegado á Florencia, mientras dormia, me picó un alacran. Busqué durante ocho dias inútilmente al venenoso animal que se habia aprovechado de la oscuridad para esconderse y huir; al noveno le descubri por fin, y le aplasté.»—6 de abril de 1812.

cio Corsini, entre el casino de la Nobleza y la casa habitada por el conde de Saint-Leu, ex-rey de Holanda, señalada con el número 4,477, está la casa donde murió Alfieri.

La habitacion del poeta piemontés, estaba en el segundo piso. A mi llegada á Florencia aquella habitacion estaba desalquilada; la visité con la doble intencion de rendir homenaje á la memoria del Sófoles italiano, como su le llama pomposamente en Florencia, y de alquilarla si me convenia. Desgraciadamente su disposicion hacia imposible la realizacion de este último deseo: por mas importancia que me diera haber dormido en la misma alcoba y trabajado en el mismo gabinete que el autor de *le Polinice* y de la *Conspiracion de los Pazzi*, me era preciso renunciar á este honor.

Hácia fin de 1790, como lo dice el mismo Alfieri en sus memorias, fué cuando vino á habitar la casa en que murio.

«Al fin de este mismo año halló cerca del puente de la Santa Trinidad, una casa sumamente bonita, aunque pequeña, situada en el Longo Arno, al Mediodía; la casa de Gianfigliuzzi, á donde fuimos á instalarnos hácia el mes de noviembre, donde todavía estoy, y donde es probable que muriera yo, si la suerte no me hubiese llevado por otra parte. El aire, la vista, la comodidad de esta casa, me volvieron la mayor parte de mis facultades intelectuales y creadoras, menos las melotragicas, á las que no me fué posible elevarme (1).»

Alfieri habitaba esta casa con una muger cuyo recuerdo está todavía hoy tan vivo en Florencia como si no hiciese mas que diez años que hubiese muerto: era la condesa de Albany, viuda de Carlos Estuardo, el último de los príncipes ingleses caidos del trono. El poeta la habia encontrado en su anterior viaje á la capital de la Toscana: tenia él entonces veinte y ocho años: él mismo cuenta el principio de aquel amor que no debia acabar sino con su vida.

«Durante el verano de 1777, que pasó todo entero en Florencia, como he dicho, habia encontrado muchas veces por casualidad á una hermosa y muy amable señora. Estranjerera de alto rango, no era posible verla sin admirarla; y mas imposible todavía, una vez vista y despues de admirarla, no encontrarla un encanto infinito. La mayor parte de los señores del país y todos los estrangeros de calidad, eran recibidos en su casa; pero engolfado en mis estudios y en una melancolia salvaje y fantástica, y atento siempre á alejarme de las mugeres que me parecian mas amables y mas bellas, no quise en mi primer via-

je ser presentado en su casa. Sin embargo, me habia sucedido frecuentemente encontrarla en los teatros y en el paseo, y me habia quedado en los ojos, y al mismo tiempo en el corazon una impresion primera muy agradable. Sus ojos negros y animados con una suave llama, unidos, cosa poco comun, á un cutis blanquísimo, y unos cabellos rubios, daban á su belleza un resplandor del que era difícil no quedar deslumbrado, y al que difícilmente se escapaba uno. Tenia veinte y cinco años, una aficion estremada por las letras y las bellas artes, un carácter de ángel; y á pesar de toda su fortuna, circunstancias penosas y desagradables no le permitian estar tan contenta y ser tan feliz como merecia. Habia alli muchos y muy dulces escollos para que yo me atreviera á desafiarlos.

«Pero durante aquel otoño, obligado por las repetidas instancias de uno de mis amigos á presentarme á ella, y creyéndome en adelante bastante fuerte, me decidí á correr el riesgo, y no tardé mucho tiempo en caer, casi sin apercibirme de ello.

«A pesar de eso, todavía acilando entre ceder ó no á esta nueva llama; en el mes de diciembre tomé la posta, y fui ganando horas á Roma: viage insensato y cansado, del que no saqué por todo fruto mas que un soneto que hice una noche en una posada de Buccano, donde me fué imposible cerrar los ojos.

«Ir, estar, volver, fué negocio de doce horas; pasé y volví á pasar por Siena, donde volví á ver á mi amigo Goti, el que no me separó de aquellas nuevas cadenas en las que ya estaba medio aprisionado: así, mi vuelta á Florencia acabó bien pronto de remacharlas para siempre. Los sintomas precursores de aquella cuarta y última fiebre de mi corazon se anunciaba, felizmente para mí, por prodromos bien diferentes de aquellos que habian anunciado el acceso de las tres primeras; en estas no estaba conmovido como en la última, por una pasion de ánimo, que mezclándose á la del corazon, y haciéndole estranjero, formaba, para hablar como poeta, una mezcla inefable y confusa que, con menos ardor é impetuosidad, tenia sin embargo algo de mas profundo, de mayor sentimiento, y de mas duracion. Tal fué la llama que, á datar de esta época, vino insensiblemente á colocarse en la primera de todas mis afecciones, de todos mis pensamientos, y que en adelante no pudo extinguirse sino con mi vida. Habiendo terminado por conocer, al cabo de dos meses, que aquella era la muger que yo buscaba, puesto que lejos de encontrar en su casa un obstáculo á la gloria literaria, como sucede con las mugeres vulgares, y que el amor que ella me inspiraba me hiciera disgustar de las ocupaciones útiles, y empequeñecer mis pensamientos, encontraba, por el contrario, en ella un estímulo, una animacion y un ejemplo para todo lo que fuese

(1) Esta cita y las sucesivas, que tomaré de las Memorias de Alfieri, están copiadas de la bella traduccion de Mr. Latoms, hombre de mucho talento, y que con una rara felicidad ha vertido á nuestra lengua las *Últimas cartas de Santiago Ortes* y las *Prisiones de Silvio Pellico*.

bueno, aprendí á conocer y apreciar un tesoro tan raro, y desde entonces me dediqué exclusivamente á ella. Y ciertamente, no me equivocaba, puesto que despues de diez años en la época que escribo estas niñías, en lo sucesivo, ¡ay de mí! entrado en la triste edad en que se pierden las ilusiones, me siento cada vez mas inflamado por ella, á medida que el tiempo la va arrebatando aquello que no la constituye realmente, la pasajera ventaja de una belleza que tiene que desaparecer. Cada día mi corazon se eleva mas, se dulcifica, se hace mejor por ella; y me atrevo á decir, me atrevo á creer, que mi corazon lo es suyo, y que su corazon apoyándose en el mio, saca de él nueva fuerza.»

Alfieri habitó diez años esta casa, en la que reconoció una influencia grande sobre su salud y su genio, es decir, que entró en ella á la edad de cuarenta y cinco años. Allí fué donde despues de haber leído á Homero y los trágicos griegos, en las traducciones literales, se entregó al estudio de la lengua de Demóstenes, escribió *La segunda Alceste*, concluyó su *Misogallo*, terminó su carrera poética por *La Talentodia*, concibió el argumento de seis comedias á la vez, instituyó el orden de Homero con la que se condecoró por propia mano: cansado, agotado su ingenio, renunció á toda empresa nueva, y mas á propósito, como lo dice él mismo, en adelante, para deshacer que para hacer, salió voluntariamente de la cuarta época de su vida constituyéndose viejo á los cincuenta años, despues de haber empleado veinte y ocho años en inventar, crear, traducir y estudiar.

Las memorias de Alfieri se interrumpen el 4 de mayo de 1803. En esta época su salud estaba completamente destruida. Como en Schiller el alma de Alfieri habia gastado al cuerpo antes de la edad. La gota que padecía en todos los cambios de estacion, le acometió en el mes de abril con mas intensidad que de costumbre, sin duda porque le acometió mucho mas gastada su naturaleza que lo estaba antes. Entonces, como habia un año que Alfieri sentia su digestion cada vez mas difícil, se le figuró que debilitaria su mal reduciendo la pequeña cantidad de alimento que tomaba, y que por otra parte su estómago mas libre por la inacción á que le condenaba, le dejaría mas libre su espíritu. El resultado de este régimen, al cual debió Byron tambien, segun todas las probabilidades, su muerte segura, fué bien pronto visible en Alfieri: ya demacrado de un modo alarmante, se debilitó mas y mas cada día. Entonces la condesa de Albany probó á usar de su influencia para decidir al enfermo á renunciar á esta dieta fatal; pero por la primera vez sus súplicas no tuvieron influencia. Al mismo tiempo, como si Alfieri hubiese sentido venir la muerte, trabajó sin descanso en sus comedias: despues, en los momentos que no componia ó no ejecutaba, leía, volvía á

leer sin cesar, á fin de dar á la febril avidez de su imaginacion un alimento de que privaba á su estómago. De este modo, demacrándose siempre y reduciendo sin cesar la porcion de alimentos que se permitia, llegó al 3 de octubre del mismo año.

Aquel día Alfieri se habia levantado mas alegre que la vispera, y mas temprano que de costumbre. Hácia las once, despues de sus acostumbrados estudios de mañana, salió en silla de mano para ir á pasear á las Caschinas. Pero apenas llegó al puente de la Caraja, cuando se sintió acometido de un frio tan grande, que quiso, para entrar en calor, apearse y andar á pie á orilla del Arno. Apenas dió diez pasos le acometieron violentos dolores en sus entrañas. Volvió á su casa al punto, y apenas entró, fué presa de un acceso de calentura que duró algunas horas, y cesó hácia la noche, subsistiendo sin embargo, durante toda ella, una continua y pertinaz tendencia al vómito.

Sin embargo, como los dolores de entrañas se habian calmado hácia media noche, Alfieri se vistió, y á las dos horas bajó para ponerse á la mesa. Pero esta vez, ni aun intentó comer: la tarde y parte de la noche se pasó en una sonnolencia continua, y sin embargo, apenas durante la noche pudo dormir dos horas; tan agitado estuvo.

El 5 por la mañana se afeitó él mismo, se vistió casi sin el auxilio de su ayuda de cámara, y pasó el día en un estado de impaciencia que le era muy comun, pero que en otras circunstancias no le hubiese alarmado; pero que esta vez alarmó violentamente á la condesa de Albany. Sin embargo, á la noche aquella situacion se calmó un poco: sorbió el chocolate y le encontró bueno; pero tres horas despues de haber vuelto á la cama, fué atacado de nuevo por los dolores de entrañas mas vivos todavia y mas intensos que los primeros. El médico llamado entonces por la primera vez, mandó entonces sinapismos á los piés. Despues de largas contestaciones, el enfermo consintió en dejárselos poner; pero apenas comenzaron á obrar, cuando temiendo que le causasen llagas y que estas le impidiesen andar. Alfieri se desembarazó de ellos sin decir nada, y los puso en una esquina de la cama. Aunque habian obrado poco, sin embargo, su aplicacion habia sido favorable, y hácia la noche, hallándose mejor el enfermo, se levantó á pesar de algunas observaciones que le hicieron, prestando que no podia soportar la cama.

En la mañana del 8, como el estado del enfermo presentaba síntomas mas y mas alarmantes, el médico de cabecera de Alfieri, hizo llamar á uno de sus compañeros. Este últi-

mo aprobó el tratamiento seguido, reprendió el haberse quitado los sinapismos antes de tiempo, como lo indicaban las poquísimas señales que habían dejado, y mandó cantaridas en las piernas. Pero si Alfieri se había rebelado contra el primer remedio, fué mucho mas rebelde contra el segundo. Declaró que nadie en el mundo le decidiría á emplearle, é invitó á sus dos médicos á que no se ocupasen de ninguna otra cosa que de calmar sus dolores de entrañas: entónces le prepararon una pocion en la que entraba una fuerte dosis de ópio.

Esta pocion le calmó al instante; pero habiendo insistido el enfermo en su manía de no acostarse, y estando tendido sobre una silla larga cerca de la condesa Albany; que se habia constituido su enfermera, poco á poco, el reposo momentáneo que era debido á aquel activo narcótico degeneró en alucinacion: entónces su cara pálida se coloreó, sus ojos se abrieron fijos y febriles, su voz se hizo ronca y balbuciente, y en una especie de delirio, vió pasar delante de sus ojos, vivos y como si acabasen de pasar, los acontecimientos mas olvidados de su infancia y de su juventud. Centenares de versos de Hesiodo, que sin embargo, no habia leído mas que una vez, se vinieron á su memoria con tal claridad, que recitaba periodos enteros que habia retenido, él mismo no sabia como. Este estado de exaltacion duró hasta las seis de la mañana.

A esta hora, y vencida por sus súplicas, la condesa Albany consintió en descansar únicamente algunos instantes. Apenas habia salido de su cuarto, cuando Alfieri se aprovechó de su ausencia para tomar una pocion que habia pedido á sus médicos, y que sus médicos le habian rehusado: era una mezcla de aceite y magnesia. En el mismo instante se sintió peor; á sus dolores de entrañas habia sucedido un adormecimiento pesado y frio que semejaba á una parálisis. El enfermo luchó durante algun tiempo contra su primer síntoma de la muerte, andando por la alcoba, hablando alto, intentando la reaccion de la inteligencia sobre la materia. Pero en fin, sintiéndose cada vez mas malo, llamó, y su criado al entrar le halló sentado y desfallecido en un sillón próximo al cordon de la campanilla. Llamó al momento á la condesa de Albany, y envió á buscar al médico.

Acudió al punto la condesa de Albany. Encontró á Alfieri respirando con mucha dificultad, y medio ahogado. Le dijo entónces que probara á echarse; se levantó él al punto tambaleando, y tendiéndole la mano marchó hácia su cama, y se dejó caer en ella arrojando un suspiro; bien pronto se oscureció su vista, y sus ojos se cerraron. La condesa que de rodillas cerca de él, tenia una de sus manos entre las suyas, sintió una débil presion; despues oyó un suspiro casi ininteligible y prolongado: era el último aliento del poeta: Alfieri habia muerto!...

En el momento en que los franceses invadieron la Toscana, Alfieri, exajerado como siempre, habia resuelto aguardarlos como en otros tiempos los senadores romanos esperaron á los galos en sus sillas curules, no dudando que la muerte debia ser el precio de su valor. Habia hecho entónces su epitafio y el de la condesa Albany. Hé aqui los dos:

#### EPITAFIO DE ALFIERI.

Aqui reposa en fin  
Victor Alfieri de Arti,  
ardiente adorador de las Musas,  
esclavo solo de la verdad,  
por consecuencia odioso á los despotas  
que mandan, y á los infames que obedecen:  
desconocido á la  
multitud,  
atendido á que jamás desempeño  
empleo alguno  
público.  
Amó á pocas personas, pero eran las mejores.  
No fué despreciado  
de nadie, si no es acaso de sí mismo.  
Vivió... años... meses... dias...  
Murió el dia... del mes...  
El año del Señor 18...

#### EPITAFIO DE LA CONDESA DE ALBANY.

Aqui reposa  
Aloyse de Holberg,  
condesa de Albany,  
muy ilustre  
por su nacimiento, por su belleza, y por su candor.  
Durante el espacio  
de... años,  
querida sobre todas las cosas por Alfieri  
cerca del que  
está allí sepultado en la misma tumba (1),  
Constantemente fué honrada por él  
cual una divinidad mortal.  
Vivió... años... meses... dias.  
Nació en las montañas del Henaut.  
Murió el dia... mes...  
del año del Señor 18...

#### CASAS DE BENVENUTO GELLINI

Escribimos casas en plural, por que hay en Florencia dos casas que conservan el recuerdo del ilustre cincelador. La casa donde nació, y donde recibió de su padre y de su madre, que esperaban el nacimiento de una niña, el sobrenombre de reconocimiento, de Benvenuto, y la que tenia debida á la muni-

(1) Así es como deberá ponerse, si, como lo creo y espero, muero yo el primero; si Dios ordena que sea de otro modo, se substituirá á ese renglon el siguiente:

Que será bien pronto sepultado en la misma tumba

Ninguno de estos dos epitafios ha recibido su destino, como lo verán nuestros lectores cuando les conduzcamos á la iglesia de Santa-Croce.

ficencia de Gosme, y donde hizo la famosa estatua de Perséo.

La primera estaba en la calle *Chiara nel Popolo di San Lorenzo*.

La segunda estaba en la calle de la Pergola. Inscripciones grabadas en una lápida de mármol señalan las dos á la curiosidad de los viajeros.

En la primera es donde pasó su juventud: donde encerró en su mano un alacran que por un milagro no le picó; donde su padre vió en el fuego una salamandra, se la enseñó, y para que se acordase de esta maravilla, le dió tan fuerte bofetón, que la seguridad de que aquel bofetón era una precaución contra el olvido, no le pudo consolar, de modo que para contener sus lágrimas, fué preciso, no solo que su padre le diese un beso en cada mejilla, sino que todavía le pusiese un escudo ante cada ojo. En esta casa, en fin, donde pasó su juventud, era auxiliado de cuando en cuando por el gonfalonier Soderini, que casi hizo cegar Miguel Angel, y del que Maquiavelo inmortalizará la estupidez en su epitafio: estudió el arte de platero en casa del padre de Bandinelli y en el taller de Mercione, hasta que un dia armó una disputa entre la puerta del Prado y la puerta Pitti, recogió la espada de su hermano derribado en el suelo de una pedrada, y dió estocadas tan lindamente, que el Consejo de los Ocho le invitó á ir á pasar seis meses lejos de Florencia. Entonces comenzó la vida aventurera de Cellini.

Abandona aquella casa paterna que no volverá á ver sino muy de tarde en tarde y donde se parará muy poco; va á Siena, donde trabaja bajo la dirección de Francisco Castera; á Bolonia, donde trabaja con el maestro Hércules del Giffero; á Pisa, donde trabaja con Ulivieri de la Chiostra; resiste ir á Inglaterra con Torrighiani, porque de un puñetazo Torrighiani ha aplastado las narices de Miguel Angel; entra en casa de Francisco Salemberri, donde hace una hebilla de cinturón; marcha á Roma con el grabador Tano; construye en el taller de Firenzola, de Lombardia, un magnífico salero; vuelve á Florencia y se hace condenar á una multa por una nueva pendencia; sale de Florencia disfrazado de monje, y vuelve á Roma; entra en casa de Lucagnolo de Jesi, hace candeleros para el obispo de Salamanca, y una flor de lis de diamantes para la Chigi; aprende á tocar la corneta y se hace músico de la corte pontificia; trabaja para el papa Clemente VII y para varios cardenales; hace la medalla de Leda para el gonfaloniero de Roma Gabriel Ceserino; dos jarrones para Jacobo Berengario; es nombrado bombardero del castillo de Sant-Angelo; se imagina que ha dado muerte de un arcabuzazo al condestable de Borbon; funde el oro en el que se montan las joyas del papa; con una mano aviva sus hornillos, dispara con la otra sus falconetes; de

una de sus balas es herido mortalmente el principe de Orange; vuelve á Florencia hecho capitán; va á Mántua y trabaja con Nicolás de Milan; construye para el duque un relicario y para el cardenal un sello; vuelve á Florencia con la fiebre y encuentra á su padre muerto; llámale otra vez á Roma Clemente VII, que ha pagado su rescate vendiendo ocho capelos de cardenal; hace las medallas del Ecce-Homo y de San Pedro en la mar; ve morir entre sus brazos á su hermano, herido en una pendencia, manda poner un epitafio en latin al sepulcro, mata al asesino, se salva en casa del duque Alejandro, que vive entre la plaza Nueva y la Rotonda; sale libre por un capricho del papa, que le hace su macero; se enamora de Angélica, siciliana; se entrega á la magia; arroja un puñado de lodo á la cara de Ser Benedetto, se olvida quitar del lodo un guijarro que se halla en él por casualidad y que le hace caer al suelo desmayado; cree haberle muerto, se salva en Nápoles, es bien acogido por el virey, sabe que Ser Benedetto no ha muerto, vuelve á Roma cerca del cardenal Hippolyto de Medicis; presenta al papa la medalla de la Paz; recibe la comision de hacer la de Moisés; mata al platero Pompeo de dos puñaladas; es defendido por los cardenales Cornaro y Medicis; obtiene del papa Paulo III un salvo-conducto; atormentado por Pedro Luis Farnesio, se desembaraza de un miserable que le sujeta y huye á Florencia; parte para Venecia con el Tribolo; arma pendencia en Ferrara con los desterrados florentinos; visita el Sansovino; vuelve á partir para Florencia, donde graba la moneda del duque Alejandro; disputa con Octaviano de Medicis; vuelve á Roma, prometiéndolo al duque Alejandro hacerle una medalla, es indultado por el papa por la muerte de Pompeo; cae enfermo y es asistido por Francisco Furconi; está tan malo, que la noticia de su muerte se espaa; se cura bebiendo agua; vuelve otra vez á Florencia, se queja con el duque Alejandro á propósito de Vasari; marcha á Roma; es calumniado ante el papa por Latino Maletti; abandona de nuevo á Roma; resuelve ir á Francia; en Pádua comienza una medalla para el Bembo; atraviesa los Grisones, llega á Paris, y es recibido por Francisco I; va con la corte á Lyon, y cae malo; marcha á Italia, es bien acogido por el duque de Ferrara; llega á Roma, es reclamado al papa por Mr. de Montluc á nombre del rey de Francia; es acusado por Gerónimo Perugino de haber distraído en provecho suyo una parte de las joyas que le entregó Clemente VII para desmontarlas; es encerrado en el castillo de Sant-Angelo; intenta evadirse con sus sábanas, cae de lo alto de un bastion, se rompe una pierna, y es llevado á la casa del senador Cornaro, que le hace cuidar; reálmale el papa, y Cellini es trasportado á un cuarto del Vaticano, de donde se le traslada de noche á Torre di Nono; se cree condenado á

muerte, lee la Biblia, intenta suicidarse, es detenido por un brazo invisible, tiene una vision, escribe un madrigal, dibuja sobre la pared, y es puesto en libertad á instancias del cardenal de Este.

Parte despues para Francia; sostiene en Monte-Rossi un asalto contra sus enemigos que le aguardaban para asesinarle; sale de la escaramuza sano y salvo; visita al pasar por Viterbo á sus primas que son religiosas; arma disputa en Siena con un maestro de postas y le mata; se detiene un instante en Florencia en aquella casa de la calle Chiara del Popolo, donde ha nacido él y donde su padre ha muerto. Atravesa por Ferrara, donde hace al paso una medalla para el duque Hércules. Pasa el monte Cenis, llega á Lyon, llega á Paris, marcha con la córte á Fontainebleau, rechaza con indignacion los trescientos escudos anuales que le ofrecen. Huye furioso, decidido á ir en peregrinacion á Jerusalem, y recobrado su buen humor al cabo de diez leguas, vuelve á la córte donde su pension se fija en setecientos escudos. Recibe comision de Francisco I de hacerle doce estatuas de plata de tres codos de altura cada una; abre taller y recibe la visita del rey; hace el modelo en grande de su Júpiter y recibe cartas de naturalizacion del rey, que le da el castillo de Nesle. Reclama en vano el dinero necesario para su estatua de Juno; recibe una segunda visita del rey, que le encarga trabajos para Fontainebleau. Presenta al rey dos modelos de puerta y un modelo de ventana; cae en la enemistad de Mad. de Etampes por no habérselos enseñado. Es acusado de sodomia. Sabe que el Primaticio le ha cogido los trabajos de su fundicion, que Mad. de Etampes ha propuesto al rey hacerle prender; se justifica ante Francisco I; intimida al Primaticio, que le vuelve sus planos. Recibe una tercera visita del rey, que encantado de su Júpiter, manda que se le entreguen siete mil escudos de oro, de los que no recibe sino mil, atendidas las necesidades de la guerra. Es consultado por el rey sobre las fortificaciones de Paris. Queda sin recursos para continuar sus trabajos á causa de la guerra; obtiene por el intermedio del cardenal de Este el permiso de volver á Italia. Llega á Florencia, donde encuentra á su hermana en la miseria; hace una visita al gran duque Cosme, que le encarga el Perseo. Halla una casa que le conviene para ejecutar esta obra, y la pide al gran duque, que se la concede. Esta es la casa de la Pergola.

«La casa è posta in via Lauro, in nel canto delle quattro case, è confina col orto di Nocenti, et è oggi di Luigi Ruccelai di Roma. L'assunto in Firenze è ha Lionardo Ginori. In prima era di Girolamo Salvadori. Io priego V. E. che sia contenta di mettermi in opera. Il divoto servitore de V. E.—Benvenuto Cellini (1).»

(1) «La casa situada en la via Lauro, en la esqui-

Debajo de estas palabras está el decreto siguiente, escrito de la mano misma del duque:

«Veggasi qa: á chi stá á venderla, è il prezzo che ne demandano; perche vogliamo compiacere ne Benvenuto (1).»

Pasemos por alto las mil aventuras que le suceden todavía, las acusaciones que le persiguen, su fuga y su viage á Venecia, y sus altercados con Bandinelli, para llegar por último á la fundicion de Perseo, acontecimiento principal de este periodo de su vida, y que nos va á contar él mismo.

Todas las desgracias vienen á asaltarle y á amenazar el nacimiento de esta estatua, tanto tiempo hacia puesta en problema por sus rivales. El fuego encendido en la casa ha tomado un incremento tan violento, que hay momentos en que se teme que se hunda el techo del taller. El tiempo está borrascoso, y ha llovido tanto y hace tal viento, que cuesta gran trabajo mantener el fuego del hornillo. Por fin el molde está acabado, el metal en fusion, no hay mas que hacer sino pasar el bronce de la caldera al molde, cuando el pobre Benvenuto se siente acometido de tan gran fiebre, que se ve obligado á dejar bajo la direccion de sus obreros aquella parte de la obra de que dependia su honor, y no pudiendo ya tenerse sobre sus piernas, se decide á irse á la cama.

«Entonces, dice, friste y atormentado me volvi hacia los que me rodeaban, que eran diez ó doce, tanto maestros fundidores como oficiales y obreros que trabajaban en mi taller; y dirigiéndome á un cierto Bernardino Manellini de Mugello, que era de estos últimos y que estaba en mi casa hacia muchos años, despues de haberme recomendado á todos, le dije particularmente:

—«Querido Bernardino, sigue puntualmente las órdenes que te he dado, y está lo mas listo que puedas, porque el metal no debe tardar en estar en punto. No puedes equivocarte; esos bravos harán el canal, y estoy seguro que no separándose de mis instrucciones se llenará el molde perfectamente. Yo estoy mas enfermo que lo he estado nunca desde que nací, y palabra de honor, temo que antes de muchas horas no estaré en este mundo.

«Y habiendo hablado así, los dejé muy tristes y me fui á acostar.

«Apenas estuve en la cama, mandé á mis criados llevasen al taller de beber y de comer para todo el mundo, y les dije:

—«¡Ay, ay! mañana ya no viviré.

na de las cuatro casas, confinando con el huerto de Nocenti, es hoy de la pertenencia de Luigi Ruccelai, de Roma. La administracion la tiene en Florencia Lionardo Ginori. Antes era de Girolamo Salvadori. Suplico á V. E. se digne disponer lo conveniente para empezar mi obra. El adicto servidor de V. E.

*Benvenuto Cellini.*»

(1) «Averigüese quién está encargado de venderla, y el precio que por ella pide, porque queremos complacer en esto á Benvenuto.»

«Ellos, sin embargo, procurando vol verme mi ánimo, me respondían que aquel gran mal me había provenido por el trabajo excesivo, y que pasaría con un poco de reposo.

«Dos horas pasaron, durante las cuales quise luchar en vano contra la enfermedad, y durante las que la fiebre, en lugar de disminuir aumentaba cada vez más, y en esas dos horas no cesé de repetir que me sentía morir. En este tiempo, mi sirvienta en jefe, la que gobernaba toda la casa, y que se llamaba Maria Fiore de Castel-Río, la muger más animosa y de mejor corazón que jamás ha habido, no cesó de decirme que estaba loco, que aquello se me pasaría: me cuidaba con esmero, y consolándome, no podía encerrar en su animoso corazón la cantidad de lágrimas que le ahogaban, y que á su pesar corrían de sus ojos; tanto que cuando creía que yo no la veía lloraba abundantemente. Era, pues, yo presa de estas tribulaciones, cuando vi entrar en mi alcoba un hombre pequeño, torcido como una S mayúscula, que retorciéndose los brazos comenzó á exclamar con una voz tan lamentable como las de las gentes que anuncian á los condenados su última hora:

—«¡Oh, Benvenuto! ¡pobre Benvenuto! ¡todo vuestro trabajo está perdido, y ya no hay para ti remedio en el mundo!

«A estas palabras de aquel desgraciado, que me conmovieron hasta el fondo de las entrañas, arrojé un grito tan terrible que se debió oír en el cielo; y saltando de mi cama cogí mis vestidos y me puse á vestir distribuyendo á derecha y á izquierda á mis criados, á mis criadas y á todos los que estaban al alcance de mi mano una lluvia de puñetas y puñetazos, lamentándome al mismo tiempo y exclamando:

—«¡Ah! traidores! ¡Ah! envidiosos! Es una traición no hecha á mí solo sino al arte; pero por el cielo juro que yo conoceré quien me la ha hecho y que antes de morir probaré que soy capaz de tal venganza que se horrorizará el mundo de ella.

«En medio de esta agitación acabé de aviarme, y lanzándome hácia mi taller, donde todos aquellos que había yo dejado tan alegres y animados estaban al presente espantados y como embrutecidos:

—«Escuchad, les dije con una voz de trueno, escuchad; y puesto que no habeis sabido obedecerme cuando yo no estaba aquí, obedecedme ahora que estoy aquí para dirigir mi obra, y que ninguno hable, porque en este momento tengo necesidad de ayuda y no de consejo.

«A estas palabras un tal Alejandro Lastucati, maestro, quiso responderme y me dijo:

—«Dien veis, Benvenuto, que pretendéis llevar á cabo una empresa que es contra todas las reglas del arte.

«Apenas había pronunciado estas palabras cuando me volví hácia él con tanto furor y con

un aire que indicaba que las cosas iban á pasar mal, que todos exclamaron á una voz:

—«Ea, vamos, vamos, ánimo, mandad y os obedeceremos todos mientras nos quede un soplo de vida.

«Creo ¡Dios me perdone! que me dijeron aquellas animosas palabras temiendo por mi palidez que iba á caer muerto. Pero no importa, veo que puedo contar con ellos, y sin perder tiempo corro á mi hornillo, y veo que el metal esta todo coagulado, y como se dice en terminos de fundición, hecho una torta.

«Mandé á dos aprendices fuesen al momento á casa de un carnicero llamado Capreta, para que trajeran de allí un monton de leña de encina, seca ya hacia mas de un año, y que su muger Ginebra me había ofrecido muchas veces. A medida que traían los haces de leña, yo los echaba en el hornillo: y como esta clase de encina hace un fuego mas fuerte que las demas leñas (ordinariamente se usa madera de álamo ó de pino para fundir las piezas de artillería, que no tienen necesidad de tanto calor) sucedió que la pasta comenzó á sentir este fuego infernal, empezó á fundirse y arrojar llamas. Hice al instante preparar los conductos, envié algunos de mis hombres á vigilar para que el techo estropeado por el fuego no nos jugase alguna mala pasada, y como había hecho colocar lienzos y tapices delante de la ventana del jardín, me encontré por este lado resguardado del viento y del agua. De manera que viendo que había previsto todo, y que todo iba bien, exclamaba con voz fuerte:

—«Haced esto, haced aquello: id allí, venid aquí.

«Y toda aquella gente, viendo que la torta se fundía, de lo que estaban maravillados, me obedecían á competencia, y cada uno hacía el trabajo de tres. Entonces hice tomar un medio pan de estaño que pesaba cerca de sesenta libras, y le eché en medio del hornillo sobre la pasta, la cual con la ayuda de la madera que le calentaba por debajo, y los instrumentos de hierro con los que le avivá-vamos por encima, se liquidó por fin en pocos instantes.

«Después, viendo que contra lo que esperaban todos los ignorantes, había yo, por decirlo así, resucitado á un muerto, adquiri tanto ánimo y vigor, que me parecía no tener ya ni fiebre ni temor á la muerte. De repente se oyó una detonacion, y pasó delante de nuestros ojos una luz parecida á una flecha de llamas; y esto con tal ruido y tal resplandor, que todos se quedaron estupefactos, y yo mismo acaso mas estupefacto y mas espantado que los demas. Pasado aquel fracaso, y estinguida la claridad, nos miramos unos á otros preguntándonos con la vista que quería decir aquello, cuando observamos que la tapa del horno acababa de romperse, y se estaba saliendo el bronce: mandé al punto que se abriese la bo-

ca del molde, mientras que al mismo tiempo hacia golpear sobre los tapones del horno. Entonces, viendo que el metal no corría con la rapidez acostumbrada, atribuí su lentitud á que el terrible fuego con el cual se había obligado á fundirse había consumido toda la liga. Hice al punto coger todos mis platos, todas mis escudillas y todos mis jarros de estaño, y mientras que echaba una parte de ellos en los conductos, hacia arrojar el resto en el horno: de manera que, viendo que gracias á esta adición el bronce se había liquidado perfectamente y que el molde se llenaba, todos mis bravos, llenos de ánimo y de alegría, me ayudaban y obedecían á porfía: en tanto que yo, tan pronto aquí, tan pronto allá, ayudaba por mi parte mandando y diciendo al mandar:

— «¡Oh Dios mio! Señor! A ti que por tu inmenso poder resucitastes de entre los muertos y subistes gloriosamente al cielo!

«De manera que en un instante mi molde se llenó y viéndole lleno caí de rodillas, y después de haber dado gracias al Señor con toda mi alma me volví á levantar, y viendo un plato de ensalada que estaba sobre un banco viejo, me arrojé sobre él y le comí en compañía de todos mis obreros, que comían y bebían al mismo tiempo que yo. En seguida de lo que, porque era dos horas antes del día, me fui á la cama sano y salvo, donde reposé tan tranquilamente como si jamás hubiera tenido la menor indisposición.

«Durante este tiempo mi buena criada, sin decirme nada, se había provisto de un magnífico capon que había hecho cocer. De suerte que cuando me levanté vino alegremente delante de mí diciendo:

— «¡Ah! hé aquí, pues, el hombre que debía morir esta mañana! Yo creo que aquella descarga de puntapiés y puñetazos que nos habéis dado la noche pasada, cuando estábais tan terriblemente encolerizado, habrá espantado la fiebre que habrá huido por temor de llevar su parte.

«Así es que toda mi pobre casa, vuelta en sí poco á poco del terror que había tenido, y del gran trabajo que había pasado, se tranquilizó viéndome fuera de peligro y de temor, y corrió alegremente á buscar para reemplazar la vajilla de estaño que había yo arrojado al horno, platos de loza en los cuales empleé con mas gusto el dinero que lo he hecho en toda mi vida.

«Después de comer, todos los que me habían ayudado vinieron á verme á su vez, felicitándose alegremente y dando gracias á Dios por el modo como las cosas habían pasado, diciendo que yo les había hecho ver una maravilla que todos los demas maestros hubieran mirado como imposible. Entonces metí la mano en el bolsillo y pagué á todos.

«Después de dejar durante dos días enfriar el bronce en el molde, comencé á descubrirle poco á poco, y la primera cosa que me encon-

tré fué la cabeza de Medusa, que, gracias á los respiraderos que había yo establecido para dar paso al aire, estaba perfectamente: al punto continué descubriendo lo demas y hallé la otra cabeza, es decir, la de Perseo, que por su parte estaba maravillosamente acabada, lo que me causó tanta mas admiración y alegría, cuanto que, como se sabe, está mas baja que la otra: y como la abertura del molde estaba justamente sobre la cabeza de Perseo, yo calculaba que acabada esta cabeza lo estaria todo el bronce: de suerte que no había allí ni mas ni menos sino la medida exacta y necesaria. Entonces me convencí de que era una cosa verdaderamente milagrosa y de la que me mostré muy reconocido á Dios. Pasé adelante y continué descubriendo mi estatua, y á medida que la descubría encontraba cada porción admirablemente concluida, hasta que, por fin, llegué al pie derecho que descansa en tierra y vi que el talon estaba tan concluido como todo lo demas: circunstancia que me causó á la vez alegría y pesar, porque había dicho al duque que era imposible que el bronce se colase hasta el fondo del molde, de manera que yo creí por un momento que el éxito venía á desmentirme.

«Pero continuando mi exhumación, hallé que segun mi prevision los dedos no estaban acabados, y que les faltaba en su parte superior cerca de la mitad. Por mas pesar que debiese causarme este accidente estaba muy contento de él, porque debía probar al duque si yo sabía ó no mi oficio. Por lo demas, si el metal había corrido mas adelante de lo que yo creía que pudiese hacerlo, esto tenía una esplicación muy sencilla, puesto que era debido á que había hecho yo calentar el bronce mas que de costumbre, y á la cantidad de estaño que le había mezclado, cosa que á los otros maestros no se les había ocurrido jamás.

«Así, viendo mi obra tan bien acabada, marché al momento á Pisa á ver al duque, donde él y la duquesa me hicieron una acogida tan amable como es posible: y aunque el mayor-domo les había ya referido el suceso con todos sus detalles, no fué eso bastante para ellos, y quisieron oírmelo contar de viva voz. Obedecí al punto; pero cuando hube llegado á los pies de Perseo y anuncié á S. E. que, como había yo dicho debía suceder, el metal no había llenado completamente el molde, el gran duque se asombró de mi prevision y la volvió á repetir á la gran duquesa en los propios términos de que yo me había servido para prevenirle á él mismo. Viendo entonces á mis dueños y señores tan bien dispuestos con respecto á mí, rogué al gran duque me diese permiso para ir á Roma, permiso que me concedió graciosamente; pero recomendándome al mismo tiempo que volviese pronto para concluir su Perseo: ademas me dió cartas para su embajador, que lo era en esta época Averard Servintori.»

En esta misma casa fué donde Benvenuto Cellini falleció el 13 de febrero de 1571 y fué enterrado en la iglesia de la Annunziata, como lo prueba la nota siguiente que he sacado de los archivos de la Academia de Bellas Artes.

«15 de febrero de 1571.»

«*Funerales hechos al señor Benvenuto Cellini, escultor.*»

«Hoy día de la fecha, fué enterrado el maestro Benvenuto Cellini, escultor, y por su orden se hizo la inhumación en nuestra colegiata de la Annunziata con una gran pompa fúnebre, á la que concurrió toda la Academia y toda la compañía de Bellas Artes. Se fué á su casa, se colocaron todos como de costumbre, y despues que desfilaron los monges, tomaron cuatro académicos el ataúd, que se llevó á la Annunziata con las fórmulas de costumbre: allí las ceremonias del culto divino verificadas, entró un hermano que la vispera del entierro habia recibido la mision de pronunciar la oracion fúnebre en alabanza debida al maestro Benvenuto, oracion que fué muy del gusto de todos los que habian acompañado al cadáver, no solo para cumplir con él los últimos deberes, sino tambien con la esperanza de oír su elogio. Y todo se hizo con gran aparato de velas y de lámparas, tanto en la iglesia como en la sala capitular. Voy á hacer la cuenta de las velas que se han dado á la Academia. Desde luego Jos cónsules recibieron cada uno una vela de á libra: los consejeros, los secretarios y los camarlangos cada uno una vela de ocho onzas: el proveedor una de una libra: en fin, á todos los demas, en número de cincuenta, cada uno una vela de cuatro onzas.»

¡Quién creeria que despues de tan brillantes funerales, tan escrupulosamente registrados, la compañía de las Bellas Artes hubiese olvidado una cosa; y es poner el nombre de Benvenuto Cellini sobre su tumba! Lo cual hace que, gracias á este olvido, nadie en toda Florencia puede señalar con el dedo el lugar donde fué enterrado el autor de Perseo.

#### CASA DE AMÉRICO VESPUCCIO.

La casa que habitó Américo Vespucio hacia parte del convento de los Hospitalarios de San Juan de Dios. Esta inscripcion grabada en su fachada perpetúa la memoria del dichoso rival de Colon:

Americo Vespucio, patricio florentino,  
Ob fepertam Americam  
Sui et patrie nominis illustratori,  
Amplificatori orbis terrarum  
In hac olim Vespucio domo  
A tanto domino habitata  
Patres Sancti Johannis á Deo cultores,  
Grata memoriae causa  
P. C.  
A. S. Cic. io. C. CXIX.

Los antiguos habian adivinado la existencia de la América. Séneca en su *Medea* profetiza su descubrimiento de la manera mas clara y mas precisa:

Venient annis sæcula seris,  
Quibus Oceanus vincula rerum  
Laxet, et ingens pateat Tellus,  
Tethysque novos delegat orbes,  
Nec sic terris última Thule.  
(*Medea, act. II.*)

Dante habla de él en el *Purgatorio*:

E'mi volsi á man destra é possi mente  
All' altro polo, é vidi quattro stelle  
Non viste mai fuor dalla prima gente.  
Goder pareva il ciel di fior fiamelle  
O setteprional vedovo sito  
Poiche privato se di mirar quelle.

Américo Vespucio nació el 9 de marzo de 1451: estudió las letras con su tío paterno Jorge Antonio Vespucio, que mas tarde se hizo monge dominicano y habitó el convento de San Marcos al mismo tiempo que Savonarola. A la edad de seis años entró, segun la costumbre florentina, y segun era particularmente costumbre en su familia, que se habia enriquecido asi, en el comercio marítimo.

Américo Vespucio navegó desde los diez y siete años y se adquirió cierta reputacion de habilidad y audacia, sobre todo en España, pais con el cual sus relaciones comerciales le ponian en relacion, cuando llegó á Europa la noticia de que el 12 de octubre de 1492, el genovés Cristóbal Colon habia descubierto un nuevo mundo.

Esta noticia redobló el ardor aventurero de Américo Vespucio: se fué á ver á Fernando é Isabel, protectores de su antecesor, y obtuvo de ellos que le diesen un navio.

El 40 de mayo de 1497, es decir, cinco años despues del descubrimiento de las islas de la Tortuga y de Santo Domingo, Américo Vespucio partió de Cádiz para las islas Fortunatas, y dirigiendo su proa hácia el Occidente, al cabo de treinta y siete dias de travesia descubrió una tierra desconocida: era el gran continente al que debia dar su nombre.

Grande alegría causó en Florencia esta noticia: la república le decretó las *iluminaciones* (1) públicas durante tres dias y tres noches.

(1) Las iluminaciones eran una recompensa pública: la señoria decretaba las iluminaciones, y por orden del gonfaloniero se iluminaba por un tiempo mas ó menos largo, el palacio de los que habian merecido aquella distincion.

Américo hizo al servicio del rey Emmanuel de Portugal otros tres viages al nuevo mundo, de los que, como del primero, escribió la relación. Muchas copias de estos viages fueron enviadas por él á Pedro-Soderini, gonfaloniero perpétuo de Florencia, que mandó hacer de ellas nuevas copias, y las repartió en toda la Toscana: de ahí la inmensa popularidad de Américo Vespucio, y el triunfo de su nombre sobre el de Colon.

Pareció este triunfo tan injusto al Consejo real de Indias, que en 1508 decretó que el nuevo continente se llamase Colombia; pero era demasiado tarde: el nombre de América habia prevalecido.

El último viage del navegante florentino se verificó hácia 1512: hecho este viage, volvió á Lisboa, donde murió colmado de riquezas y de gloria.

Colon, desheredado de su sublimé padrino, habia pasado una parte de su vida preso y habia muerto en la miseria.

## CASA DE GALILEO.

Siguiendo del lado de Saint-Georges, se encuentra una casita pobre, con el número 1600, que al primer aspecto no difiere en nada de las casas del pueblo bajo de Florencia: únicamente que cuando se la mira se lee encima de su puerta la inscripción siguiente:

Qui ova abito Galileo,  
non sdogno pigarsa alla potenza dil genio  
la maesta di Fernando II de Médici.

Lo que quiere decir: «Aquí, donde habitó Galileo, la magestad de Fernando II de Médici no se desdenó de inclinarse ante el poder del genio.»

En efecto, en aquella casa es donde murió Galileo, el año en que nació Isaac Newton, como él mismo habia nacido el año en que murió Miguel Angel Buonarroti.

Galileo era de familia patricia. Diez y ocho de sus antepasados se habian sentado en la silla de los priores. El primero que habia ejercido este cargo en 1372, era Nicolás de Bernard.

Por una estraña predestinacion heráldica, las armas de los Galileo eran de oro, con una escala de gules colocada en barra: escala de Jacob, con ayuda de la cual el ilustre astrónomo debía escalar el cielo.

Galileo nació en Pisa. Su padre quiso dedicarle á la medicina: su destino le guió. En

tre su Galeno y su Hipócrates ocultaba un Euclides, y un día que se paseaba en aquel magnífico Domo de Pisa, obra maestra de Buchetto, observó el movimiento de una lámpara colgada en la bóveda, calculó la duracion de sus oscilaciones, é inventó el péndulo.

Otro día oyó contar que un holandés habia presentado al conde Mauricio de Nassau un instrumento que aproximaba los objetos. Al punto Galileo se pone á trabajar para buscar el mismo descubrimiento, calcula la direccion de los rayos luminosos en vasos esféricos de diferentes formas, llega al resultado de que ha oido hablar, y á la mañana siguiente presenta al senado de Venecia, que le ha nombrado profesor en Pádua, un instrumento que es nada menos que el telescopio.

Entonces, á medida que Galileo se hace célebre, se levanta la envidia: se le concede la perfeccion, pero no el invento:

—Está bien, responde Galileo; yo no he inventado el telescopio, pero yo le volveré hácia el cielo.

Galileo hizo lo que habia dicho, y vió entonces lo que nadie habia visto: vió en lo mas alto del cielo dos myriades de estrellas hasta entonces desconocidas: las Nebulosas, la via Láctea, Júpiter y sus cuatro satélites, Venus y sus fases; la luna, en fin, esa otra tierra con sus lagos, sus valles y sus montañas. El mismo Saturno se le aparece alguna vez bajo la forma de un simple disco, alguna vez acompañado de dos planetas pequeños; pero el instrumento todavia incompleto, hace traicion á su autor, y es á otro á quien está reservado el descubrimiento del misterioso anillo que envuelve al planeta en su circulo de llamas.

Entonces los críticos de la época redoblaron los insultos; se niega que Galileo pueda ver verdaderamente lo que decia haber visto; se comparan sus descubrimientos al viage quimérico de Astolfo, y un predicador toma por testo de su sermon: *Viri Galilei, quid statis aspicientes in celum?* Todos los que tenian la vista corta aplaudieron el lujo de la sátira y los insultos del predicador, y fué cosa decidida que Galileo estaba loco.

En fin, un día Galileo osa avanzar, despues de Copérnico, hasta decir que era inmóvil el sol y que la tierra era la que giraba á su alrededor.

Esta vez no fué la critica la que le salpicó de tinta, no fué un predicador el que le acribilló á citas, fueron los prelados que le declararon herege. Galileo, conducido delante de un tribunal, puesto en el tormento de la cuerda, se vió obligado á confesar que la tierra era inmóvil y que era el sol el que giraba.

El 22 de junio de 1632 fué cuando se dió al mundo este grande ejemplo de la infalibilidad de las cosas humanas. Galileo septuagenario, mutilado por la tortura, con la cuerda al cuello y una vela en la mano, fué llevado delante del tribunal. Allí se le hizo poner de

rodillas, y se le dictó esta abjuración que repitió testualmente:

«Yo Galileo, á los setenta años de mi edad, estando constituido prisionero, y de rodillas delante de VV. Eminencias, teniendo delante de los ojos los Santos Evangelios que toco con mis propias manos, abjuro, maldigo y de testeo el error y la heregia del movimiento de la tierra.»

Despues, acabada esta espaciación, se hicieron quemar sus libros por el verdugo; se le condenó á prision perpétua, y se le ordenó, para reconciliarse con el cielo que él habia trastornado, recitar una vez por semana los siete salmos de la penitencia.

Y mientras se le leia aquella sentencia que no escuchaba, Galileo golpeaba la tierra con el pie, repitiendo por lo bajo: *E pur si muove.*

La prision de Galileo duró catorce meses. Entonces tenia setenta y un años: se tuvo al fin piedad del anciano arrepentido, y se le permitió ir á morir donde mejor le pareciese, con condicion de que no escribiria, que no enseñaria mas, y que no volveria á pensar.

Galileo se retiró á Florencia.

Entonces, despues de la persecucion de los hombres, vino la prueba del Señor. Como si Dios hubiese querido castigarle por su temeridad, hirió con la ceguera aquella mirada de águila que habia descubierto manchas en el sol.

En fin, el 9 de enero de 1642, diez años despues de su abjuración y seis despues de su ceguera, Galileo murió de una fiebre lenta, en aquella pequeña casa de la costa, convertida hoy en una romeria, como Rávena y como Arqua.

Es verdad que algunos veinte años despues de su muerte, se construyó para Galileo una especie de panteon que tiene la pretension de ser un monumento, y que encontraremos en la iglesia de Santa Croce.

Medio que la posteridad ha encontrado para pagar su deuda con respecto á él.

## CASA DE MAQUIAVELLO.

En la via de Guicciardini, con el número 454, se eleva una casita de tres pisos, de modesta y sencilla apariencia, delante de la cual el extranjero pasaria sin detenerse si no llamasen su atención al primer golpe de vista estas palabras:

«Casa ove visse Niccolo Machiavelli, é si mori el 22 giugno, 1527, d'anni 58, mese 8 é giorni 19.»

«Casa en la que vivió Nicolás Maquiavelo, y donde murió el 22 de junio de 1527, á la edad de cincuenta y ocho años, ocho meses y diez y nueve días.»

La familia de Maquiavelo era de las mas nobles y mas antiguas: su origen se remonta al año 850 á los antiguos marqueses de Toscana. Los Maquiavelo habian sido señores de Montespertoli; pero prefiriendo sin duda á su pequeño principado la cualidad de ciudadanos de Florencia, se sometieron de buen grado á las leyes de una república que debia escribir mas tarde en sus estatutos que se podria ser declarado noble por el crimen de estupro, de latrocinio, de envenenamiento, de incesto y de parricidio.

Desterrados como guélfos despues de la batalla de Monteperto, así como los parientes de Dante, volvieron á entrar en su patria el 11 de noviembre de 1266, despues de la victoria de Copparano, ganada por Carlos de Anjou, sobre Manfredo. Desde esta época su rehabilitación fué completa y se cuentan entre los antepasados de Maquiavelo, diez gonfaloneros de justicia, y cincuenta y tres priores.

Niccolo nació en Florencia el 3 de mayo de 1469, de Bernardo Maquiavelo, tesorero de la Marca de Ancona, y de Bartolommea Nelli, de los condes de Borgo-Nuovo. Perdió á su padre á los diez y seis años: pero su madre redoblando por él su afección y sus sacrificios le rodeó de cuidados tan tiernos y tan interesantes, que no tardó en recoger los frutos que produjeron. Colocado, hácia 1494, cerca de Marcello, Virginio Adriani, Niccolo dejó vislumbrar prematuramente los primeros destellos de aquel genio que debia abarcar todos los ramos del saber humano. Poeta, filósofo, crítico, historiador, publicista, diplomático, ningun título faltará á su gloria, ninguna aureola á su frente. A los veinte y nueve años fué nombrado sobre cuatro contrincantes canciller de la señoría, y un mes despues se le encargó servir en el consejo de los Diez en cualidad de secretario.

En el espacio de catorce años fué enviado dos veces como embajador á la corte de Roma; otras dos cerca del emperador, y cuatro á la corte de Francia. Encargado de las mas delicadas misiones cerca de César Borjia, del príncipe de Piombino, de la condesa de Forli, del marqués de Mantua, de las repúblicas de Siena y de Venecia, concluyó tratados, desbarató complots y levantó ejércitos. Su reputación se extendió rápidamente en Italia y llegó al extranjero. Nadie se atrevia á decidir un negocio de alguna importancia sin consultarle, y el secretario florentino fué bien pronto proclamado y temido como el político mas grande de su tiempo.

Pero si su elevación habia sido brillante y rápida, jamás hubo caída mas repentina y profunda. En 1512, habiendo vuelto á entrar los Médicis en Florencia para asegurar su domi-

nacion vacilante, debieron cortar de raíz todo lo que habia de noble y grande en la república. Maquiavelo no podia escapar á la persecucion general. Acusado de haber conspirado contra el cardenal Juan de Médicis; que fué despues Leon X, se le privó de su empleo y espíó en la prision y en el tormento todos los servicios que habia prestado á su patria.

A pesar de los tormentos mas atroces, no confesó nada, porque nada tenia que confesar. Para formarse una idea de lo que tuvo que sufrir de la crueldad de sus enemigos, es preciso saber lo que era los *Stinche*, donde fué encerrado. Los *Stinche* no eran una prision, eran una porcion de calabozos de los que cada uno tenia su nombre, su forma, su destino; erá un recinto sombrío y terrible como el infierno del Dante, donde todos los crímenes, todas las aflicciones, todos los suplicios estaban reunidos, donde estaban hacinados confusamente los locos, las prostitutas, los deudores, porque la república mercantil no encontraba pena bastante severa para castigar á los deudores insolentes: así qué, cuando faltaba el verdugo, en aquella cárcel, era donde venian á buscarlo. Allí fué, donde en medio de aquellos desgraciados, privados de su razon, entre aquellas mugeres sin vergüenza, entre aquellos hombres sin honor, se encerró al secretario de Florencia. Los calabozos de su horrible prision estaban edificadados, ó mas bien escavados por el modelo de los *Zilie* de Pádua, y de los *Fours de Monza*: eran agujeros circulares donde la victima no podia estar sentada, ni echada, ni de pie. Este horroroso edificio regado por la sangre de las victimas, ha desaparecido por órden del gran duque actual: y demoliendo las paredes de la antigua fortaleza, se encontró en los patios que separaban una prision de la otra, pozos de una gran profundidad, llenos basta arriba de huesos humanos. Hoy no queda ya de aquel maldito monumento, sino un triste y sangriento recuerdo, y dos sonetos de Maquiavelo escritos en el estilo cómico y placentero de Burchiello y de Berni.

¡Ah! creedme, es una cosa horrible, ver aquel génio nivelador de tiranos, aquel grande y austero ciudadano, sufriendo el tormento con la sonrisa en los lábios y no queriendo conceder á sus verdugos el honor de hacerle poner sério.

Hé aqui sobre poco mas ó menos el sentido de los dos sonetos.

«Tengo grillos en los pies: las espaldas destrozadas por seis vueltas de cuerda; y no hablo de mis demas desgracias, porque es así como ordinariamente se trata á los poetas.

«Las paredes de mi calabozo, rezuman el agua y toda clase de insectos y asquerosas sabandijas: los hay tan gordos y tan bien alimentados que se les tomara por mariposas: se exhala allí tal hedor, que los albañales de

Roncivalle y los bosques de la Cerdeña, no son sino perfumes comparados con los de mi noble hotel.

«Hay un ruido tal que se diria que la tempestad truena en el cielo, y que el Etna muje sobre la tierra. No se oyen mas que cerrojos que se corren, llaves que rechinan en su cerradura, cadenas que se arrastran.

«Ya es un grito de algun atormentado que se queja al izarle demasiado alto.

«Lo que mas me fastidia, es que como el otro dia, estando dormido hácia el amanecer, se me despierte con un canto lúgubre, y oiga decir: *Se ora por vosotros*.

«Pues que el diablo los lleve con tal que vuestra piedad se refiera á mí ¡buen padre! y que haga pedazos estas indignas cadenas.»

En el segundo soneto se trata de un tal Dazzo. ¿Este era un loco ó un malhechor?

«Esta noche rogaba yo á las musas visitasen con su dulce lira y sus dulcísimos versos á Vuestra Magnificencia para obtener para mí algunas distracciones y para presentaros mis excusas.

«Una de ellas se me apareció y me dijo haciéndome avergonzar estas palabras:—¿Quién eres tú, pues, tú que osas llamarme así? Yo la dije mi nombre, pero ella por castigarme me pegó en la cara y me cerró la boca.

—«Tú no eres Niccolo, añadió ella, tú eres el Dazzo, puesto que tienes las piernas y los pies encadenados, y porque estás sujeto como un loco.

«Yo queria decirle mis razones, mas ella replicó al punto:

—«Vete de aqui, farsante, vete de aqui con tu necia comedia.

«¡Oh magnífico Julian! yo apelo á vuestro testimonio: probadla ¡por Dios! que no soy el Dazzo, sino que soy yo mismo.»

Maquiavelo ha querido hacer aqui alusion á sus comedias. Efectivamente, se encuentra que el político mas grande de la Italia ha sido al mismo tiempo el mas grande escritor cómico de su siglo.

Las demas obras que mas han circulado de Maquiavelo son la *Historia de Florencia*, el *Tratado sobre el arte de la guerra*, los *Discursos sobre Tito Livio*, y el *Principe*. Dotado de un genio profundo, de un golpe de vista exacto y penetrante, el secretario de Florencia ha visto desde lo alto los hombres y las cosas; no ha temido hundir el escalpelo del analisis en las venas mas microscópicas, en las fibras mas delicadas del corazon humano. Nacido en un siglo de corrupcion, de perfidia y de violencia, ha estudiado con sangre fria el vicio y el crimen, ha evocado las grandes figuras de la antigüedad para ponerlas delante de una generacion muélla y degradada. Ha tratado teóricamente y con la mas grande precision en sus pormenores, las diferentes formas de gobierno, sin apasionarse por ninguna de ellas.

Ha dicho á los pueblos: «He aquí cómo se funda una república, he aquí las causas de su grandeza y de su decadencia.» Ha dicho á los príncipes: «He ahí la única manera posible de reinar hoy. Esto es horroroso pero es verdadero: es preciso que un príncipe no tenga nunca sinrazón para con sus súbditos; es preciso rechazar la fuerza con la fuerza, la astucia con la astucia, y la mentira con la mentira. ¿Queréis el cetro y la púrpura? tomadlos, pero á lo menos no os engañéis con respecto á ellos: el cetro es de hierro, la púrpura es de sangre.»

Maquiavelo había heredado de Dante la gran idea de la unidad italiana. El obstáculo mayor á la reunión de la Italia, partía de Roma. Para que el sueño del Dante y de Maquiavelo, el sueño de todos los grandes hombres de la Italia pudiera realizarse, era preciso que los dos poderes, espiritual y temporal, consintiesen en caminar unidos al mismo fin: era preciso encontrar un príncipe bastante poderoso para ponerse á la cabeza de un ejército nacional, y un papa bastante unido por los intereses ó por la amistad con ese príncipe, para secundar su proyecto. Dos veces en su vida había creído Maquiavelo hallar el príncipe y el papa de que tenía necesidad, en la misma familia: Alejandro VI y su hijo César Borgia, Leon X y su nieto Lorenzo de Médicis, reunían todas las condiciones necesarias para apoderarse de la Italia y asegurar su independencia. Así se vió al secretario de la república proponer á Lorenzo como modelo á Borgia, y conjurar á este último con un sublime apóstrofe para que librara á la patria de extranjeros.

«La ocasión que se presenta es demasiado bella para dejarla escapar, y tiempo es ya de que la Italia vea romper sus cadenas. ¿Con qué demostraciones de alegría y de reconocimiento no recibirían á su libertador esas desgraciadas provincias que gimen hace tanto tiempo bajo el yugo de una dominación odiosa? ¿Qué ciudad le cerraría sus puertas, ni qué pueblo sería bastante ciego para rehusar obedecerle? ¿Qué rivales tendría que temer? ¿Hay un solo italiano que no se apresurara á rendirle homenaje? Todos están cansados de la dominación de esos bárbaros.»

¿Quién no ve claramente en estas palabras el pensamiento que las inspira? Que la Italia sea desde luego una nación unida y poderosa, que el extranjero sea barrido de nuestro suelo, y que la tierra que pisamos nos pertenezca en propiedad, y cuando llegue el día, cuando el árbol que regamos con nuestra sangre y nuestras lágrimas haya echado profundas raíces, el menor viento bastará para agitar sus ramas, y el tirano, cualquiera que sea, caerá como el fruto maduro, y la Italia será libre!

Los últimos años de Maquiavelo los pasó en la soledad y en la tristeza, retirado en el

pueblecillo de San Casciano: se entretenía gran parte del día con los leñadores, ó jugaba al trictrac con su huésped. En fin, el 22 de junio de 1527 se apagó su vida tristemente, y la independencia italiana espiró con él.

## CASA DE MIGUEL ANGEL.

Un día, hácia el año 1490, un hombre y un niño se encontraban al mismo tiempo en los jardines de San Marcos, donde Florencia comenzaba á reunir las obras maestras de la estatuaría antigua, que hacen hoy de la galería de los Oficios la rival de la galería del Vaticano, y de su museo el segundo museo del mundo.

El hombre podía tener de cuarenta á cuarenta y dos años: era feo, pequeño y bastante mal hecho; sin embargo, á pesar de su fealdad, su fisonomía no carecía de cierto encanto, y cuando aquella fisonomía se animaba con una sonrisa fina y bondadosa que le era habitual, se olvidaba casi al momento la desagradable impresión que había producido á la primera vista. Iba vestido de una larga túnica de terciopelo violeta forrada de piel, muy sencilla por lo demás, sujeta por la cintura como una bata, por un cordón de seda: cubría su cabeza una especie de gorra parecida á nuestros casquetes de jockey, en los pies zapatos parecidos á nuestras chinelas, y contra la costumbre de la época, en vano se buscaba en su cintura ó un puñal ó una espada.

Deteniase este hombre de cuando en cuando delante de las estatuas, que miraba con un amor de artista, y de las que parecía comprender perfectamente el bello ideal.

El niño podría tener trece ó catorce años: era de una naturaleza vigorosa, y que prometía desarrollarse grandemente. Iba vestido de un jubón gris que descubría demasiado su hilaza, y manchado de colores en diferentes sitios: el niño tenía en la mano una cabeza de fauno que pulimentaba con un cincel.

El hombre y el niño se encontraron.

—¿Qué haces tú ahí? preguntó el hombre con una sonrisa llena de interés despues de haber mirado un instante en silencio al niño, de tal modo preocupado con su obra, que no se había apercebido de que alguien se aproximaba á él.

Levantó el niño la cabeza, dirigió al hombre una mirada fija como si hubiese querido asegurarse de que el que le dirigía la palabra tenía derecho para interrogarle: despues continuando su obra:

—Ya lo veis, respondió, estoy esculpiendo.  
—¿Y quién es tu maestro? preguntó el hombre.

—Dominico Guirlandajo, respondió el niño.  
—Pero Dominico Guirlandajo es pintor y no escultor.

—Tampoco soy yo escultor; soy pintor.

—¿Y para quién esculpes tú entonces?

—Para Mamurco.

—¿Y quién te ha dado los cinceles?

—Granacci.

—¿Y tu mármol?

—Los talladores en piedra.

—¿Y has copiado?

—La cabeza de un fauno.

—Pero falta la parte inferior de la figura.

—La he reemplazado.

—Veamos.

—Tomad.

—¿Cómo te llamas? preguntó el hombre.

—Miguel Angel Buonarrotti, respondió el niño.

El hombre miró la cabeza, la dió vueltas en todos sentidos, despues con una sonrisa de bondadosa critica, volviéndola á entregar á su jóven autor:

—Señor escultor, le dijo, ¿me permitis que os haga una observacion?

—¿Cuál?

—¿Habeis querido hacer un fauno anciano?

—Sin duda.

—Pues bien, en ese caso es preciso no darle todos sus dientes; á la edad que representa siempre faltan algunos.

—Teneis razon.

—¿De verdad?

—¿Sois, pues, escultor?

—No.

—¿Entonces sois acaso pintor?

—No.

—¿Pues al menos sereis arquitecto?

—No.

—Pues en ese caso ¿qué sois?

—Soy artista.

—¿Y cómo os llamais?

—Lorenzo de Médicis.

Y Lorenzo de Médicis viendo pasar por una calle de árboles á Politien y Pico de la Mirandola, fué á reunirse con ellos y dejó al niño reflexionando sobre el consejo que acababa de recibir, y muy especialmente sobre el que se lo habia dado.

A la mañana siguiente llevó aquella cabeza completamente acabada, á Lorenzo de Médicis. La observacion habia producido su fruto; la faltaba un diente.

Es la misma cabeza de fauno que está en la galeria de Florencia.

Lorenzo adivinó al hombre en el niño, le hizo salir del taller de Guirlandajo, donde estaba ajustado por tres años, le dió una cámara en su palacio, le admitió á su mesa, y le trató como si hubiese sido su propio hijo.

Este suceso decidió de la vocacion de Mi-

guel Angel. Desde entonces abandonó casi la pintura por la escultura, y sin embargo, habia hecho en la pintura adelantos estraordinarios para un niño de su edad.

Un dia su amigo Granacci, el mismo que le habia proporcionado los cinceles, le habia regalado una estampa de Martin de Holanda; representaba á los diablos que para inducir á San Antonio al pecado, le molian á palos. Miguel Angel tuvo entonces la idea de hacer un cuadro de esta estampa y rodear al santo de demonios teniendo la forma de cuadrúpedos ó de pescados; pero no quiso bosquejar ninguno de estos monstruos sin haber estudiado primero en la naturaleza las diferentes partes de que su cuerpo se componia. En su consecuencia iba todos los dias á los corrales ó al mercado, diseñando con la naturaleza á la vista los animales cuya forma queria dar á sus diablos, y no comenzó nada de la obra definitiva sino teniendo modelos perfectamente estudiados.

Concluido el cuadro le llevó el niño en casa de Guirlandajo, que se asombró de aquella admirable reproduccion de la naturaleza, y preguntó á su discípulo cómo habia llegado á ella. Este le enseñó todos sus estudios, le llevó todos sus diseños; Guirlandajo miró unos despues de otros, y despues, meneando la cabeza con un movimiento en que se traslucia algo de envidia:

—Este jóven, murmuró retirándose, será un dia maestro de todos nosotros.

Otro dia dió un pintor á Miguel Angel una cabeza para que la copiase: era la cabeza de uno de los maestros del siglo anterior, no se sabia cuál, pero al fin un maestro. El niño puso manos á la obra y volvió al pintor en lugar del original, la copia, que habia tenido cuidado de ennegrecer al humo. El pintor no notó alteracion alguna, y pidió entonces la copia para verla.

Miguel Angel prorumpió en una carcajada; creyendo dar un chasco de escolar, habia hecho una burla de maestro.

Pero como hemos dicho ya, el jóven Miguel Angel se dedicaba enteramente á la escultura. Por consejo de Politien hizo el Combate de los centauros, cuya vista, setenta años mas tarde, debia hacerle sentir todo el tiempo que habia perdido en la pintura: esculpió el gran crucifijo de madera de San Spirito; acabó el altar de Santo Domingo, comenzado por Juan de Pisa; hizo un amor dormido, que envió á Roma y vendió como obra antigua; ejecutó para Guaiacomo Galli el Baco que está al presente en la galeria de Florencia; por último, compuso y talló para el cardenal de San Dionisio el famoso grupo de la Piedad, que se halla hoy en la primera capilla á la derecha, entrando en San Pedro.

Aquí concluye el primer período de su vida de artista.

Durante los diez años que acaban de pasar

Lorenzo el Magnífico muere: Pedro de Médicis, su hijo, ha sido espulsado: los franceses han conquistado á Nápoles; César Borgia se ha apoderado de la Romanía, y Savonarola ha sido quemado.

Miguel Angel ha ensayado el género dulce, el gracioso y el tierno. Va á pasar al terrible.

La primera obra de este nuevo periodo, es el David de la plaza del Palacio Viejo: la hace, como hemos dicho, de un pedazo de mármol en bruto, olvidado hacia ya mucho tiempo, bosquejado por otro, y que nadie pensaba que se levantase, que se tallase, ni que se le diera animación: la estatua no es una obra maestra, pero la obra de fuerza no es menos grande.

Después del David viene un bajo relieve en bronce que ejecutó para mercaderes flamencos, y que llegó con buen viaje á Amberes; el grupo de David y Goliat que envió á Francia y que se perdió en el viaje: en fin, el famoso carton de la guerra de Pisa, que robado por Baccio Bandinelli, se esparció en trozos por toda la Italia y desapareció, sin que de él haya quedado hoy otra cosa que el grabado de uno de sus fragmentos, ejecutado por Marco Antonio.

Entonces Julio II le hizo ir á Roma, y le encargó su sepulcro. Miguel Angel hizo al punto el diseño: debía ser un paralelogramo de treinta pies de longitud por ocho de ancho, y sus cuatro caras tenían cuarenta estatuas, sin contar los bajos relieves.

Julio II le abre su tesoro, le da un navío, le entrega Carrara. Tres meses después la plaza de San Pedro es ocupada con un monte de mármol. Todas las iglesias de Roma serán pequeñas para semejante sepulcro: ni San Pablo, ni San Juan de Letran, ni Santa María la Mayor, podrán contenerlo. Se vuelven á seguir los trabajos de San Pedro, de los que Miguel Angel recibe la dirección: con una mano el gigante sostiene la cúpula, y con la otra talla el Moisés.

Entonces es cuando aquella gloria gigantesca comienza á inquietar á Bramante, el tío de Rafael, amigo íntimo de Julio II, como lo eran entonces los artistas de primer orden: le insinúa que mandar hacer su sepulcro es de mal presagio, y que una vez concluido, Dios, para castigarle de su grande orgullo, podría muy bien decretar que fuese á reposar en él. La fisonomía del papa se anubla. El sepulcro de Julio II no se acabará jamás.

El papa había mandado á Miguel Angel que á nadie se dirigiese mas que á él cuando tuviese necesidad de dinero. Un día que un nuevo cargamento de mármol vino á desembarcar en la orilla izquierda del Tiber, Miguel Angel sube al Vaticano para reclamar el salario de sus marineros. Por la primera vez desde que estaba en Roma, se le dijo que su santidad no estaba visible. La orden podía ser general y Miguel Angel no insiste.

Algunos días después, Miguel Angel, se presenta de nuevo en palacio: la misma respuesta de parte del ugiar. Un cardenal que salía de allí, y que conocía los privilegios del gran escultor, se admira y pregunta al hombre de la cadena si no conocía á Miguel Angel.

—Precisamente porque le conozco, respondió el ugiar, es por lo que no le dejo pasar.

—¿Cómo es eso? exclamó Miguel Angel asombrado.

El ugiar no respondió. Pero durante estas contestaciones, se presenta Bramante, y es introducido.

—Está bien, dijo Miguel Angel, direis al papa, que si en adelante desea verme, me envíe á buscar.

Miguel Angel vuelve á su casa, vende sus muebles, toma un caballo de posta, corre sin detenerse, y llega al cabo de doce horas á Poggibonzi, pueblecito situado fuera de los dominios pontificios.

Julio II sabe su fuga. Entonces es cuando comprende el hombre que ha perdido. Cinco correos se espiden, cada uno de media en media hora, siguiendo las huellas del fugitivo, con orden de traer á Miguel Angel muerto ó vivo. Estos cinco correos encuentran en Poggibonzi al que persiguen: pero Poggibonzi es población toscana: el poder pontificio concluye en Radicotani; Miguel Angel desenvaina su espada, y los cinco correos vuelven á Roma á anunciar que no han podido alcanzar á Miguel Angel.

Entonces Julio II entra en negociaciones de potencia á potencia: ó Florencia vuelve Miguel Angel á Roma, ó Roma hará la guerra á Florencia, Julio II era uno de esos pontífices que dominaban á la vez por la espada y por la palabra. El gonfaloniero Soderini hace llamar á Miguel Angel.

—Te has conducido con el papa, le dijo, como no lo hubiera hecho un rey de Francia. Nosotros no queremos emprender una guerra por tu causa: por lo tanto, prepárate á partir.

—Está bien, respondió Miguel Angel. Soliman me espera para echar un puente sobre el Cuerno de oro: partiré, pero será para Constantinopla.

Miguel Angel vuelve á su casa: pero apenas entra en ella, llega el gonfaloniero Soderini. El gonfaloniero ruega al artista no malquiste á la república con Julio II. Si el artista teme por su libertad ó por su vida, la república le dará el título de embajador.

En fin, Miguel Angel perdona, y va á reunirse á Julio II en Bolonia, que sale á recibirle.

—Te doy el encargo de hacer mi retrato, le dijo Julio II en cuanto le vió: se trata de fundir en bronce una estatua colosal que será colocada en la plaza sobre la portada de Santa Petronila. Hé aquí mil ducados para los primeros gastos.

—¿Y en qué actitud desea vuestra santidad ser representado? preguntó Miguel Angel.

—Echando la bendición, dijo el papa.

—Bien, eso por lo que hace á la mano derecha, dijo Miguel Angel; pero, ¿qué pondremos en la mano izquierda? ¿un libro?

—¿Un libro! ¿un libro! exclamó Julio II. ¿Qué entiendo yo de letras? No, no quiero libro [voto á tal! una espada.

Diez y seis meses despues, la estátua estaba sobre su pedestal. Julio II fué á verla.

—Dí, pues, preguntó indicando al artista la actitud del brazo derecho, que era excesivamente pronunciada: ¿echa la bendición ó la maldición tu estátua?

—Las dos cosas, respondió Miguel Angel: perdona lo pasado, y amenaza al porvenir.

—¡Bravo! dijo Julio II: me alegro mucho que se me comprenda.

A pesar de la amenaza de la estátua, fué derribada en un motin y hecha pedazos: la cabeza sola pesaba seiscientas libras, y habia costado cinco mil ducados de oro.

Alfonso de Ferrara compró los restos, é hizo fundir una pieza de cañon que llamó la Julia.

Julio II volvió á llevar á Miguel Angel á Roma: le prometió trabajos inmensos: Miguel Angel creyó que se trataba de acabar el sepulcro, y le siguió.

En su ausencia Bramante habia hecho venir á Rafael.

Un dia Julio II llamó á Miguel Angel que hacia dos meses aguardaba sus órdenes: Miguel Angel acudió al punto.

—Ven, le dijo el papa.

Le condujo á la capilla Sixtina.

—Es preciso cubrirme esta capilla de pinturas: hé aquí los trabajos que te habia prometido.

—Pero, exclamó Miguel Angel, yo no soy pintor, soy escultor.

—Un hombre como tú, es todo lo que quiere ser, dijo Julio II.

—Pero este es asunto de Rafael y no mio. Dadle esta capilla para que la pinte, y dadme á mí una montaña para que la tallo.

—Tu harás esto, ó no harás nada: dijo Julio II con su rudeza ordinaria.

Y se retiró dejando á Miguel Angel anonadado.

La partida estaba bien dispuesta por sus enemigos, y Miguel Angel reconoció la intriga de Bramante; ó Miguel Angel aceptaba, ó rehusaba: si rehusaba, se enagenaba para siempre la amistad del papa: si aceptaba, luchaba con un arte que no era el suyo, y con el rey de este arte, con Rafael.

Pero Miguel Angel era un atleta. Le era preciso combatir sin tregua, y vencer un imposible.

—Está bien, dijo, yo no buscaba á Rafael; pero puesto que es el agresor contra mí, le estrellaré como á un niño.

Marchó á ver á Julio II.

—Estoy pronto, le dijo.

—¿Qué me pintarás? Preguntó el papa.

—Todavía no lo sé, respondió Miguel Angel.

—¿Y cuándo empezará?

—Mañana.

—¿Has pintado alguna vez al fresco?

—Nunca.

Diez y ocho meses despues estaba concluido el techo.

Veinte veces durante el trabajo, el impaciente Julio II habia subido sobre el tablado del artista, y cada vez bajaba mas maravillado.

Se descubrió el techo abovedado, y Roma entera se inclinó delante de la asombrosa maravilla.

El dia de Todos Santos de 1511, el papa dijo la misa bajo aquel admirable techo.

En cuanto á Miguel Angel, durante aquellos diez y ocho meses, sus ojos se habian habituado de tal modo á mirar á lo alto, que no distinguia nada bajándolos hácia la tierra. Un dia recibió una carta, y no pudo leerla sino elevándola; creyó que se iba á quedar ciego.

Julio II murió, dejando á dos cardenales el cuidado de hacer construir su sepulcro. Miguel Angel se enemistó con Leon X, y volvió á Florencia. Durante nueve años no tocó ni un cincel ni una paleta; el pintor escultor se habia hecho poeta.

De esta época datan los dos ó tres volúmenes de versos que hizo Miguel Angel.

En ese tiempo, Leon X murió envenenado. Adriano IV le sucedió. Nada habia que hacer con semejante papa, que habia mandado hacer pedazos el Apolo de Belvedere, que consideraba como un ídolo.

Los romanos eran demasiado artistas para conservar tal papa; al cabo de un año le envenenaron, y murió de repente.

Le sucedió Clemente VII.

La raza de los Médicis estaba reasumida en tres bastardos; Alejandro, Hipólito y Clemente VII.

Florencia se aprovechó de la eleccion de Clemente VII para alterar y cambiar su forma de gobierno; el gonfaloniero propuso, para poner término á las ambiciones humanas, nombrar rey á Jesucristo. Se recurrió al escrutinio, y fué elegido Jesucristo, despues de una grande oposicion, por una mayoría de cincuenta votos.

Habia habido veinte votos en contra.

Por una estraña contradicción, Clemente VII no quiso reconocer esta eleccion; el papa resolvió destronar á Cristo, y reunió á todos los alemanes hereges que pudo encontrar, formó con ellos un ejército, y llevó este ejército contra Florencia.

Miguel Angel fué encargado de fortificar su ciudad natal.

Corrió á Ferrara para estudiar el sistema

de murallas de la ciudad, y aprender táctica con el duque Alfonso, uno de los primeros tácticos de la época; pero en el momento en que el artista iba á dejar al príncipe, el príncipe declaró al artista que era su prisionero.

—¿Pero puedo rescatarme? dijo Miguel Angel.

—Sin duda.

—¿Mi rescate?

—Una estatua ó un cuadro, á vuestra elección.

—Los pinceles y un lienzo, dijo Miguel Angel.

He hizo el cuadro de los Amores de Leda.

Al cabo de once meses de sitio Florencia fué tomada. Algunos dias antes de la capitulación, comprendiendo Miguel Angel que no habria salvacion para el hombre cuyo genio habia luchado tan largo tiempo contra la fuerza, se hizo abrir una puerta, y partió para Venecia con algunos amigos, y doce mil florines de oro.

Alejandro VI fué nombrado duque. Era artista como casi todos los tiranos de aquella época dichosa, reclamó Miguel Angel á la república de Venecia que se lo entregó. Encargó á Miguel Angel las estatuas de la capilla de San Lorenzo: Miguel Angel las ejecutó.

Después, un dia oyó decir que el duque Alejandro habia sido asesinado en una cita de amor, por su primo Lorenzino. Miguel Angel saltaba de alegría; creía que Florencia volveria á ser libre.

Cosme I heredó á Alejandro VI: era sobre poco mas ó menos como si Tiberio hubiera heredado á Calígula.

Durante este tiempo Clemente VII habia muerto y Paulo III habia subido al trono.

Ocho dias después de su exaltación, el nuevo papa envió á buscar á Miguel Angel.

—Buonarrotti, le dijo, quiero me dediques todo tu tiempo. ¿En cuanto lo estimas? Habla, que yo te lo pagaré.

—Mi tiempo no es mio, respondió Miguel Angel. He firmado con el duque de Urbino un tratado por el cual me comprometo á terminar ante todo el sepulcro de Julio II; es preciso que lo ejecute.

—¿Cómo! exclamó Paulo III, hace veinte años que deseo ser papa solo para hacerte trabajar únicamente para mí, y ahora que ya lo soy ¿trabajarás para otro? No por cierto. ¿Dónde está el contrato? yo le rasgaré.

—Desgarradle, dijo Miguel Angel, pero prevengo á vuestra santidad que me retiro á Génova. No quiero morir insolvente para con el cadáver del único papa que me ha estimado.

—¿Y bien! dijo Paulo III, queda de mi cargo obtener del duque Urbino que se contente con tres estatuas, y yo haré que te deje libre de la promesa por sí mismo.

Miguel Angel iba avanzando en edad, y con la edad se hacia prufante. Conocia la cólera de los papas por haberla experimentado,

y consintió en todo lo que de él exigió Paulo III.

La mañana siguiente del dia en que él habia dado su consentimiento, el papa acompañado de diez cardenales, hizo una visita al artista. Se hizo enseñar las estatuas del sepulcro de Julio II: una estaba acabada, era Moisés: las otras dos estaban modeladas solamente.

Después quiso ver el carton del Juicio final.

Un mes después el andamio del artista estaba de nuevo colocado en la capilla Sixtina. Miguel Angel empleó seis años en pintar el Juicio final. En él es donde concluye el segundo periodo de la vida de Miguel Angel, periodo que abraza cerca de medio siglo. Es la edad viril de su genio; es el intervalo durante el cual ha hecho sus mas bellas estatuas, sus mas bellos versos, sus mas bellas pinturas. Le falta conquistar su fama de arquitecto.

Durante este periodo, casi todo lo que ha visto de grande cae á su alrededor: la Italia marcha á su decadencia.

Julio II muere en 1513, Bramante en 1514, Rafael en 1520, Leon X en 1521, Clemente VII en 1534; y en fin, Antonio de San Gallo acababa de morir en 1540. Miguel Angel, como una ruina de otro siglo, y solo al presente, de pie en medio de los sepulcros de sus enemigos, de sus protectores y de sus rivales, es vencedor de los hombres y de los tiempos; pero su victoria es triste como una derrota: perdiendo á sus rivales, el gigante ha perdido sus jueces.

Se encuentran un dia á Miguel Angel llorando: le preguntan por qué lloraba.

—Lloro, respondió, á Bramante y Rafael.

La basilica de San Pedro estaba abandonada: nadie se atrevia á edificar la cúpula, y el mismo Miguel Angel vacilaba. Paulo III va á buscar á Miguel Angel, y le suplica en nombre del cielo imponga á la tierra aquel peso que se negaba ella á sustentar.

En quince dias hizo un nuevo modelo de San Pedro. Este modelo costó 25 escudos.

Habia necesitado cuatro años San Gallo para hacer el suyo, y habia costado cerca de 30,000 libras.

Al ver el modelo de Miguel Angel, Paulo III dió un decreto por el que conferia al artista un poder absoluto sobre San Pedro.

San Pedro habia costado ya doscientos millones.

Paulo III murió en 1547. Mientras vivió fué Miguel Angel gefe supremo. Julio III, su sucesor, pareció desde luego querer dejar á Miguel Angel aquel poder lato que tenia: pero un dia Miguel Angel recibió una cita para comparecer delante del nuevo papa.

Miguel Angel subió al Vaticano: encontró allí un tribunal que le esperaba para juzgarle.

—Miguel Angel, dijo Julio III, te hemos hecho venir para que respondas á nuestras preguntas.

—Preguntad, dijo Miguel Angel.

—Los mayordomos de San Pedro dicen que la iglesia será oscura.

—¿Y cuál de esos imbéciles ha dicho eso?

—Yo, dijo Marcel Cervino levantándose.

—¡Y bien, monseñor! dijo Miguel Angel volviéndose hácia el cardenal que muy pronto debia llegar á ser papa; ¿sabeis que ademas de la ventana que acabo de hacer abrir, habrá todavía otras tres en la bóveda, y que por consecuencia habrá tres veces mas claridad en la iglesia que la que hay ahora?

—Entonces ¿por qué no nos habeis dicho eso? replicó Marcel Cervino.

—Porque no estoy obligado á comunicar mis planos ni á vos ni á ningun otro, respondió Miguel Angel. Vuestro cometido es librar vuestro dinero de los ladrones, y dármele cuando yo os lo pida: el mio es edificar la iglesia.

Despues, volviéndose hácia el papa:

—Santo padre, le dijo, sabeis que mi primera condicion aceptando la direccion de San Pedro ha sido que yo no percibiria ningun sueldo. Ved cuáles son mis recompensas: si las persecuciones que sufro no sirven para la salvacion de mi alma, convenid en que soy un gran loco en continuar semejante obra.

—Venid aquí, hijo mio, dijo Julio III levantándose.

Miguel Angel se acercó al papa y se arrojó delante de él. Julio III le puso las manos encima.

—Hijo mio, le dijo el papa, no serán perdidas ni para vuestra alma ni para vuestro cuerpo: fíad en Dios y en mí.

Desde este dia el crédito de Miguel Angel fué permanente.

Julio III murió. Paulo IV subió al trono pontificio.

La primera idea del nuevo papa fué hacer raspar el *Juicio final*, del que lo desnudo le parecia mal. Felizmente se le hizo entrar en razon á Paulo IV: se contentó con hacer pedir á Miguel Angel que lo cubriese.

—Id á decir al papa, respondió el artista, que se ocupe un poco menos de reformar las pinturas, lo cual se hace fácilmente, y un poco mas de reformar á los hombres, lo que es mas difícil.

Miguel Angel prosiguió su gigantesca obra durante diez y siete años. Durante diez y siete años, todas las facultades de aquel inmenso genio se reconcentraron en un solo punto: es verdad que este solo punto era San Pedro.

El 17 de febrero de 1563, Miguel Angel murió, dejando por único testamento estas tres líneas:

«Lego mi alma á Dios, mi cuerpo á la tierra, y mis bienes á mis mas próximos parientes.»

Era de edad de ochenta y ocho años, once meses y quince dias.

Su casa está en Florencia: no la casa don-

de nació, no la casa donde murió, sino donde se refugiaba á cada nueva persecucion; la casa que conserva sus cinceles y su palca, su mazo y sus pinceles; la casa, en fin, donde le visitó Vittoria Colonna, aquella otra Beatriz de aquel otro Dante.

Aquella casa de la que Miguel Angel hizo un templo, y sus descendientes han hecho un museo, está situada en la via Ghibellina.

Está habitada por el caballero Cosme Buonarroti, presidente del *magistrato supremo* de Florencia.

## CASA DE DANTE.

Esta no tiene ni aun una inscripcion: se me ha enseñado sobre la puerta una entalladura que espera una lápida de mármol.

Es verdad que no hace mas que seis siglos que ha muerto Dante.

Como se ve, todavía no se ha perdido el tiempo.

Esta casa está situada en la *via Ricciarda*, número 732, cerca de la iglesia de San Martino, frente de la torre de la Radia, llamada en otro tiempo, sin que se pueda adivinar la etimología de este nombre, la torre de la *Boca de hierro*.

De esos seis hombres cuya biografía acabamos de bosquejar rápidamente, que nacieron, vivieron y murieron en Florencia, y cuyos gloriosos nombres han llegado á ser la herencia del mundo, cinco han sido casi constantemente calumniados, y han estado fugitivos ó proscritos.

Uno solo fué siempre rico, siempre honrado, siempre feliz.

Este hombre fué Américo Vespuccio, que robó la América á Cristóbal Colon.

## LA IGLESIA DE SANTA CROCE.

Santa Croce es el panteon de Florencia; allí es donde honra despues de su muerte á los que ha proscrito durante su vida. En ella es donde despues de la agitacion del destierro, sus grandes hombres hallan al menos el reposo de la tumba.

Hay una célebre compañía de cadáveres

en Santa Croce, y acaso ninguna otra iglesia del mundo presentaría los equivalentes de tres nombres semejantes á los del Dante, de Maquiavelo y de Galileo, sin contar los de Tadeo Gaddi, de Filicaja y de Alfieri.

Santa Croce data del siglo XIII: es una de esas magníficas montañas de mármol, sobre las que Arnolfo di Lasso, el gran arquitecto de la república, escribió su nombre. Hacia 1250, es decir, entre el nacimiento de Cimabue y de Dante, los ciudadanos, cansados de las insolencias aristocráticas, se reunieron allí un día y resolvieron deponer al podestá. Lo que se dijo se hizo. El podestá fué depuesto, y establecida la república: las repúblicas estaban muy á la moda en el siglo XIII.

Vista desde lo exterior presenta Santa Croce un aspecto mediano. Su fachada, como las de la mayor parte de las iglesias florentinas, no está acabada, y parece aun mas deteriorada que las otras. Luego que se suben sus gradas y se pasa su dintel, ya es otra cosa: el vasto edificio se ofrece á la vista, sombrío, desnudo, austero, y tal como conviene á Dios muerto sobre la cruz, y á los sepulcros de los hombres muertos en el destierro.

El primero de estos sepulcros á la derecha entrando, es el de Miguel Angel. Representa la Pintura, la Escultura y la Arquitectura llorando á su favorito. Desgraciadamente, como estas tres figuras son hechas cada una por un artista diferente, la Pintura por Lorenzi, la Escultura por Cioli, y la Arquitectura por Juan de la Opera, y cada artista se ha ocupado del efecto aislado de su estátua y no de la reunion de ellas, no tienen ninguna analogía entre sí, y tienen el aspecto de no conocerse.

El busto de Miguel Angel corona la tumba de mármol que encierra sus cenizas. Nada hay que decir del busto: no es ni bueno ni malo; es parecido. Por lo demas, gracias al puñetazo con que Torrigiani habia aplastado la nariz del grande hombre, no es posible que haya un busto ó un retrato de Miguel Angel que no se le parezca.

A los dos lados del busto están las armas de los Buonarroti: armas espléndidas que tienen á la vez las flores de lis de la casa de Anjou y las bolas de los Médicis.

Por encima del busto hay un medallón conteniendo un fresco representando el famoso grupo de Miguel Angel, conocido bajo el nombre de *la Piedad*.

Como hemos dicho, Miguel Angel murió en Roma, por lo que Florencia debía estar viuda de su cuerpo, como lo estaba ya de el del Dante. Felizmente, Cosme I tenia en Roma emisarios diestros; robaron el cadáver á Pio V que no queria volverle, y que pensaba enterarle en San Pedro.

El segundo sepulcro es el de Dante. Con este fueron los florentinos menos dichosos que con el de Miguel Angel. El cuerpo del

sublime poeta estaba demasiado bien guardado por Ravenna, y no hubo medio de poderle robar; este era el castigo de Florencia, *mater parvi amoris*, como la llamaba el mismo pobre desterrado.

Este monumento habia sido decretado en 1396: se ejecutó en 1842 ó 44, no lo sé á punto fijo. Representa á Dante sentado, y soñando algun terrible episodio de su terrible poema, y por todo epitafio estas tres palabras:

*Onorate l' altissimo poeta.*

Con respecto al arte, no digo nada del monumento. Yo creo que el arquitecto vive todavia. Solo que hubiera deseado mejor que hubiese sido hecho por Miguel Angel, como Miguel Angel se lo habia ofrecido (1).

El tercer sepulcro es el de Alfieri. Contra su intencion, al epitafio hecho por sí mismo, y que tenia á lo menos la ventaja de dar una idea de su bizarro carácter, le han sustituido un epitafio lleno de inocencia. Héle aquí:

Vittorio Alfieri Stensi  
Aloisia é principibus Stolbergis,  
Albaniae comitissa.  
M. P. C. An. MDCCCX.

El monumento es de Cánova, y por lo tanto pasa por una obra maestra. Sin embargo, habia acaso alguna cosa que decir sobre la estátua que llora. Esta estátua representa la Italia, y la Italia de Alfieri, á lo menos aquella con la que él soñaba en sus ardientes descos de libertad; aquella Italia, la madre de los Scipiones y de los Capponi, debía llorar como una diosa y no como una muger.

El cuarto sepulcro es el de Maquiavelo. Tambien este es moderno. Las cenizas del autor de la *Mandrágora*, de las *Décadas de Tito Livio* y del *Principe*, estuvieron cerca de trescientos años sin obtener los honores de un monumento. En fin, en 1787, sé conoció que era un poco de ingratitud obrar así, y se abrió una suscripcion aprobada por el gran duque Leopoldo. Es verdad que segun decian malas lenguas, esta idea tan sencilla como era, no se debía á los compatriotas del grande hombre, sino á lord Nassau Clavering, conde de Cooper, editor de las obras de Maquiavelo. Verdad es que estos diablos de ingleses son tan orgullosos que bien podrian ser ellos los que hicieron correr aquella voz. El hecho es que el nombre del noble lord se hallaba á la cabeza de la lista.

(1) En 1519 los florentinos suplicaron á Leon X les volviese el cuerpo de Dante. Fue dirigida una solicitud al papa con este objeto; y entre las firmas estaba la de Miguel Angel acompañada de esta nota: «Io Michel-Angelo sentore il medesimo á vostra santita supplico, offerendomi al divin poeta fare la sepultura sua condeccente é in loco onorevole in questa città.

No hay mas que dos cosas buenas en el monumento: la pluma que, puesta en la balanza saca el pico, y el epitafio, reparacion tardia de la posteridad,

*Tanto nomini nullum par elogium.*

Las armas de Maquiavelo eran la cruz y los clavos de Nuestro Señor.

Despues de haber visto el sepulcro de Alfieri, es digno de visitarse el de la condesa de Albany, que se sabe está enterrada en la misma iglesia. Este es mas dificil de encontrar y es preciso irle á buscar en la capilla de la Cena. Como el de Alfieri, carece del epitafio que le estaba destinado.

Atavesando la iglesia en toda su longitud, se encuentra enfrente el sepulcro del Aretino; no de aquel Aretino que pesaba la cadena de Carlos V por la balanza de la procadencia que estaba destinada á hacer olvidar, sino de otro Aretino, letrado, historiador y algo poeta, pero poeta casto, historiador honrado y letrado sano, de buena fé; lo que no ha impedido á madama Staël, poseida de grande indignacion por su recuerdo, confundirlo con su cínico homónimo.

Despues de la tumba de Leonardo Bruni Aretino, yendo del coro á la puerta, está el monumento elevado á Galileo, colocado precisamente enfrente del de Miguel Angel, muerto dos dias antes del nacimiento del ilustre matemático. La desgracia que habia perseguido á Galileo durante su vida, no le abandonó despues de su muerte. Su mausoleo es uno de los mas malos que hay en Santa Croce, donde los hay, sin embargo, bastante malos.

Una cosa notable, y que acaso no ha llamado la atencion á nadie, es que el busto del ilustre finado está colocado en cierto modo entre dos blasones: el que adquirió él mismo, y el que ha recibido de su familia, el que ha arrebatado al cielo y el que sus abuelos le han legado. Por debajo del busto campean en un medallon de azul las estrellas de oro de los Médicis: por encima del busto se dirige sobre escudos de oro la escala de gules de los Galilei.

Dando todavía algunos pasos, y yéndolo á buscar detras de la puerta donde se oculta, está el sepulcro de Filicaja, célebre jurisconsulto, pero menos conocido acaso por sus estudios sobre el derecho que por sus sonetos sobre la Italia.

Enfrente de él y del otro lado se oculta con no menos modestia el sepulcro de Felipe de Buonarroti, muerto en 1733. Era en su tiempo un hombre grande, muy olvidado hoy, al cual la vecindad del hermano de su abuelo causa algun perjuicio: esto no impidió que sus contemporáneos le decretasen una medalla con esta leyenda:

*Quem nulla equaverit aetas.*

Es verdad que era autor de sesenta volúmenes manuscritos que jamás se imprimieron.

No hay compañía tan buena en la que no se introduzca algun villano. Esto es lo que sucede desgraciadamente en Santa Croce, Cerca del mausoleo de Maquiavelo, se eleva el de Nardini:

¿Quién es ese Nardini? Se me dirá.

Nardini es un encantador violinista, que ejecutaba todo un wals en la prima, y de cuya vecindad, como se comprende bien, debia estar contentísimo el ex-embajador de Florencia cerca de César Borgia, por poco que durante su vida le hubiese agradado la música.

Ahora detengámonos un instante en un hecho bastante curioso.

Cerca de la columna que sostiene una de las dos pilas de agua bendita, se lee, medio borrado por el tiempo el nombre de

#### BUONAPARTE.

Sin duda este nombre hacia parte de una inscripcion que indicaba quien era el que dormia bajo de aquella losa. Pero las demas palabras todas se han borrado, y este nombre solo, que apenas se ve hoy, no puede guiar al curioso en la investigacion de la identidad de aquel á quien designa.

Era un abuelo de Napoleon, y he ahí todo lo que de él se sabe. Cuando nació, cuando murió, qué hizo de bueno ó de malo desde que abrió los ojos á la luz hasta que los cerró para siempre, se ignora. Al otro extremo de la iglesia, en una modesta capilla que está frente á la puerta de entrada, hay un sepulcro.

Este sepulcro es muy moderno; el mármol está recientemente esculpido, y se lee en él este epitafio:

Aqui reposa Carlota Napoleon Bonaparte.  
digna de su nombre.  
Nacida en Paris el 31 de octubre de 1802.  
1839. +

Esta se sabe quien es. Es la hija de José Napoleon, dos veces rey de dos reinos: es aquella encantadora princesa Carlota, que la Francia no ha conocido, y que Florencia ha llorado como si fuese su hija.

La historia del mundo está encerrada entre aquellos dos sepulcros, sobre cada uno de los que está escrito el nombre de Bonaparte.

Hay ademas en Santa Croce muchas cosas que ver.

Hay un Crucifijo y una Virgen coronada por la mano de Cristo, por el Giotto.

Una Madona de Lucca, de la Robbia.

Una Anunciacion, de Donatello.

Los frescos, de Taddeo Gaddi.

La capilla de los Nicollini, obra maestra de Volterrano.

Y por último, encima de la puerta grande de la fachada hay una estatua de bronce re-

presentando un San Luis, que es preciso no confundir con el gran rey.

Este San Luis es un santo muy conocido en el cielo, pero muy desconocido en la tierra, y que era buenamente un obispo de Tolosa.

### SAN MARCOS.

Saliendo de Santa Croce se encuentra uno á dos pasos de San Márcos. De una iglesia á un convento es fácil la transición: rogamos, pues, al lector nos siga allí.

La primera cosa que llama la atención entrando en la plaza, es una enorme columna de mármol rota en tres pedazos. Esta columna tiene sus días de gloria, sus días de adversidad: ha estado unas veces caída y otras derecha: se la ha levantado tres veces y ha vuelto á caer otras tres.

El gran duque Cosme había hecho ya colocar dos columnas en su buena ciudad de Florencia, una enfrente de la iglesia de la Santísima Trinidad, en memoria de la toma de Siena, y la otra sobre la plaza de San Félix, como recuerdo de la victoria de San Marciano. Cosme era parecido á los dioses; el número tres le era agradable: resolvió llevar una tercera columna sobre la plaza de San Márcos frente de la vía Larga, pero el destino había decidido otra cosa: las piedras tienen también su estrella.

Aguardando los acontecimientos ocultos en el porvenir, el enorme cilindro de mármol sacado de las canteras de Seraversa, hizo su entrada triunfal en Florencia el 27 de setiembre de 1572: tenía tres brazas y media de diámetro y veinte de altura. Para un monumento europeo era de bastante consideración, como se ve.

La columna fué conducida á su destino; se la dejó provisionalmente tendida sobre dos travesaños de madera, donde aguardó con la paciencia de la seguridad, el momento de su erección, que miraba como próximo, y sobre todo como asegurado. Tenía, pues, ella sus sueños de oro, cuando Cosme murió.

La muerte de Cosme era un gran acontecimiento que hacía desvanecer otros sueños mas que los de la pobre columna: pero al menos los hombres tenían la facultad de moverse: se volvieron hácia el nuevo sol, y el nuevo sol los iluminó. No le sucedió lo mismo al desgraciado monólito: condenado á la inmovilidad, esta inmovilidad fué tachada de oposición: quedó en la sombra y fué olvidado.

Las cosas quedaron así durante algun tiem-

po; pero un día que el nuevo gran duque pasaba por la plaza de San Márcos, la bella Bianca Capello, que le acompañaba, le recordó que en aquella plaza era donde le había visto por la primera vez, y le pidió si la amaba bastante, eternizase aquel recuerdo con un monumento cualquiera. Francisco I tenía á la mano lo que se le pedia; estendió el dedo hácia la columna, y parodiando las bellas palabras del Salvador á Lázaro, dijo como Cristo: «Levántate.»

Desgraciadamente, Francisco I no tenía como el hijo de María el don de hacer milagros; para que la columna se levantase era necesario proceder por medios humanos. Se hizo venir un arquitecto y se le trasmitió la orden dada. Este arquitecto era Pietro Tacca, discípulo y sucesor de Juan de Bolonia. Puso manos á la obra y cinco ó seis meses despues la base, de forma cuadrangular, estaba concluida, y la columna, levantándose sobre sus travesaños, se miró ya como colocada, despreciando en adelante toda línea que no fuese la perpendicular.

Pero el hombre propone y Dios dispone, como dice el proverbio. Durante este tiempo, Juana de Austria murió.

Todos saben la reacción que esta muerte causó en el débil y vacilante juicio de Francisco: juró en el lecho de muerte de su mujer separarse de su querida, y para que su conversión fuese visible á los ojos de todos, quiso que la columna destinada á perpetuar el origen de aquel amor, fuese el monumento espiatorio que señalase su fin. Mandó, pues, que la columna se erigiese en el sitio donde primitivamente se había destinado, y decidió que se colocase encima una estatua de Juana de Austria.

Tacca recibió la orden de abandonar la columna para dedicarse á la estatua. El monólito que no había tomado partido entre Juana de Austria y Bianca Capello, y que le importaba muy poco el objeto que había de sustentar, siempre que sustentase alguno, tuvo paciencia, y aguardó á que se hiciese la estatua.

Pero mientras se hacia la estatua, uno de los estribos de madera que sostenían la columna se había podrido con la humedad. Nadie se apercibió de que el pobre monólito sentía que uno de los pies que le sostenían, le faltaba; pero como aquel sosten era precisamente el del medio, una mañana se encontró la columna rota: se había partido durante la noche.

Este accidente llegó muy á propósito: Francisco I acababa de reanudar relaciones con Bianca Capello, de la que estaba mas enamorado que nunca, y que pensaba seriamente hacer gran duquesa: se apresuró, pues, á aprovecharse de él.

La estatua de Juana de Austria convertida en imagen de la estatua de la.... fué transportada al jardín Boboli, detrás del palacio real

y cerca del caballero. La columna fué enterrada y el pedestal quedó solo en pie.

Como unos cien años despues, incomodase aquella base el paso para la entrada de la esposa de Cosme III, Mad. Luisa de Orleans, desapareció en aquella época por fin.

El desgraciado mármol estaba muerto y enterrado, nadie pensaba ya en él, y segun todas las probabilidades, él mismo no pensaba ya en nadie; cuando la gran duquesa, á quien se creia estéril, se declaró en cinta. Y como este acontecimiento tenia todos los caracteres de un milagro, el gran duque quiso saber á que santo debía aquel heredero, la gran duquesa respondió, que no sabiendo á cual dirigirse ya y desesperando como su augusto esposo de dar un heredero al trono florentino, se habia dirigido á San Antonio, que siendo un santo moderno, tenia necesidad de establecer su crédito por algun milagro tan increíble como manifesto. San Antonio habia aprovechado la ocasion, y segun las palabras del Evangelio, habia probado concediendo á la gran duquesa la súplica que le habia dirigido, que los últimos eran los primeros.

Como Florencia es, en materia de matrimonio sobre todo, el país de la fé, no solo se dió por satisfecho todo el mundo con esta razon; sino que tuvo tal éxito, que por toda la ciudad se aumentó estraordinariamente la devoción á San Antonio.

Un sacerdote llamado Felizio Pizziche se aprovechó al punto de esta disposicion de los ánimos, y propuso, al final de un sermon en alabanza del bienaventurado franciscano, erigir un monumento que recordase el milagro que acababa de obrar. Esta proposicion fué recibida con entusiasmo. Se discutió en el acto sobre la forma y la materia de este monumento. El sacerdote se acordó de la columna enterrada, recordó á los ciudadanos que Dios la habia salvado de todo uso profano, sin duda porque la reservaba para este destino piadoso. La predestinacion del ex-monólito era tan evidente, que todos fueron del parecer del sacerdote. Corrieron al sitio donde habia sido enterrada; se la exhumó; se levantó una nueva base sobre los cimientos de la antigua; se prepararon los bajos relieves que debian rodearla; se trabajó la estátua del santo que debia colocarse encima. Todos se pusieron á la obra y las cosas marchaban de modo que permitia creer que por esta vez no se cambiaria el porvenir de la columna, cuando de pronto ciertos rumores relativos á un jóven principe de Ierena que habia ido á hacer una visita á la bella archiduquesa, se esparcieron, la suscripcion destinada al monumento cesó al momento y con ella el ardor de los artistas. La obra comenzada fué, pues, interrumpida por falta de fondos, la peor de todas las faltas, y la columna y la base continuaron viéndose la una derribada y la otra de pie.

La base fué demolida en 1738 y sus materiales empleados en la construccion del arco de triunfo elevado en honor de la casa de Lorena, fuera de la puerta de San Gallo.

En cuanto á la columna, que impedia la circulacion, fué vuelta á enterrar en 1757.

Pero unos veinte años despues llegó el gran duque Leopoldo, el cual subió al trono con grandes ideas de embellecimiento para la ciudad de Florencia. Recordaba vagamente haber oído contar la historia de la columna; mandó le hicieran una relacion sobre ella, supo que no estaba rota mas que por un sitio, se aseguró de que reunida por barras de hierro en nada dañaria aquella ruptura á la solidez del ex-monólito y mandó que fuese exhumada: la columna volvió á salir á luz.

Pero apenas el plano de los arquitectos se habia marcado en el papel, cuando los primeros movimientos revolucionarios se verificaron en Europa. No es durante los terremotos la ocasion mas á propósito para levantar obeliscos: asi la pobre columna fué olvidada de nuevo, y tanto se condenó al olvido que esta vez no se pensó ni aun en hacerla enterrar.

Desde ese tiempo no solo ha perdido toda esperanza de volverse á enderezar jamás, sino que aun está privada de la paz de la tumba: semejante á esas almas pobres que no pueden ni aun pasar la Estigia por faltarles un óbolo que dar á Caronte.

Arroje pues el curioso al pasar una mirada sobre aquella columna, que habiendo tenido una existencia tan agitada, al presente tiene una muerte tan miserable: y despues de un recuerdo de pesar concedido á este grande infortunio, entre en el convento.

Es hasta cierta hora únicamente hasta cuando se puede visitar San Márcos el Tocco, como se dice en Florencia. Los buenos dominicos comen, y cuando comen no se incomodan, cosa que por lo demas me parece muy justa, y que á nadie le ocurre reprendérselo sino porque son frailes.

Se entra en San Márcos por un pórtico incrustado de inscripciones y adornado con sepulcros. Un conserje viene á abriros: este es el cicerone del convento. Pasada la primera puerta se entra en el claustro: es un cuadrado perfecto, todo cubierto en su parte superior de frescos del Poccetti y del Passignano, y en su parte inferior de inscripciones sepulcrales.

En medio de estas inscripciones hay un cuadro de gran tamaño, representando la muerte de un jóven estendido sobre su lecho: á la cabecera de la cama está un hombre llorando, al pie de ella una jóven que se arranca los cabellos; en último término hay dos figuras aladas que suben al cielo.

El jóven que espira es Ulyse Tacchinardi; el hombre que llora es Tacchinardi, padre; la jóven que se arranca los cabellos es Mad. Persiani; en fin, las dos figuras aladas son el án-

gel de la muerte que sube al cielo arrastrando consigo el genio de la música.

Todo esto será acaso muy bello como pensamiento, pero es muy execrable como pintura.

Sin contar que es un poco atrevido pintar frescos en las mismas paredes donde los han pintado Passignano, Poccetti, Beato Angélico y fray Bartolomeo.

Desde luego me causó alguna admiración ver un cantor enterrado en San Márcos. Pregunté á mi cicerone cómo había merecido el pobre Ulysse Tacchinardi tan grande honor. Me respondió que la familia había pagado veinte y cinco escudos. He ahí todo.

En efecto, mediante veinte y cinco escudos todo católico tiene derecho para hacerse enterrar en el convento de San Márcos. Como se ve es una friolera, y lo que me admira es que pueda haber terreno bastante; lo que no sucedería ciertamente si cada difunto se reservase un sitio tan grande como el que ha tomado para la ejecución de su cuadro el signor Gazzanini.

Los dos grandes recuerdos del convento de San Márcos están unidos á la memoria de Beato Angélico y de Gerónimo Savonarola.

El uno ha conservado allí la reputación de un santo, el otro es mirado allí como un mártir.

Hay también allí un tal Antonio que fué canonizado hácia 1465, pero nadie piensa en él, y no se le refiere á los curiosos sino por mencionarle.

Nosotros poseemos en el museo de Paris uno de los cuadros de Beato Angélico, que se ha relegado, no sé por qué, á la sala de dibujos, donde nadie va, el cual representa la coronación de la Virgen, uno de los asuntos favoritos del piadoso artista; es toda una obra maestra.

Beato Angélico es el jefe de la escuela idealista. Para él nadie pertenece á la tierra: todas las mugeres son vírgenes, todos los niños ángeles: obligado á pintar sin modelo, sus creaciones son los sueños de su éxtasis. El dibujo pierde allí sin duda, pero el sentimiento gana.

Así la pintura de Beato Angélico es de esa pintura que no se debe juzgar, sino sentir; el que no cae de rodillas delante de ella, fácilmente se encoge de hombros volviéndola la espalda.

Ante un jurado de pintores, sus cuadros no serian probablemente admitidos en la exposición.

Si yo fuera rey recogeria todos los que me fuera posible comprar, los colocaria en marcos de oro, y cubriria con ellos las paredes de mi capilla.

Beato Angélico fué llamado dos veces á Roma por dos papas; el uno quiso hacerle cardenal, el otro santo; rehusó el cardenalato y la canonización, y volvió á encerrarse en

su pobre convento de San Márcos, donde cubrió las paredes de pinturas.

Así se encuentran por todas partes maravillosos frescos: sobre las escaleras, en los corredores, en las salas. Su composición siempre sencilla, piadosa y bien acabada: el sublime monge se dejaba donde se encontraba, tomaba sus pinceles y copiaba una página del Evangelio sobre la pared.

Nada le importaba el lugar: no buscaba ni la luz ni la publicidad. Dios veía su obra y eso le bastaba.

Hay en un oscuro corredor una Visitación de la Madona, que no se puede distinguir sino con luz artificial.

Hay en frente de una escalera sombría un maravillosa Anunciación de la Virgen, que jaa más ha alumbrado el día.

Ademas, en todas las celdas de los monjes, donde nadie va, hay Coronamientos de la Madona, Jesus en el Calvario, Magdalenas arrepentidas, mártires muriendo para la tierra, santos subiendo al cielo.

Se me enseñó un sepulcro de Cristo, y en una esquina del cuadro un santo de medio cuerpo, que se asegura ser el retrato de Beato Angélico. Dejarse engañar es imposible: el humilde monge no se hubiera ceñido la frente con una aureola.

Pero de todas estas pinturas, la mas magnífica es el Desmayo de la Virgen, que se halla en la sala del capitulo: al exhalar el último suspiro Jesucristo en la cruz, la Virgen se desmayó. Santa Magdalena, arrodillada delante de ella, la sostiene y la rodea con sus brazos: San Juan, su segundo hijo, la recibe en los suyos. Aquello es maravilloso.

Jamás he visto cabezas cuyo recuerdo me haya quedado en la memoria tan completamente como he guardado el de la cabeza de la Virgen: es la desesperación de la madre luchando con la resignación de la santa. La muger sucumbe en el combate: la esperanza del porvenir no puede compensar el dolor del presente.

Beato Angélico tuvo razon en rehusar la canonización; cuando se han hecho tales cuadros, es uno santo de derecho.

¿Se creerá que en medio de todas aquellas celdas de Beato Angélico ha cubierto de obras maestras, se ha olvidado cuál era la suya?

Después viene Savonarola: después del arte la libertad: después del santo el mártir.

Nos encontramos en el claustro un buen monge que habia estado allí durmiendo, y al que su larga túnica blanca daba el aire de un fantasma. Mi cicerone, sin tomarse la pena de ir hácia él, le hizo un signo de familiaridad que me chocó. El monge, sin parar atención en aquella inconveniencia, vino al punto.

Este monge era pintor como Beato Angélico: pero desgraciadamente, como se ha olvidado cuál era celda, no se ha encontrado ni su paleta ni sus pinceles.

El cicerone le llamó para que nos enseñase la celda de Savonarola.

Esta celda está situada al volver un gran corredor; se va á ella por el taller del monge pintor; este taller era en otro tiempo una capilla.

La celda de Savonarola da perfectamente una idea del carácter del reformista que la habitó: es una pequeña habitacion de doce pies cuadrados escasamente, en la que no ha quedado ni un mueble, ni una pintura: nada mas que las cuatro paredes blancas, alumbradas por una estrecha y baja ventana con vidrios pequeños unidos con plomos.

Alli es donde el republicano se retiraba cada vez que Lorenzo de Médicis ponía los pies en el convento: alli es donde le persiguieron las excomuniones de Alejandro VI: alli donde estuvo orando cuando la turba vino para conducirle al cadalso.

Despues de Savonarola, nadie se ha juzgado digno de habitar el mismo cuarto que él. Su celda ha permanecido vacia.

Bajamos de la celda de Savonarola á la sacristía. Alli es donde se conservan como reliquias algunos objetos santificados por su suplicio.

Estos objetos, de cada uno de los cuales pende un sello que atestigua su identidad, son:

1.º El palio ó capa del reverendo padre Gerónimo (4).

2.º La túnica de que se despojó en el momento de subir al patibulo.

3.º El cilicio del mismo reverendo padre Gerónimo.

4.º Otro cilicio del mismo.

5.º En fin, un pedazo de madera del poste en que fué atado.

Todos estos objetos están guardados entre los objetos sagrados.

Los ingleses, que creen que todo se compra, han ofrecido sumas enormes, que los frailes han rehusado.

Porque no es este un solo recuerdo personal para los dominicos de San Marcos: es un santo depósito confiado por la ciudad entera al antiguo convento del siglo XV.

Toda la historia de la decadencia de Florencia está allí: tres años despues de la muerte de Savonarola, Carlos VIII; treinta y cinco años despues de Carlos VIII, Cosme I.

Savonarola habia predicho lo uno y lo otro; y acaso, si hubiese vivido, Carlos VIII jamás hubiese sido rey de Nápoles, ni Cosme I hubiese sido gran duque de Florencia.

(4) Estos diferentes objetos están señalados por inscripciones pendientes del sello, y escritas en lengua latina. Hélas aqui por el mismo orden en que las he reproducido en francés:

1.º *Ballium sive cappa reverendissimi P. F. Hieronymi.*

2.º *Lucinella ejusdem qua utebatur priusquam ad patibulum caperetur:*

3.º *Cilicium ejusdem venerandi patri Hieronymi.*

4.º *Aliud cilicium ejusdem;*

5.º *Ligam patibuli ejusdem.*

## SAN LORENZO.

San Lorenzo es el Saint-Denis de Florencia, como Santa-Croce es el Panteon. Desde la mas remota antigüedad estaba esta iglesia bajo el patronato de los Médicis, que habian construido alli su capilla mortuoria.

En su principio los sepuleros eran simples nichos, hoy tapiados ó desconocidos; sesenta Médicis duermen alli como en la historia, viviendo solamente por el nombre de sus sucesores.

Pero á medida que el nombre se engrandece y se aumenta la riqueza, los sepulcros salen de la tierra con pomposas inscripciones: el mármol se ensalza en honor suyo, se se redondea en columnas, se encorva en urnas sepulcrales, se arrodilla en estatuas.

El primer sepulcro notable es el de Juan de Médicis y su muger. Se levanta en medio de la antigua sacristia, y sostiene la lápida de mármol que forma la mitad. Este fué el segundo gonfaloniero de ese nombre; su padre lo habia sido en 1378.

Su hijo Cosme el Antiguo, el Padre de la patria, tan ponderado, aquel terrible aritmético que resolvía su problema de despotismo futuro, que quería mejor despoblar á Florencia que perderla, está enterrado en medio del coro de la iglesia; una simple losa que tiene grabado su epitafio, indica dónde reposa.

Lorenzo el Magnífico, con otros dos ó tres Médicis, descansa en un sepulcro de bronce que se eleva cerca de la puerta de la sacristia antigua; se le habia colocado alli esperando que se le hiciese un sepulcro digno de él. Alli quedó. A su lado reposa Julian, que fué muerto en la conspiracion de los Pazzi.

Al presente he aqui la familia que se engrandeció humillándose. La raza de los Médicis está reducida á tres bastardos: Hipólito, Clemente y Alejandro. Pero de estos tres bastardos, el uno es cardenal, el otro papa, y el otro gran duque. Es preciso una nueva capilla á los Médicis para consagrar esta nueva era de su fortuna. Miguel Angel la ejecutará.

Alejandro es quien la encarga. El primer sepulcro que se elevó es el de su padre Lorenzo, duque de Urbino, dado por supuesto que Lorenzo sea su padre; porque él mismo ignora de quién es hijo, no sabe si debe su nacimiento al duque de Urbino ó al papa Clemente VII, ó al mozo de mulas que era el marido de su madre. Añadamos de paso que aquella madre era mora, y que Alejandro la hizo asesinar, porque su gran semejanza con ella revelaba la bajeza de su origen. No hay necesidad de decir que el cadáver de la pobre muger no recibió los honores de la capilla de San Lorenzo.

Sobre este sepulcro es donde la cabeza cubierta con un gorro y la barba apoyada en su mano, que cubriéndole toda la cara no deja ver sino los ojos, está sentado aquel terrible *Pensiero* de Miguel Angel, cabeza llena de espresion, de un género al cual ni los antiguos ni los modernos se han aproximado jamás. Es desgracia que semejante obra maestra represente á un miserable como el infame duque de Urbino, cuyo solo mérito consiste en haber dado á la Toscana su primer tirano coronado, y á la Francia la reina que dispuso la Saint-Bathelemy. Catalina era hermana de Alejandro.

Al pie del *Pensiero*, Miguel Angel ha colocado dos estatuas echadas como él solo podía hacer; son el Crepúsculo y la Aurora, la una se duerme, y la otra se despierta. Estas estatuas, ¿encierran una alegoría? Se ha discutido mucho sobre ello, y el resultado de la discusion, ha sido, saber menos hoy que está concluida, que la vispera del dia en que se empezó.

Pero lo que es incontestable es el genio inmenso con que el mármol está desbastado, trabajado y doblegado á la voluntad de aquel; se diria que la mano de un gigante ha descansado sobre aquella piedra. Adán y Eva debian parecerse mucho á las dos estatuas, saliendo de la mano de Jehovah.

Miguel Angel con su capricho habitual, ha dejado la cabeza del hombre á medio bosquejar; bosquejo terrible bajo el cual vive la fisonomía, antifaz mas grandioso que hubiera podido serlo jamás un rostro.

Otras partes están sueltas, como se dice en el lenguaje artista, y entre ellas los pies de la muger sobre los cuales se ven todavia todas las raspaduras del cincel: lo que no obsta para que estos pies sean admirables y de un modelo magnifico.

El sepulcro colocado enfrente del de Lorenzo, hecho duque de Urbino por Leon X, es el de Julian, nombrado duque de Nemours por Francisco I.

Como el *Pensiero*, Julian está sentado en un nicho paralelo al de su terrible pareja. Pero aqui el genio del estatuario se ha dejado llevar simplemente del parecido, y no ha querido dejar adivinar nada; es un bello jóven de veinte y ocho á treinta años, al que la exageracion de su cuello da mucha gracia. A sus pies estan tambien dos estatuas echadas; el Dia y la Noche.

La estatua del Dia, como la del Crepúsculo, está sin concluir; y sin embargo, la imaginacion va á buscar la cabeza en el mármol apenas desbastado: el resto del cuerpo, enteramente concluido, es magnifico en sus detalles; uno de los pies sobre todo, es una maravilla de vida y de verdad.

La estatua de la Noche, colocada en oposicion con la del Dia, está perfectamente acabada. Es célebre en primer lugar por su pro-

pia celebridad, y ademas por la cuarteta de Strozzi y por la respuesta de Miguel Angel.

Es una gran familia la de los Strozzi, cuyos antepasados sostuvieron en la ciudadela de Fiesole un sitio de ciento quince años. Los unos se batian por la república, los otros cantaban la libertad: estos morian como Bruto, aquellos vivian como Tyrteo.

Juan Bautista Strozzi fué á ver el sepulcro de Julian, cuando Miguel Angel acababa la estatua de la Noche. Esta bella figura le admiró: y mientras que Miguel Angel habia salido un instante, escribió sobre la pared los cuatro versos siguientes, y salió á su vez:

La Notte che tu vedi in si dolci atti  
dormir, fu da un Angelo scolpita  
in questo sasso; e perche dorme, ha vita;  
destala, se non credi, e parli rati.

«Esta Noche que ves dormir en tan dulce postura, fué sacada de esta piedra por la mano de un Angel: ella vive, puesto que duerme: y si dudas de ello, despiértala, y ella va á hablarte.»

Miguel Angel volvió á entrar, leyó estos versos, y escribió debajo, porque aun levantando sepulcros á los tiranos, el antiguo espíritu republicano vivia en él:

Grato m'e il sonno, é pieu l'esser di sasso;  
mentre che il danno é la vergogna dura,  
non veder, non sentir, m'è gran ventura.  
Pero non sin destar; deh! parla basso.

«El sueño me es dulce; pero mas dulce es para mi todavia ser piedra: porque todo el tiempo que dure nuestra vergüenza y nuestro duelo, será una fortuna no ver ni sentir. No me despiertes pues. Ah! habla bajo!»

Sin embargo, acaso se dirá que es preciso ser la diosa de la Noche para dormir en la postura imposible que Miguel Angel ha dado á su estatua; ¿pero Miguel Angel era hombre á quien le importase lo posible ó imposible? Lo que él queria era que esas posturas violentas dejasen ver toda la configuracion humana, y que probasen que, como Prometeo, podia él crear su semejante. Los hombres de cierta altura no deben sujetarse al compás y á la escuadra, es preciso mirarlos como quieren ser vistos, en la tierra y en el cielo, desde abajo y desde lo alto.

Hay tambien en la misma capilla una Virgen y su Niño Jesus, que pueden ser lo mismo una Latona y un Apolo, una Semele y un Baco, una Alcmena y un Hércules. Miguel Angel era el escultor pagano por excelencia: su *Moises in vincoli* es un Júpiter Olímpico: su Cristo de la Sixtina, un Apolo Vengador.

Qué importa! Todo eso es grande, todo eso es bello, todo eso es sublime! Miguel Angel es colosal como sus estatuas: la critica no le llega á las rodillas.

Pero he aqui que Alejandro I es asesinado por su primo Lorenzino, y que como no se

sabe donde colocar su cadáver, se le pone con el del duque Urbino, su padre putativo. Sube al trono Cosme I. Entra el principado en la familia de los Médicis, llega á su apogeo, con el hijo de Juan de las Bandas. Son tan reducidas las capillas, que es preciso colocar los sepulcros unos sobre otros: los sepulcros están tan llenos, que se ven obligados á colocar dos cadáveres en uno mismo. Es preciso hacer otros sepulcros, es necesario construir otra capilla. No estará ya Miguel Angel, es verdad, para tallar el mármol; pero se trabajará groseramente en jaspe, en lapis-lázuli y pórfido. La falta del genio del hombre, se suplirá con la riqueza de la materia: á falta de grandiosidad habrá grandeza.

Es la época en que los artistas se van, y los príncipes vienen. Don Juan de Médicis, hermano del gran duque Fernando, traza el plano de la nueva capilla. Los florentinos son gentes felices: despues de haber tenido la arquitectura de los hombres de genio, van á tener la arquitectura del gran señor: esta será menos bella, es verdad, pero será mas rica. Para el ciudadano es una gran compensacion.

Así causa mas admiracion la capilla de los Médicis que la nueva sacristía: hay allí un célebre guardian que os hace tocar y mirar todas aquellas riquezas, que os explica el precio de cada cosa, que os dice cuanto ha costado la capilla y cuanto costará todavia: el tiempo que se ha necesitado y los obreros que se han empleado en tallar aquellas piedras duras: de donde vino aquel granito, de donde aquel pórfido, de donde aquel jaspe sanguineo, de donde aquel lapis-lázuli: es un curso de geología práctico, es una leccion de geografía: aquello es estremadamente instructivo.

Es verdad que de dos estátuas que hay, de las que la una es de Juan de Borgoña y la otra de Tacca, apenas hace de ellas mérito. Y sin embargo, no carecen de él: pero estos objetos no son mas que de bronce.

Le habia ocurrido á Fernando una idea muy en armonía con el exorbitante orgullo de la familia: era, mediante una suma convenida, creo que dos millones, arrebatar el Santo Sepulcro, y colocarle en medio de los sepulcros de su familia. El trato estaba concluido con el emir Facardin Ebneman, llegado á Florencia en 1640, y que se decia descendiente de Godofredo de Bouillon. La historia no dice que fué lo que impidió que se hiciera aquello. El que haya leído con atencion la vida de los Médicis, convendrá en que el sepulcro de Jesucristo no hubiera estado muy en consonancia con tan singular compañía.

El gran duque continuó la obra de sus predecesores: serán precisos todavia veinte años y seis ú ocho millones para que la capilla esté enteramente concluida; pero hombre de gusto como es, toma para él y su familia una pequeña bóveda de la nueva sacristía.

Saliendo de la capilla de los Médicis, se sube á la biblioteca Lorenzana: allí hay nueve manuscritos recogidos la mayor parte por la solicitud de Cosme, el padre de la patria: de Pedro el Gotoso, y de Lorenzo el Magnífico. Los mas preciosos de estos manuscritos son: las Pandectas de Justiniano, arrebataadas á los amalfitanos por los pisanos en 1435, que en tiempo de la república no se enseñaban á los curiosos sino con un permiso de la señoría y á la luz de cuatro mecheros: en tiempo de los grande duques, el tesorero de la corona tenia únicamente la llave, y no les daba la luz del dia sino bajo su propia responsabilidad: hoy están simplemente en una caja de pupitre, aseguradas por una sola cadena, y protegidas por un simple cristal, á través del cual se puede percibir aquella bella escritura que, segun toda probabilidad, se remonta al siglo IV.

Un Virgilio del siglo IV ó V, del que faltan las primeras páginas—primeras páginas que por una especie de milagro, sin que se sepa como se encontraron allí, y como habian sido separadas del cuerpo de la obra, fueron encontradas en la biblioteca del Vaticano.

El famoso manuscrito de Longus, que se hizo célebre en Europa por la mancha de tinta que cubre el párrafo del que Pablo Suzzi Courier dió el primero la verdadera, y por consecuencia la única version: una carta del sabio folletinista está allí unida, declara que aquel borron se echó por un aturdimiento.

El manuscrito de las tragedias de Alfieri, todo lleno de tachones, de raspaduras y entrerenglonados, prueba evidentemente que el pensamiento no fluye al primer momento, no improvisa, y que esa firmeza de estilo que parece el fruto de la inspiracion, no es sino el resultado del trabajo.

Una copia del *Decameron* de Boccacio, dada por un amigo de Boccacio nueve años despues que se quemase el original, y que pasa por haber sido copiado de él.

En fin un bello retrato de Laura, haciendo juego con un tosco retrato de Petrarca, á quien el pintor ha tenido el mal gusto de hacer dar la espalda á la muger que amó.

Saliendo de la iglesia, y atravesando la plaza, se encuentra un zócalo de mármol cubierto de bajos relieves representando escenas de guerra: este zócalo es el pedestal de una estátua que debia ser erigida por Cosme I á su padre Juan de Médicis, conocido mas generalmente bajo el nombre de Juan de las Bandas-Negras. Solo el pedestal se acabó: sin duda Cosme no tuvo tiempo de hacer la estátua. Es verdad que no reinó mas que treinta y siete años.

Esto prueba que Cosme no fue mucho mejor hijo que habia sido buen padre!

## LA GALERÍA DE LOS OFICIOS EN FLORENCIA.

Cosme I fué el que habiendo hecho venir á Jorge Vasari, el cual reunía, aunque á la verdad en grado muy mediano, los tres talentos de pintor, escultor y de arquitecto, le mandó edificar, para reunir en un mismo palacio los diferentes ramos de la magistratura, la galería que llegó á ser despues tan célebre bajo el nombre de la Galería de los Oficios.

No sé si mientras Vasari trabajaba en aquel monumento, tendria Cosme la idea de darle su actual destino; lo que sé es que su disposicion interior es de las mas singulares. Encierra veinte habitaciones colocadas á lo largo de colosales galerías.

Una de estas galerías está destinada á la historia cronológica de la pintura. En ella se pueden seguir todos los periodos que ha recorrido desde su nacimiento con Ricco de Candia, Cimabué y Giotto, hasta su decadencia con Vasari y sus sucesores. Estos cuadros forman un todo perfectamente completo: así Vasari rogó con instancia á Cosme I que no los separase.

Como se comprende, nosotros no nos divertiremos en reproducir un catálogo. Escribimos una historia y no una guia de viajeros. Haremos, pues, como los curiosos; pasaremos rápidamente delante de todos los desdichados maestros secundarios, que parece están allí para ser insultados por la indiferencia de los que van á visitarlos, é iremos derechos al salon de la Tribuna.

El salon de la Tribuna es de lo que el artista oye hablar durante todo su camino; de lo que habla con su huésped cuando descien- de de su humilde vetturino; de lo que habla el cicerone aun antes de haberse convenido con él en el precio que recibirá por sus escursiones diarias ó por sus noticias á medio franco por hora.

De lo cual resulta una fatalidad, y es que por mas maravillosa que sea aquella famosa sala de la Tribuna, se entra en ella con un sentimiento ideal que sobrepuja casi siempre á la realidad: es verdad que la Tribuna es como San Pedro de Roma: cuanto mas se la visita, mayor es la reaccion contra el primer desengaño.

La Tribuna encierra cinco estátuas antiguas: todas cinco se han colocado por el juicio de la posteridad en el número de las obras maestras legadas por los griegos al resto del mundo, y arrancadas sucesivamente por los modernos á esa vasta tumba que se llama Roma, donde habian dormido cerca de mil años.

Esas cinco estátuas son el Amolador, el Fauno bailando, los Gladiadores, el Apolino y la Venus de Médicis.

El Amolador es perfectamente conocido de nuestros parisienses; tenemos una buena copia en bronce en el jardin de las Tullerías. Los sabios, que tienen la mania de querer descubrir todo, han querido saber lo que era ese famoso Amolador, y qué pensamiento ocultaba en aquella cabeza tan poco ocupada de lo que hacen sus manos. Los unos han pretendido que era el sirviente que denunció á los hijos de Tarquino; los otros han dicho que era el esclavo que descubrió la conspiracion de Catilina; los hay, en fin, que han afirmado que era el scita que por orden de Apolo se preparó á ser el verdugo de Marsyas. De modo que, como cada uno ha sostenido su tesis, como cada uno ha mantenido su teoria, resulta que no se ha adelantado mas que el día en que el Amolador apareció en la superficie de la tierra; únicamente que cada uno es libre de escoger entre las tres opiniones.

El Fauno bailando es una de esas raras alegrías comunicativas á las que de tiempo en tiempo descende la antigüedad de su pedestal, para encontrarse frente á frente con su parte terrestre y humana. Es un jóven de veinte y cinco á veinte y seis años, lleno de vivacidad y de regocijo salvaje; apoya el pie sobre un fuelle, cuyo grotesco sonido se cree es para acompañar sus movimientos. Estaba mutilado cuando se le encontró y se le mutiló al encontrarle. Miguel Angel restauró el brazo y la cabeza, que están en perfecta armonia con el resto del cuerpo.

Los Gladiadores son una de las obras maestras sin espresion que hacian frecuentemente los griegos. Su forma es admirable y el dibujo es perfecto. No hay en estos dos cuerpos que se violentan, un solo músculo, un solo nervio, una sola fibra que no esté en su lugar. Así los anatómicos se estasian en general de placer mirándolos.

El Apolino es esa graciosa estátua que mis lectores conocen tan bien como yo, y que representa, segun toda probabilidad, el Apolo niño. El jóven dios cruza una pierna sobre la otra, y descansa elegantemente su brazo sobre su cabeza. Es la perfeccion de las formas del adolescente, como el Apolo de Belvedere es la perfeccion de las formas del hombre. Yo le prefiero con mucho á la Venus de Médicis, de la que, por lo demas, parece si no el marido, á lo menos el novio.

Algunos días despues de mi llegada á Florencia, un cuadro colgado en las paredes de la Tribuna, se desprendió y tiró de su pedestal al pobre Apolino, que al caer se rompió en tres pedazos. Fui corriendo á la galería de los Oficios, y encontré allí al gran duque, que habia ido desde el palacio Pitti por el pasadizo de Cosme I, para juzgar por sí mismo del destrozo. Era grande y en el primer momen-

to se creyó irreparable: pero los florentinos son tan hábiles restauradores, que hoy el Apolino está sobre su pedestal, tan sólido y admirado como si jamás hubiese recibido el menor arañazo.

Tres semanas despues, lei en un periódico francés que el Apolino se habia roto cayendo de lo alto de la tribuna, lo que hizo reir mucho á los florentinos, porque no hay tribuna en la Tribuna. El artículo era, sin embargo, de uno de nuestros mas célebres críticos, que algunos meses antes habia estado en Florencia. Es verdad que este crítico es miope.

He reservado la Venus de Médicis para los postres, como diria Brillat Savarin; porque la Venus de Médicis es una de esas estatuas sobre las que se han agotado todas las fórmulas de los elogios. De lo cual resulta que, cuando no se adula la Venus de Médicis hasta la idolatría, se le mira á uno generalmente como un ateo, ó á lo menos como herege.

En efecto, Thomson ha dicho hablando de ella:

«La Venus de Médicis, aquella estatua que muellemente inclinada encanta el universo.»  
Denz ha pretendido que:

«Su pie, si se hubiese hallado separado del cuerpo, hubiese sido un monumento. Descendida del cielo, añade, solo el aire ha comprimido sus fluidos contornos; por la primera vez acaba su planta de hollar la tierra y de doblarse bajo el peso del mas aéreo y del mas elástico de todos los cuerpos.»

Winkelman la ha encarecido sobre todos.

«La Venus de Médicis, ha dicho, semeja á una rosa que se abre dulcemente al salir el sol. Parece que acaba de salir de esa edad que es ruda y áspera como los frutos antes de su madurez. Asi á lo menos lo indica su seno mas prominente y desarrollado que el de una niña.»

—¡Hola, señor abate!

Es verdad que la pobre Venus ha tenido tambien sus detractores: en nuestros dias pocas reputaciones resisten á esta manera de denigrar que es peculiar de nuestra buena nacion. El Santo Cattino mismo, el milagroso plato con el que Jesús celebró la Pascua; el Santo Cattino, que pasaba por una esmeralda de una pieza; el Santo Cattino, sobre el que los judios, durante el sitio de Génova, presentaron á Massena cuatro millones; el Santo Cattino, rayado con un diamante, ha sido reconocido como hecho de humilde barro. Peor le ha sucedido á la Venus de Médicis.

Cochin y Lessing, despues de un maduro y profundo exámen, han declarado que la cabeza y los brazos eran modernos; que los pies habian sufrido muchas fracturas; pero que todo lo demas era antiguo, á escepcion de algunos pedacitos en el dorso y en otras partes.

Gall y Spurzheim han ido mas lejos; pasando de la forma al fondo, del pensamiento

á la materia, del naturalismo al idealismo, han examinado la cabeza de la pobre diosa, y han declarado que si desgraciadamente aquel cráneo estaba arreglado á la naturaleza, la madre de los amores no podia menos de ser una idiota.

No diré nada de la restauracion. Cuando las restauraciones son buenas me agradan bastante, porque me prueban que en todo tiempo hay hombres de genio. El autor desconocido del Fauno no me parece deshonrado porque Miguel Angel haya rehecho los brazos de su estatua.

No diré nada de la opinion de Gall y de Spurzheim sobre el pequeño grado de inteligencia de que debia gozar la diosa de la belleza, suponiendo que la cabeza del original tuviese la misma conformacion que la cabeza de la copia: lo probable es que Júpiter no la hubiese hecho con la intencion de que desecubriese el sistema del mundo como Copérnico, ó que inventase los para-rayos como Franklin. Júpiter la habia creado porque faltaba en el cielo una diosa de la belleza, y sobre la tierra una madre de los amores. Asi, pues, si la Venus de la Tribuna es bella, el problema está resuelto.

Desgraciadamente en mi opinion la Venus de Médicis no es bella, á lo menos carece de esa belleza que conviene á la amante de Marte, de Adonis, de Anchises, á la diosa de Amathonte, de Pafos, de Lesbos, de Gnido y de Cytera.

La Venus de Médicis es una ninfa de un baile mitológico sorprendida en el baño por un pastor indiscreto y que toma una postura de la ópera en el sitio señalado por Corali ó Macilfier.

Es esto tanto mas cierto, cuanto que la Venus, que tiene el aire de querer ocultar todo, no oculta absolutamente nada.

¡Oh! no es aquella la Venus de los antiguos, la encantadora que arrebatava la manzana de oro á Juno y á Palas, dejando caer á sus pies sus vestiduras. No es aquella la amante de Baco, la madre de Priapo, la impúdica esposa de Vulcano! No es aquella la diosa que invocaba Phasiphae y que quemaba las venas de Fedra. No es aquella la divinidad que tomaba por modelo Cleopatra cuando medio desnuda, voluptuosamente tendida sobre una piel de tigre, rodeada de amores que perfumaban el ambiente, navegaba por el Cydno en una galera dorada! No es aquella la divinidad que servia de escusa á Messalina cuando para sus desórdenes nocturnos, ocultando sus cabellos negros bajo una peluca rubia, y su nombre de emperatriz bajo un nombre de cortesana, iba á arrojar un reto de lujuria á los soldados de los cuerpos de guardia y á los cargadores de las plazuelas!

La estatua de la Tribuna es una bella y graciosa jóven un poco amanerada que se puede examinar con el lente en la mano sin desear ni por un instante que se anime como

la Galatea de Pigmaleon; pero de seguro aquella no es Venus.

Bastante por ahora de blasfemias como esa: pasemos del mármol al lienzo, de las obras maestras antiguas, á las obras maestras modernas; á lo menos estas tienen una ventaja sobre aquellas, se sabe de quien son. Es verdad que una inscripcion grabada sobre el zócalo de la estátua indica que su autor se llamaba Cleómenes, hijo de Apolodoro; no se ve allí que los sabios han descubierto que la inscripcion era prestada, que las letras no podían ser de la misma época que la estátua, y que sin duda era algun mercader romano de poco mas ó menos que habia cometido aquel fraude para sacar de su mercancia doscientos ó trescientos sestercios mas.

Pero los sabios son enemigos crueles. No está reducido todo á destruir; quieren reedificar, y precisamente es esto lo que desgraciadamente entienden algo menos. Habian desbautizado la estátua, y era preciso volverle un nombre: habian criado un niño natural, era preciso encontrarle un padre. Nada mas fácil. Desgraciadamente no se han entendido sobre la paternidad; los unos la han hecho hija de Scopas, los otros de Praxiteles, los otros de Fidias. La Venus de Médicis que estuvo un momento sin progenitor, cuenta tres al presente. Escoged.

Pasemos á Rafael. Al gran señor, gran honor. Ha sido elegido rey de la Tribuna por unanimidad; salud á Su Magestad!

Hay seis cuadros de Rafael solo en este salon, dos mas y estoy convencido que tenemos ya todo el museo. Se han aproximado sus tres géneros á fin de que se pueda juzgar de sus progresos, ó como dicen algunos idealistas, de sus aberraciones.

Entre las dos sacras familias, que las dos son del primer género de Rafael, hay una sobre la cual se discute: es aquella en que la Madona, el niño Jesus, y San Juanito, están reunidos en primer término en un paisaje, en el que en último término y á la izquierda se ven las ruinas de una ciudad, y á la derecha una casita á la que da sombra por la parte de arriba uno de esos árboles de tronco delgado y de follage escaso como se encuentra en último término en todos los cuadros del Perugino.

Haremos por la Madona del Pozzo, porque creo que este es el nombre que se la dá, lo que hemos hecho con la Venus de Médicis, es decir, que nos abstendremos de tomar partido en una cuestion tan grave, por mas que la obra nos parezca perfectamente digna del maestro á quien se atribuye; porque en toda su escuela no vemos, preciso es confesarlo, un solo artista, que habiéndolo hecho no hubiese adquirido por este solo cuadro su reputacion.

En efecto, es una de las mas encantadoras composiciones de Rafael que se puede ver.

Es, como hemos dicho, de su primer género, ó mas bien del principio del segundo, es decir, que al idealismo de Perugino se une ya ese amor por la forma que el pintor de Urbino, desagrado á su nombre de Angel, adquiria viendo las obras maestras de la antigüedad.

La Virgen sentada sobre un terreno todo cubierto de flores, tiene en su brazo derecho el Niño Jesus, que se lanza á su cuello con un movimiento lleno de gracia y gentileza, y tiende la mano izquierda á San Juan que le presenta la leyenda: *Ecce agnus Dei*.

Toda esta composicion es de una sencillez arrebatadora y de un dibujo delicioso. Su colorido es suave y dulce y el claro-oscuro excelente.

Creo que si Rafael volviese al mundo, se ofenderia muchísimo de que se le atribuyese á otro que á él la paternidad de este admirable cuadro.

En cuanto al retrato de Magdalena Coni, á San Juan en el desierto y al retrato de Julio II, están reconocidos como obras maestras; por lo tanto no hablaremos de ellas.

Hay alli dos Ticianos; sus dos Venus, ó lo que es lo mismo dos de los mas bellos Ticianos que hay en el mundo.

Hay tambien una sacra familia de Miguel Angel; figúrese el lector un cuadro de caballete salido del pincel del hombre que ha hecho el Juicio final. Aquella sacra familia habia sido ejecutada para un noble florentino llamado Agnolo Doni, acaso el marido de la muger de que Rafael sacaba el retrato. ¡Qué época, y sea dicho de paso, aquella en que se podia encargar un retrato á Rafael y un cuadro de caballete á Miguel Angel! desgraciadamente, contra las costumbres económicas de los florentinos, Agnolo Doni habia olvidado ajustar la obra antes que se comenzase. Concluido el cuadro Agnolo Doni preguntó á Miguel Angel qué suma le debía: el pintor pidió setenta escudos. Entonces el comprador se quejó y quiso regatear. Pero Miguel Angel eleva al punto su precio á ciento cuarenta. Agnolo Doni se apresuró á pagar por temor de que el precio doblándose siempre, no le impidiese comprar el cuadro que deseaba él tener, poniéndolo fuera del alcance de sus facultades pecuniarias.

Hay ademas una Nuestra Señora sobre un pedestal con San Francisco y San Juan Evangelista de pie, de Andrés del Sarto; una sacra familia con Santa Catalina, de Pablo Veronés; Carlos V despues de su abdicacion, de Van Dyck; la Virgen adorando al Niño Jesus, del Corregio; Herodias, recibiendo la cabeza de San Juan Bautista de las manos del verdugo: en fin, la Virgen entre San Sebastian y San Juan Bautista, del Perugino, y la Bacante, de Annibal Carrache; de estos dos tipos el primero es de la escuela espiritualista y el segundo de la escuela naturalista.

Paso por alto como Ruy Gomez, acaso no los mejores, pero si los mas bellos, como por ejemplo, el cardenal Beccadilli del Ticiano, y el duque Francisco de Urbino del Baroccio, para detenerme un instante sobre la obra maestra del pintor de Perusa, y sobre la del pintor de Bolonia; las dos merecen que se diga sobre ellos algunas palabras, no solo por su mérito real, sino por la manera como ellos espresan, el uno la época de las creencias religiosas, y el otro el tiempo de la reaccion clásica. Comencemos por el del Perugino.

El nombre solo del autor del cuadro indica que pertenece completamente á aquella época de fé y de sentimiento en que las reminiscencias griegas, no habian desviado todavia el arte de la via religiosa en la que la habian hecho entrar Cimabue, Giotto, y Angel de Fiésoli; así lo que llama la atencion desde luego en esta pintura es la admirable espresion de cada personaje; la Madona, es la muger elegida para ser la esposa mistica de un Dios; sus ojos están llenos de su amor presente y de su dolor en el porvenir; es bella á la vez con la belleza de las virgenes y la belleza de las madres.

El Niño Jesus, conserva todavia ese tipo de la escuela primitiva que Rafael cambiará bien pronto: es el divino Bambino, rubio, regordete, sencillo, gracioso y bendito, en el que frecuentemente, á falta de aureola manifiestan su divinidad los cabellos de oro.

San Juan Bautista le mira con aquel amor que ha recibido del cielo por Jesucristo y que volverá á llevar al cielo sin que los errores, las pasiones ó los intereses de la tierra, hayan tenido influencia para alterarlo ni por un momento; se conoce que mas dichoso que San Pablo, ha conocido siempre á Jesucristo, como un ser superior al hombre, y que mas constante que San Pedro, jamás renegara de él por ser un Dios.

San Sebastian tiene las manos atadas á la espalda y el cuerpo cubierto todo de flechas, concluye su martirio, y busca ya con los ojos en el cielo á aquel por quien va á morir sobre la tierra.

Todo esto es del mejor género y de los mejores tiempos del Perugino, es decir, sencillo, religioso, dulce y grave. Se reconocen en la Madona y el Bambino las carnes delicadas de la muger y del niño: en San Juan Bautista y en San Sebastian los músculos y los huesos del hombre; en fin, el colorido es severo, el dibujo noble y la perspectiva está entendida.

Pasemos ahora á la Bacante de Anibal Carrache.

Sucede algunas veces que una roca que de lo alto de la montaña rueda al fondo de un valle, encuentra en medio de su caída un grupo de robustos pinos ó de espesas malezas que la detienen. Queda allí suspendida de ese

modo mientras que el obstáculo reacciona contra ella con toda la fuerza de su nueva savia; pero poco á poco, y unos despues de otros, los árboles se marchitan, mueren, se secan, caen en polvo, y la roca arrastrada por las leyes de la gravedad, vuelve á tomar su curso y desaparece en el abismo.

Así sucedió al arte italiano, descendió de las alturas sublimes á que le habian elevado los grandes maestros, corrió rápidamente hácia su decadencia, cuando se encontró los cinco Carraches, esos satélites de la escuela de que el Dominiquino es el astro: y el arte sostenido por ellos hizo un alto de cincuenta años.

Del gran siglo de Leon X y de Julio II no quedaba ya sino Miguel Angel: y parecido á esas antigüedades bíblicas que sobreviven á un mundo, el gigante de la pintura y de la escultura estaba allí solo y silencioso erigiendo sepulcros en medio de las ruinas.

Entonces nacieron los Carraches: arrojaron una mirada á su alrededor y reconocieron que habian llegado demasiado tarde: sus antepasados habian inventado todo y recogido todo.

Perugino habia tomado el sentimiento, Ticiano el colorido, Rafael la forma, Miguel Angel la espresion, el Corregio la gracia.

Los Carraches comprendieron que no quedaba nada para el individualismo; que adoptando una ú otra de esas cualidades no las poseerian ellos sin duda en el mismo grado que el inventor las habia poseido, y que ademas, aun alcanzando ese mismo grado no serian ellos sino meros copistas. Resolvieron pues, reunir en si mismos las distintas cualidades de diferentes maestros espuestos á quedar por bajo de cada uno de ellos en sus cualidades supremas, pero tambien con la esperanza de sobrepujarlos en cambio en sus cualidades inferiores. No pudiendo ser flores y tener un perfume, se hicieron abejas y compusieron su miel.

De este modo se aproximaron á sus modelos tanto como el talento puede aproximarse al genio, tanto como la habilidad puede aproximarse á la conciencia, tanto como la imaginacion puede aproximarse al sentimiento.

Su época era enteramente pagana: resultó de aquí que dejaron enteramente á un lado los pintores místicos para no imitar y seguir sino los pintores naturalistas. Lo cual no impide que los cuadros de iglesia creados por sus pinceles fuesen bellas y ricas pinturas; solo que su Cristo tiene el tronco de Laocóonte, y su Madona al pie de la cruz espresa el dolor de Niove acusando á Júpiter, y no la resignacion de la Virgen glorificando á Jehovah.

Así que, en la pintura pagana son sobresalientes: sus cuadros mitológicos, son casi siempre obras maestras y la Bacante es de este número. Una vez adoptado el asunto es

imposible ejecutarle de una manera mas en armonía con la escena que representa: la mujer se estremece de placer, todos sus músculos tienden á los desórdenes y á la orgía: es Erigone enteramente en su impúdica desnudez; el sátiro por su parte reúne en sí la fuerza del centauro á la lubricidad del Fauno; y no hay allí nada, hasta los amorcillos diseminados en el cuadro, que no tomen parte, que no concurren con sus actitudes y su fisonomía al conjunto de esta bacanal.

Todo esto está estensamente pintado con una ciencia maravillosa, con una habilidad estrema, y con una valentía en el colorido que lleva en sí mismo la excusa de su rudeza. En suma, es una obra maestra.

Por lo que hace á las almas castas cuya conciencia sublevará esta libertad de pincel, pueden, despues de haber mirado la Bacante, irse á purificar por medio de una plegaria delante de la Madona del Perugino.

Las dos salas vecinas de la Tribuna están consagradas á la escuela toscana. Hay allí tres ó cuatro Beato Angélicos deliciosos: la famosa cabeza de Medusa, de Leonardo de Vinci, hecha para un aldeano que habitaba en el campo con el padre del autor; las culebras que rodean la cabeza parece que están vivas: en fin, el retrato de Bianca Capello, de la que hemos hablado ya contando la historia novelesca de la hija adoptiva de San Márcos.

Pero lo mas maravilloso acaso que encierra la galería de los Oficios, y que ninguna otra galería del mundo puede vanagloriarse de poseer, es esa maravillosa colección de retratos de artistas pintados por sí mismos, que comienza en Masaccio y termina en Bezzoli.

¡Se comprende que aquellos trescientos cincuenta retratos de maestros, hechos por los maestros mismos, y por maestros como Perugino, como Leonardo de Vinci, como Rafael, como Miguel Angel, como Andrea del Sarto, como el Albano, como el Dominiquino, como Salvator Rosa, como el Españoleto, como Velazquez, como Rubens; llevando cada uno reproducidos en su fisonomía el carácter, el sentimiento, el genio del artista, no tal como los ha comprendido un pobre imitador ó un pálido copista, sino tomados por el original, pintados al óleo, como Rousseau en sus *Confesiones* y como Alfieri en sus *Memorias*, se comprende que estén pintados con tinta!

Así que, lo confieso, esta sala de los Pintores es mi sala predilecta. Allí frecuentemente he pasado horas enteras en buscar la línea psicológica, permitaseme decirlo así, que unia el artista á su obra, y casi siempre la he encontrado: estudiense sobre todo las cabezas de Leonardo de Vinci, de Rafael, de Miguel Angel, del Dominiquino y de Salvator Rosa, y se conocerá perfectamente que son los autores de la Cena, de la Madona de la Silla, del Moisés, de la Confesion de San Gerónimo, y del Juramento de Catilina.

Otra recomendacion: pásese pronto cerca de la sala de la escuela francesa; aquello nos causa disgusto, y un Poussin bastante bueno que se encuentra allí á nadie le parecerá suficiente compensacion de los quince ó veinte mamarrachos cuya vista es preciso sufrir.

Pero deténgase el observador en la galería delante del Baco de Miguel Angel, en la parte baja, vendido por él como antiguo: es una obra llena de inspiracion y toda ella con el sentimiento del asunto.

Pero hágase abrir el salon donde, cerca de la cabeza del Fauno, primer ensayo de Miguel Angel niño, se encuentra el busto de Bruto, obra sin concluir de Miguel Angel anciano. Un estatuario moderno la volvió á tomar, quiso acabarla y la interrumpió para ir á París á conspirar contra Napoleón: se llamaba Ceracchi, pereció sobre el cadalso, y nadie despues de él ha osado poner la mano sobre aquel mármol magnífico.

Pero entrese tambien en el salon de la Niove, y allí se verá lo que tiene de mas desgarrador el dolor materno, lo que el temor á la muerte tiene de mas espresivo: allí se ven quince estátuas de mármol (1) que lloran, que sollozan, que tiemblan, que huyen; vése allí una desesperacion mayor que la de Laoconte, porque Laoconte muere con sus hijos, y Niove, maldita aun todavía mas, solamente los ve morir.

Despues de esto visítese si se quiere el salon de las pedrerías, el museo etrusco, el gabinete de las medallas; pero dudo que nadie tenga en ello gran placer.

## LA LUJURIA DE SANGRE.

Así que bajamos de la galería de los Oficios, fuimos detenidos por una afluencia grande de gente que, precipitándose en el salon de las causas criminales, situada en el primer piso del edificio, refluía hasta la escalera, obstruia el paso, empujándose, oprimiéndose, tropezándose, con objeto de coger sitio en el recinto público. Había allí un gran rumor, cosa extraña entre el tranquilo y silencioso pueblo florentino, y todo aquel rumor lo ocasionaba un solo nombre repetido por tres mil bocas: ¡Antonio Ciolli! ¡Antonio Ciolli! ¡Antonio Ciolli!

Intenté hacer algunas preguntas, pero aquellos á quienes me dirigía estaban demasiado preocupados en encontrar un sitio en

(1) La sesta es una Psyche, que está introducida por un error en medio de la familia de Amphion.

la sala para emplear el tiempo en contestarme: por otra parte, como no queria yo ser despachurrado en medio de aquella espantosa presion, iba á retirarme sin saber de qué se trataba, cuando descubrí á uno de los abogados mas célebres de Florencia, uno de los hombres mas instruidos y de mas imaginacion de la Italia, el señor Vicenzo Salvagnoli. Le hice un signo de disgusto que él comprendió, y al que contestó con otro signo que queria decir: Venid conmigo. Me apresuré á seguir su consejo, y nos reunimos en un ángulo de la meseta de la escalera.

—¿Qué es esto? le dije, ¿qué pasa? ¿hay motin en Florencia?

—¿Cómo! ¿no sabeis? me dijo.

—¿Qué?

—La causa que se va á ver.

—No.

—¿No ois un nombre que todo el mundo repite?

—Sí, el de Antonio Ciolli; ¡y bien! ¿qué mas? ¿quién es ese hombre?

—Ese hombre es el gefe de la sociedad de la Sangre, es el capitán de los asesinos de Liorna, á quien se ha cogido *flagrante delicto* con cuatro de sus cómplices.

—¿De verdad? ¿Y podré yo ver juzgar á ese hombre?

—Venid conmigo; tengo mis privilegios como abogado: os entraré por una puerta lateral, y os colocaré en los sitios reservados.

—Mil gracias.

En efecto, lo que el señor Salvagnoli me acababa de decir habia escitado grandemente mi curiosidad: hacia mas de un año que se contaban espantosos asesinatos cometidos en las calles de Liorna, de esos asesinatos sin causa alguna, de los que en vano se buscan los motivos, y cuyos autores quedan ignorados. Tan solo se sabia que hombres ennegrecida la cara con hollin, ó cubierto el rostro con un antifaz, pasaban de pronto cerca de algun ciudadano inofensivo, ó de alguna muger que se habia retrasado, ó de algun muchacho retozon, y el niño, la muger ó el hombre arrojaban un grito, vacilaban un segundo, y en seguida caian bañados en su sangre; á este tiempo el asesino, que no se detenía ni para robar, ni para despojar á su víctima, volvía la esquina de una calle, y desaparecía.

Se habia asesinado gentes á quienes nadie conocía enemigos. No era, pues, por satisfacer venganzas.

Habian asesinado pobres ancianas á quienes quedaban muy pocos dias que pasar sobre la tierra, y á las que no se hacia sino adelantar la muerte algunos dias. Tampoco era, por tanto, por celos.

Habian asesinado, en fin, niños que pedían limosna. Tampoco era, pues, por codicia.

Y esto se reproducía todos los dias: no pasaba día en que las calles de Liorna no estuviesen manchadas de sangre en algun sitio,

ni pasaba una noche sin que la lúgubre campana de la Misericordia, sonando dos ó tres veces, no anunciase que habia un moribundo que socorrer ó un cadáver que recoger.

Entonces no se sabia qué pensar, y se confundía uno en mil incertidumbres.

El uno decia que eran los mozos de cordel de Génova, que querían arruinar el comercio del puerto de Liorna.

Decíase tambien que uno de los guardas de los galeotes de la mazmorra habia sido ganado, y daba libertad de noche á los forzados.

Se decia, en fin, que se habia organizado una sociedad secreta presidida por un gefe, al cual habia hecho juramento de obedecer: que se componía de cinco ó seis miembros, y el primer artículo de su reglamento exijía que todos los dias se derramase sangre.

Esta última conjetura era la mas inverosímil: sin embargo, era la única verdadera.

Un zapatero era el gefe de esta sociedad: se llamaba Antonio Ciolli, y vivía en la *vía E'Olío*, él habia organizado esta estraña asociacion.

Las heridas eran pagadas segun su gravedad: Ciolli, que tenía alguna fortuna, y cuyo comercio era bastante estenso, y por consecuencia bastante lucrativo, era el que habia establecido la tarifa: daba cinco paulos por una herida ligera, diez por un dedo cortado, quince por una herida grave, y un coqui por la muerte.

Y sin embargo, no exigía que se matase: ver correr la sangre le bastaba.

Segun los rumores populares, este horrible recreo duró diez y ocho meses.

En una noche, era el 48 de febrero de 1840, se perpetró un homicidio; dos heridos fueron trasladados; pero aquella noche la autoridad, que velaba, cogió á uno de los asesinos; era un oficial de zapatero llamado Angiolo Ghetini: el que lo presentó era una especie de alguacil de villa ó cazador de la policia, como se llama en Liorna á este agente de la fuerza pública. Angiolo Ghetini le dió una puñalada en el lábio superior, pero como la herida del cazador Lorenzo Noveli, era leve, luchó con Ghetini á brazo partido y le tiró al suelo. Ghetini fué preso, y aquella prision trajo consigo la del resto de la compañía. Se componía de cinco afiliados: el gefe, Antonio Ciolli, despues los cómplices Ovando Mellini, Luigi Bianchini, llamado Naso, y Antonio Centini, llamado el Capuchino.

Por ver juzgar á aquellos cinco hombres acusados *di lascivia di sangue*, es decir, de *lujuria de sangre*, es por lo que se apiñaba allí la multitud.

¡*Lascivia sangue!* la frase es digna de Dante. ¿No es así?

Seguí á mi guía y entré en el salon. Como me lo habia prometido, el señor Salvagnoli me colocó en un puesto reservado, donde es-

taba yo perfectamente para ver y oír todo; y como los acusados todavía no habían sido introducidos, tuve tiempo de echar una ojeada á mi alrededor: era la primera vez que entraba yo en la sala de procedimientos criminales.

Era una sala ancha que hacía muy poco se había concluido; no me pareció muy en consonancia con las escenas que iban á representarse en ella: el estuco blanco de que estaba revestida por todas partes, el sol brillante que la inundaba entrando por sus anchas ventanas, los adornos verdes que la decoraban, le daban un aire de alegría que contrastaba singularmente con su terrible destino. Me acordaba de las sombrías galerías de nuestro palacio de Justicia, de los salones estensos y severos donde se reúnen nuestros jurados, y reconocí hasta en la sala donde juzgan á sus criminales el carácter tan opuesto de los pueblos del Norte y de los pueblos del Mediodía.

Al cabo de un instante los jueces del crimen, precedidos por el escribano, y seguidos del ministro fiscal, se presentaron y ocuparon sus asientos. Algunos minutos después se abrió una puerta lateral, entraron los acusados uno detrás de otro, y fueron á sentarse acompañados de los gendarmes á los bancos que les estaban reservados á la izquierda del presidente y enfrente del abogado general: sus defensores se sentaron delante de ellos.

Los cinco acusados eran jóvenes: ninguno tenía en su fisonomía ese aspecto de repugnante brutalidad que vamos á buscar en el asesino, y sobre todo en el asesino por su inclinación: eran, por el contrario, bastante buenas figuras, y uno de ellos, sobre todo, tenía la fisonomía marcadamente inteligente.

Su entrada causó una profunda sensación. Ya he contado las cosas extrañas que se contaban de ellos. Grandes murmullos corrieron por toda la reunión: tres de los acusados se volvieron y miraron sonriéndose como si tratasen de adivinar la causa de aquellos rumores.

El presidente impuso silencio: después, concedido un instante á la curiosidad, el fiscal se levantó y leyó la acusación siguiente, que he traducido casi literalmente.

«Un asesinato perpetrado, dos heridos y un simple insulto cometido en Liorna en la noche del 18 de febrero de 1840, y seguidos de resistencia á la fuerza armada, resistencia de que el zapatero Angiolo Ghetini se confiesa culpable, debían excitar necesariamente un sentimiento de dolor y de inquietud entre los buenos é industriosos habitantes de aquella populosa ciudad.

«¿Cómo, en efecto, reprimir el espanto que causa la vista de un homicidio? ¿Cómo sofocar la piedad que inspiran las víctimas? ¿Cómo estar impassible cuando la seguridad de toda una población está comprometida?

«Fué, pues, muy natural aquel sentimiento de desasosiego y de temor que se apoderó

de toda la ciudad de Liorna, cuando al sonido de la campana que llamaba á los piadosos cofrades de la Misericordia en auxilio de los moribundos y de los heridos, se difundieron los terribles detalles de la sangrienta historia ocurrida en aquella noche fatal.

«Hé aquí los hechos que se refieren á esa noche, puesto que el tribunal no está llamado á deliberar sino sobre esos hechos.

«El día 18, Antonio Ciolli, después de haber bebido como de costumbre á la comida, se fué al jardín Bicchi, especie de ventorrillo, en el cual encontró á sus compañeros habituales: allí se sentaron á una mesa y continuaron bebiendo: Ciolli solo bebió unos tres frascos, es decir, algo más de seis botellas de vino.

«Entonces los acusados fingieron improvisar una mascarada; toman una sarten, y con lo ennegrecido por el humo se tiñeron el rostro: entonces los acusados preguntaron donde había baile para ir allí á pasar el resto de la noche, y salieron del jardín Bicchi.

«Del jardín Bicchi se trasladaron los procesados á la taberna de Porte alla Mare, donde todavía bebieron algunos vasos de vino.

«En fin, entraron en el café del Cappanara, donde pidieron un bol de ponche.

«Durante esta primera correría, iban acompañados de otros cuatro de sus camaradas que habían encontrado en casa de Bicchi, y que no sospechando como terminaría la noche, les siguieron con la cara tiznada de negro, y gritando y dando voces como ellos.

«Pero entonces ya, Bastiani, Vincenti y los dos Bicchi, que eran los cuatro extraños que se habían unido á la compañía, creyeron que había sido bastante hacer los locos con aquello, y se separaron de Ciolli, de Ghetini, de Branchini, de Centini y de Mellini. Esta separación tuvo lugar diez minutos, poco más ó menos, antes que el primer asesinato se perpetrara en la persona de Lemmi.

«Al presente resulta de la instrucción:

«Que el 18 de enero, hácia las nueve y media de la noche, Juan Lemmi, de edad de sesenta años, estando á algunos pasos de su puerta, bajo el arco que conduce al jardín Montrielli, en el barrio de Capuchinos, se vió acometido por una banda de frenéticos y se sintió al punto y sucesivamente herido en cinco partes: la primera en el bajo vientre, producida por un instrumento cuadrangular y atravesando los intestinos delgados, la cual fué reconocida como mortal: la segunda en la parte superior del brazo derecho, hecha por un cuchillo; la tercera en la parte exterior del mismo brazo, penetrando hasta el periosteó y con lesión de los músculos, le fué reconocida como causada, como la segunda, por un cuchillo común; la cuarta, que era una fractura de la sétima costilla y había penetrado en el pulmón, era producida, como la primera, con un instrumento cuadrangular, y como aquella reputada mortal; en fin, la quinta, que pene-

traba en la parte superior del brazo izquierdo, con ruptura del músculo deltoides, habia sido causada por un cuchillo, y considerada como grave.

«De cuyas heridas el susodicho Lemmi murió en el hospital de Liorna á los dos dias, el 20 de enero de 1840, á las cinco de la tarde.

«Perpetrado el asesinato, los asesinos abandonaron la víctima, y continuando su camino por el barrio de los Capuchinos, llegaron á la Pirámide, donde dos de ellos se separaron de los otros tres y se dirigieron repentinamente al encuentro del llamado Juan Vanucchi, el cual conversaba con uno de sus amigos; pero viendo á otro individuo que iba á unirse á los dos primeros interlocutores, los asesinos, conociendo que seria una lucha muy desigual, puesto que eran dos contra tres, volvieron atrás, y se reunieron otra vez á sus compañeros. Juan Vanucchi ha declarado que viendo aproximarse á él dos individuos con el rostro tiznado de negro, y con intenciones tan visiblemente hostiles, hizo interiormente un voto á Nuestra Señora de Montenero, voto que se apresuró á cumplir á la mañana siguiente á la santa imágen.

«Los asesinos abandonaron entonces el barrio de los Capuchinos, y tomaron el camino real, en direccion de la vila de Attias. Al cabo de doscientos cincuenta pasos, sobre poco mas ó menos, uno de ellos se separó de los otros cuatro, é introduciéndose en el patio de José Prataci, por sobrenombre el Factor, y habiéndole encontrado cerca de la puerta, le causó una herida en la region lumbar derecha, herida causada por un instrumento cuadrangular, que fué reconocida como grave, y que efectivamente produjo la incapacidad de trabajar por espacio de cuarenta dias, y que puso al herido durante cerca de quince dias en peligro de muerte.

«Llegados á la vila Attias, en frente de la calle de Leopoldo, en el sitio mismo en que cuando hay fiestas publicas se levanta la tribuna del soberano, estos cinco desalmados vieron á Gaétano Carrera y se precipitaron sobre él; pero Gaétano Carrera era un hombre vigoroso que se desembarazó del primero que le atacó de un puñetazo que le derribó por tierra, librándose los demas con la fuga.

«Algunos instantes despues, y á poca distancia del sitio donde se frustró aquella tentativa, los mismos individuos encontraron al septuagenario Mazzini, que rodearon al punto, y al que uno de ellos le causó de frente en la region inguinal derecha una herida cuadrangular, felizmente poco grave por haber tropezado el acero en un vendaje que llevaba el dicho Mazzini, á causa de una hernia que padece. Sin embargo, el golpe fué bastante violento, puesto que Mazzini cayó hácia atrás pidiendo socorro á gritos; resultó que, sea que los asesinos tuviesen miedo de que alguna pa-

trulla acudiese á sus gritos, sea que le creyesen mas gravemente herido que lo que realmente estaba, no repitieron sus golpes y huyeron.

«Pero como hemos dicho ya, Mazzini no estaba sino levemente herido; se levantó y se puso á seguir á los asesinos gritando: ¡al asesino! En la calle de Leopoldo encontró una patrulla de agentes de la policia, y les mostró los fugitivos: corrieron al punto en su persecucion y alcanzaron á dos; el uno que consiguió escaparse de sus manos, el otro que intentó hacer resistencia, dando al agente Novili un golpe con un puñal en la cara. Este golpe le cortó el labio superior, pero el agente Novili no soltó al asesino, y habiéndole arrojado á tierra, le obligó á rendirse. Al caer habia arrojado el asesino lejos de sí el puñal, pero se encontró: era un hierro cuadrangular, el mismo, segun todas las probabilidades, con el que habian sido hechas las dos heridas de Lemmi y la herida de Mazzini.

«El preso era Angiolo Ghettni, el cual, por consecuencia, ademas de la acusación de homicida voluntario, se presenta delante del tribunal con la circunstancia agravante de resistencia á mano armada á la fuerza pública.»

He aqui la série de crímenes de los que cometidos en una sola noche, eran acusados los llamados Ciolli, Ghettni, Mellini, Centini y Branchini, sin contar aquellos que la vindicta pública les achacaba hacia diez y ocho meses.

No pudo seguir este proceso, ocupado en mis correrias en los alrededores de Florencia; lo que supe únicamente es que los acusados habian comenzado por negar todo, pero que al fin uno de ellos, Centini, con la esperanza sin duda de que se le haria gracia, se habia separado de la negativa de los demas, y habia confesado todo.

Los debates no versaron, como el fiscal habia prevenido al tribunal, sino sobre los hechos acaecidos en aquella noche. Estos hechos se probaron todos, y estando abolida la pena de muerte en Toscana, los cinco acusados fueron condenados á galera perpétua.

Como desde aquel momento los homicidios cotidianos cesasen en Liorna, el pueblo no dudó que, como habia calculado con ese admirable instinto que ha hecho comparar su juicio al de Dios, los verdaderos culpables habian caido entre las manos de la justicia, y que aquella *lascivia di sangue*, de que habian dado tan crueles pruebas en la noche del 18 de enero, no se habia limitado á aquellos cuatro asesinatos.

Entonces el pueblo, despues del procedimiento judicial, hizo su instruccion por sí mismo, y descubrió cosas horrorosas. Citaremos tan sólo dos hechos, los cuales tienen en Liorna fuerza de pasados en autoridad de cosa juzgada.

Ciolli estaba casado y parecia amar estrechamente á su muger. Sin embargo, como

aquella sed de sangre que se habia apoderado de él era el primero de sus amores, una noche que los conjurados, sea por temor, sea por cansancio, no habian vertido la sangre diaria, se convinieron en que por no quebrantar el juramento, se haria una herida leve á la muger de Ciolli: aquel á quien le tocaba por turno herir, porque aquellos hombres tenían cada uno su dia, fué á ocultarse al extremo de la calle, y Ciolli envió á su muger á buscar á la botica una onza de aceite de ricino, de que tenia necesidad, la dijo, para purgarse á la mañana siguiente. La muger salió sin desconfianza alguna: un instante despues la volvieron á traer desmayada y bañada en su sangre: la herida, que interesaba el mollar del muslo, no ofrecia ningun cuidado. Pero la pobre muger habia tenido tanto miedo, que se habia creído muerta. Detrás de ella, entró el que la habia herido, y ayudó á Ciolli y sus otros compañeros á llevar los socorros necesarios para curar la herida. A media noche estos cinco hombres se separaron satisfechos: gracias al expediente encontrado por Ciolli, no habian perdido el dia.

Acaso aquella idea reconociese otra causa, y Ciolli haciendo herir á su propia muger, quiso alejar de él las sospechas.

La compañía se aumentó sucesivamente: al principio se componia de dos asociados, despues de tres, luego de cuatro, y por último de cinco. El dia que fué recibido el quinto asociado, se habia decidido que en aquella misma noche, debia una garantia de lealtad á sus compañeros hiriendo á la primer persona que se encontrasen al salir. La noche era sombría, el asesino no estaba todavía muy ducho en el oficio: salió, y viendo venir un hombre hácia él le hirió volviendo la cabeza, y sin saber que le heria. El golpe no fué menos mortal, el hombre espiró á la mañana siguiente.

Era su padre.

He aquí, no lo que resulta del procedimiento, lo repito, porque el procedimiento, como se ha visto, sin duda con el temor de descubrir demasiados horrores, no versa sino sobre los hechos acaecidos durante la noche del 18 de enero de 1840; pero eso es lo que se cuenta en Liorna: así la exasperacion contra los acusados era tal, que cuando se les condujo para sufrir la esposicion sobre el teatro mismo de los crímenes que ellos habian cometido, fué preciso los custodiara una guardia cuatro veces mas numerosa que la de costumbre: el pueblo queria hacerlos pedazos.

Ademas, concluida la esposicion, no se atrevieron á dejar aquellos hombres en Liorna, y se les envió al presidio de Porto-Ferrajo, donde están hoy, y donde los volvió á ver vestidos con la casaca amarilla de los condenados por vida, y llevando en la espalda esta terrible leyenda:

### *Lascivia di sangue.*

En Francia, un procurador general no hubiera dejado de honrar la literatura moderada, sino hubieran leído las novelas de monsieur Victor Hugo, y visto representar los dramas de Mr. Alejandro Dumas.

Yo contaría la historia de un esbirro que mató á su muger, y que para hacer desaparecer el cadáver, lo saló é hizo comer á sus hijos. No quiero rehabilitar á Lacenaire.

### HIPÓLITO Y DIANORA.

Si pasais en Florencia por delante de una iglesia pequeña, llamada la iglesia de Santa Maria sobre el Arno, y situada en la *via dei Bardi*, reparareis sin duda en su escudo colocado entre dos libros, y representando las armas del pueblo florentino, acompañadas de esta divisa enigmática: *Fuccio mi feci*. Si preguntais entonces quién ha hecho edificar esa iglesia, y qué significa esta divisa, se os responderá que esa iglesia fué edificada por Hipólito de Buondelmonte, y se os contará la siguiente leyenda en explicacion de la divisa.

Hacia 1225, es decir, en la época en que los primeros ódios güelfos y gibelinos reinaban en toda su fuerza, existian en Florencia dos familias, que se habian jurado un ódio mortal: eran los Buondelmonte, y los Bardi.

Pero como ya se sabe, en medio de todos estos ódios de familia que dividen á los padres, sucede siempre que algun amor secreto se desliza entre los hijos, semejante á la paloma del Arca, trayendo el ramo de olivo. Pyramo y Thisbe eran vecinos y se conocian desde la infancia. Romeo y Julietta se encontraron en un baile, y el mismo dia juraron amarse toda la vida, ser el uno del otro, ó morir juntos.—Pyramo y Thisbe, Romeo y Julietta cumplieron la palabra dada: se amaron toda la vida, murieron el uno con el otro, y lo que es mas todavía, el uno para el otro.

Hipólito y Dianora se encontraron una mañana en el Baptisterio de San Juan.—El jóven desde la *via Rondinelli*, siguió á aquella jóven, cuyo andar tenia cierta elegancia aristocrática: entró ella en el Baptisterio, y él detrás de ella; levanta su velo para tomar agua bendita, Hipólito la vé, ella vé á Hipólito, y no hubo mas que hacer. Los jóvenes leyeron

mútuamente en sus ojos los sentimientos que esperimentaban y no pudieron decirse mas que dos palabras, sus dos nombres. El día en que se habian encontrado era el 13 de enero, que se llama en Florencia el día del perdón.

Desde este momento, Hipólito no pensó mas que en volver á ver á la que amaba: pasaba y repasaba sin cesar bajo sus ventanas; por todas partes por donde ella iba, allí estaba el jóven; nada agotaba su paciencia, sea que debiera precederla, ó esperarla horas enteras para verla un segundo; y esto sin otra recompensa muchas veces que una seña, una mirada, ó una palabra; porque Dianora pertenecía á una familia de costumbres severas, y estaba rigurosamente vigilada.

Un día la dueña de Dianora se aperció de lo que pasaba entre los dos amantes: previno al padre de la jóven, y Dianora recibió la órden de no salir de casa. Entonces, despues de las esperanzas, despues de los sueños dorados, vinieron los verdaderos dolores del amor. Durante algun tiempo todavía, Hipólito ignoró su desgracia: creyó que una ausencia momentánea, que una indisposición repentina, le alejaba de Dianora. Continuó pasando bajo su ventana, yendo donde esperaba encontrarla, pero fué inútil: no pudo volverla á ver.

Pasáronse los días y las noches; los días recorriendo las iglesias; las noches esperando oculto tras una pared, el instante en que se abriera una de las ventanas de aquel inenarrable palacio Bardi. En fin, una noche, una mano pasó entre las barras de la celosía, y un billete cayó á los pies de Hipólito. Corrió á una luz que alumbraba delante de una Madona y no dudando que aquel billete vendría de Dianora, lo besó y volvió á besar veinte veces: de tal modo latía su corazón, sus ojos se habian oscurecido de tal manera por el vértigo, que le costó gran trabajo al principio descifrar lo que contenía. Al fin leyó lo que sigue:

«Mi padre sabe que nos amamos; me ha prohibido volvernos á ver. Adios para siempre.»

Hipólito creyó que iba á morir: volvió al palacio Bardi y quedó allí hasta el día bajo las ventanas de Dianora esperando que la celosía se volviese á abrir; la celosía permaneció cerrada. Vino el día y forzoso le fué á Hipólito volverse á su casa.

Pasáronse otras cinco ó seis noches siempre aguardando y siempre seguidas del mismo desengaño. Hipólito estaba cada vez mas y mas sombrío: respondía apenas á las preguntas que se le dirigian, y aun á su misma madre rechazaba. En fin, no pudo soportar aquel prolongado sufrimiento: le faltaron las fuerzas y cayó enfermo.

Llamaron los mejores médicos de Florencia, pero nadie pudo adivinar la causa de los padecimientos de Hipólito. A todas las preguntas que le dirigian, contestaba moviendo

la cabeza y sonriendo tristemente. Los médicos reconocieron únicamente que era presa de una fiebre ardiente, y que si no se llegaban á detener sus progresos, en breves días le habria devorado.

La madre de Hipólito no se separó de él: siempre fijos sus ojos sobre él, y la boca entreabierta por una continua interrogacion suplicaba á su hijo la revelase la causa de su mal. Porque con esa sagacidad de instinto que poseen las mugeres, conocia muy bien que aquella enfermedad no era una simple afeccion física, y que habia en el fondo de ella algun grande dolor moral: Hipólito se callaba; pero la fiebre produjo bien pronto el delirio, y en el delirio habló. La madre de Hipólito supo todo: supo que su hijo amaba á Dianora; con ese amor que da la muerte cuando no da la felicidad. Anonadada abandonó la cabecera del enfermo. La pobre muger sabia que no habia nada que esperar del padre de Dianora: conocia aquel odio profundo que dividia á las dos familias, sabia el implacable encono de los partidos políticos. No pensó ni aun en dirigirse á su marido; corrió á casa de una amiga que lo era de las dos casas rivales. Esta amiga que se llamaba Contessa dei Bardi, habitaba en una casa de campo á media milla de Florencia llamada la Vila-Monticelli.

Contessa comprendió todo: las mugeres frecuentemente tan implacables en sus propios odios tienen siempre un lugar en el corazón abierto para compadecerse del amor cuando presencian un tormento en los demas. Prometió á la pobre madre desolada que Hipólito y Dianora se volverian á ver.

La madre de Hipólito volvió al palacio Buondelmonte. Su hijo continuaba postrado en el lecho del dolor, cerrados sus ojos por el abatimiento y su boca abierta por el delirio. El médico estaba inclinado sobre su cabecera y meneaba la cabeza como un hombre que no tiene ya esperanza, la madre sonrió. Despues, cuando el médico salió volvió á ocupar su sitio. Se inclinó á su vez sobre el lecho de su hijo, despues, besando su frente cubierta de un helado sudor:

—Hipólito, le dije á media voz, volverás á ver á Dianora.

El jóven abrió sus ojos estraviados y febriles, miró á su madre con ese aire inquieto del reo al cual se le anuncia su perdón en el momento en que pone el pie sobre el primer escalon del patibulo; despues, arrojando sus brazos alrededor del cuello de la pobre muger:

—¡Oh madre mia, madre mia! exclamó: ¡mirad lo que me decís!

—Te digo la verdad, hijo mío; tú amas á Dianora, ¿no es así?

—¡Oh! ¡sí, la amo, madre mia!

—¿Te has creído separado para siempre de ella?

—¡Ay! lo estoy.

—¿Y es por eso por lo que quieres morir?

Hipólito ahogó un sollozo estrechando á su madre contra su corazón.

—Pues bien, no morirás, dijo la madre; volverás á ver á Dianora, y si ella te ama, aun puedes ser feliz.

Hipólito no tuvo fuerza para responder; se deshizo en lágrimas. Su corazón, tan largo tiempo oprimido por el dolor, parecía hacerse pedazos al contacto de la alegría; despues se hizo decir todo, repetir todo, volverle á decir todo, aun no cansándose de oír aquellas dulces palabras, bebiendo la esperanza que le derramaba su madre como la flor marchita bebe la brisa de la noche, como la tierra seca bebe el rocío de la mañana.

En fin, se incorporó sobre su cama, miró á su madre, y como si no pudiera creer tanta felicidad:

—¿Y cuando la volveré á ver? preguntó.

—Cuando estés bastante fuerte para ir hasta la vila Monticelli, respondió su madre.

—¡Oh madre mia! exclamó Hipólito, en este instante mismo.

Y probó á levantarse, mas era para él un esfuerzo excesivo: volvió á caer desfallecido sobre su cama. La pobre madre se dejó caer de rodillas, y rogó tanto, que él tuvo paciencia y pareció calmarse.

A la mañana siguiente, el médico, que venia con el temor de ver á Hipólito moribundo, le halló sin fiebre, el buen hombre no comprendía nada de aquello, y dijo que Dios habia hecho un milagro, y que únicamente á Dios debia darse gracias. La madre de Hipólito dió gracias á Dios porque era un corazón religioso que habia depender todas las cosas del Señor; mas bien sabia ella de donde venia el milagro y cómo se habia verificado.

Las fuerzas le volvieron á Hipólito, si bien muy lentamente para su impaciencia; sin embargo, á la mañana siguiente se levantó, y tres dias despues se hallaba bastante fuerte para salir.

Al mismo tiempo se anunció por la ciudad una gran fiesta en la vila Monticelli; todos los Bardi, que eran de la misma familia que la dueña de la casa, habian sido invitados á ella; pero como es de suponer, por temor de algun suceso desagradable, ninguna familia güelfa debia hallarse en aquel soireé, y sobre todo ningun Buondelmonti, puesto que los Buondelmonte eran los gefes del partido güelfo.

Dianora dei Bardi habia rehusado desde un principio asistir á aquella reunion, porque tambien estaba débil y doliente. Pero su prima Contessa habia insistido, y habia prometido á Dianora que la guardaba para aquella fiesta una sorpresa que la llenaria de alegría, y Dianora, haciendo un movimiento con la cabeza en señal de duda, habia aceptado. Dianora se habia adornado á propósito; porque si el corazón de la muger puede estar triste, es preciso siempre que su rostro esté bello. Fué, pues, á la vila Monticelli. La fiesta estaba bri-

llante. Todas las casas grandes gibelinas se habian reunido en la vila Monticelli. Dianora agnardo largo tiempo á ver la sorpresa anunciada. En fin, no descubriéndola, preguntó á su prima cuál era, pues, aquella sorpresa que debia causarla tanta alegría.

Contessa la hizo señal de que la siguiera, la guió por una larga galeria y la hizo entrar en un cuarto inmediato á la capilla. En seguida, habiéndola dicho aguardase un instante cerró la puerta y se alejó. Habia en este cuarto dos puertas: la una que daba á un gabinetito, y la otra á la capilla. Al cabo de un instante Dianora oyó un ligero ruido; volvió la cabeza del lado de donde venia aquel ruido, la puerta del gabinete se abrió y apareció Hipólito.

La primera sensación de Dianora fué el espanto; arrojó un grito y quiso huir. Pero la puerta estaba cerrada con llave; volviéndose entonces vió á Hipólito de rodillas, tan pálido y suplicante, que á su pesar le tendió la mano. Hipólito se precipitó sobre aquella mano tan querida, la estrechó contra su corazón, la besó y volvió á besar cien veces. Despues los jóvenes murmuraron esas vagas palabras de amor sin resultado y sin razon, pero que dicen tantas cosas; en fin, cayeron en los brazos el uno del otro. En aquel momento se abrió la puerta de la capilla: era el capellan que entraba por casualidad en aquella habitacion para guardar en ella las llaves del sagrario. Los dos jóvenes, que no aguardaban esta aparicion, vieron en el sacerdote un enviado del cielo, y cayeron á sus pies.

La capilla estaba allí; el capellan les habia sorprendido en los brazos el uno del otro; el ministro de Dios conocia los odios que separaban las dos familias; creyó que era una puerta de reconciliacion que la Providencia abria á los padres por la mano de los hijos; y cuando le rogaron les uniese, no tuvo valor para rehusar. Unicamente los dos jóvenes prometieron no revelar su nombre sino en el último estremo: los odios entre los Buondelmonte y los Bardi estaban tan enconados todavía, que el pobre capellan podia pagar su condescendencia con alguna puñalada. Todo el mundo debia, pues, ignorar este matrimonio, aun la madre de Hipólito, aun la misma prima de Dianora. Este juramento fué hecho sobre el Evangelio. Despues de unidos los dos jóvenes el sacerdote desapareció.

Entonces los dos nuevos esposos arreglarón entre sí el modo de verse todas las noches. La casa que ocupaba Dianora estaba situada en una de las calles mas estraviadas y desiertas de Florencia; su habitacion daba sobre aquella calle; colgaria un cordoncito de seda en su ventana: Hipólito ataria á él una escala de cuerda: Dianora fijaria esta escala en la ventana, y por este medio el marido llegaria hasta su muger.

Acababan de ser tomadas estas medidas,

cuando volvió Contessa: Hipólito había oído pasos que se aproximaban, y se había vuelto á entrar en su gabinete. Contessa encontró, pues, á Dianora sola; pero no tuvo necesidad de interrogarla para saber si había vuelto á ver á Hipólito. Dianora se arrojó ruborizada en sus brazos murmurando á su oído:

—Gracias, gracias.

Después volvió á entrar en la sala de baile, estremeciéndose de temor y radiante de felicidad á un tiempo.

La noche del día siguiente, era la noche de la boda; había para Hipólito una profunda felicidad en este misterioso matrimonio. Estaba bien seguro de que se le amaba, puesto que por él se esponía Dianora á todas las consecuencias de un paso semejante; la joven había sacrificado todo por Hipólito é Hipólito conocía que estaba pronto por su parte á sacrificarla su vida. El joven Buondelmonte aguardaba con impaciencia aquella noche en la que mientras que todo el mundo ignoraba su felicidad, sería dichoso con la bienaventuranza de los ángeles. Desde por la mañana compró una escala de cuerda; todo el día estuvo mirando y besando aquella escala que á la noche debía conducirle al paraíso. Por fin llegada la noche aguardó con una extrema impaciencia á que diesen las once: era la hora convenida; á las once y algunos minutos, Dianora debía abrir su ventana.

Hipólito atravesó el Ponte-Vecchio y se entró en la vía dei Bardi. La calle estaba sombría y desierta; ni un alma viviente turbaba la soledad de la calle, y el único ruido de los pasos de Hipólito que tocaba suavemente á la tierra, se oía muy poquito en el silencio de la noche. El joven llegó bajo la ventana; por mas que se hubiese adelantado á la hora, Dianora le aguardaba hacia largo tiempo; el cordón de seda descendió al punto agitándose y revelando así la agitación de la que lo tenía. Hipólito ató á él su escala: Dianora fijó la escala en su ventana. Mas apenas Hipólito había puesto el pie sobre el primer travesaño, cuando una patrulla del Bargello apareció: viendo á un hombre que se disponía á escalar una ventana, le gritaron:

—¡Quién vive!

Hipólito saltó á tierra, arrancó prontamente la escala de cuerda del clavo, al cual estaba enganchada, y huyó hacia el Ponte-Vecchio. Desgraciadamente á la mitad del camino encontró otra patrulla que le obligó á volver atrás; se ocultó entonces bajo un arco que hacia parte del palacio Bardi; pero cogido entre las dos patrullas que avanzaron simultáneamente hacia el sitio donde había desaparecido, fué descubierto y arrestado.

Florenia no era entonces la Florenia del siglo XVI, que durante cien años los Médicis habían formado bajo la corrupcion y la tiranía; era la Florenia antigua, pura y severa como Roma en los tiempos de las Lucrecias y

de las Cornicias. Hipólito en lugar de ser puesto en libertad, como le hubiese sucedido en los tiempos de Lorenzo de Médicis ó del duque Alejandro, fué conducido ante el podestá. Allí se vió precisado á declarar lo que hacia por la ciudad, á aquella hora avanzada de la noche, y con qué fin estaba provisto de aquella escala de cuerda, con la que se le había visto tratando de escalar una ventana del palacio Bardi. Hipólito respondió que existía en el palacio Bardi un pedazo de la verdadera cruz dado á los antepasados del gefe de la casa actual por el emperador Carlo Magno. Como él atribuía á este santo talisman la superioridad que habían alcanzado los Bardi sobre los Buondelmonte en muchos encuentros, había querido, segun dijo, apoderarse de aquel palladium.

—¿Es, pues, por robar, por lo que queriais penetrar en el palacio? preguntó el podestá.

—Si, respondió Hipólito inclinando la cabeza en señal de una doble confesion.

—¡Pero es imposible! exclamó el podestá.

—Así es, dijo Hipólito.

—¡Pero, comprendéis á lo que os esponéis por esa confesion?

—Si, respondió Hipólito sonriendo tristemente; si, lo sé; en Florenia se castiga al ladrón con la pena de muerte.

—¿Y persistis?

—Persisto.

—Llevad al reo, dijo el podestá. Y los guardias que habían detenido á Hipólito le condujeron á una prision.

El proceso de Hipólito se instruyó bien pronto con grande admiracion de toda la ciudad: no se podia creer que nunca este bueno y noble joven, de quien todos conocían su lealtad se hubiese dejado arrastrar á una accion deshonrosa; pero era preciso que los mas incrédulos despreciasen su incredulidad, cuando verificándose de la vista Hipólito de Buondelmonte repitió en presencia de todos lo que había ya dicho al podestá; es decir, que había querido introducirse en el palacio de los Bardi para apoderarse del precioso pedazo de la verdadera cruz. Una cosa semejante únicamente había sucedido hacia mucho tiempo en Roma; una muger por un sentimiento de fé mal entendida, había robado el milagroso Bambino de la iglesia de Ara Celi. El deseo de asegurar la victoria á su familia podia servir de motivo plausible á la tentativa de Hipólito, sobre todo, en aquellos tiempos de odio exaltado y de arraigadas creencias. Así que comenzó á creerse en Florenia que efectivamente Hipólito de Buondelmonte había intentado cometer aquel robo. Como por otra parte, en lugar de negar afirmaba, como todas las preguntas del juez hallaban en sus lábios la misma respuesta, fué preciso que los jueces le sentenciasen. Hipólito de Buondelmonte fué condenado á muerte. Por mas que todo el mundo conociese el texto de la ley, la

sensacion fué profunda. Se esperaba que los jueces tuvieran consideracion con el acusado. Los jueces vacilaron en efecto un instante; pero delante de las afirmaciones del procesado, no pudieron hacer otra cosa que condenarlo. En efecto, si absolvian, ¿cómo aplicar la misma pena en el porvenir, por ejemplo, contra un verdadero ladrón que negara?

Se creyó que Hipólito haria alguna revelacion al sacerdote encargado de prepararle á la muerte, pero no le dijo nada, sino que era un grande pecador y que le suplicaba orase por él.

Su madre habia solicitado verle: aquella pobre muger en su desesperacion habia asegurado siempre que su hijo no era culpable, y que si le volvía á ver sabria arrancarle su secreto del corazón. Pero Hipólito desconfiaba de su debilidad filial, é hizo contestar á su madre que se volverian á ver en el cielo.

Hipólito no pidió sino una sola cosa; y era que, como la muerte de los ladrones era infame, permitiese la señoría que su cabeza fuese cortada en vez de ser ahorcado. La señoría concedió al condenado este último favor.

La víspera del dia en que debia ser ejecutado, le notificaron la nueva fatal á las diez de la noche. Dió gracias al escribano que habia venido á anunciársela, y como detrás del escribano viese á un hombre mas alto que él y vestido la mitad de color rojo y la mitad negro, preguntó quien era aquel hombre: se le dijo que era el verdugo. Entonces desprendió de su cuello una cadena de oro y se la dió, dándole gracias de que cortándole la cabeza con su espada le salvase de la infamia. Después oró y se durmió.

A la mañana siguiente habiéndose despertado Hipólito, llamó al carcelero y le rogó fuese á casa del podestá para implorar de él una gracia; que el fúnebre acompañamiento pasase por la casa de los Bardi. El pretexto que alegaba Hipólito era el deseo que tenia de aprovechar los últimos instantes que le quedaban de vida para perdonar á sus enemigos y recibir su perdon. El verdadero motivo que tenia, era que queria ver á Dianora todavía una vez antes de morir. Las circunstancias en las cuales Hipólito presentaba esta demanda, eran demasiado graves para que se le negase. Hipólito obtuvo el permiso de pasar por delante de la casa de los Bardi.

A las siete de la mañana se puso el cortejo en marcha: el gentío se agolpaba en las calles que el reo debia atravesar: la plaza en que estaba levantado el cadalso rebosaba de gente desde la víspera por la noche. Los demas barrios de Florencia parecian un desierto.

Atravesó la comitiva el Ponte-Vecchio, que crugia sobre el Arno; tan lleno de gente estaba, puesto que se encontraba en la direccion de la via dei Bardi. Los guardias marchaban delante para abrir el paso: iba en seguida el verdugo con su espada desnuda al hombro:

después Hipólito vestido de negro, la cabeza y el cuello descubiertos, marchaba con entereza, pero sin orgullo; con paso lento, pero firme, y volviendo de tiempo en tiempo para dirigir la palabra á su confesor. Detrás de Hipólito iban los penitentes llevando el atahud en el cual, después de la ejecucion, debia ser depositado su cuerpo.

Todos los miembros de la familia de los Bardi se hallaban reunidos delante del umbral de la puerta de su palacio para recibir el perdon de Buondelmonte, y para volverle á su vez las palabras de paz que debian recibir de él. Dianora, vestida de negro como una viuda, estaba entre su padre y su madre. Cuando el reo se aproximó, todos los Bardi se hincaron de rodillas. Dianora quedó sola de pie, pálida é inmóvil como una estátua.

Llegado delante de la casa, se detuvo Buondelmonte, y con una voz dulce y tranquila, dijo el *Pater*, y después *Padre nuestro que estás en los cielos, hasta y perdónanos nuestras ofensas, asi como nosotros las perdonamos á los que nos han ofendido*. Los Bardi respondieron *Amen*, y se volvieron á levantar. Buondelmonte entonces se arrodilló á su vez. Pero en este momento Dianora se separa de su padre y de su madre, y va á arrodillarse junto á Buondelmonte.

—¿Qué haces, hija mia? exclamaron á un mismo tiempo el padre y la madre de Dianora.

—Aguardo vuestro perdon, dijo la jóven.

—¿Y de qué te hemos de perdonar? preguntaron sus padres.

—De haber elegido esposo en la familia de nuestros enemigos: Buondelmonte es mi esposo.

Todos los circunstantes arrojaron un grito de admiracion.

—Si, continuó Dianora levantando la voz; si, y oiganlo todos los que están presentes: Hipólito no ha cometido otro crimen que el de que yo he sido cómplice. Cuando fué sorprendido subiendo á mi ventana, era de acuerdo conmigo. El iba á reunirse con su muger, y yo esperaba á mi esposo. Ahora ¿somos culpables? hacednos morir juntos: ¿somos inocentes? pues perdonadnos á los dos.

Todo estaba explicado: Hipólito habia preferido fingirse reo de un crimen vergonzoso y morir sobre el cadalso, á comprometer á Dianora. Diez mil voces pidieron á la vez gracia para ellos. El gentío avanzó sobre los dos jóvenes, dispersó á los soldados, espulsó de allí al verdugo é hizo pedazos el atahud: después, cogiendo en sus brazos á Hipólito y Dianora, los llevaron en triunfo á casa del podestá, donde se hallaba la pobre madre solicitando todavia el perdon de su hijo.

No hay necesidad de decir que al instante mismo se revocó la sentencia.

Estando reunida la señoría, envió dos de sus miembros á los Bardi y á los Buondelmonte para rogarles en nombre de la república, se

reconciliasen y consintiesen en la felicidad de los dos jóvenes como prenda de reconciliación. Por grandes enemigos que fuesen los Buondelmonte y los Bardi, no pudieron negarse á la república, que rogaba cuando tenia el derecho de mandar. Así se estinguieron, por algun tiempo á lo menos, los odios que dividian á las dos familias. En memoria de este suceso, fué por lo que Hipólito de Buondelmonte hizo edificar la pequeña iglesia de Santa Maria-sopra' Arno.

### SAN ZANOBBI.

Una inscripcion grabada sobre una piedra incrustada bajo las ventanas del palacio Altoviti, y la columna de la plaza del Domo, comunmente llamada la columna de San Juan, porque está próxima al Baptisterio, atestiguan los dos mas grandes milagros que obró San Zanobbi, obispo de Florencia; el uno durante su vida, y el otro despues de su muerte: uno el año 400 y otro el año 428.

San Zanobbi nació, no solo de una familia patricia de Florencia, sino que pretendia descender de Zenobia, reina de Palmira, que vino á Roma bajo el reinado del emperador Aureliano. San Zanobbi era, pues, no solo de raza noble, sino aun de estirpe real.

Tenia veinte años, sobre poco mas ó menos, cuando fué tocado de la gracia. Fué con el obispo Teodoro á que le instruyese en la fé de Cristo, y le dió el bautismo delante de todo el clero florentino. Esta conversion, para la que San Zanobbi no habia pedido el consentimiento de su familia, irritó extraordinariamente á su padre Luciano, y á su madre Sofia, que amenazaron al neófito con su maldición, pero San Zanobbi, oyendo aquella amenaza, cayó de rodillas, suplicando á Dios iluminase á sus padres como habia sido iluminado él mismo; y Dios, misericordioso para ellos como para él, se manifestó tan visiblemente á su corazon, que haciendo ellos mismos lo que habian criticado en su hijo, fueron á ver al obispo Teodoro, de cuyas manos tuvieron la dicha de recibir los dos el bautismo.

San Zanobbi llegó á ser el favorito del obispo, que le hizo sucesivamente clérigo, canónigo y subdiácono. Bien pronto se esparció de tal modo la fama de su piedad y su amor al prójimo, que iban á consultarle de todas las ciudades de Italia sobre el camino mas seguro para ganar el cielo, y sus sermones eran tan sencillos, su moral tan evangélica, sus consejos tan en armonía con el amor de Dios,

que todos se volvan maravillados de tanta humildad unida á tanta sabiduria.

En esto murió el obispo Teodoro; y aunque San Zanobbi tuviese treinta años apenas, fué inmediatamente promovido al episcopado. Es verdad que la reputacion de San Zanobbi era tan grande, que San Ambrosio fué desde Milan á Florencia para visitarle, y tomar de él, decia, ejemplos de santidad.

San Dámaso reinaba en este mismo tiempo en Roma. Oyó hablar de los méritos de San Zanobbi y le quiso ver. Le invitó, pues, á irse con él, y San Zanobbi, como hijo obediente, se apresuró á ejecutar aquella orden y arrojarse á los pies de Su Santidad. San Dámaso recompensó la pronta obediencia de San Zanobbi nombrándole uno de los siete diáconos de la Iglesia romana.

No tardó Dios en permitir que apareciese un dia la prueba patente de que aquel honor no era inmerecido. Un dia que el santo pontífice, en compañía de su diácono Zanobbi, iba á Santa Maria del otro lado del Tíber, donde Su Santidad debia decir la misa en el mismo dia, sucedió que el prefecto de Roma, cuyo hijo estaba paralítico, habiendo agotado, sin lograr la curacion, todos los recursos del arte los médicos, pensó que no le quedaba otra esperanza que un milagro, é iluminado con la idea de que este milagro podia hacerlo San Zanobbi, fué á esperarlos al paso, y cayendo á sus pies bañados los ojos en lágrimas, le suplicó en nombre del Señor volviese la salud á su hijo. Humilde y modesto como era San Zanobbi, rehusó declarando que se miraba como incompetente y demasiado indigno para que Dios se dignara hacer un milagro por sus manos. Pero el prefecto instó de tal modo, que San Zanobbi ereyó que resistir mas tiempo seria poner en duda el poder de Dios, puesto que Dios se manifiesta por quien es su voluntad, por los grandes como por los pequeños, por los dignos como por los indignos. Significó, pues, al pobre padre, y animado por el pontífice mismo, se arrodilló cerca del lecho del enfermo, estuvo largo tiempo con las manos juntas, los ojos fijos en el cielo, y absorto por una profunda oracion; despues levantándose, hizo con el dedo el signo de la cruz sobre el cuerpo del enfermo, y cogiéndole la mano:

—Jóven, dijo, si la voluntad de Dios es que te levantes y te cures, levántate y cúrate.

Y el jóven se levantó al punto y fué á arrojarse á los brazos de su padre, con grande admiracion del pueblo, del clero y del pontífice, quienes desde aquel momento comenzaron á mirar á Zanobbi como un santo; opinion que le valió ser enviado por el papa á Constantinopla para combatir las heregias que empezaban á levantarse en la Iglesia.

Dios habia dado á Zanobbi el don de los milagros, y por consecuencia le habia hecho participe de su naturaleza divina. Así Zanobbi pensando que mas vale combatir á los hereges

con los hechos que con las palabras, y que los ojos se convencen mas pronto que los oídos, empezó por hacerse llevar dos endemoniados que todos los médicos habían intentado en vano curar, y los sacerdotes habían intentado sin fruto exorcizar. Pero apenas hubo pronunciado Zanobbi el nombre de Jesús á su oído y hecho la señal de la cruz sobre su cuerpo, cuando los demonios escaparon arrojando un grito, y los poseídos, libres para siempre de su dominio, cayeron de rodillas dando gracias al Señor.

Senescente principio, como se concibe, entendió el nombre de Zanobbi en toda la Iglesia y entre todo el clero de Constantinopla. Desde el tiempo de los apóstoles, los milagros se habían hecho raros, y era evidente que aquellos á quienes Dios conservase ese don, eran sus mas queridos servidores. Todos se apresuraron, pues, á escuchar los sermones del obispo de Florencia, y la herejía que había empezado á sacar la cabeza en medio de la Iglesia santa, desapareció, si no para siempre, á lo menos momentáneamente.

Pero se acercaba el momento en que Nuestro Señor Jesucristo iba á permitir que la santidad de Zanobbi resplandeciese en todo su esplendor, presentándole ocasion de hacer un milagro parecido al que él mismo había hecho, resucitando á la hija de Jairo entre los gerasenienses, y al hermano de Marta en Bethania.

Zanobbi había ido á Florencia despues de su viage á Oriente, y continuaba, para gloria de Dios y propagacion de su nombre, dando vista á los ciegos, razon á los enagenados y movimiento á los paralíticos, cuando una señora francesa que iba á Roma con su hijo para cumplir una peregrinacion ofrecida, se vió obligada á detenerse en Florencia, porque el jóven, fatigado del viage, padecia demasiado para continuar su camino.

Esta muger era una santa criatura, llena de fé y de piedad: oyó hablar de las grandes virtudes de Zanobbi, y quiso verle. Zanobbi fué para ella lo que era para todos, el consolador y amparo de los afligidos, y la peregrina conoció fácilmente que el espíritu de Dios estaba en aquel hombre. Asi cualquiera que fuese el amor por su hijo, cuya salud iba disminuyéndose, cuando el santo la dió el consejo de continuar su camino hácia Roma y dejar su hijo en Florencia, obedeció al punto, recomendó el jóven á los cuidados y á las plegarias del santo obispo, abrazó á su hijo, y marchó, aunque el niño, sintiendo aumentarse su mal pormomentos, la suplicaba se quedase.

El niño no se engañó: el gérmen de la muerte estaba en él, y cada dia iba á peor, llamando sin cesar á su madre, y respondiendo con este solo grito, ¡madre mia! ¡madre mia! á los socorros de los médicos y á las exhortaciones del santo obispo. Sea que estuviere sentenciado á morir entonces, sea que al pesar de hallarse solo en una ciudad des-

conocida empeorase su estado, su mal hizo progresos tan rápidos, que quince dias despues de la partida de su madre, espiró llamándola, y pidiendo á Dios le permitiese volverla á ver todavia. Pero Dios, que tenia otros proyectos con respecto á él, no lo permitió.

El mismo dia de su muerte y cuando manos estrañas iban á llenar con el pobre difunto los últimos deberes, su madre, de vuelta de Roma, entró en Florencia llena de gozo por el feliz y piadoso viage que había hecho, y con la esperanza de encontrar á su hijo curado.

Se encaminó, pues, rápidamente hácia su casa. Pero sin saber por qué, á medida que se aproximaba, sentia oprimirse su corazon. A algunos pasos de la casa, encontró á dos mugeres que conocia, y que en lugar de felicitarla por su feliz regreso, continuaron su camino volviendo la cabeza. En el umbral de la puerta percibió un olor á incienso que le horrorizó á su pesar: por un instante quedó inmóvil y preguntándose si debería pasar mas adelante. En fin, juzgando que el mal mas terrible que se puede experimentar es la angustia que la destrozaba el corazon, se lanzó en la casa, subió rápidamente la escalera, y encontrando todas las puertas abiertas, se precipitó en el cuarto de su hijo, gritando: ¡hijo mio! ¡hijo mio!

El niño estaba echado, los cabellos adornados de flores, teniendo en una mano una palma y en la otra un crucifijo; y como había muerto sin agonía, se hubiera dicho sencillamente que dormia.

La madre asi lo creyó, ó mas bien quiso creerlo. Se arrojó sobre su cama, estrechó al niño entre sus brazos, besando sus ojos cerrados y su boca fria, y gritándole que se despertara, que era su madre que volvía junto á él para no abandonarle jamás. Pero el niño dormia el sueño eterno y no respondió.

Entonces el Señor permitió que el corazon de la madre, en lugar de entregarse á la desesperacion, se abriese á la fé: se dejó caer del lecho mortuario, y arrojándose: *Domine, domine*, exclamó como las hermanas de Lázaro, *si fuisses hic, filius meus non fuisset mortuus*; es decir: Señor, Señor, si hubieses estado aqui, mi hijo no estaria muerto.

Entonces concibió una esperanza. Como á sus maternales gritos hubiesen acudido los vecinos, y la habitacion empezaba á llenarse de gente, se volvió á los que estaban allí y preguntó si alguno entre ellos podia decirle donde estaba San Zanobbi. Todos la respondieron á una voz que como se celebraba aquel dia la fiesta de los bienaventurados apóstoles San Pedro y San Pablo, el obispo estaba con toda la clerecía ocupado en celebrar el oficio divino en la iglesia de San Pedro Mayor, situada extramuros, despues de lo que volveria sin duda á la iglesia de Santa Reparata, hoy el Domo.

Al punto, con esa fije que hace levantar montañas, levantó los ojos al cielo, dirigió su plegaria á Dios, y se notó que á medida que ella oraba se secaban las lágrimas en sus ojos, y que la calma reaparecía en su semblante: despues, concluida la plegaria, se levantó, estrechó á su hijo contra su pecho, y avanzando hácia la puerta:

—¡Plaza, dijo, al niño que va á resucitar.

La creyeron loca, y la siguieron.

Entonces se adelantó por las calles de Florencia, y llegada á la via Borgo-degli-Albizzi, vió al final de la calle á San Zanobbi que volvia en procesion con todo el clero. Al punto se metió por la calle seguida de una multitud de pueblo, casi tanto como la que seguia al obispo, y habiéndole encontrado precisamente en el sitio en que se halla hoy el palacio Altoviti, colocó al niño delante de él arrojándose á sus pies.

—¡Oh santo hombre del Señor! exclamó con las megillas lividas, esparcidos los cabellos y la voz balbuciente por los sollozos: ¡oh misericordioso obispo! ¡Oh padre de los pobres! ¡oh consolador de los afligidos! Tú sabes que en la pérdida de las cosas humanas allí está el mas grande dolor, donde estaba la mas grande esperanza y el mas grande amor. Pues bien, toda mi esperanza, todo mi amor, le habia puesto en este niño que ves muerto á mis pies. ¿Qué queréis que sea de una madre cuando su hijo único ha muerto? No olvidéis que por vuestro consejo continué mi viage hácia Roma, que me dijisteis dejase este niño á vuestro cuidado, y le he dejado. Y ahora, ¿cómo me volveis mi hijo? Ya lo veis, santo hombre de Dios, ¡muerto, muerto! Rogad, pues, á Dios renueve por mí el milagro que hizo por la hija de Jairo y por el hermano de Marta y Magdalena. Yo creo, como aquellas santas mugeres creian: tengo en el alma la misma fé que ellas tenian en el alma. Decid, pues, las palabras santas: de rodillas estoy; creo, espero.

Y la pobre madre levantaba hácia el cielo sus ojos tan llenos de esperanza, que todo el mundo lloraba á su alrededor viendo un dolor tan profundo unido á tan piadosa creencia.

En cuanto á San Zanobbi, se habia defendido como estupefacto ante tanta esperanza, y en la humilde duda de que el Señor se dignase servirse de él para ejecutar tan grandes cosas. Pero todo el pueblo, que le habia visto hacer tantos milagros, se puso á gritar, participando de la confianza de la madre:

—Resucitad al niño, santo obispo, resucitadle.

Entonces San Zanobbi se arrodilló y con lágrimas de una devocion profunda, pidió á Dios que permitiese se abriera el cielo y dejase caer sobre el hijo de aquella pobre muger el rocío de su gracia. Despues, concluida

aquella plegaria, hizo la señal de la cruz sobre el cuerpo del niño, le levantó en sus brazos y le depositó en los de su madre.

Esta arrojó un gran grito de alegría y de reconocimiento: el niño acababa de volver á abrir los ojos; despues la última palabra que habia salido de su boca salió ahora la primera, y el niño exclamó: ¡Madre mía!

Al punto todo el pueblo se puso á alabar á Dios, diciendo: *Benedictus est, Domine, Deus patrúm nostrórum, et laudabilis, et gloriosus, in secula, qui per sanctos mirabilia operari non cessas*. Es decir: Bendito seas, ¡oh, Dios de nuestros padres! bendito seas y alabado por todos los siglos, tú que no cesas de obrar milagros por la intercesión de tus santos.

Y cantando todos así, y la madre llevando á su hijo de la mano, acompañaron al santo hombre hasta el arzobispado. Despues la madre y el niño partieron para Francia, donde llegaron los dos con felicidad, glorificando el nombre del Señor y el del santo obispo que los habia reunido el uno al otro cuando se creian separados para siempre.

En el mismo sitio en que se verificó el milagro, es decir, al pie del palacio Altoviti, se ve todavía hoy una piedra donde está grabada esta inscripcion:

B. Zenobbus puerum sibi á matre  
Gallica Romę eunti  
Créditum, atque interea mortuum,  
Dum sibi urbem lustranti eadem  
Reversa hoc loco conquerens  
Occurrit signo crucis ad vitam revocat.  
Anno sal. CCCC.

A su vez, despues de una vida llena de buenas obras, murió San Zanobbi, pero como debia morir, consolando y bendiciendo hasta su última hora. Hácia el año 424, segun unos, y 426, segun otros, aconteció este suceso, que llenó á Florencia de duelo. Su cuerpo, embalsamado con los mas ricos perfumes y los aromas mas preciosos, fué depositado en el atahud revestido con sus hábitos pontificales, y llevado, como lo habia encargado él mismo, á la iglesia de San Lorenzo.

Pero tres años despues, habiendo sido canonizado San Zanobbi, su sucesor, que se llamaba Andrés, y que era un hombre de una piedad suma, resolvió hacerle los honores que le eran debidos, trasportando su cuerpo de la modesta iglesia donde estaba enterrado, á la catedral. El dia de aquella traslacion se fijó para el 26 de enero, cuatro años despues de su muerte, sobre poco mas ó menos.

Preparáronse á esta gran solemnidad con un ayuno. Toda la noche del 25 al 26 de enero, doblaron las campanas sin descansar un solo instante.

En fin, hácia las seis de la mañana el obis-

po y toda la clerecía fueron á la iglesia de San Lorenzo, donde el atahud se habia colocado desde la vispera sobre un rico catafalco todo lleno de adornos y guarnecido de franjas de oro.

Los diáconos y los obispos tomaron entonces el atahud sobre sus hombros y precedidos del obispo de Florencia con la mitra en la cabeza y la cruz en la mano, de la clerecía y de los chantres que entonaban los himnos santos, de los niños de coro que agitaban los incensarios y de niñas que arrojaban flores, avanzaron en procesion desde la iglesia de San Lorenzo á la catedral de San Salvador, situada donde hoy está el Domo. Y detrás de ellos iba una gran multitud de pueblo, en medio de la cual iban los ciegos á quienes el santo habia vuelto la vista, los paralíticos á quienes habia vuelto el movimiento, los enagenados á los que habia vuelto la razon.

Y todos alababan al Señor.

Pero sucedió, porque semejante solemnidad no podia pasar sin milagro, que llegando á la plaza se precipitó por una de las calles laterales tal tropel de gente, que obedeciendo á su pesar al impulso dado, los obispos y los diáconos que llevaban el cuerpo hicieron un movimiento de costado, de suerte que el féretro sobre el cual iba tendido el cuerpo, fué á chocar contra un gran olmo que se elevaba sobre la plaza, y que despojado de sus hojas, porque como hemos dicho, esta procesion tuvo lugar el 26 de enero, parecia un árbol seco. Pero he aquí que apenas el sepulcro hubo tocado al árbol, cuando en el mismo instante el árbol se cubrió de botones que se abrieron al punto y en algunos segundos se convirtieron en hojas, tan verdes, tan frescas, tan espesas, como las que aquel mismo árbol habia tenido en el mes de mayo anterior. Entonces grandes gritos resonaron, y todos se precipitaron hácia el olmo que acababa de reverdecer tan milagrosamente, para arrancarle las hojas, para cortarle las ramas: tanto que al cabo de un instante no era ya sino un tronco despojado, y aun el mismo tronco fué serrado y de la madera que dió se hicieron cuadros de altar; porque en otro tiempo todo el mundo recuerda que casi todos los cuadros de iglesia estaban sobre madera. Por lo demas, uno de aquellos cuadros quedó largo tiempo en la capilla misma del santo. Representaba á San Zanobbi entre sus mas amados discipulos San Eugenio y San Crescendo, y á los pies del digno obispo estaban escritas estas palabras en caracteres romanos:

*Facta de ulmo quos floruit tempore beati Zanobbi.*

En memoria de aquel olmo que floreció como acabamos de decir, y que fué despojado en un instante por el pueblo, fué colocada la columna de mármol, en pie todavía hoy,

cerca del bautisterio de San Juan Bautista, y sobre la que se lee la inscripcion siguiente:

Anno ab incarnatione Domini 408 (1),  
Die 26 januarii, tempore  
Imperatoris Arcadii et Honorii,  
Anno undecimo, quinto mense,  
Dum de basilica sancti Laurentii  
Ad majorem ecclesiam Florentinam  
Corpus sancti Zanobbi, Florentinorum  
Episcopi, feretro portaretur  
Hic loco ulmus arbor  
Arida tunc existens, quam cum  
Feretrum sancti corporis tetigisset,  
Subito frondes et flores  
Miraculose produxit, in cujus  
Miraculi memoria Christiani  
Cives Florentini in loco sublata  
Arboris hic hanc columnam  
Cum cruce in signo notabili erexerunt.

Mil años habian pasado, durante los cuales, con milagros sucesivos, el cuerpo de San Zanobbi habia continuado dando á los florentinos la prueba de que su espíritu velaba sobre ellos. La antigua basilica habia desaparecido para dar lugar al nuevo Domo. Brunelleschi acababa de coronar con su cúpula el monumento de Arnolfo di Lapo. En fin, Santa Maria de las Flores estaba erigida desde 4420 en iglesia metropolitana por el papa Martin V, cuando el arzobispo de Florencia Luis Scampieri, de Pádua, que habia empezado siendo ayuda de cámara y médico del papa Eugenio IV, y que despues fué cardenal y papa, pensó en sacar el cuerpo de San Zanobbi de las catacumbas de la antigua basilica y colocarle en un lugar digno del alto renombre de que gozaba. Desgraciadamente, mientras se edificaba la nueva catedral, y los cimientos del edificio se habian destruido; y como habian pasado tres ó cuatro generaciones desde que puso la primera piedra Arnolfo di Lapo, hasta que colocó la última Brunelleschi, se habia olvidado completamente en qué lugar de la antigua bóveda se habian depositado las santas reliquias, cuya traslacion, como se recuerda, habia tenido lugar desde San Lorenzo á San Salvador en el año 429. En consecuencia, el arzobispo reunió á toda su clerecía, esperando que entre los antiguos canónigos de la iglesia hubiese alguno que pudiera dar algunas señas, y declaró en aquella primera reunion que su intencion era que la traslacion del cuerpo de San Zanobbi tuviese lugar el 26 de abril de 1439.

Habia sido fijada esta época por el digno arzobispo, porque en ella precisamente, habiéndose celebrado un concilio para reunir definitivamente la iglesia griega á la Iglesia romana, Florencia se halló momentáneamente convertida en la mansion de los personajes mas grandes de la cristiandad. En efecto, se hallaban entonces en Florencia el papa Eugenio IV, Juan Paleólogo, emperador de los griegos.

(1) Hay error en la fecha, puesto que San Zanobbi no murió hasta 424, y aun algunos dicen que en 426.

gos; Demetrio, su hermano; José, patriarca de Constantinopla, y todo el colegio de los cardenales y de los arzobispos y obispos griegos y latinos. Estos eran dignos asistentes para una fiesta semejante. Así monseñor Scampieri habia decidido que su traslacion se haria antes de su partida.

Los canónigos mas antiguos, apelando á sus recuerdos, habian creído poder indicar, sobre poco mas ó menos, al arzobispo el sitio en donde, por tradicion, habian oído decir en su juventud se hallaba el cuerpo del santo. Pero disminuida esta dificultad, se presentó otra; se temia que aquellas grandes corrientes de agua, que aquellos profundos manantiales subterráneos, reconocidos por Arnolfo di Lapo cuando echó los cimientos de su monumento, hubiesen, por la humedad, descompuesto el cuerpo del santo. Y entonces, ¡qué escándalo para toda la Iglesia si aquel cuerpo que habia hecho tantos milagros, se presentaba á la vista de todos fétido y corrompido!

Se resolvió pues, para obviar éste inconveniente, asegurarse de la verdad desde luego: despues, si el cadáver del santo estaba en el estado en que se temian encontrarle, advertir de ello al papa, que entonces decidiria en su sabiduría lo que habia que hacer de él.

En consecuencia, la vispera del dia en que debía verificarse la traslacion, el encargado de la iglesia, Juan Spinellino, hombre formal, con cuya discreccion se podia contar, descendió á los subterráneos con sus maestros de capilla, dos prelados con hachas, y cuatro obreros con picos. Las escavaciones debian ser hechas en dos sitios, primero sobre una piedra señalada con la letra S. que se presumian queria decir *Sanctus*, y despues bajo un altar á donde se creia mancomunmente que el santo habia sido enterrado.

Comenzaron las escavaciones. A pesar de la señal que hemos dicho, nada se halló bajo la piedra, sino algunos restos de ataúd. Allí habia habido en otro tiempo una tumba, es verdad; pero el polvo se habia convertido en polvo otra vez, y era imposible separar el barro del barro, se abandonó pues, esta primera escavacion, y se dirigieron al altar.

Allí ya fué otra cosa: apenas el frontal del altar se levantó, cuando se descubrió en el fondo un sepulcro de mármol. Nadie dudó que aquel era el de San Zanobbi, se le sacó del nicho donde habia descansado mil años, y se abrió el ataúd.

Etonces, no solo no quedó duda, sino que la identidad del santo fué reconocida por un nuevo milagro. Cuando la primer traslacion se habian esparcido sobre su cuerpo hojas y flores del olmo al que habia dado vida tocándole. Pues sobre su cuerpo, tan intacto como el dia de la inhumacion, se hallaban las hojas tan verdes y las flores tan frescas como el dia en que habian sido cogidas.

Al instante el papa Eugenio fué prevenido

del suceso, y fué con todo el colegio de cardenales, de arzobispos y obispos, á los subterráneos del Domo, donde encontró de rodillas al rededor del ataúd á los obreros que le habian exhumado, los sacerdotes que tenian las hachas, y el encargado Juan Spinellino, los cuales no podian creer lo que veian, y daban gracias al Señor que se habia dignado dar en presencia del mismo santo padre aquella prueba de que su espiritu no habia abandonado la tierra.

A la mañana siguiente se verificó la traslacion de las reliquias y despues de ocho dias de adoracion sobre el altar mayor, fué transportado el cuerpo del santo á la capilla subterránea que le estaba destinada.

Hoy todavia, ademas de las reliquias que se adoran en la catedral, se conservan tres cosas reverenciadas como sagradas: su anillo episcopal, propiedad de la familia Girolami; el busto de plata que encierra un hueso de su cabeza y el capelo que llevaba ordinariamente el santo, en forma de capelo de cardenal. El capelo se venera en la iglesia de San Giovanni Batista, llamada della Calza, y situada cerca de la puerta Romana. Goza siempre de una grande reputacion, y diariamente le envian á buscar los enfermos, como se envia á buscar á Roma el Santo Bambino de Ara-Celi.

El busto está en el Domo; el 24 de mayo de cada año, se llevan ramos de rosas, que santificados por su contacto, son por todo el resto del año un remedio seguro contra los dolores de reuma, las afecciones de los ojos y sobre todo los dolores de cabeza.

En cuanto al anillo de San Zanobbi, hizo un viage á Francia hacia el fin del siglo XV, es decir, cincuenta años casi despues de los sucesos que acabamos de referir, viage con el que terminaremos esta leyenda.

Nuestro buen rey Luis XI estaba muy malo: como habia ya abusado grandemente de el crédito de nuestra señora de Embrun, de San Miguel, y de Santiago sus habituales patronos, tuvo el temor si se dirigia á ellos, de que cansados de sus anteriores plegarias y disgustados de prestarle servicios por su poca exactitud en cumplir las promesas que les habia hecho, le abandonarían en el trance que se hallaba, pensó entonces en San Zanobbi, que sin duda, habiendo oído menos hablar de él, estaría acaso mas dispuesto á servirle, y se dirigió á Lorenzo el Magnífico para que obtuviese de la familia Girolami que le enviase su anillo.

Lorenzo aceptó la embajada, y llevó la negociacion á buen término: la familia Girolami consintió en separarse momentáneamente de la preciosa joya, y fué enviada á Francia por el intermedio del capellan de la familia, que hizo juramento de no perderla de vista un segundo, y no deshacerse de ella un instante. En efecto, el capellan suspendió el anillo á su cuello con una cadena de oro, y durante

todo el camino no se separó de ella ni de día ni de noche.

Llegado á la frontera halló el capellan una escolta que debía conducirle á través de la Francia hasta Plessi-lés-Tours. Allí fué donde el anciano rey, abandonado de sus médicos, no creyendo ya en los santos franceses, aguardó el anillo milagroso en el que residia su única esperanza.

Por mas que el capellan estuviese acostumbrado á las sólidas construcciones de Florencia la popular, por mas que hubiese recorrido las sombrías galertas del Palacio Viejo, por mas que hubiese profundizado las paredes espesas del palacio de Cosme en la Via Larga, y del palacio Strozzi, de la plaza de la Trinidad, no pudo evitar cierto estremecimiento al atravesar los puentes levadizos y aquellos rastrillos, y al internarse en aquellos caminos cubiertos que defendían las avenidas de Plessi-lés-Tours. Añádase á esto, que los demas objetos que se ofrecian á cada paso en su camino no eran á propósito para tranquilizarle: tal como en el bosque que acababa de atravesar, esqueletos colgados, cuyos huesos sonaban chocándose al moverse por el viento, y de los que los cuervos se disputaban los últimos restos; ó bien ver en las salas bajas el verdugo Tristan y sus dos acólitos, ó á la puerta de la cámara real al ex-barbero Olivier Le Daim, que acababa de ser hecho conde; ó tambien por fin, sobre todo eso, el viejo figre moribundo, que moribundo y todo como estaba, era capaz de hacer arrojar al pobre capellan en alguna jaula de hierro parecida á la del cardenal de La Balue, si el anillo de San Zanobbi no producía el efecto que él esperaba.

Así que, oyendo todo esto el piadoso mensajero hubiera querido no haber dejado jamás á Florencia: pero era demasiado tarde para retroceder: habia ido hasta allí, preciso era llegar hasta el fin.

Olivier Le Daim abrió la puerta, y el capellan vió en el suelo, acostado sobre un lecho de cenizas, envuelto el cuerpo en un hábito de monge, con los ojos ardientes por la fiebre á aquel delante del que la Francia temblaba, que temblaba él mismo delante de la muerte. Al primer aspecto se hubiese dicho que no quedaba al real agonizante mas que el tiempo de decir un *Pater Noster* antes de morir, tan demacrado, macilento y livido estaba. Pero Luis XI no era un rey de esos que mueren así en tanto que les quede un ángulo de la vida al que pueden asirse, y que dejan la tierra al primer llamamiento de Dios. No, habia puesto toda su esperanza en San Zanobbi: habia repetido veinte veces, ciento, mil, en sus febriles insomnios y en sus terrores nocturnos que si el anillo llegaba antes que él se hubiese muerto, estaba salvado.

Al ver al capellan, sintió volverle las fuerzas, y sin ayuda de nadie, levantándose sobre sus dos rodillas:

—Venid pronto á mí, padre mio, dijo, venid pronto. Sois un hombre muy digno, y Zanobbi un gran santo. ¿Dónde está el anillo? ¿Dónde está el anillo?

Entonces el capellan se aproximó temblando al rey, y le presentó el mensaje de que estaba encargado por Lorenzo; pero no era una carta del Magnifico lo que esperaba Luis XI; así la separó tan violentamente que fué á parar al otro lado del cuarto y agarrándose á la mano del sacerdote:

—Es el anillo lo que yo pido, dijo; ¿no tienes el anillo, maldito sacerdote?

—Si le tengo, señor, si le tengo, se apresuró á responder el capellan; y sacando de su pecho el anillo milagroso, le enseñó á Luis XI; que se precipitó sobre él y le besó ardentemente persignándose al mismo tiempo con él in multitud de veces.

Despues, pasado este primer movimiento de alegría, Luis XI pidió al capellan que le confiase el anillo; pero éste le dijo entonces bajo las espresadas condiciones que se le enviaba el anillo. Esto era lo que le espresaba en su carta Lorenzo el Magnifico.

El rey mandó á Olivier Le Daim recogiese la carta y se la leyese: Olivier obedeció y Luis XI la escuchó desde la cruz á la fecha meneando la cabeza de alto á bajo en señal de adhesión, y volviéndose de cuando en cuando para besar el anillo y para persignarse todavía con él.

Despues se llevaron al rey á su lecho, el capellan teniendo la cadena, y el rey el anillo. Y como el rey no quisiese soltar el anillo, ni el capellan la cadena, el capellan se sentó á la cabecera del rey, donde estuvo tres dias y tres noches, bebiendo, comiendo y durmiendo en el mismo sitio. Porque durante aquellos tres dias y aquellas tres noches, el enfermo no quiso separarse de la joya, besándola sin cesar, persignándose á cada momento con ella, y rogando al bienaventurado San Zanobbi le volviese la salud.

Así al cabo de tres dias el buen rey Luis XI estaba, si no curado, al menos fuera de peligro.

Entonces volvió la libertad al capellan, la echó de generoso, y mandó á su platero particular ejecutase, para encerrar la alhaja milagrosa, uno de los mas ricos relicarios que se hubieran visto jamás.

Y el capellan volvió á Florencia llevando no solo el anillo del santo, que tan bien habia guardado, sino tambien el relicario dado por el buen rey Luis XI, el cual era tan precioso, que del producto que de él sacó la familia Girolami, fundó en el Domo una canongia.

## SAN JUAN GUALBERTO.

Saliendo de Florencia por la puerta de San Benito y siguiendo el camino por donde se sube á la bonita iglesia de este nombre, el transeunte descubre á la derecha, y en el punto en que este camino se divide en otros dos, un pequeño monumento en forma de tabernáculo. Este monumento encierra una pintura representando á un caballero que, todo cubierto de hierro, armado de punta en blanco, y con la espada desnuda en la mano, se dispone á herir á un hombre desarmado, arrodillado delante de él, pidiendo perdón. En el segundo término se eleva un crucifijo. He aquí la historia de este crucifijo, de aquel hombre sin armas y del caballero armado.

Habia en las cercanías de Florencia, hácia el fin del décimo siglo, un noble á quien se llamaba el caballero de Petrojo, porque habitaba uno de sus castillos que llevaba aquel título. Aquel castillo, feudo del imperio, concedido á él y su descendencia, está situado en el camino de Roma, á diez millas en las inmediaciones de la ciudad.

El caballero de Petrojo, cuyo verdadero nombre era Gualberto, no estaba retirado en su castillo sin graves motivos que vamos á indicar.

El caballero de Petrojo tenia dos hijos: el uno, (este era el primogénito) se llamaba Hugo, el otro (el segundogénito) se llamaba Giovanni. Estos dos hijos eran la esperanza de su casa que, poderosa hasta entonces, prometia alcanzar mayor esplendor, porque una anciana pariente del caballero, juzgando que un día aquellos jóvenes serian la gloria de su raza, habia dejado á Hugo y á Giovanni toda su fortuna, que era inmensa, escluyendo á uno de sus sobrinos llamado Lupo, quien le parecia no prometer tan bellas esperanzas.

Sin embargo, habia puesto la condicion de que en caso de morir los dos jóvenes, esta fortuna volveria á aquel que, sin ellos, hubiese sido el propietario natural. De cualquier modo que fuese, por consecuencia de aquel legado messire Gualberto se encontraba uno de los mas ricos y mas nobles señores de Florencia.

El hijo mayor tenia quince años, y el segundo nueve: los dos habian sido educados como jóvenes señores, destinados á las armas: así, aunque apenas salido de la infancia, Hugo prometia seguir dignamente las huellas de sus antepasados; manejaba un caballo, tiraba la espada y lanzaba un balcón de un modo capaz de causar envidia á mas de un caballero que le doblase en edad. Montar á caballo, correr los torneos y *pajarear*, como se decia en

aquella época, eran sus únicos placeres; y su padre messire Gualberto le animaba en estos ejercicios, diciéndole que cuando un caballero sabia aquellas tres cosas y rogar á Dios, no ignoraba nada de lo que un caballero debe saber.

Pero sucedió que un día Hugo proyectó con muchos señores amigos suyos, una gran caza de montería en las Maremmas. La caza de montería se hacia ordinariamente con grande acompañamiento, porque como se sabe, no está exenta de algunos peligros: el jabali, hostigado, y teniendo que hacer frente á los perros, despreciaba el venablo, y entonces se tramaba una lucha cuerpo á cuerpo, en la que el hombre no era siempre el vencedor.

El joven Hugo tenia como una gran fiesta aquella caza; y cuando fué á pedir el permiso de su padre tenia cierto aire triunfante que hizo sonreír al buen caballero. No por esto dejó su padre de darle una leccion sobre el modo de atacar al animal ó de esperarlo; pero Hugo, que habia dado ya muerte á una veintena de fieras de la misma especie, escuchó las recomendaciones de su padre sonriendo; y como tuviese su espada en la mano, hizo con ella dos ó tres evoluciones que probaban que el mas hábil cazador no tenia nada que enseñarle sobre aquella materia.

Tres dias despues llegó á messire Gualberto la terrible noticia de que su hijo, habiéndose empenado en la persecucion de un enorme jabali, habia sido muerto por él, dejando tambien muerto al animal, y que habian encontrado su cadáver cerca del jabali muerto. Profunda fué la desesperacion de messire Gualberto. Pero sin embargo, fué la de un hombre temeroso del Señor. Levantó sus dos manos al cielo: Dios me le ha dado, dijo, Dios me le ha quitado.... El santo nombre del Señor sea bendito. Despues hizo llevar el cuerpo, que se habia colocado en un atahud, y lo hizo depositar en el panteon de la familia.

Pero bien pronto corrieron otros rumores. Se dijo que el mismo dia se habian visto dos hombres enmascarados, y el uno todo ensangrentado, huir á todo galope á través de las Maremmas. Aquellos hombres venian precisamente del punto en donde se habia encontrado el cadáver del joven Hugo. El hombre herido se habia encontrado tan débil en las inmediaciones de Volterra, que se habia visto obligado á detenerse en la casa de un aldeano, que le habia dado un vaso de vino. Su compañero entonces le habia reprendido con aspereza su debilidad y le habia hecho volver á montar á caballo; y los dos volviendo á partir á todo escape, habian desaparecido por el camino de Siena.

Entonces messire Gualberto habia hecho venir los dos médicos de Florencia, los habia conducido al panteon de su familia, y abriendo él mismo el féretro de su primogénito, le habia quitado el sudario que le cubria para

examinar las heridas que habian causado su muerte.

Los médicos sondearon las heridas y reconocieron que habian sido hechas una con espada y la otra con puñal. En el primer momento podian haberse engañado y creer que el jabali las habia ocasionado; pero mirándolas con detenimiento, la verdadera causa de la muerte del jóven Hugo se revelaba claramente. No habia muerto por accidente ocurrido en su lucha con una bestia feroz, sino herido con intencion por asesinos.

¿Quiénes podian ser esos asesinos? He aqui lo que messire Gualberto ignoraba completamente. ¿Sobre quién debia recaer la venganza? Esto era lo que solo un milagro de Dios podia revelar; y Dios permitió que el milagro se obrara.

Tres meses despues de este asesinato, acababa messire Gualberto la oracion de la noche, recomendando á Dios al único hijo que le quedaba, cuando llamaron á la puerta del palacio. Los criados fueron á abrir y volvieron con un monge. Este se aproximó á messire Gualberto y le dijo que un desdichado que estaba en el trance de la muerte tenia una revelacion que hacerle.

Messire Gualberto se levantó al punto y siguió al monge.

El monge le condujo por una de esas callejuelas de Florencia que están situadas del lado de Porta-alla-Croce, y que dan por un extremo en las murallas. Llegado allí, abrió la puerta de una casa pobre en apariencia, subió dos pisos, é introdujo á messire Gualberto en un cuarto en cuyas paredes pendian muchas armas de diferentes especies, en el cual, sobre un pobre lecho todo ensangrentado, yacia un hombre casi en la agonía.

Al ruido que hicieron al entrar el monge y messire Gualberto, se volvió.

—¿Es este, padre? preguntó.

—Sí, dijo el monge.

—Entonces que se apresure, dijo el moribundo, porque habeis tardado mucho y no sé si tendré fuerza bastante para llegar hasta el fin.

—Dios os la dará, dijo el monge.

Hizo una seña á messire Gualberto de que se sentara á la cabecera de la cama.

Entonces el moribundo se incorporó. Hizo le prometiera desde luego messire Gualberto que su perdon le seria concedido, cualquiera que fuese el secreto que le iba á revelar.

Entonces le contó todos los detalles de la muerte de su hijo: el asesino era el pariente desheredado á quien en caso de morir los dos jóvenes pertenecía la herencia, y el hombre que iba á morir era su cómplice.

Messire Gualberto arrojó un grito de horror y retrocedió vivamente. Pero el moribundo le hizo seña de que no lo habia dicho todo.

A la mañana siguiente se debia asesinar á Giovanni como se habia asesinado ya á Hugo:

el cómplice habia recibido por adelantado del mismo Lupo la mitad de la suma prometida. Lo habia perdido todo. Habia ido á beber á la taberna con algunos de sus camaradas; allí habia trabado una disputa y recibido una cuchillada. Al instante, como era conecedor en semejante materia, y habia sentido penetrar el golpe en lo interior, se habia hecho llevar á su casa, habia enviado á buscar un monge, con el cual se confesó. El monge le habia dicho que no era él, sino el padre del jóven asesinado el que debia absolverle. Habia corrido, pues, en busca de messire Gualberto y traídole cerca del lecho del moribundo.

Messire Gualberto no tenia que decir mas que una palabra. Habia prometido perdonar, y perdonó. Por otra parte, pensaba en su interior que el verdadero culpable no era el que habia recibido ya el castigo de su crimen, sino el hombre que lo dirigió todo. Dijo, pues, al cómplice que muriera tranquilo, puesto que reservaba su venganza para otro mas poderoso que él. Entonces se volvió á su casa pensativo y á pasos lentos, mientras que el monge ayudaba á bien morir al asesino.

Messire Gualberto fué en sus tiempos un valiente caballero que no temió á ningun hombre en el mundo; pero habia envejecido, y la edad debilitó sus brazos: calculó que si iba á presentar el combate al asesino de Hugo, que estaba entonces en todo el vigor de la juventud, podia ser muerto en la lucha y dejar así á su pequeño Giovanni sin defensa. Resolvió, pues, tomar otro partido. Lo que le habia dicho el cómplice de las intenciones del asesinato, le hizo pensar que era preciso ante todo sustraer al jóven Giovanni á sus asesinos. Sin decir á nadie el descubrimiento que habia hecho, dejó, pues, á Florencia la mañana siguiente, retirándose á su castillo de Petrojo, y llevando á Giovanni. Ademas del deseo de salvar á su hijo, tenia otro; el de hacer de Giovanni el vengador de Hugo.

Desgraciadamente Giovanni en nada parecia destinado por la naturaleza á semejante objeto: era un niño dulce, bueno, paciente, misericordioso y del que se podia decir, como de Job, que la compasion habia salido al mismo tiempo que él del vientre de su madre. Ademas, en lugar de ser inclinado como lo habia sido su hermano mayor hácia todos los placeres violentos, no amaba mas que la lectura, la contemplacion, la oracion, y nunca era mas feliz que cuando en alguna capilla retirada, en medio de la soledad á la vista de Dios hojeaba algun misal con sus páginas iluminadas, ó alguna antigua biblia representando á Dios Padre en traje de emperador.

Messire Gualberto pensó que su hijo estaba todavia en edad de ser, por decirlo, rebecho y vuelto á amasar: á los libros misticos sustitua los libros de caballeria; á los milagros del Señor las grandes acciones de los hombres. Le dió á leer á Gregorio de Tours,

Luitprand, el monje de Saint-Gall: y aquella bella y jóven organizacion se llenó bien pronto de admiracion por los altos hechos de Alboin y de Cárlo Magno, como se habia llenado de amor por los sufrimientos de Jesucristo.

Este era el punto á donde messire Gualberto queria llevarle: cuando le vió llegado á este estado de exaltacion guerrera mandó hacerle una armadura completa para su estatura: le habituó á soportar poco á poco su peso, al principio durante algunos instantes, y despues durante dias enteros. Como era un maestro hábil en el manejo de las armas ejercitaba todas las mañanas á su discípulo en la lanza, la espada y el hacha. Le hizo montar sucesivamente todos sus caballos, desde el mas dócil hasta el mas fogoso de los que tenia en sus caballerizas. A la edad de quince años no solo habia adquirido Giovanni todas las cualidades guerreras de su hermano sino que sometido por lo regular todos los dias á un ejercicio que habia desarrollado sus fuerzas, se habia hecho vigoroso como un hombre de treinta años.

Durante aquel tiempo messire Gualberto no habia ido una sola vez á Florencia y no habia dejado su castillo sino para hacer con su hijo y seguido siempre de una escolta numerosa y bien armada, cortas correrias en los alrededores: así, se habian olvidado completamente que se llamaba messire Gualberto y no se le llamaba mas, como hemos dicho ya, que el caballero de Petrojo.

Por lo demas todas las mañanas decia el capellan una misa rezada por el alma de messire Hugo Gualberto *traidoramente asesinado*; y todas las mañanas el padre, la madre y el hermano del difunto asistian á aquella misa mezclando sus oraciones con las del ministro de Dios. El dia aniversario del asesinato se colgaba la capilla de negro y se decia una misa mayor, que oian no solo los asistentes cotidianos sino todos los aldeanos que pertenecian á los dominios de Petrojo.

Giovanni habia llegado á la edad de quince años. Su padre que habia visto operarse un gran cambio en su cuerpo, observó que se efectuaba un cambio no menos grande en su imaginacion: parecia el jóven todas las mañanas oyendo la misa mortuoria presa de ideas cada dia mas sombrías. Despues de la misa, quedaba todo el dia pensativo. Frecuentemente su padre le sorprendia en la sala de armas donde pasaba la mitad del tiempo, no manejando espadas ó hachas ordinarias sino ejercitándose con alguna de esas armas gigantescas que dicen las tradiciones haber pertenecido á aquellos gefes bárbaros venidos de las llanuras del Asia en el cuarto y quinto siguiendo las huellas de Alarico, de Genserico y de Atila. Pocos cascotes por bien templados que estuviesen resistian una cuchillada dada por Giovanni, y no habia escudos que no volasen hechos pedazos á un golpe de su maza.

Messire Gualberto veia todas estas cosas y daba gracias á Dios. Pero lo que seguia sobre todo con la mas grande atencion era aquel pliegue del pensamiento que se aumentaba cada dia mas en la frente del jóven; aquel estremecimiento que corria por todo su cuerpo cuando por la mañana el sacerdote pronunciaba las oraciones sacramentales: aquella palidez que cubria su rostro cada vez que veia llorar á su madre, y su madre lloraba muchas porque conocia á su marido, y aunque no la hubiese hecho ninguna confesion, sus proyectos desconocidos para todo el mundo no eran un secreto para ella.

Esta situacion se prolongó hasta el sétimo aniversario de la muerte de Hugo. Esta vez oyó Giovanni la misa mortuoria con mas recogimiento y tristeza que de costumbre. Tan solo concluida la misa detuvo á messire Gualberto y dejando salir á todos quedó solo con él.

Messire Gualberto que no habia perdido de vista á Giovanni durante la misa dudó lo que iba á pasar: el hijo y el padre cambiaron una mirada y los dos comprendieron que la hora solenne esperada por el uno habia llegado para el otro.

Messire Gualberto tendió la mano á su hijo que la besó respetuosamente; tambien levantándose Giovanni al punto:

—Padre mio, le dijo el jóven: ¿adivinareis las preguntas que os voy á hacer?

—Si, hijo mio, respondió el anciano caballero, y heme aqui pronto á responder á ellas.

—¿Mi hermano ha sido traidoramente asesinado? preguntó Giovanni.

—¡Ay! si, respondió el padre.

—¿Con que fin?

—Para apoderarse de su fortuna.

—¿Por quién?

—Por Lupo, vuestro primo.

El jóven se estremeció, porque entre los recuerdos de su vida habia el de un sentimiento de antipatia por un solo hombre, y ese hombre era Lupo.

—Tanto mejor, dijo, mejor quiero que sea por él que por otro.

—Y eso, ¿por qué? preguntó el padre.

—Desde que tengo uso de razon, detesto á ese hombre, yo, que á nadie detesto; y me costará menos matarle que me costaria herir á otra persona.

—¿Le matarás pues? exclamó el anciano caballero dando un grito de alegria, y estrechando á Giovanni entre sus brazos.

—¿No me habeis escuchado con esa esperanza, padre mio? preguntó el jóven como admirado de semejante pregunta.

—Si, si, sin duda; pero dudaba que me hubieras comprendido.

—Hace un año solamente, es verdad: hasta entonces habia vivido maquinalemente. Habia mirado sin ver, habia escuchado sin oir. No era preciso quererlo, padre mio: hasta alli era yo un niño, hoy soy un hombre.

—Así, pues, ¿lo matarás? exclamó el anciano por segunda vez.

El joven estendió los brazos hácia el crucifijo.

—Sin piedad, sin misericordia, ¡cómo él ha matado á tu hermano!

—¡Por este crucifijo lo juro! padre mio, esclamó Giovanni.

—¡Oh! bien, bien, exclamó el anciano, tú lo has dicho, héme aquí tranquilo; mi hijo será vengado.

Y los dos salieron de la iglesia con el corazón tan ligero y el rostro tan alegre como si no acabasen de cometer una acción sacrilega; puesto que acción sacrilega era aquel juramento de venganza prestado delante del altar del Dios de la misericordia. Pero tales eran las rígidas ideas del honor en aquella edad de hierro, que casi siempre los sentimientos religiosos se plegaban ante ellas.

Sin embargo, á la alegría que había experimentado messire Gualberto, había sucedido casi inmediatamente una grande inquietud: Lupo tenía treinta años, estaba en la fuerza de su edad: Giovanni tenía diez y seis; era todavía un niño. Así á la mañana siguiente del día en que pasó la escena que acabamos de contar, fué el padre á encontrar al hijo en la sala de armas donde se estaba ejercitando, y le hizo prometer que pasaría todavía todo un año sin intentar nada contra Lupo. Giovanni se resistió un instante, pero vencido por las súplicas de su padre, prometió á su padre lo que pedía.

El año se pasó pues, como los anteriores en oír la misa mortuoria, en ejercitarse en las armas, y en hacer correrías á los alrededores del castillo: después, pasado el año, el joven recordó á su padre que tenía diez y siete años.

Pero el anciano meneó la cabeza.

—Todavía no es tiempo, concédeme un año mas.

El joven resistió mas violentamente que lo había hecho la vez primera; pero como la primera vez, cedió al fin y concedió á su padre el año que le pedía.

Pasóse este año como los otros: la fuerza de Giovanni se había desarrollado de tal modo que había llegado á ser proverbial. Sin embargo, aquella fuerza no aseguraba todavía á su padre: así, cuando el año terminó, Giovanni pidió permiso al anciano para ir á combatir con Lupo: todavía le vió vacilar.

Entonces adivinando la duda que detenía á su padre, tiró el guantelete de hierro que llevaba; puso su mano desnuda sobre una de las piedras de mármol de *maciño*, es decir, sobre una de las piedras de mayor cohesión que se conoce; apoyó en ella la mano sin esfuerzo aparente, y la piedra cediendo como arcilla, conservó la impresión de la mano. (4).

(1) En tiempo de Franchia, que ha escrito la vida de San Gualberto, se enseñaba todavía esta piedra en la abadía de Montescalasi.

Volviéndose al punto hacia el anciano:

—Ved, dijo.

Messire Gualberto comprendió que había llegado la hora, y sin hacer ninguna otra observación, abrazó á su hijo, y le dió permiso para que hiciese lo que quisiese. Giovanni, que estaba armado de pies á cabeza como de costumbre, volvió á ponerse su guante, se hizo traer su caballo, saltó sobre él, y metiendo las espuelas, tomó, seguido de un solo escudero, el camino de Florencia. Era el noveno aniversario de la muerte de su hermano Hugo.

Llegado á San-Miniato-al-Monte, entró Giovanni en la iglesia, se arrodilló ante el altar mayor é hizo una oración: en seguida salió al umbral de la iglesia, y se detuvo un instante para mirar á Florencia, que no había visto hacia nueve años. En fin, después de un momento de esta piadosa contemplación que todo hijo de buen corazón concede á su madre, volvió á montar á caballo, y acompañado de su escudero, siguió el estrecho camino que de la basilica desciende á Florencia.

Al otro extremo del camino venía de frente un hombre á caballo como él, pero vestido de paño y terciopelo, y sin otra arma que su espada. Cuando Giovanni estuvo á menos de cincuenta pasos de aquel hombre, levantó la cabeza, fijó sus ojos sobre él, y de repente se estremeció de tal modo de pies á cabeza que su armadura resonó. Por mas que hacía nueve años que no veía á Lupo, había creído reconocerle, y como un viajero que ve una serpiente, había por un movimiento instintivo detenido su caballo. Por lo que hace á Lupo, ignoraba completamente quién era aquel caballero que veía delante de él, continuó pues su camino indiferentemente y sin sospechar. A medida que se aproximaba, Giovanni se aseguró en su certeza, y dió gracias á Dios interiormente; porque en su ceguedad, no dudaba que Dios fuese cómplice de su venganza. En fin, cuando Lupo no estuvo sino á algunos pasos de Giovanni, ninguna duda le quedó ya. Echando mano á su espada con un grito de rabia, la desenvainó y levantó sobre su cabeza enderezándose en los estribos.

—¡A mí! Lupo, ¡a mí! exclamó.

—¿Quién eres tú, y qué quieres? preguntó Lupo admirado y deteniéndose delante del santuario, en el que había un crucifijo parecido al que se hallaba en la capilla del castillo de Petrojo, y delante del cual Giovanni había profirido su juramento de venganza.

—¿Quién soy yo! dijo el joven, ¡quién soy yo! Escucha bien: soy Giovanni Gualberto, hermano de Hugo, que tú has asesinado hace hoy nueve años. Lo que quiero es que tú me arranques la vida ó arrancarte la tuya.

A estas palabras, metiendo las espuelas á su caballo, se lanzó la espada levantada contra Lupo: y como éste petrificado por el terror, había quedado inmóvil en su puesto, en dos saltos se encontró cerca del asesino, que sin-

tió la punta de la espada vengadora sobre su pecho.

Entonces deslizándose de su caballo, cayó Lupo de rodillas, y poniéndose á los pies del joven, le pidió perdon.

—¡Perdon! exclamó Giovanni, ¡perdon! ¿y has tenido tú misericordia con él, miserable asesino? No, no, tú le has muerto sin piedad, sin misericordia: ¡muere, pues, á tu vez sin misericordia y sin piedad!

A estas palabras, levantó el brazo para herirle; pero Lupo hizo tal esfuerzo, que de un brinco se encontró al otro lado del camino. al pie del crucifijo, que abrazó con sus brazos,

—¡Perdon! exclamaba, en nombre de Cristo, ¡perdon!

Giovanni prorumpió en una carejada, y tendiendo su espada hácia el crucifijo:

—¡Pues bien! le dijo, puesto que pides gracia en nombre de Cristo, que el Cristo me haga conocer por una señal que te perdona, y te perdonaré

Entonces (que el señor Dios tenga misericordia con los que dudaren de su inmenso poder), entonces el Cristo que tenia la cabeza inclinada sobre el hombro derecho, la levantó y la bajó dos veces sobre su pecho en señal de que perdonaba al asesino.

A vista de aquello, Giovanni quedó un momento mudo é inmóvil: la espada se le escapó de las manos: despues, apeándose éste, siempre con los brazos abiertos hácia Lupo:

—Levántate, Lupo, le dijo con una voz dulce y abrázame, porque en lo sucesivo, tú ocuparás para conmigo el lugar de mi pobre hermano Hugo que tú has asesinado.

Y diciendo estas palabras oprimia contra su pecho al asesino tembloroso, que no se atrevia á abandonar al cristo milagroso y que no podia creer que tan gran misericordia hubiese ocupado tan pronto el lugar de una cólera tan terrible. Pero bien pronto no tuvo duda; porque Giovanni habiéndole acercado él mismo su caballo, le hizo seña de volverse á Florencia, mientras él volvía á tomar el camino de San Miniato.

Su escudero le hizo observar que dejaba olvidada su espada en el camino; él le contestó que la recogiese y la depositase al pie del crucifijo para atestiguar que renunciaba para siempre no solo á su venganza, sino aun á tocar un arma destinada á dar la muerte.

En efecto, en lugar de volver á casa de su padre, Giovanni se detuvo en el convento de San Miniato-al-Monte; y habiendo pedido al abad que le confesase, le refirió el suceso que acababa de pasar: añadió que se sentia tocado de la gracia de Dios, y que habia resuelto hacerse monge.

El abad de San Miniato se fué al instante mismo al castillo de Petrojo, donde se hallaba Gualberto, que desde la partida de su hijo (tanto en el corazon de un padre se eleva este amor sobre todo otro sentimiento) no habia

gozado un minuto de reposo: asi, apenas vío al abal cuando creyendo que venia á anunciarle la muerte de su hijo, se sintió casi desfallecer. Pero el abad se apresuró á decir á messire Gualberto como habia encontrado su hijo al asesino de su hermano, como le habia querido degollar, segun su promesa, sin piedad ni misericordia, y como en fin, por una señal de Cristo le habia perdonado.

Messire Gualberto vivia en una santa época en que se creia en los milagros; y aunque viesse la esperanza de la mitad de su vida escapársele, repitió las palabras que habia dicho al saber la muerte de Hugo.

—El Señor es grande y misericordioso! ¡Bendito sea el nombre del Señor!

Sin embargo, resolvió hacer un esfuerzo supremo para desviar á Giovanni de hacerse monge. Giovanni era el único hijo que le quedaba, y en él se estingua su raza, si Giovanni pronunciaba sus votos. Partió, pues, para San Miniato con su muger. Pero Giovanni habia sido muy profundamente tocado por la gracia para volverse atrás: suplicó á sus padres no se opusieran á su vocacion, y todo lo que estos pudieron obtener de él, fué que no pronunciaria sus votos antes de la edad de veinte y un años. Aquel pobre padre esperaba que en aquel intervalo su hijo cambiaria de resolucion.

Mas no fué asi: en lugar de vacilar en la fé, Giovanni se afirmó en su vocacion, y el mismo dia en que cumplia veinte y un años pronunció los votos que le separaban para siempre del mundo. Algun tiempo despues, habiendo dado al convento el ejemplo de todas las virtudes cristianas, fué elegido Giovanni abad de San Miniato. El fué el que fundó sobre el sitio mismo donde estaba la ermita de Aguabella, la abadía de Vallumbroso. Murió allí en tal olor de santidad, que Gregorio XII le canonizó, y Gregorio XIII introdujo su nombre en el calendario.

Pocos dias despues del suceso que acabamos de referir, toda la ciudad de Florencia, conducida por el asesino Lupo, que iba con los pies descalzos, ceñido con una cuerda, y la cabeza cubierta de ceniza, estaba arrodillada alrededor de la imágen milagrosa. El clero retiró de allí el milagroso crucifijo para trasladarle á la iglesia de la Trinidad, donde todavia se adora hoy.

En cuanto á la capillita donde estaba, quedó vacia hasta 1839, época en que el gran duque Leopoldo II hizo ejecutar la pintura que hoy se ve allí. Representa á Giovanni con la espada levantada que se dispone á herir al asesino de su hermano. Debajo de esta pintura, está grabada la inscripcion siguiente:

Quæ sacra assumpsi tempus monumenta parentum,  
Nunc redimit pietas, reddit et arte color;  
Sic tanti vivat Gualberti ut gloria facti  
Successor reparat quæ male tempus agit.

Anno Domini MDCCCXXXIX.

## CAREGGI.

Por mas deseo que tuviese de bajar de Fiésolo por el bello camino que habia llevado para subir á él, forzoso me fué contentarme con el camino antiguo. Quise ver la santa piedra, santificada por el martirio de San Romualdo y demas compañeros; la famosa vila Morzi donde debian ser asesinados Lorenzo y Julian, si hubiesen aceptado la comida que en ella se les ofrecia: los mantiales de Boccaccio que no corren no sé por qué causa; y en fin, las fuentes de Baccio Bandinelli que corren tan poco que no merecen la pena de que se hable de ellas. Allí fué donde mientras en frente de la posada de las *Tres Doncellas*, que todavia existe, esculpia aquellas dos cabezas de leon, Benvenuto Cellini vió á Panco, y le atemorizó tanto con sus amenazas, que fué preciso darle una guardia para que se decidiese á continuarlas.

Delante de la iglesia de Santo Domingo encontramos nuestro carruage, que habia descendido despacio por el camino de la Nobleza, y que nos aguardaba á la sombra del pórtico. En un instante estuvimos en la vila Palmieri, residencia encantadora que una antigua tradicion popular designa ser á la que Boccaccio se retiró durante la peste de Florencia con aquel brillante séquito de apuestos caballeros y bellas damas, que habia encontrado en la iglesia de Santa Maria la Nueva de Florencia, y los que unos despues de otros, bajo apacibles sombras, contaban las picantes novelas del Decameron.

Digo que una tradicion popular indica esta casa como el retiro de Boccaccio, teniendo en cuenta que no quiero tomar sobre mi la responsabilidad de una afirmacion: lo habia creído, es verdad, y esta creencia daba un aspecto mas pintoresco á la vila Palmieri, ya muy linda sin esa circunstancia. Pero esta tradicion ha dado que pensar á los sabios florentinos: han revuelto las bibliotecas, compulsado los registros, descifrado los manuscritos, y han concluido por descubrir que Boccaccio no estaba en Toscana en la época de la peste: Boccaccio estaba en Roma, dice uno, y en Venecia dice otro. Es verdad que Boccaccio dice positivamente que estaba en Florencia; pero segun todas las probabilidades, Boccaccio se engaña, y son los sabios los que tienen razon. No creais, pues, á los que os digan que la vila Palmieri es la vila del Decameron.

Decididamente es una raza muy poética la de los sabios.

Al menos sobre el Careggi no hay duda. Allí es bien sabido que han muerto Cosme el Antiguo y Lorenzo el Magnífico; que fué edu-

cado allí Leon X: asi se puede visitar la vila Careggi con confianza, tanto mas, cuanto que hay letreros en las habitaciones.

Careggi fué edificado por Cosme el Antiguo por los planos de Michelozzo Michelozzi: habia entonces en Italia una reaccion clásica, un furor de latina y griego é hidrofobia de literatura nacional. Dante estaba proscrito segunda vez: era la suerte de aquel gran rey estar tan pronto reinando, tan pronto desterrado.

Los griegos venidos de Constantinopla, y las estatuas sacadas de las escavaciones de las ruinas romanas, habian obrado aquel milagro: despues de esto, las costumbres se corrompian poco á poco; la moral de la mitologia era mas cómoda que la del Evangelio, y las aventuras de Leda, el rapto de Europa y la seducion de Danae pintadas en las paredes de una alcoba, eran testigos menos severos de lo que pasaba allí que la Madona al pie de la cruz ó el arrepentimiento de la Magdalena.

El anciano Cosme destinó, pues, el Careggi á ser el asilo de todos los sabios proscritos que buscaban un techo y pan. Al contrario de aquella áspera escalera del destierro de que habla Dante, la que se le presentaba era de fácil y suave subida, y Cosme murió cargado de años y de bendiciones, despues de haber dado á la pintura y á la escultura el impulso pagano que cambió una y otra, y que las ha hecho magníficamente copistas en lugar de ser santamente originales.

Lorenzo heredó las riquezas y el gusto de su padre: aun mas, Lorenzo tuvo mayor amor á la antigüedad: Lorenzo hizo muy lindas composiciones paganas, que jamás se hubiera permitido el severo aritmético de la vila Larga: Lorenzo reunió á su alrededor todos los heleenistas y todos los latinistas de su época, los Crusolao Barbaro, los Angel Politin, los Pico de la Mirandola, los Marsilio Ficino, los Miguel Mercati: Lorenzo, en fin, resucitó en la vila Careggi las sesiones del jardin de la Academia, y uno de sus académicos, habiendo descubierto que el 17 de noviembre de cada año los discipulos de Platon celebraban en Atenas el nacimiento de aquel gran filósofo, instituyó un aniversario semejante, que se celebró todos los años en la vila Careggi, con abundancia de iluminaciones, de músicos y de discusiones filosóficas.

Estas discusiones versaban principalmente sobre la inmortalidad del alma, ese eterno objeto de discusion; y los que mas se engolfaban en aquel abismo psicológico, eran casi siempre Marsilio Ficino y Miguel Mercati; tanto que un dia, desesperando de saber nada de cierto sobre semejante materia mientras viviesen, hicieron la promesa positiva de que el primero de los dos que muriese vendria á dar al otro noticias de su alma. Convenido este punto, quedaron los amigos mas tranquilos.

Pero el primero que debia profundizar este gran misterio era Lorenzo el Magnífico. Una

mañana se sintió de repente muy indispuerto por una gran fiebre complicada con un ataque de gota: estaba entonces en su palacio de la via Larga; partió al punto para su linda vila de Careggi, llevando consigo un médico de gran reputacion que se llamaba Pedro Leoni, de Spoleto.

Este veia toda una fortuna curando al Magnífico. Declaró que el enfermo padecia una indisposicion especial que debia tratarse con infusiones de perlas y compuestos de piedras preciosas. Se abrieron para el empirico los tesoros de Lorenzo: se engolfó en ellos, lo que no impedia que Lorenzo fuese de mal en peor; viendo lo cual el Magnífico comenzó á olvidar el Olimpo con sus doce grandes dioses, á Platon, á Zenon y á Aristóteles, para hacerse leer el Evangelio y pensar algo en su salvacion.

Pero haciendo pequeñas composiciones al rio Ombrone, encargando estatuas á Miguel Angel, dando fiestas en honor de Platon, Lorenzo el Magnífico habia hecho ó dejado hacer una gran porcion de cosas que no dejaban de gravar su conciencia, y hasta tal punto, que en el momento de morir pensó en un santo hombre á quien habia olvidado demasiado durante su vida, ó en el que no habia pensado sino para reirse de él con los espiritus fuertes que le rodeaban. Este hombre era el dominico Gerónimo Savonarola.

Asi Lorenzo vaciló largo tiempo en enviarse á buscar, porque con este hombre era sobre todos con quien mas sentia confesarse. Nuestros lectores le conocen ya: era politicamente un republicano severo que hubiera querido volver á Florencia á las costumbres del siglo XII: era religiosamente un monge ascético que pasando su vida en el ayuno y en la oracion, no prometia ser mas suave para los demas que lo era consigo mismo. Desde la soledad de su claustro habia seguido á Lorenzo en la doble corrupcion artistica y social que habia infiltrado en Florencia, y desde los repliegues de su genio veia en el porvenir la Italia conquistada, y á Florencia esclava. He aqui el hombre que en el momento de morir enviaba Lorenzo á buscar.

El monge llegó grave y sombrío, porque conocia muy bien que iba á pasar entre Lorenzo y él una de esas escenas de que depende no solo la pérdida ó la salvacion de un alma, sino tambien la esclavitud ó la libertad de una nacion. Lorenzo se estremeció al sentir sus sandalias; despues hizo pasar á una habitacion inmediata á la suya, es decir, en la cámara donde habia muerto su padre Cosme el Antiguo, á Politien y Pico de la Mirandola que conversaban á la cabecera de su cama. Apenas salieron por una puerta, otra se abrió y entraba el monge.

Se aproximó Savonarola al lecho del moribundo, fijando sobre él su penetrante mirada, y en aquella mirada Lorenzo leyó como

en un libro todo lo que pasaba en el corazon del monge.

—Padre mio, dijo, os he enviado á buscar habiendo sido tocado de la gracia de Dios y no queriendo recibir la absolucion sino de vos.

—Yo no soy mas que un pobre fraile, respondió Savonarola, pero es á uno aun mas pobre que yo á quien el Señor ha dicho: Lo que desatares en la tierra será desatado en el cielo.

—¿Puedo, pues, esperar que el cielo me perdonará, padre mio? preguntó Lorenzo.

—Si, el cielo te perdonará, dijo el monge; si, salgo garante de su misericordia, pero con tres condiciones, óyelo bien, Lorenzo.

—Y esas tres condiciones ¿cuáles son? preguntó el moribundo.

—La primera es que harás tu profesion de fé antes de morir.

—¡Oh! eso voluntariamente, padre mio, exclamó Lorenzo, y sed testigo y garante de que muero en la religion católica, apostólica, romana.

—La segunda, continuó Savonarola, es que volverás todos los bienes que en tus banquetes y con tus usuras hubieses ganado ó secuestrado.

Lorenzo vaciló algunos instantes; despues, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo:

—Pues bien, dijo, se hará como lo deseais, padre mio; yo no tendré tiempo de hacer por mí mismo esta restitution, pero dejaré dispuesto se haga despues que yo falte.

—La tercera, continuó el entusiasta, la tercera es que devolverás la libertad á Florencia y volverás á poner la república en el mismo estado de independencia en que tu padre la encontró.

El rostro del moribundo se contrajo de un modo terrible: despues, sobreponiéndose á todo temor:

—Jamás, exclamó Lorenzo, jamás! Será de mi alma lo que Dios quiera, pero no destruiré con una sola palabra la obra de tres generaciones: los Médicis serán duques de Florencia.

—Está bien, dijo el profeta, ya sabia yo de antemano lo que tú me ibas á responder: está bien, muere condenado, y que las cosas resueltas en la sabiduria de Dios se cumplan en la tierra como en el cielo.

Y salió sin añadir una sola palabra á su amenaza, y sin que por su parte hiciera Lorenzo un gesto para llamarle.

Cuando Politien y Pico de la Mirandola volvieron á entrar en la cámara del moribundo, le encontraron teniendo entre sus manos un cristo ricamente esculpido que acababa de descolgar de la pared, y al que besaba los pies en las contracciones fuertes de la agonía.

Dos horas despues Lorenzo habia muerto, sin que hubiese hecho otra cosa que orar desde el momento en que Savonarola le habia dejado, hasta el momento en que habia exhalado su último aliento.

Un asesinato singular siguió á esta muerte,

Hemos dicho que Lorenzo tenia por médico á un tal Leoni Spoleto. Apenas se esparció el rumor de que Lorenzo acababa de espirar, cuando el médico, temiendo no le jugase alguna mala partida, intentó huir: pero ya habian circulado terribles sospechas sobre él, y á una palabra de Pedro de Médicis, hijo de Lorenzo, los servidores del Magnífico se arrojan sobre aquel desgraciado y le echaron á un pozo.

La muerte de Lorenzo fué una señal de duelo para toda la Italia. Maquiavelo, á quien no se acusará de entusiasta por los poderosos de este mundo, la mira como la señal de las desgracias que debian suceder, no solo á Florencia, sino á la Italia entera, y como Virgilio en tiempo de los Césares, refiere los prodigios que la acompañaron.

Uno de aquellos prodigios, el mas maravilloso de todos, es sin contradiccion el que vamos á decir, y que se atestigua por el relato de los que le presenciaron, y por una fecha anterior á los sucesos que precedia.

Lorenzo tenia por amigo de su casa á un tal Cardiere, músico é improvisador, que le hacia ordinariamente ir por la noche cuando estaba acostado, y que le distraia cantando acompañado de su laud. Este hombre tenia entrada á todas horas con el Magnífico; pero cuando la enfermedad del Magnífico tomó un carácter serio, se habia alejado de él, aquel hombre á quien miraba como un bufon. La noche siguiente á la en que murió Lorenzo, Cardiere estaba acostado, cuando oyó abrir la puerta de su cuarto y vió venir á un espectro que reconoció ser la sombra de Lorenzo: estaba vestido de negro, con el rostro triste y su manto desgarrado. Cardiere atemorizado, abrió la boca para hablar; pero el espectro le hizo seña de que se callara, y con una voz lenta y sorda, que sin embargo, el músico reconoció perfectamente ser la de su amo, le mandó fuere á prevenir á Pedro, su hijo, que amenazaban grandes desgracias á él y á su familia, y que entre otras debia prepararse á un próximo destierro: despues, hecha esta recomendacion, se desvaneció el espectro sin que Cardiere pudiese ver por donde habia desaparecido.

El pobre improvisador se hallaba en una posicion singular: conocia á Pedro por un jóven de un carácter brutal, y podía suceder, que sino le agradaba el aviso, podia enviarle á reunirse con Leoni de Spoleto. Asi, habiendo pesado todo, y reconociendo que tenia todavia mas miedo á los vivos que á los muertos, resolvió á lo menos hasta nueva orden, guardar el aviso para si. Por lo demas, al cabo de algunos dias y de buena voluntad, Cardiere habia llegado á creer que habia sido victima de alguna ilusion de los sentidos y que la pretendida aparicion jamas habia existido sino en su imaginacion.

Pero no debia quedar esto asi para Cardiere:

una noche su puerta se abrió de nuevo: el espectro avanzó con su callado paso, y despues con la misma voz lenta y sombría, pero con el fuego de la cólera en sus ojos, le repitió la misma prediccion y le renovó la misma orden. Pero esta vez, y para que el improvisador no tomase lo que veia por un juego de su imaginacion, añadió el espectro al encargo un vigoroso bofetón: despues de lo que, como la primera vez el espectro pareció disolverse y desapareció en humo.

Esta vez Cardiere resolvió no andar en bromas con su antiguo amo: pasó la noche rezando, y llegado el dia, fué á casa de Miguel Angel Buonarotti, que era en aquella época un jóven de diez y siete años, y como sabia que Lorenzo tenia una grande amistad con él, y que éste por su parte conservaba un gran reconocimiento á Lorenzo, le contó lo que habia pasado. Miguel Angel le dió el consejo de que fuese á referirselo todo á Pedro de Médicis.

Cardiere estaba en Florencia: salió al punto de la ciudad, y tomó el camino de la vila Careggi. A mitad del camino vió venir una cabalgata compuesta de damas bellas y señores jóvenes, en medio de los cuales reconoció á Pedro de Médicis. Entonces se adelantó el jóven hácia él, diciéndole que si queria concederle un instante aparte, tenia cosas de la mas alta importancia que comunicarle. Pero Pedro de Médicis creyendo que seria para suplicarle que le conservase consigo con el mismo titulo y bajo las mismas condiciones que habia estado con su padre, le dijo que hablase alto, puesto que no tenia secretos para la honorable compañía con que se encontraba. Cardiere insistió entonces con todo el respeto posible; pero como viese que la cólera asomaba al rostro de Pedro, y que éste le mandaba con aspereza que dijese alto todo lo que tenia que decir, entonces no vaciló, y refirió las dos apariciones tal como se habian verificado, así como las profecias del espectro. Pero estas profecias no produjeron otro resultado que hacer reir á carcajadas á Pedro y su comitiva, y Bernardo Dovizis, que despues fué el cardinal Bibbiena, pensando que toda esta historia no era sino una invencion de Cardiere para darse importancia, le preguntó como era que Lorenzo en lugar de aparecerse directamente á su hijo, habia escogido para su intermediario un miserable tañedor de laud como él. Cardiere respondió que el hecho era demasiado inesplicable, para que él tratase de buscar una explicacion: que habia dicho la verdad, que Pedro podia creer ó no, y en uno ú otro caso obrar como mejor le pareciese.

Pedro de Médicis continuó su camino, diciendo á Cardiere que le agradecia su cuidado, y que tomaria en consideracion un aviso que le venia por embajador tan recomendable.

Pero, como se comprende bien, Pedro de Médicis olvidó en la misma noche, en una de las orgías que le eran tan habituales, la recomendación y al que la había hecho.

Cuatro años después se cumplió la predicción del Magnífico. Carlos VIII atravesó los Alpes, y Pedro de Médicis y su familia fueron expulsados de Florencia, adonde no volvieron hasta el duque Alejandro.

Pero no es esto todo: puesto que hemos vuelto á estos recuerdos, volvamos á tomar la historia de Miguel Mercati y de Marsilio Ficino donde la dejamos.

Los dos amigos, se recordará, que después de una larga y profunda discusión sobre la inmortalidad del alma, se habían prometido que el primero que muriese vendría á dar al otro noticias de la muerte. Marsilio Ficino fué el primero que pagó el tributo á la humanidad: murió en 99 en la vila Careggi, donde tenia costumbre de habitar, aun después de la muerte de Lorenzo.

Durante este tiempo, Miguel Mercati estaba en San Miniato-al-Monte, donde estaba acabando un trabajo que le tenia ocupado hacia tres años.

Mas, la noche misma de la muerte de Marsilio Ficino, como velase á la luz de una lámpara encorvado sobre su manuscrito, oyó el galope de un caballo que iba sin cesar aproximándose. Llegó delante de la casa que él habitaba, paró el galope, después oyó tres golpes dados á intervalos iguales con el llamador de la puerta; y á su pesar á este ruido inesperado, se estremeció todo su cuerpo.

Entonces, conmovido de temor, y sin saber de qué procedía aquella emoción, fué á abrir su ventana, y vió á la puerta un caballero parado: estaba montado sobre un caballo blanco, envuelto en su mortaja como en una capa y tenía la cabeza levantada aguardando á que Miguel Mercati abriese la ventana.

Abierta la ventana, gritó el caballero tres veces:—¡Ella existe! ¡ella existe! ¡ella existe! después volvió á partir al galope, y desapareció por el extremo de la calle opuesto á aquel por donde había venido.

Era la sombra de Marsilio Ficino que iba á cumplir su promesa y anunciar á Miguel Mercati que su alma era inmortal.

Hoy, aunque separado del dominio de la corona, y perteneciendo á un simple particular, Mr. Orsi, la vila edificada por Cosme el Antiguo, la casa favorita de Lorenzo el Magnífico, la Academia platónica del siglo XV, se conserva con religioso respeto en su antigua distribución. A mano izquierda, entrando bajo el impluvium, que en su amor á la antigüedad Cosme había hecho edificar todo alrededor del patio interior, está el pozo donde se precipitó ó mas bien donde precipitaron al desgraciado Leoni de Spoleto. En el primer piso, á la derecha del gran salon, está la habitación don-

de después de la escena que hemos referido con Savonarola, espiró Lorenzo el Magnífico; la cámara que sigue es donde murió su abuelo Cosme el Antiguo: en fin, el terrado rodeado de columnas, y con el techo lleno de frescos del gusto de las logias del Vaticano, es en el que se reunia la Academia platónica, y donde el espléndido huésped celebraba, rodeado de Politien, de Pico de la Mirandola, de Ermolao Bárbaro, Miguel Mercati y Marsilio Ficino, el aniversario del nacimiento del filósofo de que habían hecho su dios.

A la entrada del jardin hay dos estatuas de enanos, cuyos originales estaban sin duda, con el tañedor de Land Cardiere, destinados á distraer la docta asamblea: el uno está subido sobre un caracol, el otro cabalga sobre un buho: los dos son repugnantes con su gruesa cabeza unida á su cuerpo pequeño por un cuello que parece no tener fuerza para sostenerla.

El jardin con sus calles de árboles en mosaico, representando una caja, de cuando en cuando interrumpidas por escudos cargados de bolas rojas de los Médicis, ha conservado su clásico dibujo y su forma académica. A su estremidad hay dos bosques de laureles frondosos, en el espesor de los cuales se han practicado especies de salas de verdura, refrescadas por fuentes: es verdad que en los grandes calores del estío las desgraciadas náyades sufren la ley comun á las diosas de las aguas etruscas, sus manantiales se secan, y no tienen mas agua que aquella con que el jardinero las socorre con abundancia de cubos y regaderas.

Este jardinero, que lleva el nombre bucólico de Nicoletto, es un descendiente del jardinero de Lorenzo de Médicis.

La vila Careggi, toda amueblada, con sus ricos recuerdos, una vista magnífica que domina á Florencia, y una brisa siempre fresca, aun en medio del estío, se alquila en 100 cequies, es decir, en 1,100 ó 1,200 francos al año.

## POGGIO Á CAJANO.

Poggio á Cajano está situado á diez millas de Florencia en el punto mas culminante del camino que conduce á Luca, de suerte que sus tres fachadas ofrecen tres vistas encantadoras, la una sobre Florencia y las casas de campo que le rodean; la otra sobre las montañas y los pueblecitos de que están sembradas, y la tercera, en fin, sobre Prato-Pistoja-Sexto, y todo el valle del Arno inferior.

Poggio á Cajano fué edificada por Lorenzo el Magnífico, de quien, á propósito de Careggi,

hemos contado sus gustos clásicos y su extraño fin. Había comprado el terreno de la casa Cancellieri de Pistoja, casa famosa en las contiendas civiles de la Italia. Las ruinas que sacó para echar los cimientos de la villa actual, eran, según se asegura, los restos de un castillo edificado por la familia romana de los Cayos. De ahí el nombre de las Cajanas que había llevado al principio, de villa Cajana que recibió en seguida, y de Poggio á Cajano, que la dió definitivamente su último propietario.

Lorenzo el Magnífico, seducido por la posición deliciosa del terreno, quiso hacer de Poggio á Cajano su residencia favorita: hizo ir á su lado lo que entonces se conocía mejor de pintores y arquitectos, y á cada uno le pidió un plan: el de Giulano Giamberti, llamado mas comunmente San Gallo, prevaleció: únicamente Lorenzo quiso que se apropiase una escalera exterior cuyo diseño correspondía á Etienne de Ugolino, pintor suizo, el cual había hecho que se pudiese subir á caballo hasta lo alto de la escalera. No fué esto solo: Lorenzo quiso que el techo del salon, en lugar de ser plano, se hiciese en círculo, lo que hacia mucho mas difícil su latitud y longitud; pero como San Gallo edificaba entonces para sí una casa en Florencia, intentó por su propia cuenta una bóveda parecida, y habiendo tenido un éxito completo, emprendió al punto la del salon de Poggio á Cajano, que terminó felizmente, como se puede ver. Mas tarde, y despues de la muerte de Lorenzo, Leon X hizo ejecutar en este salon los magníficos frescos del Franciabigio, del Pontorno y de Andrés del Sarto, que se admiran todavia hoy, y que no tienen mas defecto que representar alegorías ú objetos de un interés muy mediano.

Apenas Poggio á Cajano fué edificada, cuando Lorenzo el Magnífico fué allí con toda su corte de poetas, de doctores y de filósofos, y se entregó mas que nunca á sus reuniones académicas y á sus discusiones platónicas. Bien pronto se presentó una ocasion á Lorenzo de desahogar su nùmen poético-mitológico. Uno de esos arroyuelos que han decorado con el nombre de ríos en Italia, y que despues de haber sido arena húmeda en el estio, se convierten en terrenos fangosos en el invierno, atravesaba los jardines de Poggio á Cajano. En medio de su curso se elevaba una encantadora isleta muy embellecida por los cuidados de Lorenzo, á la que por los meses de octubre, noviembre y diciembre, se iba en lancha, y en junio, julio y agosto se visitaba tranquilamente á pie enjuto. En fin, cualquier cosa que fuesen, río ó isla habían recibido cada uno un nombre de los mas armoniosos: el río se llamaba Ombrone y la isla se llamaba Ambra.

Una mañana no se encontró la isla. Había hoidido mucho durante la noche: el Ombrone había crecido, y creciendo se había llevado,

no se sabe donde, la pobre Ambra. Se la buscó largo tiempo, no se la encontró, y nunca despues ha vuelto á aparecer.

Era, como se ve, un magnífico objeto para una bucólica: así el arcade, Lorenzo, no la dejó escapar. La isla fué trasformada en ninfa moradora de los bosques, el Ombrone en sáltiro lascivo: treinta versos se consagraron á la esposicion, cincuenta á la lucha del Pudor contra la Lujuria, diez á una invocacion á Diana, veinte á la metamorfosis de la pobre Ambra en roca, y cuatro á los remordimientos del río raptor; y la Italia, como se dice en estilo de la Crusca, se enorgulleció con un poema mas.

Lorenzo murió, ya hemos dicho cómo; probablemente por su hijo Pedro, á quien urgia hacerse arrojar de Florencia como un infame que era. Poggio á Cajano quedó en la familia de los Médicis; pero la familia de los Médicis estaba desterrada: es decir que Poggio á Cajano quedó vacía.

Cuando Carlos V pasó en 1536 de Nápoles á Florencia para asegurar mejor el poder del duque Alejandro que acababa de desposar con su hija natural Margarita de Austria, se detuvo un dia en Poggio á Cajano. Durante aquel dia se ocuparon en enseñarle todas sus bellezas; nada se le dejó de enseñarle: ni el cielo abovedado de San Gallo, ni los frescos del Pontorno y de Andrés del Sarto, ni los jardines, ni el Ombrone, ni el sitio donde estaba la Ambra. Despues, en el momento de su partida, como parecia que miraba todas las cosas con el mas grande interés, le preguntaron qué cosa le habia llamado mas la atencion entre todas aquellas maravillas:

—Que las murallas de esta casa son bastante fuertes para un simple particular, respondió el emperador.

Tres años despues, las puertas de Poggio á Cajano se abrieron para un hombre que hubiese sido otro Carlos V si hubiese habido dos imperios. Este hombre era Cosme I, elevado al trono á la muerte de su primo Alejandro: hizo allí una parada de cinco dias con su joven esposa Leonor de Toledo, con quien acababa de desposarse en Pisa. Aquellos cinco dias se pasaron en continuas fiestas, de las que fué la reina la nueva desposada; despues entró ella en Florencia por la Porta-al-Prato, la misma por la que, veinte y tres años despues, debia volver á entrar su féretro entre el féretro de sus dos hijos.

Recuérdese lo que hemos contado del cardenal Juan, muerto á manos de su hermano, de don Garcia asesinado por su padre, y de Leonor de Toledo dejándose morir de hambre entre los cadáveres de sus dos hijos.

Despues murió Cosme I, y Poggio á Cajano fué el testigo, si no de nuevas fiestas, á lo menos de nuevos placeres. El gran duque Francisco, de amorosa memoria, iba allí frecuentemente con Bianca Capello: allí fue don-

de el 7 de octubre el gran duque y la gran duquesa dieron al cardenal Fernando aquel banquete de reconciliacion á consecuencia del que murieron los dos esposos. Hemos ya referido esta escena en otra parte; así, como se nos pudiera acusar de repetir, nos tomaremos la libertad de remitir á nuestros lectores á *Un año en Florencia*, donde encontrarán el hecho referido con los detalles mas minuciosos.

Algun tiempo antes, Poggio á Cajano habia sido testigo de un suceso no menos trágico: habiendo envenenado Bianca Capello, que estaba acostumbrada á ello, al único hijo que Francisco habia tenido de su muger Jeana de Austria por el intermedio de una judia que estaba con el niño, el gran duque despues de haber hecho confesar á la judia el crimen que habia cometido, la dió de puñaladas por su propia mano.

Estos dos sucesos causaron, como se comprende, cierta prevencion contra la vila de Lorenzo el Magnífico. Así, cerca de medio siglo se pasó sin que el nombre de Poggio á Cajano fuese pronunciado por la historia: cuando reapareció los tiempos habian cambiado, la época se convertia en comedia: hemos visto ejecutar allí un acto de Shakspeare: vamos á ver representarse allí una escena de Molière.

He referido las aventuras del desgraciado Cosme III, y como fué atormentado en su familia por aquella estravagante Margarita de Orleans, que no estaba tranquila sino cuando el principe Carlos de Lorena pasaba por casualidad á Florencia, pero que desde que marchaba, volvía á empezar sus locuras, corría por las tierras labradas para provocar el aborto, y se alistaba con los bohemios antes que quedar con su esposo en el palacio Pitti. En fin, el escándalo llegó á ser tan grande que Luis XIV y el gran duque Fernando intervinieron y enviaron á la recalcitrante princesa desterrada á Poggio á Cajano, esperando que la soledad la haría tener reflexion.

Desgraciadamente Margarita de Orleans poseia uno de esos encantadores caracteres, tanto mas curiosos de estudiar, cuanto que son, quiero creerlo así, bastante raros entre las mugeres, pero que gracias á los cuales las que los poseen pasan su vida no solo en atormentarse, para lo cual estan en su derecho, sino atormentando á los demás, lo que tras-pasa los límites del derecho común. Así como la dulzura no habia podido nada sobre la jóven duquesa, se comprende que la severidad fracasaria. Margarita de Orleans, habia sido hasta entonces mala, voluntariosa y caprichosa, despues fué loca; y cuando su marido y su suegro fueron á visitarla para asegurarse por sí mismos del efecto producido, amenazó al pobre Cosme con tirarle á la cabeza lo que tuviese en la mano si tenia la desgracia de presentarse delante de ella. Cosme, que no era valiente, se puso en salvo como

si le persiguiese el diablo, y volvió al palacio Pitti con el gran duque Fernando.

Tres ó cuatro meses se pasaron durante los cuales Margarita permaneció en Poggio á Cajano trastornando todo, raspando las pinturas, rompiendo los muebles, destrozando los jardines, haciendo desespear á sus servidores. En fin, á lo mejor, se tranquilizó de repente, su rostro volvió á tomar su carácter de afabilidad y de buen humor que agradaba el verle. Pidió al duque Fernando una entrevista que él le concedió al punto, y en aquella entrevista espresó ante su suegro tanto pesar por las locuras pasadas, le hizo tan halagüeñas promesas respecto al porvenir, le comprometió tan formalmente á hacer olvidar al pobre Cosme aquella fruicion anticipada del infierno que le habia proporcionado en este mundo, que Fernando se dejó enganar, y prometió obtener de su hijo que la perdonase. Cosme, que era la bondad personificada, no solo hizo lo que su padre le pedía, sino que corrió en persona á buscar á la desterrada á Poggio á Cajano, y la condujo gozosisimo á Florencia.

A la mañana del día siguiente, el principe Eugenio de Lorena vino á hacer una visita á su primo Cosme III y estuvo tres meses alojado en en el palacio Pitti.

Durante aquellos tres meses, Margarita de Orleans estuvo de un humor encantador; no se hubiera podido comprender que aquel ángel de dulzura fuese el demonio que hacia tres ó cuatro años, causaba la turbacion en la familia, todos se felicitaban de este cambio, cuando, habiendo transcurrido los tres meses que el principe Carlos de Lorena debía pasar en Florencia, el jóven principe partió despues de despedirse de sus huéspedes.

Ocho dias despues, Margarita de Orleans habia vuelto á ser un diablo, y el palacio Pitti un infierno.

Poggio á Cajano habia producido tan buen efecto en la primera crisis, que se resolvió apelar al mismo remedio en la segunda: volvieron á enviar á Margarita á las margenes del Ombrone, y la invitaron á buscar en medio del silencio de sus riberas las sabias reflexiones que la habian corregido la primera vez.

Desgraciadamente las cosas habian cambiado: el principe Carlos de Lorena habia vuelto á Francia: Margarita de Orleans resolvió hacer tanto y tan bien, que la enviasen á reunirse con él.

Entonces las estravagancias volvieron á comenzar; pero como el jóven gran duque parecia fijar poca atencion en ella, le obligó Margarita á ocuparse de ella escribiéndole: remítito, pues, un día á su chambelan la carta siguiente, encargándole llevarla al palacio Pitti, y entregarla al duque Cosme en su mano: «He hecho lo que he podido hasta ahora por captarme vuestra amistad, y no he podido lograrlo, por mas que yo haya sido tan complaciente con vos, como activo os habeis

mostrado conmigo. Hace mucho tiempo me esfuerzo por todos los medios posibles en soportar ese desprecio sin quejarme, pero mayor paciencia me es imposible tener, y he aquí por qué tomo una resolución que no deberá sorprenderos si reflexionais sobre los malos tratamientos que me habeis sufrido hace once años. Os declaro, pues, que no puedo vivir mas con vos: habeis mi desgracia y yo la vuestra. Os ruego en consecuencia, consintais en una separacion que llevará la calma á vuestra conciencia y á la mia. Os enviaré mi confesor, á fin de que se entienda con vos, y aguardaré aquí las órdenes del rey, á quien he suplicado me permita entrar en un convento en Francia: gracia que os pido á vos mismo; prometiendo, si teneis á bien concedérmelo, olvidar enteramente lo pasado. No os inquieteis por mi conducta en lo venidero; mi corazon es lo que debe ser; es decir, bastante noble para que no podais recelar cosas indignas de vos y de mí; porque yo tendré siempre delante de los ojos el amor de Dios y el honor del mundo. Os propongo esto, porque creo que es el medio mas seguro de volvernos la calma y la tranquilidad á los dos para todo el resto de nuestra vida.

«Os recomiendo nuestros hijos.»

Esta carta desconcertó al duque Cosme: era difícil hallar mayor impudencia dirigiendo una determinacion mas escandalosa. Intentó, pues, todavía por todos los medios atraer hácia sí á la duquesa, pero viendo que no podia conseguirlo, consintió en su demanda, la hizo volver á conducir á Marsella, la aseguró una renta vitalicia de 80,000 francos, y conforme á su peticion, la autorizó á entrar en el convento de Montmartre.

La princesa Margarita habia creído que su compromiso de vivir en un convento, llegada á Francia, no seria mas que una obligacion de la que se libraria fácilmente: admiróse, pues, mucho cuando recibió á la vez de Florencia y de Versalles, de Cosme III y de Luis XIV, la órden espresa de estar lejos de la córte y vivir en el retiro mas absoluto. No era eso lo que habia creído la gran duquesa. Asi, cansada prontamente de la vida del claustro, pidió la deixasen ir á vivir con su hermana, que habitaba el palacio del Luxemburgo: esta peticion le fué rehusada.

Entonces se ocurrió á la princesa una idea muy sencilla y que se admiró de no haber encontrado antes.

Fué la de incendiar el convento.

Las tres cuartas partes de la abadia padecieron; pero este accidente solo dió algunos dias de libertad á la pobre reclusa, la cual se aprovechó de ella para dirigir á su marido la despedida siguiente. Los aficionados á novelas en cartas nos agradecerán, así lo esperamos, estos dos fragmentos del estilo epistolar de la hija de Gaston de Orleans.

«Decididamente, no puedo sufrir vuestras

extravagancias: habeis todo lo que podeis contra mí cerca del rey Luis XIV: me prohibis ir á la córte, y haciéndome esta prohibicion no solo empearais mis negocios y los vuestros, sino que perdeis el porvenir de vuestros hijos. Me poneis en tal estado de desesperacion, que no pasa dia que no desee, no solo veros morir, sino veros perecer ahorcado. A tal estado de perpétuo furor me habeis conducido, que no me atrevo á recibir los sacramentos, sereis la causa de que me condene, y mi condenacion acarreará la vuestra, porque el que pierde un alma no puede ni debe esperar salvar la suya. Pero en medio de todo esto, lo que me causa mayor disgusto no es precisamente ir al infierno, sino ir en vuestra compañía; lo que hará que despues de haber tenido el tormento de veros en este mundo, tendré todavía el de veros en el otro. Si en lugar de oponeros á todas mis súplicas, me hubieseis dejado retirarme tranquilamente al Luxemburgo con mi hermana, que es una santa (4), me hubiera entregado dulcemente á la devocion, lo que me hubiese sido fácil, porque yo comenzaba á hacerme instruir en las obligaciones que tenemos hácia Nuestro Señor Jesucristo; y tanto, que durante el viage que hice á Alençon con mi hermana, habia yo casi tomado la resolucion de profesar en una casa de caridad; porque, y á cualquiera que preguntéis os lo dirá, durante este viage, y todo el tiempo que permaneci en aquella ciudad, pasaba las mañanas cuidando enfermos, y el resto del dia visitando á las religiosas de la Caridad, haciendo lo que ellas hacian, sin disgusto y sin cansancio. Pero hoy todo ha cambiado: no quiero pensar en hacer el bien, sino en arrojarme en el mal, y tanto me desesperais, que conozco no tendré un instante de reposo mientras no me venga. Cambiad, pues, de conducta con respecto á mí: es tiempo, os lo prevengo, porque si debiese yo sellar un pacto con el diablo por volveros loco de rabia, le firmaria: todas las locuras que una mujer puede hacer, y que, á pesar de todo su poder, no puede evitar un marido, las haré. Así, creedme, escribid pura y simplemente al rey que no quereis ya ocuparos ni de mí, ni de lo que yo haga; dejadle gobernarme á su manera sin intentar gobernarme á la vuestra, y abandonad todo lo que yo haga á S. M. y á su prudencia: si habeis esto, os prometo intentar volver á ponerme bien con Dios; pero si no lo hiciésteis, esperad recibir prontas noticias de mi cólera y de mi venganza, porque, ya lo veis, someterme á vos jamás hay que pensar en ello. Creéis, segun me han dicho, volverme á llevar á Florencia: si habeis concebido esta esperanza, os aconsejo la desecheis;

(4) Se refiere aquí á la señorita de Montpensier, llamada la gran Madamisela, querida de Lauzun. Lo advertimos á nuestros lectores, que acaso no la hubieran reconocido bajo el epíteto de santa que la da su hermana.

eso no se efectuará, y si se efectuasé, desgraciado de vos, porque os juro que no pereceréis á otras manos que á las mías. Podeis, pues, en ese caso prepararos á viajar al otro mundo, y muy contento. Así, creedme, no cambiéis nuestra situación respectiva sino para mejorar la mía de la manera que os he dicho, á fin de que cuando murais, lo que, dicho sea de paso, no puede tardar mucho tiempo, ruegue á lo menos alguna vez por vuestra alma, y pueda asegurar cerca del rey el porvenir de vuestros hijos, á quienes habeis arruinado. Por tanto, bastante os digo; porque queriendo impedirme marchar de través, seré yo quien os haga caminar derecho; y os semejareis á aquellos que van á dar una cerrada y en lugar de darla la reciben. Ahora estais ya advertido, lo demas es negocio vuestro y no mio. Por lo que hace á mí, nada tengo ya que perder en lo sucesivo, habiendo hecho mucho tiempo desesperado de todo.»

Las esperanzas de Margarita se frustraron, porque Cosme III vivió todavía cuarenta y dos años despues de esta carta, y su muger fué la que le precedió dos años en el sepulcro.

Hemos referido mas arriba como habiendo estendido Dios la mano sobre los Médicis para indicarles que habian reinado bastante: el desórden, el libertinage y la esterilidad se apoderaron de aquella desgraciada raza. Fernando, hijo de Cosme III, casó con Violante de Baviera; pero como al cabo de algunos años se conoció que la princesa no podía ser madre, su marido se disgustó de ella, y para separarse fué á habitar á Poggio á Cajano. Allí reunió favoritos y queridas, y entre esos favoritos y esas queridas habia un soprano y una prima donna á quienes preferia particularmente: el soprano se llamaba Francisco de Castres, y la prima donna, que era una bella y jóven cantante veneciana, se llamaba Vittoria Bombagia.

Entonces, en lugar de ser testigo de las catástrofes que terminaron el reinado de Francisco I, ó de las desavenencias conyugales que desolaron el de Cosme III, Poggio á Cajano, volvió á ser, como en los tiempos de Lorenzo el Magnífico y de Cosme I, un lugar de placeres y de fiestas: todos los dias habia bailes, conciertos y espectáculos; desgraciadamente todos estos placeres separaban mas y mas al gran duque Fernando de su muger. Fernando resolvió hacer todo lo posible para poner fin á esta situación, escitado diariamente por las celosas quejas de Violante de Baviera.

Una idea ocurrió entonces al gran duque, no se sabe quien se la sugirió; era poner en pugna á los dos favoritos y destruir si era posible al uno por el otro.

Lograrlo no era difícil; hay una manzana de discordia que arrojada en medio de los artistas jamás deja de producir su efecto: es el amor propio herido. El gran duque se condu-

jo de modo que durante tres ó cuatro conciertos y dos ó tres representaciones teatrales, la Bombagia fué aplaudida y Francisco de Castres silbado. Como debia suceder naturalmente, el soprano acusó de intriga á la prima donna; y un dia que estos dos importantes personajes comian en la misma mesa, trabando disputa sobre su talento respectivo, y habiendo dicho la Bombagia una palabra picante á Castres, éste le arrojó al rostro un pan de tres ó cuatro libras que tenia al lado. A este insulto, como puede suponerse, la cantante dejó la sala, y corrió con la cara cubierta de lágrimas y sangre á arrojarle á los piés de Fernando, que viéndola en tan deplorable estado, la prometió una pronta venganza. Despues la rogó que se retirara á su habitacion; y fingiéndose ignorante de todo, obligó, una hora despues de las escenas que hemos contado, á que se le presentase el culpable, y sin dejarle sospechar la cólera que contra él abrigaba, le entregó una carta que le mandó llevarse inmediatamente á su primer chambelan Torrigiani, que estaba en Florencia en el palacio Pitti. El soprano que ignoraba la comisión de que estaba encargado, partió al punto sin sospechar nada, y tan pronto como llegó á Florencia se apresuró por obedecer al príncipe á llevar esta carta á su destino. Torrigiani la abrió y vió con la mayor sorpresa que contenia la órden de atar de pies y manos al señor Francisco de Castres, arrojarle en una carreta y hacerle conducir inmediatamente fuera de las fronteras de Toscana, con prohibicion de volver á entrar en ella bajo pena de la vida. El chambelan, jamás se habia permitido discutir las órdenes del príncipe; hizo entrar á dos soldados, les entregó el cantante, que convenientemente sujeto de pies á cabeza, fué vuelto á conducir hasta las fronteras de los Estados Pontificios con permiso de marchar hácia adelante cuanto quisiere; pero con prohibicion de volver jamás atrás. La órden era positiva, y produjo tal efecto sobre el pobre soprano, en quien el valor no era la cualidad esencial, que corrió de una tirada hasta Roma, donde murió algunos dias despues, á consecuencia de su miedo.

Aquí termina la historia política, pintoresca y escandalosa de Poggio á Cajano, que á la extincion de las ramas de los Médicis pasó como los otros bienes de la corona á la casa de Lorena.

Hoy pertenece á S. A. el gran duque Leopoldo, que lo habita al año uno ó dos meses, y lo abandona durante los demas con su bondad ordinaria á la curiosidad de los extranjeros, que vienen á buscar en ella la huella de los diferentes sucesos que acabamos de referir.

## QUARTO.

Quarto no es ni un palacio ni un castillo, es simplemente una villa. Quarto no tiene ni antiguas tradiciones ni gótica leyenda. La celebridad de Quarto es contemporánea: sus recuerdos datan de la época actual. Quarto es la residencia del hermano de Napoleón, del príncipe Gerónimo de Montfort, del ex-rey de Westphalia.

Un día Napoleón quiso castigar la Hesse, amenazar á Brunswick, separar para siempre jamás el Hannover de Inglaterra. Reunió esas tres provincias, compuso de ellas un reino, y llamando á su hermano mas jóven que tenía entonces veinte y seis años apenas:

—Gerónimo, le dijo, José es rey de España, Luis es rey de Holanda, Murat es rey de Nápoles, Eugenio es virey de Italia: te toca el turno de subir al trono, te hago rey de Westphalia.

Y el nuevo rey partió para Cassel su capital.

El reino de Westphalia, anexo del imperio del nuevo Carlo-Magno, cayó en 1844 con aquel imperio. Napoleón fué hecho soberano de la isla de Elba y el rey de Westphalia se convirtió en príncipe de Montfort.

El príncipe de Montfort cuando era rey se había casado con una santa y noble muger que despues de haber dividido con él su poder, dividió su destierro. Era la hija del viejo rey de Wurtemberg, la misma princesa á quien se hizo aquel extraño robo de diamantes, del que Maubrenil pasó por el autor, y no era sino el cómplice.

El príncipe de Montfort y su muger estaban en Trieste, vigilados por la policia austriaca, cuando la nueva del desembarco del emperador en el golfo Juan hizo estremecer á la Europa admirada. Como se comprende, se redobló la vigilancia.

Un día, en el momento en que el príncipe lo esperaba menos, vió entrar en su casa á su antiguo ayudante de campo, el baron de Gayl. Llegaba de Paris, y era portador de una carta de Napoleón y de un pasaporte de Fouché. En veinte y seis días el emperador había ido de Porto Ferrajo á las Tullerías.

Esta carta invitaba al príncipe Gerónimo á reunirse á su hermano lo mas pronto posible; en ella se le prevenia además que, una fragata acababa de ser espedita de Nápoles para trasportarle á Francia.

Una carta semejante había sido al mismo tiempo remitida á Eugenio.

Eugenio respondió que tenía compromisos con los poderosos aliados, que le impedían acceder á la invitacion de su padrastro; pero

que en el momento en que Napoleón hubiese pasado el Rhin, iría á reunirse con él.

El príncipe Gerónimo no respondió sino que la invitacion de su hermano era para él una órden y que partiría aquella misma noche.

Sin embargo, aquello era mas fácil de decir que ejecutar: las noticias llegadas de Francia redoblaban por momentos la vigilancia de la policia mas activa: era preciso hacer todo, sin que se conociera que se preparaba nada. Aguardó el príncipe la visita del cónsul de Nápoles, que tenía costumbre de ir todos los días á verle, á las dos, para determinar alguna cosa con él.

Vino el cónsul á la hora acostumbrada: era Mr. Abatucci, del que su adhesion á la familia de Napoleón era conocida del príncipe Gerónimo: no vaciló, pues, en decirselo todo, y confiarle que no contaba con nadie mas que con él para abandonar á Trieste: Mr. Abatucci respondió al príncipe poniendo á su disposicion la chalupa cañonera *el Vesuvio*, que hacía parte de la marina de Murat, y se hallaba en aquel momento en el puerto de Trieste. El príncipe aceptó.

Al instante mismo le dió órden al comandante de la chalupa de aparejar y salir del puerto, despues de enviar á media noche la lancha á un punto de la playa que se le indicó.

Dos personas solamente estaban en el secreto: la reina y Mr. Abatucci: el comandante mismo de la chalupa ignoraba á quien iba á recibir.

A media noche el príncipe dejó su casa por una puerta escusada acompañado de la reina: fuera de la ciudad los esperaba monsieur Abatucci: se reunió á ellos y los acompañó hasta el punto de la costa convenido. La chalupa los esperaba allí: no había tiempo que perder: la despedida fué corta. El príncipe abrazó á la reina y partió. En tanto que á la oscuridad de una de esas bellas noches italianas se pudo distinguir la barca, la reina y el cónsul permanecieron sobre la costa: por último, la barca se perdió en las tinieblas: desde aquel momento estaba el príncipe bajo la salvaguardia de la fortuna fraternal.

A la mañana siguiente el príncipe estaba á la vista de Sinigaglia. Con gran asombro suyo veía un gran preparativo de fuerzas: un magnífico ejército desfilara siguiendo la costa; el príncipe creyó reconocer los uniformes napolitanos, y ordenó al comandante del *Vesuvio* le dejase en tierra.

El príncipe se dirigió hácia una casa que distinguió: era Casa-Brucciata, una parada de posta: al mismo tiempo que él, llegaba un carruaje tirado por seis caballos, del que bajó un hombre: era Murat.

Por mas que estuviesen distantes de esperar encontrarse allí, los dos cuñados se reco-

nocieron al instante mismo. Murat dió al príncipe Gerónimo, sobre la marcha triunfal del emperador á través de la Francia, detalles que él ignoraba.

Aquella empresa gigantesca que Murat intentó mas tarde imitar, como el cuervo imita al águila, le entusiasmó: quería barrer, decia á los austriacos de la Italia, y dar la mano al emperador por encima de los Alpes.

Durante dos dias el príncipe Gerónimo, que habia sabido por el rey de Nápoles que la fragata que debía trasportarle á Francia no habia llegado todavía, siguió el ejército de su hermano como aficionado. Así llegaron á Bolonia.

En Bolonia un oficial inglés, encontró á Murat, encargado de una mision secreta de su gobierno. Murat le invitó á cenar con él; mas sabiendo esta circunstancia el príncipe Gerónimo hizo decir á Murat que no queriendo incomodarle en sus negociaciones se retiraba. El mismo dia, á pesar de las instancias de Murat, el príncipe Gerónimo partió para Nápoles.

La fragata francesa acababa de llegar. Por una estraña coincidencia tenia el mismo nombre que aquella que bajo las órdenes del príncipe Joinville fué mas tarde á buscar el cuerpo de Napoleon en Santa Elena. Era la *Belle-Poule*, de cuarenta y cuatro cañones.

La reina madre y el cardenal Fesch acababan de llegar á Nápoles: el príncipe los hizo subir á bordo y marchó con ellos á Francia.

A la vista de Córcega descubrieron una vela. Observandó el navio que se veia reconocieron un navio inglés de setenta y cuatro cañones. El príncipe ignoraba completamente cual era el estado político reciprocamente de la Francia y la Inglaterra. No era posible combatir con un enemigo tan superior y mucho menos librarse de él si le daba caza. El príncipe mandó anclar eu Bastia. A la mañana siguiente el navio inglés cruzó delante del puerto.

El príncipe le envió al punto uno de sus ayudantes de campo para saber cuales eran sus intenciones, si se presentaba como amigo ó como enemigo. El capitán del buque respondió que no habiendo habido una declaracion de guerra entre los dos gobiernos podia el príncipe salir del puerto con toda seguridad. Al instante mismo el príncipe dió orden de aparejar; y, como se habia comprometido á ello, el comandante del navio inglés dejó alejar la fragata francesa sin hacer contra ella ninguna demostracion hostil.

En la noche del dia siguiente el príncipe desembarcó en Frejus. Tres dias despues estaba en Paris.

Napoleon se preparaba para la solemnidad del campo de Marte. El príncipe Gerónimo estuvo á su lado en aquella gran fiesta. El solo representaba á toda la familia. Ni uno solo entre todos aquellos reyes, aquellos príncipes y aquellos grandes duques que habia hecho el imperio habia tenido bastante fé en los Cien dias

para ir á reunirse al conquistador aventurero de la isla de Elba.

La Europa tomaba una actitud hostil. Ningun soberano habia respondido á la fraternal circular enviada por Napoleon. La Prusia, la Holanda y la Inglaterra aproximaban sus ejércitos á la frontera; las demas naciones se armaban.

Será todavía largo tiempo el destino de la Francia tener toda la Europa contra ella, hasta que por último llegue á tener toda la Europa con ella.

Cada dia que pasaba arrebatada una esperanza de paz. Napoleon, que no habia creído en ella, estaba preparado á la guerra desde el dia siguiente de su llegada á las Tullerías.

Napoleon salió de Paris para reunirse al ejército. Hace veinte y siete años precisamente. Era yo muy niño. Le vi pasar; era el 12 de junio de 1815 á las cuatro y media de la tarde. Iba vestido con un traje verde de cazadores de la guardia; llevaba la cruz de oficial, la placa de la legion de honor, y la cruz de la corona de hierro.

No olvidaré en mi vida aquel noble busto hecho para la médalla, bello como las cabezas de Alejandro y de Augusto, que la antigüedad nos ha trasmitido y que la fatiga inclinaba sobre su pecho. El maestro de postas abrió la pórtezueta del carruage para preguntar al emperador si no tenia órdenes que darle. La mirada vaga y distraida de Napoleon se concentró y se fijó en el instante mismo sobre él.

—¿Dónde estamos? preguntó el emperador.

—En Villers-Cotterets, señor.

—A seis leguas de Soissons ¿no es esto? Despues, sin dar á su interlocutor tiempo de responderle: aqui hay, continuo, un castillo edificado por Francisco I; se podria hacer de él un cuartel.

—Señor, eso seria una gran dicha para la ciudad que preferiria eso al asilo de mendicidad que se encuentra en él.

—Hay ademas una gran selva, continuo el emperador: una selva que domina el camino de Leon. Gracias, señor maestro de postas: ¿estamos prontos?

—Si, señor.

—Partamos.

Y aquella cabeza que sabia todo y que no olvidaba nada, volvió á caer sobre su pecho doblegada por el mundo de ideas que contenia.

El carruage volvió á partir en el mismo instante al galope de sus caballos.

A la izquierda del emperador iba el príncipe Gerónimo y delante de él el general Bertrand.

Por mas que mi principal atencion estuviese absorbida por el emperador, la fisonomia de su hermano me habia llamado de tal modo la atencion que cuando le volví á ver veinte y cinco años despues, le reconocí.

Era en 1815 un hermoso jóven, de treinta y un años, la barba y los cabellos negros, fiso-

nomía dulce y risueña, y que parecía mas orgulloso entonces con su uniforme de general de division, que lo habia estado jamás con su manto real.

En Avesnes el príncipe Gerónimo, se separó del emperador y tomó el mando de su division: bajo sus órdenes tenia al coronel Cubieres que acababa de casarse hacia dos dias y debía marchar con Ney sobre los Cuatro Brazos mientras que el emperador marchaba sobre Fleurus.

El 15 por la noche cenaba el príncipe con el coronel Cubieres, el general Girard y otros dos ó tres generales de brigada, cuando entró un ayudante de campo de Napoleon: llevaba la órden á Girard y á su division de marchar sobre Fleurus á fin de reunirse con el emperador.

El general Girard, que era uno de los mas bravos soldados del ejército y que habia estado muy alegre hasta entonces, palideció de tal modo al recibir aquella órden que el príncipe se volvió hacia él preguntándole si estaba indispuesto.

—No, monseñor, dijo el general Girard llevando la mano á la frente; pero acaba de pasarme por esta un singular presentimiento. Mañana seré muerto.

—¿Cómo pues! dijo el príncipe Gerónimo riendo: ¿te has vuelto loco, mi antiguo camarada?

—No, monseñor; ¿pero no habeis oido decir nunca que ha habido hombres que han recibido con anticipacion el aviso de su muerte?

—¿Cuántas heridas tienes, Girard?

—Veinte y siete ó veinte y ocho, monseñor; no las he contado bien. Estoy agujereado como una criba.

—¡Y bien! cuando se han recibido veinte y ocho heridas sirviendo á la Francia es uno inmortal. Hasta la vista, Girard.

—Adios, monseñor.

—Hasta la vista.

—No, no, adios.

Girard salió de la habitacion. Todos aquellos militares habituados á ver la muerte todos los dias, se miraron sonriendo; sin embargo, aunque ninguno de ellos creyese en el pretendido presentimiento del que los abandonaba, una triste impresion influia en ellos.

En la noche siguiente, y á la misma hora en que Girard se habia levantado de la mesa, se supo que la primera bala de cañon arrojada desde Ligny, habia sido para aquel valiente general.

La jornada habia sido terrible: fué la de los *Cuatro Brazos*. Desde la mañana hasta la noche, el príncipe Gerónimo estuvo á la cabeza de su division: el fué el que atravesó el bosque de Bossu. Allí recibió dos balazos; uno hizo pedazos la vaina de su espada, el otro era una bala fria que le hizo una contusion en una cadera.

Llegó á la orilla del bosque con su divi-

sion, cuando un hombre á caballo, saliendo de las filas enemigas corrió á galope hasta cincuenta pasos de distancia de las columnas francesas: llevaba el uniforme inglés, con el pecho cubierto de placas y de cruces. Por un instante se creyó que era el mismo Wellington. ¿Pero qué quiere? se preguntaban todos.

En este momento aquel oficial general levantó el sable en señal de querer hablar: se creyó que era un parlamentario, y se le escuchó.

«Franceses, dijo, en lugar de atacarnos como euemigos, venid á nosotros como hermanos; vuestro verdadero rey, vuestro rey legitimo está aqui.»

—Ese hombre está ébrio, dijo el príncipe, envíadle unos cuantos balazos y que se vuelva por donde ha venido.

A esta órden se dispararon unos veinte tiros, y el hombre cayó: corrieron á él, y se reconoció que era el duque reinante de Brunswick. Su padre y su abuelo habian sido muertos como él en el campo de batalla: en el panteon de la familia, se conservan los tres uniformes ensangrentados.

¡Singular destino! El príncipe Gerónimo se habia apoderado ya de su ducado, y he aqui que, sin saber que era él, le privó tambien de la vida.

Como hemos dicho, la jornada habia sido terrible; el príncipe Gerónimo habia perdido en su division tres mil hombres, dos generales de brigada, y tres coroneles. El coronel Cubieres habia recibido cuatro heridas en la cabeza; dos veces el príncipe se habia acercado á él para decirle que entregara el mando á su teniente coronel, y el coronel Cubieres respondió las dos.—Monseñor, mientras pueda tenerme á caballo, estaré á la cabeza de mi regimiento.

Pasaron la noche en el lodo y en la sangre. Despues, durante todo el dia 17 marcharon en seguimiento de los ingleses en retirada; caía la lluvia á torrentes. Al anochecer, hácia las siete, ocuparon una posicion delante del pueblo de Planchenet.

A las ocho llegó allí el emperador; los dos hermanos se volvieron á ver. Napoleon habia sabido como se habia conducido el príncipe en la jornada del 16.—Ten cuidado, Gerónimo, le dijo riendo, te he dado una division, y no una patrulla; si quieres hacer demasiado de soldado, enviaré alguno para que haga de general.

—Yo espero que Vuestra Magestad me dejará todavia el dia de mañana, respondió el príncipe.

—¿Crees, pues, que nos esperarán? dijo el emperador.

—Asi parece, contestó el príncipe, V. M. ha podido ver que ocupan sus posiciones.

—Para la noche, replicó el emperador; para mañana al amanecer los verás levantar el campo. Wellington no es tan necio que me

presente la batalla en semejante posición.

Contra lo que se esperaba, había amanecido y los dos ejércitos se encontraban en la misma posición: Napoleón no acababa de creer aquella imprudencia: envió al general Haxo á reconocer al enemigo.

El general Haxo volvió y aseguró al emperador que el ejército inglés tomaba posición delante del monte San Juan.

—No es posible, repitió dos veces el emperador, os engañais, Haxo; no, no es posible.

—Y sin embargo, es así, señor, respondió el general.

—Pero si los bato, dijo el emperador, apoyados como están en dos desfiladeros, son perdidos completamente, y no vuelve uno á Inglaterra. Id, pues, á aseguraros de nuevo de lo que me deis, Haxo.

El general Haxo hizo un nuevo reconocimiento hasta un tiro de bala de los ingleses, y volvió cerca del emperador llevando una segunda respuesta mas afirmativa aun que la primera.

—Está bien, dijo el emperador, parece que Wellington está loco. ¡Y bien! sea, nos aprovecharemos de su locura.

Al punto se dispuso el plan de la batalla: á las ocho y media de la mañana se leyó al ejército una orden del día firmada por el mariscal Soult.

Era el príncipe Gerónimo el que debía principiar el ataque por el ala izquierda: se colocó en su puesto: su división estaba situada frente á la granja de Hongoumont, que los ingleses habían fortificado por todos los medios posibles durante la noche.

Los primeros disparos se hicieron á las doce y media del día por el primer regimiento de infantería ligera. Una de las primeras balas con que el enemigo respondió, atravesó el cuello del caballo que montaba el príncipe: como se ve, había aprovechado mal los consejos de su hermano.

Se conocen hasta los menores detalles de esta jornada; todo el mundo sabe de memoria aquella lucha de gigantes: los ingleses se mantenían como si hubiesen echado raíces en el suelo, como si estuviesen petrificados en medio de las piedras que defendían. Debe verse hoy aquella granja de Hongoumont arribillada por las balas, arrasada á la altura de un hombre, con sus paredes arruinadas, los surcos de las balas de cañón, y sus agujeros de bombas. Porque todo está tal como el príncipe Gerónimo lo dejó: tan grande fué la destrucción, que veinte y tres años de paz no han intentado siquiera borrar las huellas de un día de batalla.

A las tres y media llegó un ayudante de campo de parte del emperador preguntando por el príncipe Gerónimo. Este dejó el mando de la división al general Guilleminot, tomó un caballo de refresco, y siguiendo las retaguardias del ejército, llegó junto al emperador.

El emperador estaba en pie sobre una pequeña eminencia que dominaba todo el campo de batalla. Tenía cerca de sí al mariscal Soult.

En este momento llega una columna de prisioneros westphalianos; reconocieron á su antiguo rey, y aun el príncipe Gerónimo reconoció á dos ó tres oficiales que habían servido en su guardia. Entonces los prisioneros se pusieron á gritar: ¡*Gott den Kønig!* es decir: ¡Dios protege al rey! Era aquella la leyenda de la moneda westphaliana.

Entonces el príncipe se adelantó hácia ellos.

—Amigos míos, les dijo, os habeis batido bien. ¡Pero os habeis batido contra mí!

—Es verdad, señor; pero hemos sido acostumbrados por vos mismo á hacer nuestro deber.

—¡Y bien! dijo el príncipe, ¿quereis entrar en mi servicio? Si habeis estado contentos conmigo, ahora es la ocasión de probármelo.

—¡*Viva Gerónimo!* exclamaron á la vez soldados y oficiales.

—Pues bien, dijo el emperador, conducid esos valientes á la retaguardia, volvedles sus armas, organizadlos, y que sean incorporados á la primera división.

Esta división era la del príncipe. Los soldados se alejaron gritando: ¡viva el emperador! ¡viva el rey Gerónimo!

El emperador los siguió algun tiempo con los ojos: despues, volviéndose á su hermano, hizo le refriese lo que habia hecho, escuchándole con su aire medio distraido, porque á su primer plan de batalla sustituía en aquel momento otro segundo.

En lugar de destruir el ala derecha inglesa, como habia resuelto al principio, y por un cambio de frente caer en seguida sobre los prusianos, queria ahora abrirse paso por el centro, enviar una ó dos divisiones sobre el ala derecha, que se pondria en retirada hácia Bruselas, y con el resto del ejército destrozar el ala izquierda inglesa y el cuerpo prusiano.

En esto llegó Ney. El emperador, viéndole cubierto de lodo y de sudor, le tendió la mano y pidióle beber. Jardín, su caballerizo, trajo una botella de vino de Burdeos y un vaso. El emperador bebió primero, despues pasó el vaso al príncipe Gerónimo, que bebió á su vez, y le pasó al mariscal Ney.

—Escucha, mi bravo Ney, dijo entonces el emperador sacando su reloj y enseñándole; son las tres y media: te vas á poner á la cabeza del grueso de la caballería; doce mil hombres escogidos entre mis mejores soldados: con ellos se atraviesa por todas partes, y á las cuatro y media darás el golpe de gracia. Cuenta contigo.

Se sabe ya el efecto de aquella carga terrible. He hablado en otra parte de aquellos cuadros de ingleses, abiertos, acuchillados, deshechos; he mostrado á Wellington desesperado, vencido, calculando el tiempo mate-

rial que nos quedaba todavía para acuchillar aquellas tropas admirables que morían en su puesto sin retroceder un paso; y llamando al único hombre ó á la única cosa que podía salvarles: Blucher ó la noche.

Los dos llegaron casi al mismo tiempo. La batalla estaba ganada: el general Friant y el príncipe Gerónimo acababan de tomar la última batería inglesa, cuando Labédoyère corre á todo galope, anunciando que el cañón que empezaba á resonar en nuestra ala derecha y á retaguardia, era el cañón prusiano.

Entonces el emperador ordena la retirada. En un instante, y por uno de esos cambios de la fortuna que con un soplo derriba un imperio, el victorioso se encontró vencido.

No solo se encontró vencido, sino que reconoció que la retirada era imposible.

Entonces resolvió hacerse matar. Se arrojó en el cuadro de Cambrone, bajo el fuego de una batería inglesa que se llevaba columnas enteras, intentando siempre llevar adelante su caballo, que el príncipe Gerónimo contenía por la brida y obligaba á volver atrás, mientras que un anciano general corso, el general Campi, aunque herido de peligro y sosteniéndose con dificultad sobre su caballo, cubría continuamente con su cuerpo al príncipe y al emperador.

—Pero Campi, le dijo el príncipe, ¿quieres hacerte matar?

—Sí, respondió éste, siempre que mi muerte salve al emperador.

Napoleon permaneció así cerca de tres cuartos de hora, buscando, llamando, implorando aquellas granadas y aquellas balas que huían de él. En fin, ese fatalismo en que él había siempre creído, le hizo sobreponerse á su desesperación.

—Dios no lo quiere, dijo. Despues, dirigiéndose á los que le rodeaban:

—¿Hay alguno, dijo, que se encargue de conducirme donde está Grouchy?

Diez oficiales se presentaron. Uno de ellos tomó la brida de su caballo para sacarle de aquella horrorosa confusion; pero el emperador hizo seña de que tenía que decir todavía algunas palabras. Entonces, volviéndose hacía Gerónimo:

—Hermano mio, le dijo, os dejo el mando del ejército; rehacedle y aguardadme bajo las murallas de Laon.

Despues tendiéndole la mano:

—Estoy incomodado, añadió, por haberos conocido tan tarde.

Una nueva combinacion que podia todavía cambiar el aspecto de las cosas, acababa de germinar en aquella poderosa cabeza. Napoleon queria reunirse á Grouchy y sus treinta y cinco mil hombres de tropas de refresco; despues, mientras que Gerónimo hacia frente con el ejército rehecho á los ingleses y prusianos cansados, caer sobre sus retaguardias con aquel cuerpo de ejército, y co-

ger así en el corazon de la Francia á Wellington y Blucher entre dos fuegos.

¿Quién impidió se ejecutara este nuevo plan? Nadie lo sabe: es un secreto entre Dios y el prisionero de Santa Elena. ¿No pudo en medio de aquel desórden taladrar aquellas masas prusianas que era preciso flanquear? ¿Fue estraviado por su guia ó le faltó la fuerza para su gigantesco proyecto?

Yo estaba en aquella misma parte por donde habia pasado Napoleon ocho dias antes, y donde esperábamos noticias del ejército; cuando se oyó el galope de un caballo: era un caballo que pasaba á galope tendido, y que gritó al pasar:

—¡Seis cabellos para el emperador!

En seguida el correo desapareció.

Un instante despues el-rodar sordo y lejano de un carruaje se oyó; pero se aproximaba con tal rapidéz que no se dudó un instante sobre quien era conducido en él: cuando llegó á la puerta de la posta, los caballos estaban dispuestos. Todo el mundo se precipitó fuera: era el emperador:

Estaba en el mismo sitio, vestido con el mismo uniforme, con el mismo rostro de mármol que apareció pasando antes.

Luego, como antes y con la misma voz:

—¿Estamos en Villers-Cotterets? dijo.

—Sí, señor.

—¿Cuántas leguas hay de aqui á París, veinte?

—Diez y ocho, señor.

—Está bien... ¡A escape!

Resonaron los látigos de los postillones y desapareció como arrebatado por un torbellino.

Estas fueron las dos únicas veces que he visto al emperador.

El príncipe Gerónimo habia seguido las órdenes recibidas: con grandes esfuerzos habia rehecho veinte y ocho mil hombres, y los habia concentrado sobre las murallas de Laon. Allí recibió un despacho del emperador: este despacho le mandaba entregar el mando del ejército al mariscal Soult y volverse inmediatamente á París.

Napoleon queria despedirse del único de sus hermanos que habia seguido hasta el fin su aventurera fortuna. Sin decirle lo que pensaba hacer él, preguntó al príncipe cuales eran sus intenciones.

—Permanecer con el ejército, señor, respondió, en tanto que un giron tricolor flote en un rincón cualquiera de la Francia.

El príncipe permaneció durante tres dias en el Eliseo con su hermano: entonces supo que el ejército se retiraba detrás del Loira.

Segun habia dicho, el príncipe fué á reunirse al ejército, y permaneció con él hasta que se licenció.

Fuéle preciso entonces atravesar la Francia: un maestro de postas le dió su pasaporte, y llegó á París.

Luis XVIII ocupaba hacia un mes el trono. El príncipe Gerónimo previno á Fouché de su llegada: Fouché le hizo decir que partiese al instante mismo: se sabía que estaba en Francia, se le buscaba por todas partes, y pudieran no sentir vengar la muerte del duque de Enghien en él. No tenía un momento que perder para ganar la frontera. Fouché respondía al príncipe de que ninguna orden se daría antes de doce horas.

El príncipe partió al instante para Strasburgo. Catorce horas despues de su partida de París, se dió orden por el telégrafo de detenerle en Strasburgo.

Esta orden debía ser ejecutada por el oficial mas antiguo de la guarnicion. Por una estraña casualidad, el decano de los oficiales era el coronel Gauthier, antiguo gefe de la oficina topográfica del rey Gerónimo.

En el momento en que el coronel recibió esta orden, encontró en las calles de Strasburgo el primer ayuda de cámara del príncipe que iba á subir al carruaje: fué derecho á él:

—Tricot, le dijo, estoy encargado de arrestar á S. M., no hay pues un instante que perder: anda á decirselo al punto de mi parte. Voy á perseguirle; pero me arreglaré de manera que no le pueda coger.

—Está bien, dijo el ayuda de cámara, voy á prevenir al rey.

No era esto diffeil, el rey estaba en el carruaje, y lo habia oido todo.

Partió el carruaje al galope, y gracias á su pasaporte en regla, el rey atravesó las puertas con facilidad: estaba en medio del puente de Kehl, cuando vió aparecer al coronel Gauthier á la cabeza de los hombres que le perseguían.

El bravo coronel habia cumplido su palabra. Del otro lado del puente habia un regimiento wurtembergés enviado por el suegro del príncipe para recibirle. El príncipe bajó de su carruaje, montó á caballo, y saludó con la mano al coronel, que volvió á Strasburgo con el aire de un hombre desesperado de haber perdido tan bella ocasion de ser hecho general.

Así el bravo coronel quedó coronel, y coronel murió. Si hubo infames traiciones, hubo tambien sublimes acciones.

Desde entonces comenzó para el príncipe Gerónimo esa vida de proscripcion y de destierro que sufrió durante veinte y siete años.

Entonces fué cuando su suegro, el rey de Wurtemberg le tuvo como prisionero en el castillo de Elvangen, de donde no salió sino con pasaportes de Mr. de Metternich, y el permiso de habitar en Schenan, cerca de Viena. Mas apenas se instaló en aquella linda residencia, cuando la vecindad de un hermano de Napoleon inquietó al emperador de Austria. El duque de Reichstadt estaba en Schœm-

bruun, el tío y el sobrino podían comunicarse: el príncipe Gerónimo recibió la orden de salir de Austria.

El príncipe vino á Trieste; pero al cabo de algun tiempo, salió de Trieste como de Schenan. Llegó al príncipe la orden de partir, y fué á establecerse en Roma.

Pero en 1831 estalló la revolucion de la Romania. El hijo mayor del rey Luis habia tomado parte en aquella revolucion: era un Napoleón. La pena de su imprudencia recayó sobre todos los Napoleón.

Se vió obligado entonces el príncipe Gerónimo á abandonar á Roma, como le habian obligado á dejar á Trieste y fué á buscar un asilo en Toscana, esperando en fin encontrar reposo en aquel oasis de la Italia.

No se engañó su esperanza: el gran duque Leopoldo II le dió su palabra, y la ha cumplido lealmente. El gran duque Leopoldo, hijo de un proscrito y habiendo pasado él mismo su juventud en la proscripcion, tiene la religion del destierro.

Hoy el príncipe de Montfort habita en Quarto, preciosa vila situada entre la Petraja y Careggi. Su vida es la de un simple particular. Todos los sábados recibe lo mas escogido de Florencia, y los estrangeros de distincion que pasan, y que se hacen presentar á él.

Allí es donde rodeado de recuerdos del emperador, cuya memoria es para él una religion, el príncipe de Montfort, estraño á todos los partidos que han trastornado la Francia despues de diez años, espera á que se canse la proscripcion. Cuando trasladaron el cuerpo de Napoleon, creyó llegada aquella hora; le parecia que bajo los arcos de triunfo dedicados al martir de Santa Elena, debía pasar tambien aquella familia que no estaba proscrita sino porque llevaba el mismo nombre que él. El príncipe de Montfort se engañó, y fué un gran desengaño para el corazon del pobre desterrado.

¡No es una estraña anomalía que la cámara haya votado por unanimidad cien mil libras de renta á la viuda del rey Murat, que fué traidor dos veces á la Francia, y que no se haya grabado en el arco del triunfo el nombre del único hermano de Napoleon que le fué fiel hasta lo último, y que despues de haber mezclado su sangre á la sangre de los mártires de Waterloo, salvó con su valor y su presencia de espíritu, los restos del ejército!

Un dia, seguramente, la historia reparará el olvido de la Francia; pero las reparaciones de la historia son tardías, y casi siempre se hacen en beneficio de las tumbas.

Esos recuerdos napoleónicos de que hemos dicho que está rodeado el príncipe de Montfort, son, ademas de una porcion de estatuas y cuadros de familia, el sable que el emperador llevaba en Marengo, y la espada que Francisco I entregó en Pavia y que Madrid entregó

á Napoleon: además, el sable que Esteban Bathori legó á Juan Sobieski, y que regalaron los polacos al emperador.

El príncipe de Montfort posee tambien un águila de plata que terminaba una sopera del emperador, que este le envió de Santa Elena cuando hizo deshacer y vender su vajilla de plata.

El uniforme completo de guardia nacional con sus botones y charreteras de plata, que el emperador llevó tres ó cuatro veces.

La caja de tabaco que el rey Luis XVIII olvidó el 19 de mayo de 1815 en su despacho, y que Napoleon encontró sobre su mesa de despacho al entrar á la mañana siguiente en las Tullerías.

En fin, la caja de tabaco todavía mas preciosa que Napoleon tenia en su mano cuando murió, y en cuya tapa está el retrato del rey de Roma.

Con los ojos fijos en aquel retrato, en una contemplacion paternal, se apagó aquella mirada de águila que habia abrasado al mundo.

El príncipe de Montfort tiene dos hijos y una hija.

Los dos hijos son el príncipe Gerónimo y el príncipe Napoleon.

Su hija es esa bella Matilde cuya llegada á Paris ha producido en el mundo fashionable tan grande sensacion.

He tenido el honor de hacer en compañía del príncipe Napoleon una peregrinacion á la isla de Elba; esto es decir á mis lectores que harán bien pronto mas ámplio conocimiento con aquel noble jóven, vivo retrato del emperador.

## EL HOMBRECILLO ROJO.

Casi todos los sábados iba de soirée á casa del príncipe Montfort, única casa verdaderamente francesa que existe en Florencia; única casa verdaderamente parisien que hay en toda la Italia.

Una noche que habíamos conversado mucho sobre la vida privada del emperador, sus costumbres, sus manías, y sus supersticiones, pregunté al príncipe que se podia creer del hombrecillo rojo.

—Frecuentemente he oido hablar en casa de mi hermano de aquella singular aparicion, me dijo: pero aseguro jamás he visto al extraño personaje que se dice haber estado tres veces en comunicacion con el emperador; la primera en Damanhour en Egipto, la segunda en las Tullerías, en el momento en que se decidió la desgraciada campaña de Rusia,

y la tercera en la noche que precedió á la batalla de Waterloo. Pero en mi lugar, añadió el príncipe riendo, he aqui la princesa Galitzin que sabe acerca de él cosas maravillosas, que le han sido contadas por su anciano amigo Zaionczek.

Todas las miradas se dirigieron á la princesa.

Es preciso decir, y no hablo aqui sino para los que no han tenido el honor de conocerla, es preciso decir que la princesa Galitzin, polaca, y por consecuencia compatriota del famoso general cuyo nombre acababa de pronunciar el príncipe, es una de las mugeres mas amables y de imaginacion que conozco. Cuando pasábamos la noche en su casa y en la del príncipe Wladimir, su hijo, de los que hablaré en su tiempo y lugar, es imposible decir qué giro tan original tomaba la conversacion, haciendo que á las tres ó las cuatro de la mañana creyésemos que no eran todavía mas que las doce. La princesa de Galitzin que, además, hablaba muy bien, fué pues instada para que relatará al momento mismo todo lo que sabia sobre el hombrecillo rojo, y su compatriota Zaionczek.

Quisiera poder conservar el giro original que la princesa dió á esta relacion, que acaso no tenga otro valor que el que ella le daba; pero es imposible, y será preciso que por el momento nuestros lectores se contenten con mi sencilla prosa.

Bonaparte puso el pie sobré la tierra de Egipto en la noche del 1 al 2 julio, á la una de la madrugada, despues de tomar á Malta como una bicoca, y haber pasado por milagro en medio de la escuadra inglesa. Al dia siguiente la ciudad de Alejandria fué tomada, y el nuevo César se desayunó al pie de la columna de Pompeyo.

El general en gefe habia entrado en la ciudad por un camino estrecho, acompañado únicamente de algunas personas, y de cinco ó seis guías. Dos personas podian apenas pasar de frente por aquella callejuela. Bourrienne marchaba á su lado muy unido á él, cuando de repente sonó un tiro y el guía que iba delante de Bonaparte cayó. Aquel tiro habia sido disparado por una muger. Poco faltó, como se ve, para que Bonaparte no concluyese como Ciro.

Bonaparte permaneció seis dias en Alejandria: aquellos seis dias le bastaron para organizar la ciudad y la provincia; el sétimo marchó hácia el Cairo, por el camino por el cual Dessaix le habia precedido, dejando á Kléber herido, el mandó de la ciudad conquistada.

El 8 Bonaparte llegó á Damanhour, y estableció su cuartel general en casa del cheik. Apenas instalado eu aquella casa que era grande, aislada, y delante de cuya puerta se elevaba un sicomoro de espeso follage, previno Bonaparte á Zaionczek, que mandaba á las órdenes de mi padre una brigada de caballería, tomase cien cazadores y verificase un recono-

cimiento exacto en el camino de Rhamanieh.

Aunque Zaionczek es bien conocido, digamos rápidamente algunas palabras sobre este general, cuya fortuna fué una de las brillantes fortunas de la época.

Zaionczek nació el 4.º de noviembre de 1752: era pues hácia la época á donde llegamos, es decir el año IV de la república francesa, un hombre de cuarenta y cinco años á poco mas ó menos. Los primeros años de su vida se habían pasado en medio de las guerras de la independencia polaca, en las que peleó bajo las órdenes de Kosciusko y á su lado; despues de la confederación de Tangowitza, al pie de la que el rey Estanislao habia tenido la debilidad de poner su firma, Zaionczek se despidió del ejército polonés, y se retiró al extranjero con Kosciusko y José Poniatowski; pero al principio del año 1794 habiendo estallado una insurrección en Polonia, los proscritos volvieron á reaparecer mas grandes con su proscripción. Entonces comenzó esa nueva lucha de Polonia, tan gloriosa, tan ingrata y tan fatal á la nacionalidad polaca, como lo habia sido la de 1791, y como debia ser la de 1830. El 4 de noviembre Varsovia fué tomada por Souwarow: los generales Lasinski, Korsak, Paul Grabowski y Kwasiewicz fueron encontrados entre los muertos, y Zaionczek llevado moribundo del campo de batalla, fué á espiar durante dos años en la fortaleza de Josephstad, de donde no salió hasta la muerte de Catalina, la parte que habia tomado en la insurrección de su patria.

Zaionczek, proscrito de Polonia vino á Francia, esta eterna tierra de los proscritos, que ha dado asilo alternativamente á los reyes y á los pueblos, y pidió entrar en el servicio de los ejércitos republicanos. Enviado á Italia con el grado de general de brigada, habia hecho en 1797 con Joubert y mi padre, la campaña del Tirol.

Cuando se decidió la campaña de Egipto, y mi padre fué nombrado general en jefe de la caballería, escogió á Zaionczek por uno de sus generales de brigada.

He aquí cual habia sido hasta allí la vida del patriota polaco: vida gloriosa, pero perseguida: por lo demas, como ciertos generales cuya mala suerte ha llegado á ser proverbial, Zaionczek no podia presentarse ante el fuego sin ser herido: podia contar las batallas á que habia asistido, por el número de sus cicatrices.

Zaionczek se puso á la cabeza de sus cien cazadores, y avanzó por el camino de Rhamanieh. Apenas hubo andado una legua, cuando distinguió un cuerpo como de quinientos mamelucos: Zaionczek los cargó y los mamelucos se dispersaron.

Zaionczek los persiguió un instante, pero tanto valia seguir á un torbellino de arena, intentar alcanzar una nube; los árabes desaparecieron en el desierto, su eterno y constante aliado.

Zaionczek anduvo otra legua, pero no vió ni un caballo: volvió pues á Damanhour.

Llegado delante de la casa del cheik, donde estaba alojado el general en jefe, quiso entrar, pero el ayudante de campo Croisier y el general Desaix se lo impidieron.

Bonaparte estaba con el hombrecillo rojo. Zaionczek preguntó quién era el hombrecillo rojo; pero Croisier y Desaix no sabian mas sobre ello que lo dicho: Bonaparte habia dicho solamente:

—Espero al hombrecillo rojo, le dejareis pasar.

Media hora despues un turco, apenas de cuatro pies, con la barba y las cejas rojas, y vestido con una túnica encarnada, se habia presentado á la puerta: habia al punto, segun la órden recibida, sido introducido cerca de Bonaparte, donde estaba todavia en aquel momento.

Muchos oficiales generales se unieron al grupo que formaban Croisier, Desaix y Zaionczek; porque la estraña aparición de aquel ser desconocido y algo fantástico, preocupaba todos los ánimos.

En este momento salió Bourrienne: como era entonces el secretario intimo de Bonaparte, le abrumaron á preguntas acerca del hombrecillo rojo; pero Bourrienne que estaba encargado de hacer espedir un correo á Kléber, se contentó con responder:

—Parece que es un hechicero turco que viene á decir la buena ventura al general en jefe.

Y continuó su camino.

Como se comprende bien, semejante respuesta no era para satisfacer la curiosidad de los circunstantes; la creencia de Bonaparte en el fatalismo era sabida: se empezaban á contar profecías que le habian hecho en su infancia y que le prometian una alta fortuna; habia ya, con sus mas intimos, hablado dos ó tres veces de su estrella. Aquella estrella él solo la veía; pero todos empezaban á creer en ella.

Así los jóvenes oficiales, de los que algunos á la edad de veinte ó veinte y cinco años, habian llegado ya al grado de coronel ó de general de brigada y de division, bajo el mando de un general en jefe de veinte y ocho años, y que por tanto tambien ellos veian algo de alta fortuna, decidieron no dejar pasar al hombrecillo rojo sin interrogarle, deseosos de saber si acompañarian en su resplandeciente revolucion al astro de que ellos eran los satélites.

Así, como se les habia prevenido que el hombrecillo rojo era hechicero, formaron un gran círculo á la puerta, á fin de que no pudiera escapárselos; cosa que, despues de las disposiciones tomadas por los mejores estraatégicos de la época, no podia suceder sino en el caso de que volase al cielo ó se hundiese bajo de tierra.

El hombrecillo rojo salió. Era efectivamen-

te como se ha dicho, y su barba y su traje justificaban perfectamente el nombre que se le había dado. De ningún modo pareció admirado de ver las disposiciones tomadas para bloquearle, y no pareció desear librarse de los que le vigilaban; antes al contrario, deteniéndose en el umbral de la casa:

—Ciudadanos, dijo adoptando el lenguaje en uso en aquella época, me aguardais para que os refiera el porvenir de la Francia y el vuestro. El porvenir de la Francia acabo de decirlo á vuestro general en jefe; el vuestro, que se adelantan tres de vosotros, y lo diré.

Croisier, Desaix y Zaionczek se apresuraron á avanzar.

Los demas circunstantes quedaron en su sitio.

—Hay un precepto de vuestra religion, añadió el hombrecillo rojo, que dice que los primeros serán los últimos: permitidme invertir este principio y decir que los últimos serán los primeros.

Y se adelantó hácia Croisier, que no era sino ayudante de campo.

Croisier le tendió la mano.

El hombrecillo rojo la examinó y meneó la cabeza.

—Te se llama bravo entre los bravos, dijo, y esa es la verdad. Sin embargo, habrá un día, una hora, un momento, en que tu valor te abandonará, y pagarás ese momento con tu vida.

Croisier retrocedió con la sonrisa del desden en los labios.

El hombrecillo rojo avanzó hácia Desaix: el jóven general no aguardó á que se lo dijeran, y estendió la mano.

—Saludo, dijo el adivino, al vencedor de Kehl, que antes de quince dias habrá unido su nombre aun á otra victoria. Tres jornadas te barán inmortal; pero desconfía del mes de junio, y guárdate del despojo de Marengo.

—Eres muy confuso, amigo hechicero, dijo riendo Desaix; ¿y cuánto tiempo pides para que tus predicciones se realicen?

—Dos años, respondió el profeta.

—¡Enhorabuena! respondió Desaix; entonces no está muy distante y se puede esperar.

El hombrecillo rojo avanzó hácia Zaionczek, que á su vez le tendió la mano.

—En fin, dijo, he aquí una de esas manos de las que yo deseo examinar, un horóscopo de los que yo deseo predecir; un porvenir glorioso que me es muy dulce unir á un glorioso pasado.

—¡Diablo! dijo Zaionczek, he aquí un exordio que promete.

—Y que sucederá, dijo el hombrecillo rojo.

—Si, si alguna bala ó alguna granada no se lo lleva consigo?

—En efecto, dijo el adivino, tienes desgracia con la pólvora, y si no me equivoco, has recibido ya siete heridas.

—¡Esa es, á fé mia, mi cuenta! dijo Zaionczek.

—Si, tienes razon... y sin embargo, sería una desgracia. Treinta años mas que vivir, veinte campos de batalla que atravesar, un vireinato que esperar: si, todo eso puede, como dices, ser destruido por una bala que se estravie, ó por una granada que se engañe. Si, tienes razon, si, veo el peligro, existe, amenaza. Pero... pero escucha: tu destino es uno de esos destinos que importan, no solo á una familia, sino á un pueblo. ¿Tienes confianza, Zaionczek?

—¿En qué? dijo el general.

—En lo que yo te digo.

El polaco se sonrió.

—Por lo que hace al pasado, me has dicho exactamente la verdad; pero mi pasado pertenece á la Europa, y no es difícil de conocer. Sin embargo, si es preciso creer... ¡y bien! yo creeré.

—Cree, Zaionczek, dijo el adivino; tambien él cree.

Y estendió la mano hácia la habitacion que ocupaba Bonaparte.

—Y bien, ¿qué es preciso creer?

—Es preciso creer mis palabras. Como te he dicho, hay un día, una hora, un momento que amenaza tu gloriosa vida: pasado ese momento, nada tienes que temer; pero ese momento no te puedo decir cuando será.

—Entonces, dijo Zaionczek, tu aviso, con vendrás en ello, no me proporciona un gran recurso.

—Si, porque yo puedo preservarte de ese peligro.

—¿Y cómo es eso?

—Vas á verlo.

El hombrecillo rojo hizo seña á un tambor de acercar su caja y dejarla en el suelo: despues se arrodilló delante del sonoro instrumento, y sacó de su cinturón un tintero, una pluma y un pedazo de pergamino, sobre el que se puso á escribir, en un idioma desconocido, algunas palabras con tinta roja.

—Ten, dijo entonces el adivino levantándose y alargando á Zaionczek el precioso pergamino; he aquí el talisman que te he prometido: tómale, llévale siempre contigo, no le abandones en ninguna circunstancia, y no tendrás nada que temer de las balas ni de las granadas.

Todos los presentes se echaron á reir, y como ellos Zaionczek.

—¿No le quieres? dijo el hombrecillo rojo frunciendo las cejas.

—Si tal, si tal, exclamó Zaionczek. ¡Diablo! ¿Qué susceptibilidad! Y dime pues, querido adivino, ¿no debo abandonar nunca este pergaminito?

—Ni un instante.

—¿Ni de día ni de noche?

—Ni de día ni de noche.

—¿Y si por casualidad le dejase?

—Perderia su virtud contra el peligro de que está encargado de preservarte.

—Gracias, dijo Zaioncek dando vueltas al talisman entre sus manos. ¿Y qué necesitas por esto?

—Cree, dijo el hombrecillo rojo, y estaré recompensado.

Entonces el adivino hizo señal con la mano de que le abriesen paso: todos se separaron con un sentimiento de terror supersticioso que no fueron dueños de reprimir, y le siguieron con la vista hasta que desapareció tras la esquina de una casa.

Ninguno de los que le vió aquel día allí le volvió á ver jamás, excepto Bonaparte.

Peró he aquí lo que sucedió.

A la mañana siguiente, mientras que Bonaparte dictaba á Bourrienne algunas órdenes que Croisier se apresuraba á llevar, el general en gefe distinguió por las ventanas abiertas un pequeño destacamento de árabes que venia insolentemente á reunirse al cuartel general. Era la segunda vez que los mamelucos se permitian semejante burla: esto impacientó al general en gefe.

—Croisier, dijo sin interrumpir lo que hacia, tomad algunos guias y cazadme esa canalla.

Salió al punto Croisier, tomó quince guias, y se lanzó en persecucion de los árabes.

Oyendo el galope de los caballos que partian, Bonaparte se interrumpió, y yendo á la ventana para examinar lo que iba á pasar:

—Veamos un momento, dijo á Bourrienne, como se baten esos famosos mamelucos, que los diarios ingleses afirman ser la mejor caballeria del mundo; son cincuenta; no me desagrada que á la vista del ejército mi bravo Croisier les dé caza con sus quince guias. Y esclamó como si Croisier hubiese podido oírle. —¡Vamos, Croisier! ¡adelante! ¡adelante!

En efecto, el jóven ayudante de campo avanzaba á la cabeza de sus quince guias; pero sea que la inferioridad del número intimidase á la pequeña escolta, Croisier y sus hombres cargaron con flojedad, lo que no impidió que los árabes se replegasen. Temiendo sin duda que el enemigo quisiese atraerle á una emboscada, Croisier en lugar de perseguirlos vencedor, se detuvo en el sitio mismo de donde los habia desalojado. Esta vacilacion volvió el valor á los mamelucos que cargaron á su vez, y á su vez los guias se replegaron.

Bonaparte se puso pálido como la muerte; se mordió sus labios delgados y palidieron. Llevó por un movimiento maquinal la mano al puño de su sable, y continuó, como si su ayudante de campo hubiese podido oírle, esclamando con voz sorda:

—¡Pero adelante, pues! ¡Pero cargad, pues! ¿Pero qué hacen?

Y con un movimiento de cólera terrible cerró la ventana.

Un instante despues, entró Croisier; iba á

anunciar á Bonaparte que los árabes quedaban dispersos: halló solo al general en gefe.

Apenas la puerta se cerró tras Croisier, cuando se oyó resonar la voz áspera de Bonaparte. Lo que pasó entre los dos nadie lo sabe, sino lo que únicamente se sabe es, que el jóven salió con lágrimas en los ojos diciendo:

—Está bien. ¡Ah! se duda de mi valor; pues bien, yo me haré matar.

Durante diez meses, en Chebreisse, en las Pirámides, en Jaffa, Croisier hizo lo que pudo por cumplir la palabra que habia dado. Pero el bravo jóven tenia placer en arrojarle como un insensato en medio del peligro; el peligro le estremecia de gozo, tenia placer; extraño amante en hacer el amor á la muerte y la muerte no le queria.

En fin, llegó el sitio de San Juan de Acre: tres asaltos tuvieron lugar: en cada uno de esos asaltos, Croisier que acompañaba al general en gefe en la trinchera, se habia espuesto como el último soldado; pero hubiérase dicho que habia hecho un pacto con las balas y las granadas: cuanto mas desesperado estaba el jóven, mas invulnerable parecia.

Y Bonaparte se quejaba de su temeridad y le amenazaba con enviarle á Francia.

En fin, llegó el asalto del 10 de mayo. A las cinco de la mañana, el general en gefe se hallaba en la trinchera; Croisier le acompañaba

Era un asalto decisivo: ó á la noche estaba la ciudad tomada, ó á la mañana siguiente se levantaria el sitio. Croisier no tenia ya sino esta ocasion de hacerse matar: resolvió no perderla.

Entonces, y sin necesidad, subió á una bateria y se espuso enteramente al fuego del enemigo.

Al punto Croisier fué el objeto de todos los tiros: el blanco humano no estaba á ochenta pasos de las murallas.

Bonaparte le vió. Desde el dia fatal en que se habia dejado llevar de su cólera, se habia apercebido de que el jóven herido en el corazon no deseaba mas que morir. Aquella desesperacion del bravo, le habia lastimado mas de una vez profundamente y habia intentado frecuentemente con elogios hacer olvidar á su ayudante de campo las palabras de reconvenccion que se le habian escapado. Pero á cada una de aquellas satisfacciones, Croisier sonreia amargamente, y no contestaba.

Bonaparte que examinaba algunos trabajos se volvió y le vió de pie sobre la bateria.

—¡Y bien! Croisier, esclamó: ¿qué haceis ahí? Bajad, Croisier, yo os lo mando: ¡Croisier, ese no es vuestro sitio!

Y á estas palabras, viendo que el desatentado jóven no se menzaba, se adelantó para hacerle bajar á la fuerza.

Peró en el momento en que estendia los

brazos hacia Croisier, el joven se tambaleó, y cayó hácia atrás diciendo:

—¡Por fin!

Se le recogió; tenía una pierna rota.

—Entonces será mas largo que lo que yo creía, dijo cuando se le trasportó al campo.

Bonaparte le envió su propio cirujano. Este no juzgó necesaria la amputacion, y tuvo esperanza no solo de salvar la vida del joven, sino aun de salvarle la pierna.

Cuando se levantó el sitio, Bonaparte dió las órdenes mas terminantes para que nada le faltase al herido. Se le colocó sobre una camilla y diez y seis hombres, relevándose de ocho en ocho, le llevaban alternativamente.

Pero entre Gazah y El-Arych, Croisier murió del tétano.

Así se cumplió la primera prediccion del hombrecillo rojo.

Pasemos á Desaix.

Desaix despues de haber hecho maravillas en las Pirámides, Desaix despues de haber recibido de los mismos árabes el titulo de Sultan Justo, dejó el Egipto y pasó á Europa, donde Bonaparte le habia precedido.

El hombre del destino seguia el curso de la fortuna pronosticada: habia hecho el 48 Brumario; era primer cónsul y veia en lontananza el trono.

Una gran batalla podia dársle: Bonaparte habia decidido reproducir otra Pharsalia en las llanuras de Marengo.

Desaix se habia reunido al primer cónsul en la Stradella: Bonaparte le habia recibido con los brazos abiertos y le habia confiado una division encargándole marchase sobre San Guiliiano.

El 14 de junio á las cinco de la mañana el cañon austriaco despertó á Bonaparte y le atrajo al campo de batalla de Marengo, que debia perder y volver á tomar en la misma jornada.

Conocidos son los detalles de aquella batalla perdida á las tres y ganada á las cinco.

A las cuatro el ejército francés estaba en retirada; retrocedia paso á paso, es verdad; pero retrocedia.

Lo que esperaba Bonaparte nadie lo sabia; pero viéndole volverse de cuando en cuando hácia San Guiliiano todos sospechaban que aguardaba alguna cosa.

De repente un ayudante de campo llegó á galope tendido anunciando que aparecia una division por la altura de San Guiliiano.

Bonaparte respiró: es Desaix y la victoria.

Entonces Bonaparte desenvaina su sable que no habia sacado en todo el dia, aquel mismo sable que de vuelta de la campaña dió á su hermano Gerónimo para consolarle de no haberle llevado consigo; y alzando el brazo dejó oír la palabra:—¡Alto!

Esta palabra eléctrica, esta palabra tan largo tiempo esperada corrió por el frente de toda la linea y todos se detuvieron.

En el mismo momento Desaix llega á galope adelantándose á su division; Bonaparte le enseña la llanura cubierta de cadáveres, todo el ejército en retirada y á trescientas toesas delante la guardia consular que por obedecer la órden dada se mantiene firme como un reducto de granito.

Despues cuando los ojos de su compañero de armas han vagado sucesivamente de una á otra ala dirigiendo sus miradas de nuestro ejército al ejército enemigo:

—Y bien, le dijo Bonaparte, ¿qué piensas tú de la batalla?

—Pienso que está perdida, dijo Desaix sacando su reloj; pero no son mas que las tres y tenemos tiempo de ganar otra.

—Ese es tambien mi parecer, respondió Bonaparte.

Despues, pasando por el frente de la linea:

—¡Comaradas! exclamó en medio de las granadas que cubrian á él y á su caballo de tierra; bastantes pasos hemos dado á retaguardia; es ilegado el momento de marchar adelante. ¡Adelante, pues! y recordad que mi costumbre es dormir en el campo de batalla.

Entonces los gritos de ¡viva Bonaparte! ¡viva el primer cónsul! se oyen por todas partes, y no se estinguen sino por el ruido de los tambores que dan el toque de guerra.

Desaix pide la venia á Napoleon y separándose de él le dijo adios.

—¿Por qué adios? dijo el primer cónsul.

—Porque desde hace dos años que estoy en Egipto, dijo Desaix sonriendo con melancolia, las balas y las granadas de Europa no me conocen.

He ahí lo que Desaix dijo en voz alta; despues en voz baja repitió las palabras del hombrecillo rojo:

—Teme el mes de junio, y guárdate del despojo de Marengo.

Pero las órdenes de Bonaparte se habian seguido tan pronto como se habian dado. Con un solo movimiento nuestras tropas vuelven á tomar la ofensiva en toda la linea. Oyóse el fuego graneado de la fusileria, el estampido del cañon, y resuena el terrible páso de carga acompañado por la Marsellesa; una bateria establecida por Marmont se descubre y vomita fuego; lánzase Kellerman á la cabeza de tres mil coraceros, y hace temblar la tierra bajo el galope de sus herrados caballos; Desaix, que se embravece con el ruido y el humo, salta los fosos, atraviesa los parapetos, llega sobre una pequeña eminencia y se vuelve para ver si su division le sigue.

En aquel momento una bala parte del lindero de un bosquecillo, y Desaix herido en el corazon, cae sin pronunciar una palabra.

Era el 14 de junio, y la tradicion cree todavia hoy que el funesto disparo fué hecho por el cura de Marengo.

Así se cumplió la segunda prediccion del hombrecillo rojo.

Pasemos ahora á Zaioncek.

Zaioncek habia quedado en Egipto: supo la muerte de Croisier en San Juan de Acre, y la de Desaix en Marengo: era exactamente lo que habia predicho el adivino turco: de suerte que Zaioncek, sin decir á nadie nada de él, comenzó comprender el verdadero valor de su talisman; tanto que á cada esquina del pergamino hizo coser una cinta negra, y desde el dia en que supo la muerte de Desaix, llevó el preservativo colgado al cuello.

Despues de la capitulacion firmada con la Inglaterra para la evacuacion del Egipto, capitulacion á la cual Zaioncek se habia opuesto el tercero, el patriota polaco volvió á Francia. En 1805 mandó una division en el campo de Boulogne y despues en el ejército de Alemania: al fin en 1806 los polacos, habiendo vuelto á tener la esperanza, tantas veces frustrada, de volver á recobrar su independencia, acudieron de todas partes de la tierra donde se hallaban dispersos. En efecto, el tratado de Tilsitt reunió algunos restos de la antigua Polonia, con los que se formó el ducado de Varsovia. Zaioncek tuvo parte entonces en las donaciones imperiales, y se le asignó un dominio en el palatinado de Kaloi.

Pero no era aquella todavía la alta fortuna que le estaba prometida por las predicciones egipcias: Napoleon no habia hecho por Zaioncek sino lo que hizo por tantos otros, y su dominio no era un vireinato.

Sin embargo, preciso es decirlo, tal suerte habia acompañado á Zaioncek de 1789 á 1814, que aquel favorito de la metralla que no podia esponerse al fuego sin ser herido, no habia recibido ni un arañazo hacia trece años.

Resultaba de esto que, sin decirlo á nadie, Zaioncek tenia la mas grande confianza en su talisman y nunca lo abandonaba.

La guerra de Rusia se declaró: se formaron tres divisiones polacas: la primera bajo las órdenes de Poniatowski, la segunda á las órdenes de Zaioncek, y la tercera á las de Dombrowski.

Zaioncek asistió á los combates de Witepsk, de Smolensk y de la Moscowa; por todas partes le acompañaba la misma suerte: las balas agujereaban sus vestidos, la metralla silbaba en sus oidos, las balas rasas removian la tierra bajo los pies de sus caballos, y Zaioncek parecia invulnerable.

Despues vino la retirada.

Zaioncek asistió á todas las peripecias de aquella retirada: es verdad que sus soldados mejor habituados que los nuestros á aquel invierno ruso, que es casi su invierno, sufrieron el frio, la desnudez y el hambre mejor que nosotros. Zaioncek dió, á pesar de sus sesenta años, porque el hombre de Damahour se habia hecho viejo en medio de todos esos grandes acontecimientos, Zaioncek, decimos, dió el ejemplo de la fuerza, de la ab-

negacion y del valor, y volvió á pasar sucesivamente Viazma, Smolensk, Orcha, desafiando el hambre, el frio, la metralla, los cañonazos de Kutusof y las lanzas de los soldados de Platow, sin parecer sufrir en aquel horroroso desastre que diezaba el ejército, y sin haber recibido ni un arañazo, y el 25 de noviembre por la noche llegó á las orillas del Beresina,

Allí sus soldados, porque en medio de aquella terrible retirada en la que nadie tenia ya soldados Zaioncek los conservaba todavía, allí sus soldados, decimos, se apoderaron de una casa del pueblo de Studzianka. Zaioncek, que hacia mas de tres semanas se habia acostado sobre la nieve envuelto en su capa, pudo al fin echarse sobre un lecho de paja y al abrigo de un techo.

La noche se pasó llena de ansiedad; el enemigo estaba acampado en la orilla opuesta; toda una division enemiga mandada por el general Tchaplitz estaba allí defendiendo aquel paso: atravesar á viva fuerza era casi imposible; pero desde el principio de aquella desgraciada campaña se habian hecho tantas cosas imposibles, que se contaba con algun milagro.

A las cinco el general Eblé habia llegado con sus pontoneros y un arcon lleno de hierro de ruedas, del que habia hecho abrazaderas. Este furgon encerraba el único y último recurso del ejército: era preciso echar un puente en el fangoso lecho del Beresina, del que la corriente de las aguas habia hecho desaparecer los vados, y que arrastraba gigantescos témpanos de hielo. Este puente era el único paso que debia conducir al emperador al imperio, y al resto del ejército á Francia.

Una bala de cañon podia romper aquel puente, y entonces todo estaba perdido.

Habia sobre las alturas opuestas treinta piezas de artilleria en bateria.

Eblé y sus pontoneros descendieron por el rio con el agua hasta el cuello.

Trabajaban á la luz de los fuegos enemigos y á un tiro de fusil escaso de las avanzadas rusas.

Cada martillazo debia oirse en el cuartel general de Tchaplitz.

A media noche despertó Murat á Zaioncek. El rey de Nápoles y el general polaco hablaron diez minutos, despues de lo cual Murat volvió á partir al galope.

Napoleon esperaba el dia en una de las casas situadas á la orilla: no habia querido acostarse. Murat entró en la casa: le halló levantado.

—Señor, le dijo, V. M. sin duda ha examinado bien la posicion del enemigo.

—Sí, respondió el emperador.

—V. M. entonces ha reconocido que el paso bajo el fuego de una division dos veces mas fuerte que nosotros, es impracticable.

—Casi, casi.

—¿Y qué decide V. M.?

—Pasar.

—Quedaremos allí hasta el último.

—Es probable, pero no tenemos camino que elegir.

—Para un ejército no, pero para quinientos hombres sí.

—¿Qué queréis decir?

—Que vengo de conferenciar con Zaionczek.

—¿Y qué?

—¡Y bien! Zaionczek responde de V. M., si V. M. quiere fiarse en sus polacos. Conocen un vado practicable; saben caminos desconocidos á los rusos mismos; en cinco dias estarán con V. M. en Wilna.

—¿Y el ejército?

—Se perderá, pero vuestra magestad se habrá salvado.

—Eso es una fuga y no una retirada, Murat. Permaneceré con el ejército que me queda; nuestro destino será comun. Pereceré con él ó se salvará conmigo. Os perdono esa proposición, Murat, es todo lo que puedo hacer.

Y el emperador volvió la espalda á su cuñado.

Murat se aproximó á él para hacer una última tentativa.

—He dicho, replicó Napoleon volviendo la cabeza con ese tono que en él significaba que no admitía réplica.

Murat se retiró.

Pero se olvidó de ir á decir á Zaionczek que Napoleon rehusaba la proposición que le habia hecho.

Hasta las tres de la mañana Zaionczek veló; pero á aquella hora, viendo que ninguna noticia le llegaba del cuartel general, se echó en su cama de paja y se durmió.

Al amanecer, un ayudante de campo le despertó entrando precipitadamente en su aposento.

Zaionczek se despertó sobresaltado creyendo que el enemigo atacaba, y segun su costumbre se llevó la mano al cuello para asegurarse de que su talisman estaba allí.

Durante la noche una de las cintas que le sostenian se habia roto.

Zaionczek llamó á su ayuda de cámara y le mandó se le volviera á coser.

En este intervalo el ayudante de campo le referia las causas de su entrada precipitada.

El enemigo iba en plena retirada.

Tchaplitz habia sido engañado por una falsa demostración mandada hacer por el emperador hácia Onkaholda. Tchaplitz se alejaba como para entregarnos el paso.

Era increíble.

Así Zaionczek sin pensar mas en su talisman se lanzó fuera de la casa y pidió su caballo para ir á reconocer la ribera del rio.

Se le trajo el caballo, montó en él y se dirigió hácia el sitio donde se encontraba el emperador. Al cabo de diez minutos se reunió á él.

Lo que habia dicho el ayudante de campo era cierto.

Los vivacs enemigos estaban abandonados; los fuegos se habian apagado. Se veia la retaguardia de una larga columna que marchaba hácia Borisof. Un solo regimiento de infanteria quedaba con doce piezas de cañon; pero unas despues de otras aquellas piezas desmontadas abandonaban su posición y se formaban en retirada.

La última viendo un grupo numeroso, hizo fuego al retirarse.

La bala cayó en medio del grupo y Zaionczek y su caballo rodaron á los pies del emperador.

Se echaron sobre ellos: el caballo estaba muerto; Zaionczek estaba herido en la rodilla.

Era la primera vez que salia herido despues de catorce años.

El emperador hizo llamar á Larrey no queriendo confiar la vida de su antiguo camarada mas que á la mano práctica del ilustre cirujano.

Alli como en Rívoli, como en las Pirámides, como en Marengo, como en Austerlitz, como en Friedland, Larrey, siempre pronto, acudió.

Zaionczek y él eran antiguos amigos.

Larrey examinó la herida y juzgó indispensable la amputación.

Larrey no era hombre de ingeniosos preparativos é iba derecho al fin; en el campo de batalla el cirujano no tiene tiempo de conversacion; los moribundos le esperan para no morir.

Alargó la mano á Zaionczek.

—Valor, mi antiguo camarada, le dijo; vamos á desembarazarnos de esta pierna que á no ser así pudiera muy bien desembarazarse de vos.

—¿No hay medio de conservármela? preguntó el herido.

—Mirad vos mismo y juzgad.

—El hecho es que está en mal estado.

—Pero vamos á hacerlo como á amigo; para todos es cosa de tres minutos, para vos serán dos.

Y Larrey comenzó á volverse las mangas de su uniforme.

—Un instante, un instante, dijo Zaionczek viendo á su ayuda de cámara que corria hácia él.

—¡Oh! ¡amo mio! ¡mi pobre amo! exclamó el servidor llorando.

—¿Mi talisman? preguntó Zaionczek.

—¡Ah! ¡por qué le habeis dejado!

—Soy de tu parecer... he hecho un gran disparate; vuélvemele.

—Vamos general ¿estais pronto? dijo Larrey.

—Un instante, un instante, mi querido amigo.

Y Zaionczek volvió á poner el talisman á su cuello y se le hizo anudar sólidamente por su ayuda de cámara.

—Ahora, dijo, estoy pronto; operad.

Se estendió un lienzo por encima del he-

rido, porque caía una nieve helada y sutil, que al tocar su piel, le hacia firitar á su pesar: cuatro soldados sostuvieron aquella tienda improvisada.

Larrey cumplió su palabra, á pesar del frio, y á pesar de la dificultad de la posicion; la operacion duró apenas dos minutos.

Napoleon quiso que Zaionczek fuese trasportado sobre una de las primeras balsas que atravesaron el rio. Llegó á la otra orilla sin accidente.

Los polacos se relevaban para llevarle sobre una camilla. La operacion habia sido tan admirablemente hecha, que el herido se libró de todos los accidentes que son de temer de semejante circunstancia. Durante trece dias cuando tantos desgraciados quedaban abandonados á su suerte, los soldados de Zaionczek, desafiaron el hambre, el frio, y la metralla, antes que abandonarle. El décimo tercero dia al fin entraron con él en la villa.

Alli fué tal la derrota, que no pudo continuar el ejército. El herido mandó á sus fieles camaradas le abandonasen: le dejaron en una casa donde le encontraron los rusos cuando llegaron.

Apenas Alejandro supo la buena presa que habia hecho, cuando mandó que se tuvieran los mayores miramientos con el prisionero.

Zaionczek quedó en Wilna hasta su completo restablecimiento.

El tratado de Paris fué firmado: Alejandro dió al punto la orden de reorganizar el ejército polaco, del que confió el mando al gran duque Constantino.

Zaionczek fué llamado á él como general de infanteria.

Un año despues, la parte de Polonia que que habia tocado á Rusia, fué erigida en reino. Alejandro que soñaba en la libertad de su vasto imperio, quiso hacer un ensayo dando una constitucion á la Polonia, y para acabar de popularizarse entre sus nuevos súbditos, nombró á Zaionczek su lugarteniente general.

Once años despues, el 28 de julio de 1826, Zaionczek murió virey cuando Constantino, hermano del emperador, no era mas que general en jefe de la armada.

El ilustre anciano habia, en medio de los hombres y de las dignidades, cumplido la edad de setenta y cuatro años.

Así se cumplió la ultima prediccion del hombrecillo rojo.

El talisman libertador, legado por Zaionczek á su hija, es cuidadosamente conservado en la familia, con la tradicion cuyo recuerdo perpetuará.

## 15 Y 18 DE JULIO.

A poco de escribir esas líneas que se acaban de leer, me fui apresuradamente hácia la casa de campo de S. A. el príncipe de Montfort, donde debia comer en familia con él y los príncipes Gerónimo y Napoleon, sus dos hijos, que hacia algunos meses habian dejado la corte de su tío el rey de Wurtemberg para ir á pasar un año con su padre.

Habia tenido yo el honor de ser presentado á ellos tan pronto como llegaron.

No me atrevo á creer que una simpatia reciproca nos aproximaba al príncipe Napoleon y á mí; me contentaré con decir que apreciaba en él cualidades extraordinarias en un hombre que todavía no ha cumplido los veinte años. Esas cualidades son, una inteligencia profunda y exacta, una imaginacion poética y elevada, una educacion liberal y estensa, en fin, un estudio singularmente exácto del estado actual de Europa.

Ademas, es uno de esos hombres á quienes la caida de una alta posicion no arrastrará jamás consigo. Altivo con el nombre que lleva, no le hace preceder de ningun otro título: se llama Napoleon Bonaparte únicamente, y no se adorna con ninguna cruz, ninguna placa, porque no puede adornarse con la cruz de la legion de honor.

A menudo sobre la plataforma que se estiende delante de la casa del príncipe de Montfort y al pie de la cual Florencia ostenta sus antiguos monumentos republicanos, nos hemos sonreido juntos de esas grandes vicisitudes de la fortuna, que cambia el destino de las ciudades en un siglo y el de los hombres en un dia. Muchas veces habiamos hablado del estado actual de la Francia, sin que jamás un recuerdo amargo contra ella ni una reconyencion contra el pueblo haya vuelto sombría la tranquila y serena fisonomia de este noble jóven.

Era para mí, pues, una fiesta el comer en intimidad con su padre, su hermano y él.

Vi de lejos á los dos hermanos que me esperaban en la escalera: me apeé del carruaje de un salto y corrí hácia ellos. Tenia yo el corazon tranquilo y contento: los dos me tendieron á la vez sus manos con una expresion de tristeza y de inquietud que me alarmó.

—¿Qué teneis, señores? les pregunté riendo.

—Tenemos, me respondió el príncipe Napoleon, que estamos desconsolados de veros tan alegre.

—Sabeis, mi príncipe, que tengo gran placer en veros; por consecuencia mi alegría

cuando tengo el honor de venir á vuestra casa no tiene nada que os deba admirar.

—No; pero eso prueba que no sabeis una noticia terrible, que mi hermano y yo hubiéramos querido supiérais por otros y no por nosotros.

—Cual, ¡Dios mio! espero que no os sea personal, monseñor.

—No, mas acabais de perder una de las personas que mas quereis en el mundo.

Dos ideas se presentaron simultáneamente á mi imaginacion: — Mis hijos. — El príncipe real.

No podian ser mis hijos: si algun accidente les hubiera sucedido, se me hubiese comunicado desde luego y antes que á nadie.

—¿El duque de Orleans? pregunté con ansiedad.

—Se ha matado cayendo del carruage, me respondió el príncipe Gerónimo.

Debí ponerme muy pálido; vacilé, me apoyé sobre el príncipe Napoleón llevando mis manos á los ojos.

Como habian creído los dos el golpe habia sido profundo y terrible.

El príncipe Napoleón comprendió todo lo que yo sufría.

—¡Dios mio! me dijo, no os dejéis abatir así todavía; la noticia aun no es oficial y acaso sea falsa.

—¡Oh! monseñor, cuando se esparce un rumor semejante sobre un príncipe como el duque de Orleans, ¡ay! se puede estar seguro de la muerte; el rumor es siempre cierto.

Tendí de nuevo la mano á los dos sobrinos del emperador que acababan con lágrimas en los ojos de anunciarme la muerte del primogénito de Luis Felipe, y fui á llorar con toda comodidad á un lugar apartado del jardín.

¡Muerto! ¡qué terrible reunion de letras! Siempre: ¡pero en ciertos casos cuánto mas terrible todavía! ¡Muerto á los treinta y un años, muerto tan jóven, tan bello, tan noble, tan grande, tan lleno de porvenir! ¡Muerto, cuando se llama uno el duque de Orleans, cuando es uno príncipe real, cuando se va á ser rey de Francia!

—¡Oh! ¡mi príncipe, mi pobre príncipe, dije yo en voz alta, y añadí en tono bajo con la voz de mi corazón... ¡mi querido príncipe!

Mucho le amaban sin duda y el duelo general, el grito de dolor universal han probado ese amor; pero no le conocian como yo le habia conocido, pocos le amaban como yo le habia amado... Puedo decirlo muy alto.

¿Por qué escribo yo esto? ¿Por qué digo esto? no lo sé. El poeta es como la campana: á cada golpe que recibe, es preciso que vuelva un sonido; cada vez que el dolor le toca es preciso que arroje un lamento.

Esa es su plegaria.

El duque de Orleans habia muerto. Confieso que para mi todas las cosas acababan de caer por una sola palabra. No veía, no oía na-

da; únicamente los latidos de mi corazón me decían: ¡muerto! ¡muerto! ¡muerto!

Fui á buscar al príncipe Napoleón. — ¿Pero cuándo? ¿Qué día? ¿De qué modo? le pregunté.

—El 13 de julio, á las cuatro de la tarde, cayendo del carruage.

Me volví al sitio que acababa de dejar.

¿El 13 de julio! ¿Qué habia hecho yo aquel día? ¿Qué presentimiento habia yo tenido? ¿Qué voz habia venido á murmurar á mi oído el anuncio de aquella gran desgracia? No me acordaba de nada; no, aquel día habia pasado como los otros días, mas alegremente, ¿qué sé yo? Aquel día, mientras él espiraba, ¡Dios mio! acaso reía yo; aquel día, de seguro, habia yo ido al paseo, al teatro, á algun baile como los demas días.

¡Oh! es una de las grandes tristezas de nuestra humanidad, esta corta vida que se limita al horizonte, esta imaginacion sin presciencia, este corazón sin instinto, todo esto llora, todo esto grita, todo esto se lamenta cuando se sabe lo que ha sucedido; pero todo esto no adivina nada de lo que sucede.

¡Qué pobres ciegos y qué pobres sordos somos!

Sin embargo, á fuerza de investigar en mis dias pasados, hé aqui lo que hallé: era bastante extraño: habíamos marchado el 27 de junio el príncipe Napoleón y yo de Liorna; íbamos á visitar la isla de Elba; no íbamos mas que los dos y un criado, y aunque teníamos que caminar sesenta millas no habíamos tomado sino un barco de cuatro remeros.

Este barco por una singular coincidencia se llamaba *el duque de Reichstadt*.

Visitamos la isla con todos sus detalles y en medio de una continua ovacion. Napoleón es un Dios para los cilianos. Hizo por ellos durante los nueve meses que fué su soberano lo que Dios no ha pensado hacer desde el dia en que sacó su isla del fondo de la mar.

Así el príncipe Napoleón, vivo retrato de su tío, fué recibido con adoracion por la poblacion entera. El gobernador puso á su disposicion sus carruages, sus caballos, sitios de caza. Cazadores los dos, aceptamos con gran placer la última de sus ofertas, y á la mañana siguiente de nuestra llegada, partimos para Pianosa, pequeña isla á la que su escasa elevacion sobre el nivel del mar ha dado este nombre característico.

Mas tarde diré, cuando refiera esta parte de mis viages, que encanto tan poderoso tuvo para mí aquella corta escursion en íntima compañía con el sobrino del emperador en aquel pais lleno de tradiciones vivas, dejadas á cada paso por el terrible desterrado.

Una escuadra divisamos en el horizonte: contamos nueve velas. Del asta de uno de los navios pendía una bandera tricolor..... Era una escuadra francesa.

Llegamos á la Pianosa y nos pusimos á

cazar. A nuestra vuelta hallamos dos pobres pescadores, que nos aguardaban. Lo que nos querían estos pobres pescadores, se va á saber por la carta siguiente:

«Magestad,

«Cuando yo me presente á la puerta del cielo y se me pregunte en qué me apoyo para entrar en él, responderé.

«No pudiendo hallar el bien yo mismo, se lo he indicado á la reina de Francia, y siempre el bien que no he podido hacer, pobre y miserable como soy, la reina de Francia lo ha hecho.

«Dejadme, pues, señora, daros gracias, lo primero pasando por esta pobre Rumania que habeis hecho vuestra hija, y que rogará toda su vida, no por vos, porque á vos es á quien toca rogar por los demas, sino por aquellos á que os son tan queridos.

«Uno de estos pasaba el 28 de junio último, costeando la isla de Elba, conduciendo una magnífica escuadra que iba donde el soplo del Señor le llevaba, de Occidente á Oriente, me parece: era el tercero de vuestros hijos, señora; era el vencedor de San Juan de Ulloa; era el peregrino de Santa Elena; era el príncipe de Joinville.

«Yo estaba en una barquilla, perdido en la inmensidad, mirando á mi alrededor la mar, ese espejo del cielo, como el cielo es el espejo de Dios; luego, habiendo sabido que con aquella escuadra uno de vuestros hijos pasaba por el horizonte, pensé en vuestra magestad: me dijo que era verdaderamente bendita entre todas las mugeres, la madre cuyo primer hijo se llama el duque de Orleans, cuyo segundo hijo se llama el duque de Nemours, cuyo tercer hijo se llama el príncipe de Joinville, y cuyo cuarto hijo se llama el duque de Anmale, jóvenes bellos y nobles, de los que cada uno puede añadir á su nombre un título de victoria.

«Después, pensando así, llegué á una pobre isleta cuyo nombre es sin duda desconocido á vuestra magestad, y que se llama la isla de la Pianosa. Dios ha querido que seáis bendita en este pobre rincón de la tierra, señora, y os voy á decir cómo.

«Había allí, en aquella isleta desconocida, dos pobres pescadores que se desesperaban; la escuadra francesa al pasar, acababa de arrastrar con ella sus redes, es decir, su única fortuna, es decir, la única esperanza de su familia.

«Supieron que yo era francés: vinieron á mí; me contaron su desgracia; me dijeron que estaban arruinados, que no tenían mas recurso que mendigar para vivir.

«Entonces les pregunté si conocían una reina que se llamaba María Amalia.

«Me respondieron que era una de sus compatriotas, y que habían oído hablar de ella como de una santa.

«Entonces les hice escribir la adjunta solicitud, á la que los gobernadores de la isla de Elba y de la Pianosa añadieron un certificado con todos los caracteres de la legalidad, y les dije que esperasen.

«En efecto, señora, seréis bastante buena, estoy seguro, para remitir á Mr. el almirante Duperre, lo solicitado por estas pobres gentes. Recomendada por vos, esta demanda tendrá el resultado que debe tener.

«Y yo seré feliz y estaré orgulloso, señora, de haber sido todavía una vez el intermedio entre el desgraciado y vuestra magestad.»

¡Pues bien! ¡el día en que murió el duque de Orleans, á la hora en que murió el duque de Orleans, escribía yo esta carta á su madre!!!...

Al punto que concluyó la comida, pedí al rey Gerónimo el permiso de retirarme; tenía necesidad de recordar detalles: despues, confirmada la fatal nueva, de encerrarme solo conmigo mismo. Mis recuerdos, era todo lo que me quedaba del príncipe que me habia amado: me apresuré á recogerlos y encontrarme con ellos.

El príncipe Napoleón quiso acompañarme. Mandamos al cochero nos condujese á las Cachinas. Las Cachinas son á las seis en el verano, el sitio de cita de toda Florencia. Los agregados á la embajada francesa estarían allí, sin duda alguna. Sabríamos algo de oficial.

Efectivamente, allí nos fué todo confirmado. ¿Como cinco dias despues del suceso era ya sabido, cuando necesita ocho dias la posta para recorrer la distancia que existe entre Florencia y París? Voy á decirlo.

El telégrafo habia transmitido la noticia hasta Pon-de-Beauvoisin. Allí el comandante de carabineros del rey Carlos Alberto, juzgando el hecho de bastante importancia para transmitirle sin retraso á su gobierno, habia enviado á uno de sus hombres en posta, y de puesto en puesto, la noticia habia atravesado los Alpes, descendido á Turin, y llegado por fin á Génova. *La Gaceta de Génova* la copió tal como el telégrafo la habia dado sin comentarios, sin esplicaciones, pero en su parte oficial; no podia ya quedar duda sobre ella, ninguna esperanza se podia conservar.

La sensacion era profunda. Tal es el extraño poder de la popularidad, de aquel amor oculto, lleno de ternura y de esperanza que la Francia tenia al príncipe real, con que le habia acompañado en sus viages pacíficos en Europa, en sus campañas guerreras en Africa; con el cual, en fin, le acogía á su vuelta, se habia esparsido en el exterior, se habia extendido al extranjero, y aquel dia acaso se manifestaba á la vez en Alemania, Italia, Inglaterra y España por una simpatía universal.

Se hubiese dicho que aquel pobre príncipe que acababa de morir era no solo la esperanza

de la Francia sino aun el Mesías del mundo.

Al presente todo habia acabado. Las miradas que le seguian con la ansiedad del que espera estaban fijas sobre un féretro.

El mundo habia tenido alguna vez el duelo del pasado; ahora llevaba el duelo del porvenir.

Dejé á los transeuntes perderse en conjeturas. ¿Qué me importaban los detalles? ¡la catástrofe era cierta!

Entré en mi casa y volví á encontrar sobre mi escritorio aquella carta dirigida á la reina, que no debia ir sino por el correo de la embajada; es decir, al siguiente dia 49; aquella carta en que yo la decia que era dichosa entre todas las madres.

Vacíle un instante en añadir una desgracia estraña y secundaria, una desgracia de familia, profunda, suprema, irreparable; pero conocia á la reina: proponerla una buena obra era ofrecerla un consuelo. Únicamente en lugar de dirigirla la carta, la dirigí á monseñor el duque de Aumale.

Lo que le escribí no lo sé; son de esas páginas de que no se conserva copia, de esas páginas en las que el corazon se desahoga y en que los ojos se inundan de lágrimas.

Es porque, despues del principe real, monseñor el duque de Aumale, era de los cuatro principes al que conocia mas. Fuí presentado á él en las carreras de Chantilly por el mismo principe real.

El principe real miraba con profunda ternura y tenia en alta estima al duque de Aumale. Bajo sus órdenes habia hecho el jóven coronel su aprendizaje de guerra; y cuando en el Cuello de Monzaña habia recibido el bautismo de fuego, el principe real era el que le habia servido de padrino.

Un dia, en una de esas largas conversaciones en las que hablábamos de todo, y en las que, cansado de ser principe, se convertia en hombre conmigo, el duque de Orleans me contó una de esas anécdotas del corazon á las que la narracion escrita priva de todo su encanto. Porque el principe ademas hablaba perfectamente; tenia la elocuencia de la conversacion, por decirlo así, en el mas alto grado. En fin, sabia interrumpirse para escuchar, cosa tan rara entre los hombres que pasaba á ser maravillosa en un principe.

Habia en la voz del duque de Orleans, en su sonrisa, en su mirada, un encanto magnético que fascinaba. Jamás he encontrado en nadie, ni aun en la muger mas seductora, nada que se pareciera á aquella mirada, á aquella sonrisa, ni á aquella voz.

En cualquiera disposicion del espiritu en que uno se acrecease al principe, era imposible dejarle sin ser enteramente subyugado por él. ¿Era su espiritu, era su corazon el que seducia? Era su corazon y su espiritu, porque su espiritu casi siempre estaba en su corazon.

Dios sabe que no hé dicho una palabra de esto durante su vida. Solo si, cuando tenia un

dolor, me aproximaba á él; cuando tenia una alegría iba á su lado, y dolor ó alegría, él tomaba la mitad. Una parte de mi corazon está reservado en el féretro sobre el cual escribo estas líneas.

He aqui lo que me referia un dia.

Estaba en las orillas de la Giffa la víspera del dia fijado para el paso del Cuello de Monzaña. Habia con respecto á él un tenaz empeño por nuestra parte y por los árabes. El principe real habia enviado sucesivamente muchos ayudantes de campo portadores de diferentes órdenes: se hacia urgente una nueva orden, por lo mismo que el combate era cada vez mas encarnizado: se volvió á su estado mayor y preguntó á quién era á quien le correspondia marchar.

—A mi, respondió el duque de Aumale adelantándose.

El principe dirigió la vista al campo de batalla, y vió á qué peligro iba á esponer á su hermano. En aquella época, como se recordará, tenia el duque de Aumale diez y ocho años escasos: hombre por su corazon, era todavia un niño por la edad.

—Te engañas, de Aumale, no es á tí, dijo el duque de Orleans.

El duque de Aumale se sonrió: habia comprendido la intencion de su hermano.

—¿Dónde es preciso ir, y qué es preciso hacer? respondió arreglando las bridas de su caballo.

El duque de Orleans dió un suspiro, pero conoció que no se comercia con el honor, y que el de los principes es mas precioso todavia de conservar que el de los demas hombres.

Tendió la mano á su hermano, se la apretó fuertemente y le dió la orden que esperaba.

El duque de Aumale partió al galope, se perdió entre el humo y desapareció entre los combatientes.

El duque de Orleans le habia seguido con los ojos en tanto que sus ojos pudieron seguirle: despues quedó con la vista fija sobre el sitio en donde lo habia perdido de vista.

Al cabo de un instante un caballo sin gineete volvió á aparecer. El duque de Orleans se estremeció de pies á cabeza; aquel caballo era del mismo pelo que el del duque de Aumale.

Una idea terrible asaltó su imaginacion; que su hermano habia sido muerto; ¡y muerto llevando una orden dada por él!

Se aseguró en la silla, mientras dos gruesas lágrimas resbalaban de sus ojos y corrian por sus megillas.

—Monseñor, dijo una voz á su oido, *tiene una mantilla roja.*

El duque de Orleans respiró á su satisfaccion. El caballo del duque de Aumale tenia *una mantilla azul.*

Se volvió y rodeó con sus brazos el cuello del que tan bien le habia comprendido. El duque de Orleans me le nombró entonces. He

olvidado su nombre. Sé perfectamente que es uno de sus ayudantes de campo, ó Bertin de Vaux, ó Chabot Latour, ó d'Elchingen.

Diez minutos despues el duque de Aumale sano y salvo, despues de haber cumplido su encargo con el valor y la serenidad de un veterano, estaba de vuelta al lado de su hermano.

Ya lo he dicho, esta historietta es bien pávida escrita por mí; referida por el mismo principe con su voz temblorosa, con sus ojos que no flngian, era una cosa adorable.

¡Oh! ¡si me hubiese sido permitido escribir aquella biografía tan corta, y sin embargo tan interesante! ¡Referir uno á uno, segun han trascurrido delante de mí hace catorce años, esos dias tan pronto sombríos, tan pronto serenos, tan pronto brillantes! Si de aquella existencia privada hubiese yo tenido el derecho de hacer una existencia pública, habria que arrodillarse delante de su corazon tan bueno, tan puro y tan grande, como delante de un tabernáculo.

Se encontraban en él muchas cosas que habia recibido de Dios. Sus virtudes empobrecian al cielo. Dios le ha vuelto á llevar á él con sus virtudes, y al presente es la tierra la que está viuda.

En catorce años, se comprende perfectamente, le he pedido alternativamente limosna para los pobres, la libertad para prisioneros, la vida para sentenciados á muerte, y ni una sola vez, ni siquiera una, ni una tan sola, me dió una negativa.

Así era todo para mí aquel personage, á quien sin embargo no habia pedido nada para mí (4).

Se acercaba á mí alguno por una cosa justa, cualquiera que fuese, reclamacion ó súplica; antiguo camarada del campo de batalla ó jóven compañero de colegio:

—Está bien, decia yo, la primera vez que vea al principe le hablaré de ello.

Y se conseguia al instante, lo repito, se conseguia si era una cosa justa.

Es que el principe tenia tanta justicia en su imaginacion, como justicia en el corazon: era una mezcla de bueno y de grande. Sentia como Enrique IV, veía como Luis XIV.

Así al mismo tiempo que al duque de Aumale, escribia yo á la reina, mas no ¡libreme Dios! por intentar consolarla. La misma Biblia confiesa que no hay consuelo para una madre que pierde á su hijo. Raquel no quiso ser consolada porque sus hijos no existian ya. *El no-luit consolari quia non sunt.*

Mi carta creo que tenia cuatro líneas. He aqui lo que en ella decia:

«Llorad, llorad, señora. La Francia entera llora con vos.

«Por lo que hace á mí, he experimentado dos crueles dolores en mi vida: el uno el dia que perdí á mi madre; el otro el dia en que habeis perdido á vuestro hijo.»

A la princesa real, á la duquesa de Orleans, á esta doble viuda de un marido y de un trono, me parece no escribí nada: me contenté con enviar esta plegaria para su hijo:

«¡Oh padre mio que estás en los cielos! hacedme lo que vos érais en la tierra, y no pido otra cosa á Dios para mi gloria y para la felicidad de la Francia.»

Una palabra sobre el niño real y la augusta viuda.

El 2 de enero último iba á hacer mi visita de año nuevo al principe real. Despues de algunos instantes de conversacion:

—¿Conocéis al conde de Paris? me preguntó.

—Si, monseñor, respondí; he tenido el honor de ver á S. A. ya dos veces. Y en qué ocasiones recordé al principe.

—No importa, me dijo, voy á buscarle para que le cumplimenteis.

Salió y volvió á entrar un instante despues trayendo al niño de la mano: despues, aproximándose á mí con aquella gravedad que era uno de los encantos de su familiaridad íntima.

—Dad la mano al señor, le dijo; es un amigo de papá, y papá no tiene demasiados amigos.

—Os engañais, monseñor, le respondí. Enteramente al contrario de los otros principes reales, V. A. tiene amigos y nada de partido.

El duque de Orleans sonrió y á una señal de su padre, el conde de Paris me tendió su manita, que yo besé.

—¿Qué descais á mi hijo? me dijo entonces el principe.

—Que sea rey lo mas tarde posible, monseñor.

—Teneis razon, es un oficio ruin.

—No lo digo por eso, monseñor, repliqué, sino porque no puede ser rey sino á la muerte de V. A.

—¡Oh! puedo yo morir ahora, dijo con esa espresion de melancolia que aparecia frecuentemente en su fisonomia y en su voz. Con la madre que tiene, será educado como si yo estuviese aqui.

Es una quínterna que he ganado á la loteria, me dijo.

El hecho es que era imposible, á mi ver, tener á la vez mas respeto, mas ternura, mas veneracion y mas confianza que la que el duque de Orleans tenia por la duquesa. Mas habia encontrado en ella una parte de las altas cualidades que tenia él mismo. Cuando hablaba de ellas y hablaba á menudo, su felicidad doméstica rebosaba de su corazon, como el agua rebosa de un vaso demasiado lleno.

Volvamos á Florencia.

En la misma tarde llevé las tres cartas de pésame á la embajada: encontré á Mr. Deltoc

(4) Hay gentes que han dicho que Mr. el duque de Orleans me pasaba una *pension de 4,200 francos*... para pagar el porte de mis cartas sin duda... ¡Imbéciles!

llorando; nada sabia todavía oficialmente; pero como la *Gaceta de Génova* es ordinariamente el periódico mejor informado de Italia, creía en la realidad de la noticia.

Volví, pues, á entrar en mi casa habiendo dado un paso mas en aquella horrible certeza.

Habia escrito á la reina que no habia experimentado mas que dos grandes dolores en mi vida: era verdad, y añadiré que aquel dolor que habia experimentado perdiendo á mi madre, el principe real lo habia participado tiernamente. He aquí como los nombres de esos dos seres amados de mi corazón, que al presente veo juntos al mirar al cielo, se hallaban unidos el uno al otro en mi memoria.

El 4.º de agosto de 1838 se me anunció que mi madre acababa de ser atacada por la segunda vez de una apoplejia fulminante. La primera habia precedido tres dias solamente á la representacion de Enrique III.

Corrí al arrabal de Roule donde vivia mi madre. Estaba sin conocimiento.

Sin embargo, á mis gritos, á mis lágrimas, á mis sollozos, y sobre todo, gracias á ese instinto del corazón, que no falta en una madre sino con la muerte, Dios permitió que abriese los ojos, que me mirase y que me reconociese.

Era todo lo que yo me atrevia á pedir entonces; pero concedida esta gracia, pedia un milagro, pedia su vida.

Si alguna vez ardientes plegarias y lágrimas de desesperacion salieron de la boca y brotaron de los ojos de un hijo sobre la frente de un moribundo, puedo decir, que son las que salieron de mi boca y brotaron de mis ojos sobre la frente de mi madre.

Esta vez pedia demasiado sin duda: Dios volvió la cabeza: el mal hizo de minuto en minuto visibles y terribles progresos.

Tenia necesidad de desahogar mi corazón. Cogí una pluma y escribí al principe real. ¿Por qué á él mejor que á otro? Es que le queria mas que á nadie.

Le escribí que junto al lecho de mi madre moribunda, rogaba á Dios le conservase á su padre y á su madre.

Luego me volví á observar en aquel rostro querido los progresos de la agonía.

Una hora despues, un carruaje que no habia yo oido, se detuvo á la puerta de la calle.

Oí una voz que decia:

—De parte del principe real.

Me volví, pasé á la habitacion inmediata, y ví al ayuda de cámara que tenia costumbre siempre de introducirme para ver al principe.

—S. A., me dijo, quiere saber noticias de madama Dumas.

—¡Oh! mal, muy mal, sin esperanza; decídselo, y dadle las gracias.

En lugar de marchar con esta respuesta,

el ayuda de cámara quedó un momento inmóvil y vacilando.

—¡Y bien! amigo mio, le pregunté: ¿qué hay?

—Hay, señor, lo que no sé si os deba decir; pero de seguro os incomodaríais si no os lo dijese. Hay que el principe está aquí.

—¿Dónde?

—A la puerta de la calle, en su carruaje.

Corrí. La portezuela estaba abierta. Me tendió sus dos manos. Dejé caer mi cabeza sobre sus rodillas y lloré.

Habia creído que mi madre vivia conmigo en la calle de Rivoli. Habia subido mis cuatro pisos, y no habiéndome encontrado, me habia seguido hasta el estraviado arrabal de Roule.

Me decia aquello para excusar su tardanza ¡pobre principe, oh noble corazón!

No sé cuanto tiempo quedé allí. Todo lo que sé es, que la noche era bella y tranquila, y que por el cristal de la otra portezuela veia á través de mis lágrimas brillar las estrellas del cielo.

Seis meses despues era él quien lloraba á su vez y yo quien le volvía la visita fúnebre que me habia hecho. La princesa Maria, muerta diseñando una tumba, habia ido á anunciarle al cielo.

Y hoy es él á quien lloramos.

¡Oh! cuando la muerte escoge, escoge bien.

Aquel primer gran dolor de mi vida acabo de referirlo:

Por lo demas, debo decirlo, ¡pobre principe! nadie menos que él contaba con el porvenir; se hubiese dicho que habia tenido desde niño alguna revelacion de su muerte próxima. Dudaba siempre de aquella alta fortuna á que todos le repetian estaba llamado.

Llegué yo á París algunos dias despues del atentado de Quénisset. Corrí al pabellon Marsan. Era de ordinario mi primera visita cuando llegaba, y la última cuando partía.

—¡Ah! Estais aquí, viajero eterno, me dijo.

—Sí, monseñor: vengo espresamente para haceros presente mi sentimiento por la nueva tentativa de asesinato contra nuestro jóven coronel.

—¡Ah! es verdad. ¡Y bien! ya veis, replicó riendo, ya veis la recompensa de los principes en el año de gracia de 1841.

—Pero á lo menos, respondí, V. A. debe estar tranquilo viendo el cuidado que pone la Providencia en que no os alcance esa recompensa.

—Sí, si, murmuró el principe cogiendo maquinalmente un boton de mi frac, si, la Providencia vela sobre nosotros, es indudable, pero, añadió arrojando un suspiro, es siempre muy triste, creedme, no vivir sino por milagro!

La Providencia se habia cansado.

A la mañana del dia siguiente, recibí una carta de nuestro enviado.

Aquella carta contenia el despacho telegráfico que Mr. Belloc acababa de recibir.

«El principe real, hoy por la mañana á las once, ha tenido una caída del carruage: ha muerto esta tarde á las cuatro y media.»

13 de julio de 1842.

No me quedaba otra cosa que hacer que partir de Florencia para asistir á sus funerales

### 3 Y 4 DE AGOSTO.

Examiné todos los periódicos que recibia en Florencia con el objeto de saber para qué época se habian fijado los funerales del principe real.

Estuve hasta el 26 de julio sin saber nada de positivo. El 26 lei en el *Journal des Débats* que el 3 de agosto tendria lugar la ceremonia en Notre Dame y el 4 la inhumacion en el panteon de Dreux.

Saqué mi pasaporte, y el 47 á las dos subí á bordo de un buque de vapor que salia para Génova.

A las nueve de la mañana siguiente, salté á tierra y corrí á la posta. Partia la silla y no teniendo asiento desocupado, envié por ella una carta al director de la posta de Lion.

Alquilé un carruage, y marché.

Viagé dia y noche, sin perder una hora, sin malgastar un segundo. Llegué á Lion el 4.º de agosto á las tres de la tarde.

Fui al momento á la casa de postas. Mi carta habia llegado á tiempo. Se me habia reservado un asiento: sino hubiera tenido aquel asiento, hubiera andado inútilmente trescientas leguas; llegaba demasiado tarde.

Entonces fué cuando respiré.

A las tres de la mañana del dia siguiente, entré en París.

Me quedaba el temor de no poder hacerme con una esquila para la ceremonia. A las siete fui presuroso á casa de Asseline.

Acaso no conocereis á Asseline; pero le conocen los pobres y hablan todos los dias de él á Dios en sus oraciones.

Es uno de esos hombres que la Providencia coloca de tiempo en tiempo cerca de los buenos principes para hacerlos todavia mejores.

Habia salido ya. ¡Tambien estaba el pobre atribulado! hacia quince dias que no dormia y que apenas comia.

La primera cosa que vi fué el grabado de

Calamatta; ese bello grabado del bellissimo cuadro de Mr. Ingres.

Habia yo visto el cuadro en el taller de nuestro gran pintor vispera de mi partida. Hallé el grabado en el despacho de Asseline el dia de mi llegada. En el intervalo, el alma que animaba esos ojos tan dulces, tan buenos, tan inteligentes, se habia estinguido.

Hay en Italia un proverbio que dice, ó mas bien una preocupacion que dice, que cuando manda uno hacer su retrato de cuerpo entero se muere en el año.

Habia yo preguntado, seis semanas antes, viendo el retrato de Mr. Ingres, por que el marco cortaba la pintura por mas abajo de las rodillas.

Se me habia respondido, no sé si esto es cierto, que la reina habia suplicado á su hijo que no hiciese su retrato de cuerpo entero, y que el principe sonriendo por aquellos temores maternales, habia accedido á esta supplica de la reina.

Este grabado estaba sobre un sofá. Me arrodillé delante del sofá.

Asseline entró. Nos arrojamos uno y otro en nuestros brazos. Me habia guardado una esquila de convite: yo no le habia escrito, pero habia comprendido que debia venir.

Ademas, suponiendo que yo no queria abandonar el cuerpo del principe sino á la puerta del panteon real, habia pedido para mí el permiso de seguirle á Dreux.

Entonces comenzaron las dolorosas preguntas y las tristes respuestas. Tan inesperada era la desgracia que no podia yo creer en ella, y me parecia ser victima de un sueño, del que el ruido de mis palabras iba á despertarme.

A las nueve fui á Notre Dame. Las calles de París tenian un aspecto de tristeza como jamás las he visto. Ademas, para mí, cada señal de dolor era nueva, y hablaba muy alto á mi dolor. Aquellas banderas con sus crespones, aquellos pendones con sus cifras: Notre Dame toda entapizada, Notre Dame semejante á un inmenso féretro, encerrando la esperanza pública que acababa de morir; Notre Dame trasformada en capilla ardiente con sus treinta mil cirios que la convertian en un horno encendido: todas estas cosas que los parisenses veian hacia tiempo, ese espectáculo fúnebre al que estaban habituados hacia una semana, yo le veia por primera vez, y me hablaba mas alto que á nadie.

Desde la tribuna en que me hallaba, veia perfectamente el féretro: hubiera dado, no diré un capital, sino dias, años de mi propia vida por arrodillarme delante de aquel catafalco, por besar aquel féretro, por cortar un pedazo del terciopelo que le cubria.

Un cañonazo anunció la llegada de los principes. Los cañones como las campanas son los intérpretes de las grandes alegrías, de los grandes dolores humanos: su voz de bronce

es el idioma que se habla en las circunstancias que los reunen, la tierra y el cielo, el hombre y Dios.

Los príncipes entraron. Esta vez la sensación fué profunda y conmovió á todo el mundo. El príncipe real era su alma: su celebridad emanaba de ellos. Así que estaban transidos de dolor; no habian pensado que podian dos veces perder á su padre.

La ceremonia fué larga, triste y solemne. Cuarenta mil personas reunidas en Notre Dame tenian tal silencio, que se oia hasta la nota mas suave del canto sagrado, hasta los mas débiles sonidos del órgano, en medio de los que, y de vez en cuando, se oia el estampido de un cañonazo. He visto pocos espectáculos que puedan dar tan exáctamente una idea de una gran nacion.

Despues vino el responso; es decir, la mas poética ceremonia en las ceremonias mortuorias. Los príncipes se acercaron sucesivamente segun su edad, al féretro fraternal rociándole con agua bendita y rogando por el alma del que tanto los habia amado. Habia algo de dolorosamente punzante en aquellas aproximaciones sucesivas y en la insistencia de aquellos cuatro jóvenes suplicando á Dios recibiese en su seno al que tan frecuentemente estrecharon en vida entre sus brazos.

Yo quedé de los últimos, esperaba poderme aproximar al ataúd: era imposible.

Todos los que lean estas líneas probablemente habrán perdido alguna persona que les fuese querida; peor si esa persona ha muerto lentamente entre sus brazos, si han podido seguir en su semblante los progresos de la agonía, si han podido recibir el último soplo del alma, que arrebatada por ese soplo sube al cielo, habrán sentido ciertamente por ella un dolor menos punzante, que si habiendo dejado á esa persona querida llena de salud, de fuerza y de porvenir, la encuentran, á la vuelta de un largo viage encerrada en un sepulcro, que no solo no pueden abrir, sino ni aun aproximarse á él. ¡Cómo envidiaba yo la desesperacion de los que, en aquella pobre casa del paseo de la Révolte, le habian visto espirar lentamente sobre sus dos colchones tendidos en tierra: que habian visto cerrarse sus ojos, que habian seguido su agonía! Aquellos habian podido coger un rizo de sus cabellos, cortar un pedazo de su frac, sacar un giron de su camisa (4)

(4) Al día siguiente de la publicacion de este artículo, he recibido la carta siguiente.

«Señor:

«En los artículos que habeis publicado en el *Siccle*, manifestais el pesar de no poseer algun objeto que materialice á vuestros ojos y á vuestro pensamiento los últimos momentos de vuestro noble y desgraciado amigo el duque de Orleans.

«Mas dichoso que vos, poseo la almohada sobre la cual reclinó su moribunda cabeza, y que está todavía impregnada de su sangre. Me he negado completamente á dar de ella el todo ó parte, por no ceder á las exigencias de una simple curiosidad; pero á

Debiamos ir á Dreux en posta. Ibamos cuatro en el mismo carruage, tres amigos de colegio del príncipe y yo: Guilhem, el diputado; Fernando Leroi, secretario general de la prefectura de Burdeos; Bocher, bibliotecario del duque de Orleans. Los tres habian vivido en la intimidad del príncipe real, porque el príncipe real era fiel sobre todo á sus recuerdos de las aulas. Hacia apenas dos meses que habia yo, con la ayuda de Asseline, colocado con él uno de sus antiguos condiscípulos, que no tenia mas recomendacion para con el príncipe que sus recuerdos y una hoja de papel arrancada de su cuaderno de estudiante de tercer año.

La casualidad nos habia reunido: éramos los únicos que de fuera de la servidumbre del rey ó de la del príncipe, tuvimos el pensamiento de seguir el cuerpo hasta Dreux; éramos los forasteros en aquella ceremonia.

Así que nos fué preciso marchar temprano por temor de no hallar caballos, porque nosotros no teniamos orden para tomarlos.

Aquel sentimiento de que he hablado ya, se habia extendido mas allá de la capital. Por todas partes á nuestro paso encontráramos el mismo aspecto triste y silencioso. Las grandes poblaciones estaban colgadas de negro, y los pueblos pequeños tenian crespones en sus banderas: en algunos sitios se elevaban arcos mortuorios y altares fúnebres, delante de los que tenia que detenerse el féretro del príncipe.

Las naciones tienen, pues, su duelo como los individuos, triste á la vez como el de una madre que ha perdido á su hijo, y el de una familia que ha perdido á su padre.

Comparad á esto los tres últimos duelos reales que nuestros padres y nosotros hemos visto: comparad á esto los cantos alegres y las danzas insultantes que acompañaron el féretro de Luis XIV, las maldiciones al de Luis XV, y la indiferencia al de Luis XVIII.

Pero este es un gran mentis á los que nos llaman la nacion regicida. ¿Qué era el duque de Orleans sino nuestro rey en el porvenir? ¡Pobre príncipe! ¡Qué milagro habia obrado! nos habia reconciliado con el trono.

Llegamos á Dreux por la noche. Con gran dificultad encontramos una habitacion pequeña, donde nos vimos obligados á instalarnos los cuatro. Hacia nueve noches que no me habia acostado: me eché sobre un colchon y dormí algunas horas.

vos, señor, os la ofrezco toda entera. Seré bastante feliz, si puedo de ese modo haer menos penosos vuestro dolor y vuestros sentimientos.

«En el caso probable de que hayais obtenido algo que hubiese dejado el príncipe, mirareis mi carta como no recibida.

«No tengo necesidad, así lo espero, por una esplicacion cualquiera, de preveniros contra el pensamiento de una burla que no seria nada menos á mis ojos, que un crimen ó un sacrilegio.

«Creo agradeceréis, etc.

«CHARDON, doctor, calle de Richier, núm. 32.  
«Paris, 16 de noviembre.»

El tambor nos despertó: los guardias nacionales llegaban á miles, no solo de los pueblos y ciudades comarcanas, sino de los puntos mas distantes. Vimos llegar la guardia nacional de Vendome. Los valientes que la componian habian andado cuarenta leguas á pie, y abandonaban diez dias sus negocios para asistir á aquella última revista que el principe real debía pasar.

Y sin embargo, no habia ni cruz ni balazos que ir á buscar; esos dos poderosos móviles que han incitado á la Francia á hacer tantas cosas.

Habia un ataúd que acompañar hasta el panteon, y nada mas. Es verdad que ese ataúd encerraba la esperanza de la Francia.

A medida que llegaban los guardias nacionales, se les colocaba en fila en el camino. A cada momento esta fila se extendia y se engrosaba: bien pronto cubrió mas de media legua de terreno.

Desde por la mañana nos habiamos asegurado de que podriamos entrar en la iglesia. Como la iglesia de Dreux es una simple capilla de familia, apenas caben cincuenta ó sesenta personas. Habia ido á ver al subprefecto, é hizo la casualidad que este subprefecto fuese Marechal, uno de mis antiguos amigos. También él habia conocido personalmente al príncipe; no tuve, pues, que tratar con un dolor oficial sino con una grande y verdadera afliccion. Nos dijo que no le abandonásemos, y que de ese modo respondia de hacernos entrar.

En aquel momento se anunció que el cortejo fúnebre se descubria desde la ciudad. Desde entonces el telégrafo habia empezado á trabajar. Correspondia con el del ministro de lo Interior, que con la ayuda de ginetes se comunicaba á su vez con las Tullerías. En menos de un cuarto de hora la reina sabia todos los detalles de la ceremonia fúnebre; podia, pues, seguir su corazon el féretro querido que no habia podido seguir con los ojos; podia asistir en cierto modo á la misa mortuoria; podia arrodillada en su oratorio mezclar su oracion y sus lágrimas á las lágrimas y oraciones que corrian y se decian á veinte leguas de alli.

Así, pues, habia algo de triste y poético en el movimiento lento y misterioso de aquella máquina que á través del espacio llevaba á una madre llorosa las últimas nuevas de su hijo muerto, y que no se detenía sino para recibir su respuesta.

Ibamos con la comitiva delante del cuerpo. Todo el camino que el carro fúnebre debía recorrer, desde la posta hasta la capilla, estaba colgado de negro, y en cada casa ondeaba una bandera tricolor empavesada de luto.

Llegando al final de la calle, vimos que el carro se detenía: bajaron el corazon, que debía ser llevado á brazo, mientras que el cuerpo debía seguir llevado por seis caballos con gualdrapas negras. Miré al telégrafo; el telé-

grafo anunciaba á la reina la dolosa operacion que se ejecutaba en aquel momento.

¡Oh supremo bien de las lágrimas! ¡don celeste concedido por la misericordia infinita del Señor al hombre, el mismo día en que, en su misteriosa sabiduria, le enviaba el dolor!

Nos esperamos: el féretro se aproximó lentamente, precedido por la urna de bronce en la que estaba encerrado el corazon. Urna y féretro pasaron delante de nosotros; despues los ayudantes de campo del príncipe llevando el gran cordon, la espada y la corona; despues los cuatro principes con la cabeza descubierta, vestidos de gran uniforme y con capa de duelo: despues la servidumbre militar y civil del rey, en medio de la que se nos hizo seña de ocupar nuestro sitio.

Vi á Pasquier: estaba demudado, como si fuera él el cadáver.

¡Pobre Pasquier! El era el que habia recibido la mas dura prueba. Despues de haber visto morir al príncipe en sus brazos, él es quien ha hecho la autopsia; es quien habia dividido en pedazos el cuerpo de aquel á quien por evitar un sufrimiento mientras vivia, hubiera sacrificado su propia vida.

¿Comprendeis un dolor mas grande que el del médico que junto al lecho de agonía de una persona querida, leyendo solo en el porvenir que Dios le reserva, y conociendo que no hay ya para ella esperanza, se ve obligado á contener las lágrimas en sus ojos, tener la sonrisa en sus labios para tranquilizar á un padre, á una madre, á una familia, y evitar la desesperacion; que disimula por virtud, y que conociendo la impotencia de su arte, se condena él mismo, para llenar el deber que le impone la ciencia, á atormentar, verdugo sensible, á aquel pobre moribundo, de quien, sin él acaso, sería al menos la agonía dulce; y despues de la muerte está condenado á ir con el escalpelo en la mano á buscar en lo interior del corazon, cuyas pulsaciones ha auscultado durante treinta años, las causas de aquella muerte y las huellas que ha dejado en él al pasar?

He aqui lo que habia sufrido. Así, mirando atrás, no comprendia el valor que habia tenido; temblaba solo de pensar lo que habia hecho.

Una vez, hacia de esto tres años, se habia temido por el príncipe. Algunos síntomas de tisis pulmonar habian alarmado á los amigos que le rodeaban. Nadie se habia atrevido á prevenir al enfermo, á quien el trabajo grande de todos los dias y las largas veladas de las noches podian empeorar su estado.

Entonces me habia encargado yo de escribir al príncipe y le habia escrito.

¡Por qué no serme posible publicar la carta en que me contestó en aquella ocasion!

La autopsia habia probado que aquellos temores no solo eran exagerados, sino que también carecian de todo fundamento. Es ver-

dad que Pasquier habia contestado siempre que respondia con su cabeza de que no habia nada que temer por aquel lado.

Cerca de él estaba Boismilon, bajo cuya direccion el príncipe real se habia hecho grande. El maestro traspasado de dolor, seguia la fúnebre comitiva de su discípulo.

—Hace hoy doce años, me dijo, que el príncipe entró en París á la cabeza de su regimiento, ¿recordais?

¡Sí, ciertamente, me acordaba! Me habia apretado la mano al pasar, lleno de entusiasmo y de alegría con su uniforme de coronel de husares.

Cuatro años despues, recordándole que habia llevado ese elegante uniforme, salvó, por ese recuerdo, la vida á un soldado del mismo regimiento sentenciado á muerte.

¡Ay! ¡el pobre soldado resucitado, ni aun puede rogar hoy por el que le sacó de la tumba! La muerte no ha querido perderlo todo; estendió la mano tan cerca de él, que se ha vuelto loco.

El príncipe pagaba su pension en un hospital de locos.

El soldado rebelde se llamaba Bruyant ¿lo recordais? Habia provocado un motin en Vendome.

¡Oh! Su grandeza y su riqueza eran, como dice Bonnet, una de esas fuentes que Dios eleva para esparcir el agua despues.

Entraron el cuerpo en la iglesia de Chartres para hacer allí alto un instante. El telégrafo anunció á la reina esta estacion mortuoria. La tierna ceremonia del responso volvió á comenzar, y despues continuó la marcha. Al salir de la iglesia hubo un momento de embarazo, y me encontré entre la urna de bronce que contenia el corazon, y el ataúd de plomo que encerraba el cadáver.

Los dos me tropezaron al pasar. Se hubieran dicho que corazon y cadáver querian darme un último adios. Creí que iba á desmayarme.

La urna volvió á tornar á la cabeza del cortejo; se volvió á colocar el féretro sobre el carruaje, y se continuó avanzando por un camino circular que va subiendo en rampa por los llanos de la montaña, en cuya cima se eleva la capilla mortuoria.

Llegados á la plataforma, nos hallamos en frente de la iglesia. Bajo el pórtico estaban el obispo de Chartres y su clero.

Al pie de las escaleras, solo y aguardando estaba de pie un hombre vestido de negro, inundado en llanto, y apretando su pañuelo con sus dientes.

¡Aquel hombre, era el rey!

Era una cosa profundamente triste, triste aparte de todas las opiniones y de todos los partidos, ver al rey esperando al príncipe real, á aquel padre esperando el cuerpo de su hijo, aquel anciano esperando los restos de un niño amado.

Habia llegado la vispera, desde la vispera

habia intentado muchas veces trabajar para distraer su dolor, y en aquella misma mañana, el mariscal Soult habia entrado en su cámara con el despacho del dia. Habia leído dos ó tres resoluciones, y echado dos ó tres firmas; despues habia arrojado lejos de él plumas y papel, y habia salido para ver el cuerpo de su hijo. Mas de media hora aguardó de pie y llorando, sobre el último escalon de la capilla.

Pasó la urna delante de él, despues el cuerpo, y por último, las insignias reales y guerreras. Los príncipes se detuvieron: se dejó un espacio entre ellos y el ayudante de campo que llevaba la corona; el rey se colocó en aquel espacio. Bajaron entonces el féretro, y el telégrafo anunció á la reina que el rey subia los escalones de la capilla, conduciendo el cuerpo de su primogénito.

¡Pobre reina! Volviendo de Palermo, la habia yo entregado un diseño representando la capilla en que este hijo habia sido bautizado.

Y el dia de ese bautizo, la que le tenia en sus brazos como representando la ciudad de Palermo, su noble madrina, habia dicho volviéndole á su padre:

—Acaso acabamos de bautizar un futuro rey de Francia.

Un mes antes ¿quien pudiera pensar que esta prediccion no se cumpliria?

El futuro rey de Francia entró en la capilla mortuoria.

Se verificó la ceremonia, mas dolorosa que ninguna otra. ¡Aquella era la última, era la suprema estacion que hacia el féretro entre el ruido y el silencio, entre la vida y la muerte, entre la tierra y la eternidad!

Vino despues el responso por último, el *De profundis*.

Se volvió en seguida á levantar el féretro, y en el mismo orden se comenzó á caminar hácia el panteon.

Tan solo en el espacio que separa el coro de la escalera oculta detrás del altar, se apoyó el rey sobre sus dos hijos mayores, el duque de Nemours y el príncipe de Joinville; pero así que llegaron á la escalera, los tres desconsolados no pudieron bajar de frente, y se vió obligado el rey á apoyarse en su propia fuerza.

Habia ya dos féretros en el panteon: el de la duquesa de Penthièvre y el de la princesa Maria. Estaban colocados á la derecha é izquierda de la escalera. El sitio de en medio estaba reservado para el rey. Contra todo lo que se esperaba, era su hijo el que iba á ocuparle.

Mientras se depositaba el féretro del príncipe real sobre sus basas ya preparadas, el rey apoyó su frente y sus dos manos sobre el féretro de la princesa Maria.

Despues los sacerdotes recitaron el último canto y arrojaron por última vez agua bendi-

ta. En seguida de los prelados se acercó el rey, despues los principes, luego algunos privilegiados del duelo que habian conseguido acompañar el féretro hasta el lugar de su última estacion.

Se volvió á subir en el mismo órden; despues la puerta se cerró otra vez.

El principe estaria en adelante solo con el silencio y la oscuridad, esos dos fieles compañeros de la muerte.

Hacia precisamente cuatro años, dia por dia, hora por hora, que me habia yo puesto luto por mi madre.

## INDICE

FIN DE LA VILA PALMIERI.



# ÍNDICE.

---

	PAGS.		PAGS.
Las fiestas de San Juan en Florencia. . . . .	4	San Lorenzo. . . . .	54
El palacio Pitti. . . . .	42	La galería de los Oficios en Florencia. . . . .	54
El Arno. . . . .	23	La lujuria de sangre. . . . .	58
Visitas domiciliarias.—Casa de Alfieri. . . . .	28	Hipólito y Dianora. . . . .	62
Casas de Benvenuto Cellini. . . . .	34	San Zanobbi. . . . .	67
Casa de Américo Vespuccio. . . . .	36	San Juan Gualberto. . . . .	73
Casa de Galileo. . . . .	37	Careggi. . . . .	78
Casa de Maquiavelo. . . . .	38	Poggio á Cajano. . . . .	84
Casa de Miguel Angel. . . . .	40	Quarto. . . . .	86
Casa de Dante. . . . .	45	El hombrecillo rojo. . . . .	92
La iglesia de Santa Croce. . . . .	Id.	43 y 48 de julio. . . . .	99
San Márcos. . . . .	48	3 y 4 de agosto. . . . .	105

---